





100



AÑO IV

NÚM. XLVII

LA  
ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

NOVIEMBRE—1892

AGUSTÍN AVRIAL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

MADRID



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



## MIGUEL

---

Un zapatero vivía con su mujer y sus hijos en casa de un labriego. El pobre artesano no tenía nada, y ganaba el pan de cada día con el sudor de su frente. El pan era caro, el trabajo poco retribuido, y lo que con éste ganaba á mucha costa no hacía sino pasar de la mano al estómago. El y su mujer no tenían para los dos más que una sola pelliza, la cual estaba tan gastada que se caía á pedazos. Dos años llevaba ya esperando el zapatero poder comprar una pelleja de carnero para hacerse una nueva.

Sin embargo, al entrar el otoño quedaba algún dinerillo en casa; la mujer del zapatero guardaba en el cofre un billete de tres rublos, que unido con los pequeños créditos hechos acá y allá á los parroquia-

nos, hacían un total de cinco rublos y veinte kopecks que añadir á los billetes. Una mañana dispúsose el zapatero á ir al pueblo con el fin de comprar la piel de carnero, tanto tiempo deseada; se puso la mantelita algodonada de su mujer, se echó encima un caftán de paño, y bastón en mano emprendió el camino en seguida de desayunar, no sin haber guardado cuidadosamente en el bolsillo el billete de tres rublos. Mientras caminaba silencioso, echaba sus cuentas: «Tengo tres rublos, decía para sus adentros; con los cinco que voy á recibir, suman ocho; y por este precio puede comprarse una pelleja decente.»

A la primera puerta que llamó, salió la mujer respondiéndole que no estaba su marido y que le pagarían dentro de ocho días; entre tan-



to, el zapatero no recibió ni un kopeck.

Fué á llamar en otra parte; esta vez encontrábase allí el amo de casa, pero juró y perjuró que no tenía dinero; y sólo entregó veinte kopecks.

Entonces al zapatero se le ocurrió la idea de que era preciso comprar á crédito la piel. Mas, el comerciante á quien se dirigió no quiso ni oír hablar de crédito.

—Con buenos rublos en la mano, podrás elegir todo lo que gustes; pero sin dinero no hay mercancía. ¡Ah! Medrados andaríamos con los créditos; ya sabemos lo que con ellos pasa.

El pobre zapatero no esperaba de ningún modo lo que le sucedía. Veinte pobres kopecks, el precio de una mala chapuza: he ahí todo lo que traía de su viaje, con un par de calzones de fieltro viejos que un aldeano le había dado para guarnecer de nuevo.

La pena y las congojas roíanle el corazón; entró en la primera taberna que halló al paso, bebió por valor de sus veinte kopecks y tomó el camino de su casa. Había helado, y nuestro hombre iba sin pelliza; sin embargo, sentía suave calor por todo el cuerpo: el aguardiente le había remozado todo. Hacía sonar el garrote encima del suelo endurecido por la helada, mientras que con la

otra mano obligaba á las viejas calzas de fieltro á hacer los movimientos más desordenados. A guisa de consuelos, chapurreaba palabras incoherentes. «Voy muy calentito, decía, y sin embargo no llevo puesta la pelliza. Un cuartillo de aguardiente ha hecho el avío. Con eso circula el calor por todas las venas, y se puede pasar muy bien sin pelliza; y luego, ¡cómo aligera el corazón! Ahora soy un hombre contento. ¿Por qué apesadumbrarse? Seguiremos nuestro rumbo sin pelliza. Pero, ¡y mi mujer! Ella es quien va á revolverme otra vez la bilis; ¿no es eso irritante, de veras? No trabajo sino para ella, me tiene cogido por la nariz y me dejó llevar dócilmente. Pero, ¡espera, querida! Es necesario que salgan de tu escondite los rublos; me los tendrás que dar, y si no te arranco el moño. ¡Vaya, y que lo haré como lo digo! ¡Qué! No he recibido más que veinte kopecks. ¿Qué podía comprar con esta suma? Beber un trago, y nada más. Siempre se está quejando de que le hace mucha falta esto y que necesita lo otro y lo de más allá. ¡Y yo! ¿Cree ella que siempre tengo todo lo que deseo? Ella tiene la casa y el rebaño y toda suerte de cosas buenas, mientras que yo estoy ahí como un pobre diablo que debe proveer á todo. A ella no le falta pan; pero, ¿quién lo paga sino yo? Y Dios sabe



dónde hay que tomar todo ese dinero. ¡Tres rublos por semana, sólo para el pan! Cuando yo llegue, me los encontraré á todos dispuestos á comer pan; ¡nada menos que rublo y medio en la mesa! Por eso quiero que ella me dé lo que me pertenece...»

Discurriendo así, llegó el pobre zapatero remendón junto á una capilla, oculta por una de las revueltas del camino.

Al pié del edificio parecióle que se rebullía una cosa blanca.

La noche, que había entrado ya, le impedía distinguir nada á distancia; acercóse para ver mejor, y se quedó perplejo. «¿Qué será eso?— se preguntaba.— Tal vez un sillar de piedra; pero no los hay en este sitio. ¿Un animal? No lo parece. ¿Un hombre, más bien? Pero aquella claridad y esas formas tan suaves, sería extraño. Además, ¿qué iba á hacer un hombre aquí, á estas horas?»

Se inclinó, acercándose mucho... Cosa extraña, en verdad. Sí, era un hombre; pero un hombre sin vestido, sin ropa interior, desnudo como un niño que acaba de nacer. No hubiera podido decirse si estaba muerto ó vivo; su mirada era fija, y no hacía ningún movimiento. Apoderóse el miedo del artesano, quien estremeciéndose, dijo para sí: «Sin duda los ladrones le han

muerto y dejado aquí, después de robarle. Alejémonos; toda la vida está uno en peligro, si se mezcla en esta clase de cosas.» Y alejándose aprisa, volvió la esquina de la capilla.

Ahora estaba fuera de su vista la terrible aparición. Cuando húbose ido á lo largo de la pared, no pudo por menos de volver atrás la cabeza, y vió al hombre que había abandonado su sitio y avanzaba mirando como si buscara alguna cosa.

El pobre remendón creyó desmayarse; se detuvo temblando y diciéndose: «¿Qué debo hacer, acercarme á él ó huir á escape? ¡Ojo, amigo, no vayamos á tener algo que sentir si me acerco! ¿Quién sabe si está ahí con algún mal propósito? Si te acercas y se te echa encima y te estrangula dejándote en el sitio... ¡brr!... Y si nada hubiese que temer, ¿qué harías con él? Le echarías los brazos; está desnudo, ¡habría que vestirlo, despojarte de tus últimas ropas para cubrirle con ellas! ¡Nada de eso, amiguito; tomemos la del humo!»

El zapatero prosiguió á escape su camino. Sin embargo, no había andado cuatro pasos, cuando de nuevo se detuvo. Una voz interior le hablaba y le dejaba clavado en el sitio. «Pero, ¿qué ibas á hacer, hermano Semán? Este hombre se muere de necesidad, y tiembles ante él



como una tímida criatura, ¡y quieres pasar de largo! ¿Habrás encontrado quizá un tesoro, y temes que te roben tus riquezas? ¡Semán, Semán, amigo mío, mal está lo que haces ahora!»

Y volviendo precipitadamente piés atrás, se fué en derechura hacia el desconocido.

## II

Al aproximarse, vió un hombre joven, cuyo cuerpo sano y robusto no tenía vestigio alguno de violencia, sólo que el infeliz estaba yerto y parecía transido; habíase acercado al muro de la iglesia y estaba allí apoyado, sin mirar á Semán, sin fuerzas, sin poder ni siquiera alzar los ojos.

Semán se aproximó cada vez más; entonces el desconocido se despertó como de un sueño, levantó la cabeza, abrió los ojos y miró á Semán con una mirada que iba derecha al fondo del corazón. El zapatero arrojó las calzas, se soltó el cinturón de cuero, que fué á reunirse en el suelo con éstas, y después se quitó el caftán.

—Basta... veo lo que es. Toma, ¿quieres probarte esto? Pero endérezate un poco.

Semán sostuvo con sus brazos al

desconocido y le ayudó á ponerse de pié. Entonces pudo ver un rostro encantador; el cuerpo era de formas delicadas y juveniles, los piés y las manos no presentaban callosidad alguna. Semán le echó su caftán encima de los hombros, y no pudiendo el desconocido meterse las mangas, le cogió las manos y le ayudó; luego cerró el caftán por delante, puso los faldones uno sobre otro y apretóle el talle por medio de su cinturón de cuero. Se quitó también el viejo gorro para cubrir con él á su desventurado hermano, pero sintió un frío penetrante y se hizo esta reflexión:

—Después de todo, yo soy calvo, mientras que á él le resguarda la cabeza un espeso bosque de pelo.

Y volvió á encasquetarse el gorro.

—Más vale calzarlo—replicó.— Le hizo sentar y le puso las viejas calzas de fieltro que llevaba en los piés. Luego de haberlo vestido así, le dijo con tono de cordialidad:

—Está bien, hermano. Ahora un poco de movimiento para entrar en calor. Con esto se sale ya del apuro. ¿Puedes andar?

El extranjero no respondió; inmóvil, miraba á Semán con ojos llenos de afecto y gratitud.

—¿No contestas? ¿Tal vez quisieras pasar aquí el invierno? Ven, vamos pronto á ponernos bajo te-



chado. Toma mi bastón, hermano, apóyate en él y prueba á caminar.

El hombre echó á andar. Iba sin dificultad, sin quedarse á la zaga, pegado á Semán, quien comenzó á preguntarle:

—Dime, hermano, ¿de dónde vienes?

—No soy de aquí.

—¿Qué es lo que por acá te trae? ¿Qué hacías junto á la capilla?

—No debo decirlo.

—¿Sin duda te han maltratado algunos perversos?

—Ningún hombre me ha hecho daño; Dios es quien me castiga.

—Es verdad, todo sucede conforme á su voluntad. Sin embargo, algo te propones: ¿á dónde vas?

—Todos los caminos me son indiferentes.

Semán se asombraba. Su compañero no tenía aspecto de loco ó de mala persona; hablaba con gran dulzura. ¿Por qué rehusaba explicarse? «Dios mío, pensaba el zapatero, hay muchas cosas ignoradas en este mundo.» Y prosiguió:

—Pues bueno, vente á mi casa y allí tendrás por lo menos un momento de reposo.

El zapatero seguía con paso alegre el camino de su casa, y el extranjero iba tan deprisa como él.

En aquel instante un viento frío se le coló por debajo de la descubierta

camisa; había cesado el calor de la embriaguez, y Semán sintióse dolorido por aquella racha helada. Tiritando, aceleró el paso mientras estiraba sin piedad sobre el pecho la manteleta de su mujer. Pensaba tristemente: «Salí esta mañana para comprar una pelliza de carnero, y me vuelvo sin ir siquiera vestido, y por añadidura trayendo conmigo un hombre desnudo: ¡lo que es esto sí que no le va á gustar á Matrena!» Al pronunciar el nombre de su mujer, al pobre hombre le dió un vuelco el corazón. Echó una mirada á hurtadillas á su protegido; al ver este rostro tan dulce, tal como se le apareciera junto á la capilla, volvieron rápidamente á su corazón el gozo y la serenidad.



La mujer de Semán había acabado temprano su cotidiano trabajo. El agua, la leña, todo estaba dispuesto para el día siguiente; los niños habían tomado su merienda, ella acababa de tomar un bocadillo, y á la sazón celebraba consejo consigo misma, con el apuro de decidir si sería preciso hacer aquel día una nueva hornada de pan.

—Semán puede haber comido en el camino—se decía;—en ese caso,



no tomará nada esta noche, y queda bastante pan para mañana.

Volvió y revolvió veinte veces el pedazo que le quedaba, y al fin tomó su partido. «No, decidió; no hay harina sino para una vez, y es preciso que con ella lleguemos hasta el viernes.»

Una vez cuidadosamente guardado el pan, Matrena cogió la aguja y se puso á remendar una camisa de su marido. Mientras corría ligera la mano, Matrena estaba en pensamiento con su Semán, comprando la piel de carnero con la cual se haría la famosa pelliza.

—¡Dios mío, con tal de que no se deje engañar!...—decía tirando nerviosa de la aguja.—El pobre hombre no tiene ni pizca de malicia; un niño chiquitín lo llevaría de las narices, y él no es capaz de arrancar un pelo. La verdad es que ocho rublos en plata no son una bicocha: con eso se tiene una hermosa pelliza, claro es que sin guarnecer, pero á la postre una pelliza. ¡Bastante hemos sufrido sin pelliza el invierno pasado! Yo no podía ir á ninguna parte, ni siquiera hasta el arroyo. Y todo se lo ha puesto al salir; no tengo nada de abrigo que ponerme en el cuerpo. Salió temprano. ¿Qué hace para no haber vuelto todavía? ¡Caramba! ¿Se habrá detenido por casualidad mi tesoro en la taberna?

Concluía su monólogo, cuando de

pronto unos pasos hicieron rechinar la escalera. Matrena soltó la aguja y salió á toda prisa.

Con gran sorpresa suya, ve que han entrado dos hombres: uno de ellos es su marido; el otro es una especie de campesino, con altas botas de fieltro, sin gorro, de una facha extraña.

—¡Gran Dios!—pensó ella.—Bien me daba á mí que mi hombre ha bebido.

Pero cuando vió que venía sin castán, apenas vestido con la vieja manteleta, y que estaba allí plantado como un culpable, sin chistar, sin saber á dónde mirar, creyó ella que se le hacía pedazos el corazón.

—Estás borracho—dijo con dolorosa amargura;—te has bebido nuestro pobre dinero con este beodo, y aún te atreves á traerlo aquí.

Los dos hombres entraron en la habitación; Matrena los siguió, empeñada en ver la cara al extranjero. Advierte que es muy joven, que tiene la tez pálida, un continente muy dulce, y además que lleva su propio castán ¡sobre la piel desnuda! ¡Ni vestigios de camisa, ni siquiera de gorro! Ha entrado, y allí permanece inmóvil, sin menearse, sin atreverse á alzar los ojos.

—No puede ser un hombre de palo—se dijo Matrena.—¡Me da miedo!

Retrocedió y pegóse á la chime-



nea, esperando con aire azorado lo que iba á suceder.

Semán se quitó el gorro de cuero y se sentó en el banco.

Preocupado con albergar á su huésped, preguntó á Matrena:

—Bueno, mujercita, ¿qué nos das de cenar?

La mujer, trocada en estatua delante del hogar, masculló entre dientes. Miraba alternativamente al uno y al otro, y meneaba la cabeza con el mohín más displicente. Semán advirtió que su cara mitad tenía el corazón lleno de bilis; pero hizo como si nada viese, y cogiéndole la mano al extranjero le dijo con tono afectuoso:

—Siéntate, hermano, y coméremos un bocado juntos.

El extranjero se sentó con timidez al lado de Semán. Este continuó:

—Di, mujercita, ¿no te queda nada de tus guisos?

Entonces desatóse Matrena:

—¡Claro está que algo me queda! Pero eso de dártelo, ¡que te limpies! Un hombre que ha bebido hasta no saber ya dónde tiene la cabeza, que se va para comprar una pelliza y vuelve sin caftán, trayendo consigo un vagabundo... no, en mi ánimo. ¡Yo no doy de comer á gandules y borrachos de vuestra calaña!

—Cesa en tu estúpida charla, Matrena; dejás correr mucho la sin

hueso, y antes debieras informarte...

—Lo que quiero saber antes es qué has hecho de nuestro dinero.

—Míralo —dijo;— Trifonow no me ha dado nada, me ha prometido pagarme mañana.

Estas frases, lejos de calmar á la terrible esposa, provocaron una nueva explosión de cólera.

—¡Sin pelliza! ¡Mi caftán en las costillas de un descamisado! ¡Y un vago en mi casa!—gritó, apoderándose con furia del billete, que al momento guardó en sitio seguro. Y no cesaba de darle á la lengua:—No, aquí no hay nada para vosotros. ¡Pues no tenía yo mal que hacer si hubiese de alimentar á tus borrachos, á tus amigos de taberna...!

—¡Matrena, calla el pico y oye lo que te voy á decir!

—¡Lo que me vas á decir! ¡Vaya con este grandísimo majadero, que quiere darme lecciones! ¡Ah! No me engañaba yo cuando no te quería por marido. Toda la hermosa ropa blanca que recibí de mi madre la has vendido para beber, y hoy te marchas aún á la taberna en vez de comprar la pelliza.

Semán quiere explicar que no ha bebido más que los veinte kopecks; comienza el relato de su encuentro con el extranjero, pero Matrena le interrumpe á cada paso y habla sola. ¿De dónde sacará ella todo cuanto dice? ¡Dios, qué flujo de palabras!



Una no espera á la otra. De diez años á la fecha acuden á su memoria todos los hechos; no se le olvida ninguno. Matrena se sobreexcita cada vez más, grita más alto, y al cabo cae sobre su marido, á quien agarra del brazo con violencia:

—¡Y mi manteleta! ¡También necesitabas lo único bueno que me quedaba! ¡Devuélvemela, perro borracho, y bien pronto, ó si no, ojo al garrote!

Semán, sin poder contestar una palabra, se sacó una de las mangas; su mujer tiró violentamente de la otra haciendo crujir todas las costuras; luego, tirando la prenda de vestir por encima de la cabeza, precipitóse hacia la puerta con el propósito de marcharse, pero de repente se detuvo. Se apaciguó su ira; otra voz acababa de hablar en ella, diciéndola que antes de escuchar á la cólera se informase de quién era el extranjero.

#### IV

Se quedó, y dijo á Semán:

—Si fuera un hombre de bien, no se pasearía desnudo, sin una camisa siquiera en el cuerpo; si estuviese allí por cosa buena, hace mucho tiempo que me hubieras dicho dónde has encontrado á este mocete.

—Precisamente, voy á decírtelo. Cátate que voy tranquilo por mi camino; delante de la capilla veo echado al pié de la pared á este hombre, desnudo como un niño que acaba de nacer; el frío le había dejado yerto; con el tiempo que hace no es nada bueno estar fuera de casita, sin ropa puesta encima. Dios es quien me condujo á su presencia; sin mí no estaría vivo. ¿Qué tenía yo que hacer? ¡Piénsalo bien! Nadie sabe lo que puede ocurrirle en el mundo. No vacilé, repartí con él mis vestiduras, y le dije que se viniese conmigo. Así, pues, Matrena, sosiega tu corazón un poco salvaje, y cuida de no pecar; acuérdate de que hemos de morir.

El espíritu del mal dominaba aún á Matrena: echó al extranjero una mirada llena de repulsión y permaneció silenciosa.

En cuanto al huésped desconocido, continuaba sin pestañear, medio sentado en la orilla del banco, cruzadas las manos sobre las rodillas y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Tenía los ojos constantemente cerrados. Su frente estaba velada por una tétrica melancolía y parecía oprimírsele la respiración.

Matrena continuaba sin responder.

Semán la interpeló de nuevo.

—Pero, Matrena, ¿te ha dejado de su mano Dios?



Estas palabras vibraron con extraño son en los oídos de Matrena, quien lanzó una nueva mirada al extranjero y sintió descargársele el corazón de un peso inmenso. Abandonando la puerta, se acercó á la estufa, sacó la comida de la tarde y la puso delante de ambos hombres; trajo la jarra de cerveza (*kwass*), poniéndola en la mesa después de llenarla hasta el borde; puso también el único pan que le quedaba; y, con voz tranquila, dijo á sus huéspedes, colocando ante ellos los cuchillos y las cucharas:

—Pues, bien, comed; he ahí todo lo que puedo ofreceros.

—Vamos, mi joven amigo, regálale—dijo á su vez Semán, después de cortar el pan en rebanadas y de empapar la sopa.

Y las cucharas iban y venían por la cazuela común. Matrena, de codos en una de las esquinas de la mesa, no apartaba los ojos del extranjero; y apoderóse de ella la lástima, y conmoviósele el corazón. Las facciones del desconocido se iluminaron con un rayo de alegría, reapareció en su frente la serenidad; levantando los ojos hacia Matrena, viósele una sonrisa llena de dulcedumbre.

Terminada la comida y alzados los manteles, Matrena se puso á hacer preguntas al extranjero.

—¿Quién eres?—comenzó.

—Aquí no me conocen.

—Pero, ¿cómo te has encontrado en el camino de nuestra aldea? ¿Quién te ha despojado de esta suerte?

—Dios me castiga.

—¿Con que de veras estabas desnudo delante de la capilla?

—Sí, es verdad; helaba, el frío me había entumecido ya; entonces me ha visto Semán y ha tenido lástima de mí: se ha quitado el caftán para cubrirme con él. Y, lo mismo que Semán, tú también te has apiadado de mi miseria y me has dado con qué calmar mi sed y mi hambre. ¡Recompéenseos Dios con la felicidad eterna!

Matrena se fué á descolgar de la ventana una camisa vieja, aquella misma que acababa de remendar; encontró también un par de calzones viejos, y todo ello se lo dió al extranjero, diciéndole:|

—Toma, hermano, ponte esto; no puedes estar sin camisa. Ahora elige el sitio que te convenga para pasar la noche; puedes tomar el sobradillo ó el rincón del hogar.

El extranjero se acostó en el camaranchón después de haber devuelto el caftán. Matrena, por su parte, mató la luz y se acostó junto á su marido, cubriéndose pobremente con la mitad del caftán. Pensando en el huésped misterioso, no se pudo dormir. Cuando se decía



que el último pan estaba comido y no había ya para mañana, que había dado hasta la camisa y los calzones de su marido, su corazón se contraía dolorosamente; pero entonces volvía á ver la sonrisa tan dulce y tan afectuosa, que había contestado á sus beneficios, y al punto una explosión de júbilo disipaba en ella todo vestigio de amargura.

Largo tiempo permaneció así despierta, notando que tampoco dormía Semán, porque tiraba del castán y se lo echaba él todo encima de sí.

—¡Semán! —le dijo ella al cabo.

—¿Qué hay?

—Hemos comido el último resto de pan, y no he puesto ningún otro al horno. ¿Qué vamos á hacer mañana? ¿Habrá que pedirlo prestado á la vecina Malojá?

—Con tal de que tengamos vida, encontraremos que comer.

Esta contestación hizo callarse á Matrena, quien, sin embargo, continuó un momento después:

—Ya se ve que ese hombre no es ningún malvado. Entonces, ¿por qué no quiere darse á conocer?

—¡Qué sé yo! Sin duda, porque se lo han prohibido.

—Oye, pues, Semán.

—¿El qué?

—Nosotros estamos dispuestos á dar siempre... ¿Por qué á nosotros nunca nos da nadie nada?

Semán no sabía qué responder, y refunfuñó:

—Bastante hemos charlado ya. Durmamos.

Y volviéndose al otro lado se quedó dormido con un sueño profundo.

## V

A la mañana siguiente se despertó más tarde que de costumbre. Los niños dormían aún. Matrena había ido á casa de la vecina en busca de su pequeño préstamo. El extranjero estaba ya sentado en el banco, vestido con las calzas viejas y la camisa remendada. Una tranquila serenidad irradiaba de sus facciones, y sus miradas elevábanse al cielo.

Semán le dijo, acercándose á él:

—Hermano, hablemos un poco.

No se puede vivir sin comer ni beber, y el cuerpo requiere ir vestido. El hombre debe ganarse el pan. ¿Sabes trabajar?

—No sé nada.

A Semán le dió un sobresalto; pero reportándose dijo:

—Bien. Basta con que tomes gusto al trabajo; el hombre puede aprenderlo todo.

—Trabajaré como vosotros.

—¿Cómo hay que llamarte?

—Miguel.



—Basta; no preguntó ninguna otra cosa, puesto que no puedes decir nada más. Pues bien, mi querido Miguel, aplícate, sigue mis consejos y aquí no te faltará ninguna cosa.

—¡Dios te bendiga! Ahora, habla y obedezco.

El zapatero tomó su ovillo de hilo encerado y se puso á retorcer la hebra entre los dedos:

—Mira—dijo;—esto no es difícil.

Miguel ponía en ello toda su atención, luego ensayaba á su vez; triunfó de esta prueba con un buen éxito completo. Semán continuó iniciándole gradualmente en todos los secretos del oficio. El aprendiz daba muestras de habilidad y de inteligencia, y no hacía más que regocijar á su maestro. Por difícil que fuese la obra, salía de sus manos limpia y bien hecha. Al tercer día, Miguel trabajaba ya como un obrero; hubiérase dicho que en toda su vida no había hecho otra cosa. No perdía un minuto, comía con moderación y no salía jamás. Cuando tenía ratos de vagar, permanecía silencioso, con los ojos constantemente fijos en el cielo; ninguna palabra inútil, ninguna burla salía de su boca. No se reía nunca. No se le había visto sonreír más que una vez, el día de su llegada, cuando Matrena le sirvió de cenar.

## VI

Yendo así las cosas, días tras días, semanas tras semanas, transcurrió bien pronto un año. El maestro Semán tenía ahora un hábil obrero, capaz de trabajar mejor y con más solidez que otro cualquiera; todo el mundo elogiaba su obra, los parroquianos acudían de todas partes, y al fin reinaba el bienestar en la morada del pobre zapatero de viejo. Un día, en el riñón del invierno, detúvose ante la puerta un trineo tirado por tres veloces caballos. Semán y su compañero se asomaron á la ventana, interrumpiendo el trabajo respectivo. Un elegante lacayo saltó con presteza del pescante y abrió la portezuela. Apeóse un personaje de porte distinguido, envuelto en pieles, quien se dirigió á la puerta y subió la escalera. Matrena habíase precipitado al portal y tenía abierta de par en par la puerta.

El personaje se inclinó ante el dintel, bajo en demasía, y penetró en la estancia. Era de una estatura más que regular, y en poco estuvo que al entrar no diese con la cabeza en el techo. Su aire majestuoso contrastaba con la modesta pie-



za, que parecía demasiado pequeña para él.

Semán, que se había levantado con premura, hizo una profunda reverencia, todo confuso al ver á ese gran señor; su pobre techo jamás había cobijado á un personaje semejante. ¡Qué contraste! Por un lado, Semán con la tez curtida y el rostro arrugado, Miguel con su pálida y demacrada faz, Matrena cuya rugosa piel se estira sobre los huesos; por otra parte, un coloso de pingüe cara encendida, con un pesquezo de toro, hirviendo todo el hombre como si fuese fundición, en una palabra, un ser con aspecto de venir de otro mundo.

El personaje respiró ruidosamente, se quitó el abrigo de pieles, y después de sentarse, preguntó:

—¿Quién es aquí el amo?

—Yo soy, mi Señoría—respondió Semán, adelantándose.

El caballero se volvió entonces hacia su lacayo, y le dijo:

—Fedka, vete á buscar el rollo de cuero.

Apresuróse á salir el lacayo, y bien pronto regresó con un rollo, entregándosele á su amo. Este lo puso encima de la mesa.

—Abrelo—ordenó de nuevo.

Cuando quedó hecho así, el caballero, apoyando la mano en el cuero, interpeló á Semán:

—¡Escucha ahora, zapatero y

maestro de obra prima! ¿Ves este cuero?

—Lo veo, mi Señoría—tartamudeó Semán, tan confundido, que apenas podía hablar.

—¡Lo ves! Pero, ¿sabes tú lo que es esta mercancía?

Semán palpó el cuero, y dijo:

—Es una magnífica mercancía.

—¡Magnífica! Ya lo creo, par diez; tan magnífica, que un zapatero como tú en su vida ha visto cosa parecida. ¿Sabes que esto es cuero alemán, y que cuesta veinte rublos?

El corazón le dió un vuelco á Semán, quien apenas pudo balbucear:

—¿Dónde se encontraría aquí nada parecido?

—Eso mismo digo yo. Ahora, escúchame bien. Quiero que con esta piel me hagan un par de botas, pero necesito una obra maestra. ¿Te encargarás tú de este trabajo?

—Me encargaré de él, mi Señoría.

El caballero apostrofó con violencia á Semán.

—Pronto dices que te encargarás; pero, ¿sabes para quién trabajas? ¿Y conoces el precio de este género? Quiero unas botas que me duren puestas un año, sin torcerse, ni desgastarse una pizca, sin desgarradura de ninguna clase. Si te crees capaz de hacerlo bien, corta mi precioso rollo, te lo confío; pero si



no estás seguro, no te encargues de la cosa, pues te prevengo que al menor pliegue, al más pequeño desgarrro, á la más mínima avería que se produzca en un año, te hago zampar en la cárcel sin piedad. Por el contrario, si me satisface la obra, tu salario será un rublo en plata.

Semán había perdido todo su aplomo, no se atrevía á responder, é interrogaba con la vista al compañero Miguel. Como éste permaneciese indiferente, Semán le dió con el codo, diciendo en voz baja:

—¿Debo aceptar?

Miguel hizo un movimiento de cabeza, que significaba.

—Toma el trabajo, puedes hacerlo.

Con este consejo, aceptó Semán y prometió unas botas que se conservaran intactas durante un año. Después de lo cual, llamando al lacayo, el caballero se hizo descalzar el pié izquierdo y alargó la pierna al maestro de obra prima, para que le tomase las medidas.

Semán cogió unas tiritas de papel, las reunió cosiéndolas por los cabos, y esto formó una medida de unos diez *werschok*, alisándola cuidadosamente con la mano; luego, poniendo rodilla en tierra, comenzó la operación, pero secándose antes las manos con el delantal, de miedo á ensuciarle las medias al caballero.

Midió la planta y después la garganta del pié. La pantorrilla era un verdadero pilar; la tira resultó corta para abarcarla en redondo.

—Cuida de no hacerme las cañas demasiado estrechas—exclamó el caballero.

Semán apresuróse á coser otra tira; al paso que el extranjero, sentado con indolencia, miraba las cañas á los estantes en la habitación; y mientras sus dedos gordos ejecutaban una danza dentro de las medias, sus ojos fueron á fijarse en Miguel.

—¿Quién es este?—preguntó.—¿Tu aprendiz, sin duda?

—Dígnese dispensarme V. S.; este joven es ya un maestro, y él es quien hará las botas de V. S.

—Ten cuidado, joven. Ya has oído; quiero unas botas que permanezcan nuevas durante un año entero.

Semán habíase interrumpido para dirigirse también á Miguel, pero éste se ocupaba poco del caballero; miraba con rara insistencia al rincón del cuarto, como si alguna cosa le llamase la atención detrás del extranjero. Miraba y remiraba, hasta que de pronto una sonrisa iluminó su rostro; pareció transfigurarse.

—¿Qué quiere decir esto, necio presumido? ¿Qué tienes tú que fisgar? Piensa más bien en esmerarte



en la obra que vas á hacer y en concluir á tiempo mis botas.

—Estarán dispuestas á la hora en que vengan á pedir las—respondió sencillamente Miguel.

—Así lo mando yo.

El caballero se dejó calzar, envolvióse en su abrigo de pieles y se dirigió á la puerta; al salir se le olvidó bajarse, y fué á chocar violentamente contra el dintel. El noble personaje echó sapos y culebras de lo lindo, mientras se frotaba la frente y corría á su triñeo, que partió al galope.

Semán exhaló un suspiro de alivio, y dijo:

—¡Vaya un hombre de hierro! Un mazo no le derribaría; su cabeza ha hecho temblar la techumbre, y apenas parece haber sentido el golpe que se ha llevado.

Matrena también quiso echar su cuarto á espadas.

—Gentes que tienen todo cuanto quieren—dijo—no tiene nada de particular que sean fuertes y robustas. Pero, no importa; la muerte los deshará como á los demás.

## VII

Al cabo de un momento, Semán dijo á Miguel:

—Bueno, ya tenemos la obra.

¡Con tal de que no nos ocurra un fracaso! El cuero es de lo más caro, su dueño, un hombre áspero, un desgarrón en seguida se hace. Ahora, á ti te toca mostrar lo que puedes hacer. Tienes un ojo más certero que yo, tus manos son más hábiles que las mías. Te dejo; corta el cuero; yo coseré las piezas.

Miguel extendió sobre la mesa el precioso rollo, sin contestar, y tijera en mano se puso á cortar el cuero. Mientras alejábese Semán, se acercó su mujer, curiosa por lo que iba á ocurrir. Por supuesto que desde mucho tiempo atrás era sabedora de cómo se procedía, pero aquella vez no pudo dar crédito á sus propios ojos. Contra todas las reglas, Miguel cortaba la pieza en una serie de roldanas; la pobre Matrena estaba enteramente trastornada; sin embargo, no se atrevía á intervenir por temor á meterse en una cosa de que no entendía. «Sin duda, no habré comprendido, déciase; dejemos obrar á Miguel, pues entiende de esto más que yo.» El obrero se puso en seguida á coser las piezas, pero siempre al contrario de lo usual; parecía hacer unos zapatos destinados á llevarse sin medias, como los que se ponen á los muertos. Matrena se asombraba cada vez más, pero se callaba, sin embargo, mientras que Miguel seguía cose que cose.



Pasó la tarde; al regresar Semán, se encontró con que el cuero de su Señoría estaba transformado en un par de zapatos de muerto.

El pobre hombre juntó las manos, y exclamó:

—¡Santo Dios! En un año que lleva conmigo, el joven no ha hecho jamás el menor desaguizado. ¡Y de pronto habrá de causarme un perjuicio tan grande! Zapatos flexibles, en lugar de las botas altas que encargó el caballero. ¡Y la magnífica piel estropeada, perdida! ¿Dónde encontrar ahora otra semejante? ¿Y qué voy á decirle al caballero? ¿En qué has estado pensando, Miguel, pobre amigo mío? Esto es clavarme un puñal en el pecho. Te encargan unas botas, y tú...

Iba á reventar, pero en ese momento estremecieron la puerta redoblados golpes.

Asomáronse todos á la ventana. Un jinete acababa de apearse ante la casa y estaba atando el caballo. Corrieron á su encuentro y conocieron al lacayo del caballero.

—Buenas tardes—dijo.

—Buenas tardes. ¿Qué se te ofrece?

—Vengo de parte de mi graciosa señora. Es con motivo de las botas.

—Pues, ¿de qué se trata?

—Mi señor ya no las necesita; ya no es de este mundo.

—¿Qué dices?

—La mismísima verdad. Al de-

jaros, ya no debía volver vivo á su casa; la muerte le sorprendió en el camino. Cuando llegamos al castillo, salto del pescante, abro la portezuela, pero no se menea, como si fuese una piedra; su cara estaba pálida, el cuerpo rígido. ¡Dios, qué trabajo nos costó sacarlo del trineo! Por eso mi graciosa señora me envía á ti con esta orden:

«Vete á decir al zapatero que tu señor, el que le ha encargado botas dejándole un rollo de cuero raro, está en la eternidad; dile que ya no son necesarias las botas, y que haga con el cuero un par de zapatos flexibles para calzar los piés al difunto. Puedes aguardar y traer-te los zapatos. Anda y date prisa.»

Entonces Miguel recogió los recortes de cuero, aplastó uno contra otro los dos zapatos de muerto luego de darles el último golpe con la punta del mandil, y después, haciendo con todo ello un paquete, se lo entregó al vivaracho mensajero, quien partió, dirigiéndoles este saludo:

—¡Adiós, buenas gentes! ¡Que haya suerte!

## VIII

Trascurrieron un año y otro, hasta llegar á seis, y Miguel continua-



ba viviendo en casa del maestro Semán. Las cosas seguían por su carril ordinario. El hábil obrero trabajaba sin descanso, no abandonaba nunca la tiendecilla, jamás salía de su boca una palabra inútil, sólo le habían visto reír dos veces: la primera cuando Matrena le había servido de cenar; la segunda vez cuando el caballero había encargado las botas. Semán tenía con él continuos motivos para estar satisfecho; nunca había vuelto á plantear la cuestión de su origen. Sólo temía saber una cosa: que un día ú otro se marchase de allí Miguel.

Un día, toda la familia estaba en el cuartito, la mujer de su casa preparaba la comida, los niños saltaban encima de los bancos, echando á veces una mirada curiosa á la calle; Semán y Miguel, sentados cada cual delante de su ventana, ocupábanse en golpear un par de tacones. Uno de los muchachuelos llegó corriendo por el banco hasta Miguel, y apoyándose en el hombro de éste, exclamó mirando á la calle:

—Tío Miguel, fíjate un poco en la mujer del comerciante que viene también á casa y trae dos niñas pequeñas; mira cómo cojea una de ellas.

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, cuando Miguel, dejando su trabajo, se inclinó rápida-

mente hacia la ventana y dirigió á la calle una mirada de extraña fijeza.

Semán se asombró muchísimo. Su oficial nunca se había preocupado por lo que pasaba fuera, y cátese que de pronto parecía como magnetizado ante la vidriera. Miró Semán, y vió que, en efecto, se acercaba una mujer dando la mano á dos niñas pequeñas; la señora iba muy bien puesta y sus niñitas vestidas la una como la otra, con abrigo de pieles y una elegante pañoleta alrededor del cuello; se parecían tanto, que no se las hubiese distinguido sin la invalidez que hacía cojear á una de ellas. La señora subió la escalera y entró en la habitación, introduciendo primero á las dos criaturas.

—Buenos días, buenas gentes—dijo saludando.

—Servidor de V., señora. Pase V., se lo ruego—respondió Semán.

Sentóse la señora delante de la mesa, mientras que las dos pequeñas se arrimaban á ella, un poco asustadas en medio de esas caras desconocidas.

—Quisiera que me hiciesen un par de zapatos á mis niñas, para Año nuevo.

—Es muy fácil, señora. Verdad es que aún no hemos calzado unos piés tan chiquitos; pero, á pesar de eso, puede hacerse la cosa. ¿Desea



V. zapatos ó botinas con vueltas? Aquí tiene V. á mi oficial, que en todo es un maestro.

Y Semán se volvió hacia Miguel; pero éste no había vuelto á tomar su obra, sino que continuaba fijando los ojos en las dos niñas. No cabe duda de que eran unas criaturas encantadoras, de hermosos ojos negros, mejillas redondas y sonrosadas, y además estaban muy bien con sus abrigos de pieles; pero todo eso no explicaba aquella contemplación de Miguel, quien las miraba como si hubiese vuelto á ver antiguas conocidas.

Sin embargo, Semán guardó para sí su asombro, y continuó hablando con la señora. Conviniéronse en el precio, después de lo cual el maestro Semán buscó las tiritas de papel y se puso á ajustarlas para tomar medidas. La señora sentó en sus rodillas á la niña cojita, diciéndole á Semán:

—Para ésta habrá que tomar dos medidas, y hacer un zapato para el pié torcido y tres para el otro. Las dos tienen el mismo pié: son gemelas.

Cuando Semán llegó al pié tullido, preguntó.

—¿De qué le procede este defecto? ¡Una niña tan hechicera! ¿Es quizá de nacimiento?

—Precisamente, no. Su madre le deformó el pié al darla á luz.

La curiosa Matrena no dejó de acercarse, necesitaba saberlo todo: quién era la señora, quiénes las niñas y cómo es que las tenía consigo.

—¿De modo que no eres su madre?—dijo muy asombrada.

—Ni madre, ni pariente de ellas, querida mía; entre nosotras no hay ningún vínculo de sangre, son mis hijas adoptivas.

—¡Conque no eres su madre y, sin embargo, tienes tanto afecto y cuidado para con ellas!

—¡Cómo no he de amarlas! Las he amamantado á mis pechos. Yo también tenía un hijo; Dios me lo ha llevado, pero no era mayor mi ternura por él que por estas dos.

Pero ¿de quién eran aquellas criaturas?



## IX

Una vez entablada la conversación entre aquellas dos mujeres, la madre adoptiva hizo el siguiente relato:

—Si no estoy equivocada, hace seis años, día por día, que sucedió la cosa. Estas pobres pequeñuelas perdieron á la vez padre y madre en una misma semana. El martes enterraron al padre, la madre murió el viernes. Cuando vinieron al



mundo, llevaban ya tres días siendo huérfanas del primero; no debían tener madre ni un solo día. habitaba yo entonces en la aldea con mi marido, y vivíamos puerta con puerta. El esposo era un misántropo, trabajaba en los bosques; un día, al derribar un árbol, cayó éste en falso y le aplastó. Expiró mientras le llevaban á su casa. Tres días después, su mujer daba á luz dos gemelos, que eran estos angelitos.

La desdichada estaba sola en su casa, con su desventura y en la mayor miseria; parió sola y falleció. Cuando al día siguiente fuí á verla, estaba rígida y helada. Entre las convulsiones de la agonía, la pobre madre habíase vuelto hacia una de las criaturitas y la había aplastado el pié. Quedó estropeada de resultas.

Corrí á llamar á los vecinos; reuniéronse en torno de la muerta, lavaron el cadáver, se le vistió y hubo que ir por un ataúd; los vecinos eran todos buenas gentes, pagaron á escote y procedieron en seguida al enterramiento.

¡Quedaban las dos recién nacidas! ¡Qué hacer? Yo era la única que estaba criando (á mi único hijo, que tenía ocho semanas). A mí me correspondía hacerme cargo al principio. Luego, habiéndose consultado unos á otros los vecinos dete-

nidamente, me dijeron:—María, encárgate aún un poco de las dos criaturitas, mientras vemos lo que es preciso hacer. Lo primero que hice fué dar teta á la niña sana, pues la otra parecía que no iba á poder vivir y yo quería abandonarla. Sin embargo, dictábame el corazón en silencio: «¿Y por qué no había también de vivir este ángel?» Me dió lástima; puse al pecho la niña delicada, vivió y tuve así tres niños á quienes dar de mamar. Era yo joven y robusta, nada me faltaba, y el misericordioso Dios hizo abundar la leche en mis pechos. Mientras daba teta á dos, el tercero aguardaba su turno.

Más tarde me envió Dios una terrible prueba. Mientras criaba yo los hijos de otra persona, juzgó conveniente arrebatarme el mío. El pobre ángel entraba en el segundo año. Después no he vuelto á tener más. La prosperidad reinaba en la casa, después hemos venido á establecernos cerca de aquí; dirigimos un molino por cuenta de otro, ganamos un buen salario, y llevamos una vida holgada. No teniendo ya á nuestro hijo, ¡qué existencia sería la nuestra sin estos dos pequeños querubines! ¡Santo Dios! ¿Cómo no he de amar á estas prendas? ¡Son toda mi vida!

Y la buena mujer, presa ya de una gran emoción, estrechó con



transportes de cariño á la inválida niña contra su corazón, enjugándose con la mano que le quedaba libre una lágrima que humedecía sus ojos.

Matrena suspiró muy pensativa, exclamando:

—Dice bien el proverbio: «Sin padre ni madre puede prolongarse la vida, pero no se puede vivir sin Dios.»

Aún hablaban las dos mujeres entre sí, cuando de pronto llenóse de brillante claridad la pequeña habitación. Ambas se miraron sorprendidas. La irradiación partía del lado de Miguel; éste mismo hallábase como transfigurado; con las manos juntas sobre las rodillas, miraba al cielo y se sonreía.

La señora se había retirado, llevando consigo á sus dos niñitas. Miguel, de pié, había dejado su trabajo. Se quitó el mandil, y luego, inclinándose profundamente, dijo á sus huéspedes:

—Mis queridos bienhechores, ahora dejadme ir en paz, Dios me ha perdonado; perdonadme también vosotros.

Y toda su persona resplandecía con un fulgor cada vez más intenso á los ojos de sus asombrados huéspedes.

Semán respondió, inclinándose con profunda veneración:

—Miguel, veo que no eres lo que

los demás hombres; no puedo, por tanto, retenerte, y tampoco me atrevo á pedirte que me reveles lo que es un misterio. Pero, á lo menos, ¿no pudieras explicarme una cosa? Por qué, cuando aquí te traje, tu rostro, tan triste, se iluminó de pronto al servir la mesa mi mujer? ¿Por qué tuviste una sonrisa aún más radiante cuando el caballero estaba aquí sentado? ¿Y por qué, en fin, esta tercera sonrisa y este resplandor maravilloso en presencia de la señora y de las niñas que acaban de marcharse? Miguel, dinos, dinos, ¿qué es este nimbo que te envuelve y por qué te has sonreído tres veces?

—Sí, Dios me ha perdonado; mi penitencia ha concluido, y eso es lo que devuelve á mi cuerpo su esplendor. Cada una de mis sonrisas era una sonrisa de gozo, porque cada vez oía una palabra de Dios, y á la tercera tenía que acabarse mi penitencia. Cuando se despertó la caridad dentro del alma de tu mujer en presencia de mi necesidad, oí la primera palabra y viste mi primera sonrisa. Cuando el caballero encargó unas botas que no había de llevar, escuché la segunda palabra y me sonreí otra vez. Ultimamente, las niñitas me han hecho oír la tercera y última palabra, y he sonreído por tercera vez.

Semán replicó:

—Dinos, Miguel, ¿cuáles son



esas palabras y por qué te ha castigado Dios?

—Dios me ha castigado porque no he cumplido su voluntad. Me había hecho ángel del cielo y me he sublevado contra El. Sí; yo era un ángel, y Dios me envió á la tierra para recoger el alma de una mujer. Encontré á una infeliz criatura en una horrible miseria, dando á luz dos hijos gemelos, dos niñas. Ambas criaturillas buscaban el seno de su madre, y ésta no tenía fuerzas ya ni siquiera para acercárseles; entonces me vi á su lado, y temblé, presintiendo por qué me había enviado Dios. «Ángel divino —me dijo ella derramando lágrimas—acaban de dar tierra á mi marido; un árbol lo ha muerto al caer; no tengo hermanas, ni madre, á nadie; ¿quién cuidará, pues, de mis pobres hijitas? Ten conmiseración; dame tiempo, te lo suplico, para que á lo menos pueda criarlas. ¿Qué sería de ellas sin padre ni madre?...» Tuve lástima, y dejé la madre á sus recién nacidas. Puse una de ellas en su brazo y la otra contra su seno. Subiéndome al cielo, me presenté ante el trono de Dios, diciendo: «No he podido tomar el alma de la nueva madre; su marido ha muerto en el bosque, se queda sola con unos gemelos que acaban de nacer, y dice que esas criaturas no podrían vivir sin ella.

Me ha rogado que la dé tiempo para criarlas; me dió lástima de ella, y no he podido resolverme á quitarle su alma...» Entonces Dios Nuestro Señor me ordenó de nuevo: «Anda, te digo, toma el alma de esa madre y oirás estas tres palabras: Lo que hay en el corazón del hombre, lo que el hombre no puede conocer, lo que guarda la vida del hombre. Cuando las hayas oído y comprendas su significado, podrás volver á entrar en el cielo.»

Entonces las pobres niñas desprendiéronse de los pechos que las criaban, la madre se desplomó pesadamente sobre una de ellas y su cadáver, echado encima de la criaturilla, hizo torcerse su pobre piecito. Eché á volar con el alma de la muerta; pero un torbellino me rompió las alas, y caí junto á la aldea; mientras el alma remontábase sola hasta Dios!

## XI

Semán y Matrena lloraban de espanto y de gozo, al ver quién era aquel que habían acogido y abrigado seis años bajo su techo. El ángel continuó:

«Abandonado por Dios, hallábame enteramente desnudo en el camino. Yo no tenía ninguna idea



sobre la condición de los hombres, y necesitaba convertirme en uno de ellos para sufrir sus miserias y aprender á conocer el hambre y el frío.

»Hambriento y aterido, no sabía valerme en esa necesidad apremiante. Entonces se me apareció á lo lejos en el campo una capilla consagrada á Dios. Me acerqué y pretendí buscar allá un abrigo; pero estaba cerrada, y me agaché al pié del muro para resguardarme del viento. Era noche cerrada, el suelo estaba helado, pensé que iba á morir..., cuando vino un hombre por el camino. Tenía familia, necesitaba pensar en el comer y el vestir de los suyos, y esto era para él suficiente cuidado. De seguro que éste no podía socorrerme. Cuando me vió, entenebrecióse su semblante y me dió miedo; se apresuró á continuar su camino. Iba á apoderarse de mí la desesperación, cuando de pronto el pasajero volvió piés atrás; volví á ver sus facciones, y ya no era el mismo hombre. Antes había visto la espantosa muerte en su rostro; á la sazón, había en él vida y luz. ¡Reconocí la imagen de Dios!

»Adelantóse hacia mí, se despojó de sus propios vestidos para cubrirme con ellos, y me llevó consigo. Entramos en su casa, una mujer nos recibió en los umbrales; su

rostro era aún más horrible que el primero de su marido; el espíritu de la muerte salía de su boca, apesataba á muerte y podredumbre, y sentíase sofocado con eso. La mujer quería rechazarme á las frías tinieblas, y yo no ignoraba que tan pronto como su mal designio se realizase quedaría muerta. Su marido la hizo reflexiones hablándola de Dios, y todo cambió en ella de repente. Me dió de cenar; y como me mirase con fijeza, al punto clavé en ella los ojos: la muerte había cedido el puesto á la vida y la luz. Entonces volví á reconocer la imagen de Dios, y oí su primera palabra: «¡Aprenderás lo que hay en el corazón del hombre!»

»Ahora sabía yo que en el fondo del corazón del hombre hay amor. Me alegré de aprender una de las cosas que me eran ocultas, ¡y eso me produjo mi primera sonrisa! Habitaba yo bajo vuestro techo; y cuando hubo transcurrido un año, presentóse un hombre exigiendo botas que calzaran un año entero sus piés, sin desgastarse. Miré á ese hombre, y he aquí que detrás de sus hombros estaba uno de mis compañeros del cielo, el ángel del amor. Sólo yo le veía, sin poder equivocarme; así supe que antes de la noche el alma del caballero comparecería á juicio, y meditando en ello me dije: «He aquí un hombre que



se inquieta porque un calzado le dure un año entero, é ignora que hoy mismo ha de morir. Por tanto, el hombre no puede decir de antemano cuáles serán las necesidades de su cuerpo. Esta es seguramente la segunda palabra de Dios: «Sabrás lo que no le ha sido dado al hombre conocer: ¡lo por venir!» Me sonreía entonces porque la había oído y porque volvía á ver á uno de mis compañeros del cielo.

»Aguardé con paciencia en medio de vosotros á que Dios me revelase su tercera y última palabra. Al fin, después de seis años, la buena mujer ha venido aquí, y en sus querubines reconocí al momento las dos gemelas de la muerta; y reflexionando siempre, me he dicho:— Tanto has suplicado que no les fuese arrebatada su madre, creyendo que sin padre ni madre no podrían vivir, que vino una mujer extraña, las crió y se las llevó á su casa para educarlas... —Y cuando la buena mujer estrechaba contra su corazón á esos hijos ajenos, derramando lágrimas de amor, reconocí en ella al mismo Dios vivo; he visto lo que guarda la vida de los hombres, he oído la tercera y última palabra, y he comprendido que Dios me había perdonado.

»He aquí lo que produjo mi tercera sonrisa.»

## XII

Entonces el ángel se envolvió en una luz tan espléndida, que no podía soportarse la vista de él; y una voz celestial hizo oír sus palabras:

«Ahora sé que la vida no se conserva por los cuidados ni por las inquietudes del hombre, sino por el amor.

»La madre moribunda no sabía cómo sus hijas conservarían la vida. El rico señor ignoraba lo que necesitaría una hora después, y ningún mortal sabe si á la tarde llevará puesto el calzado de los vivos ó si calzarán su cadáver con el de los muertos.

»He debido la conservación de mi vida, no á mis cuidados y á mis inquietudes, sino á la caridad de un hombre y una mujer, que han acogido y alimentado al infeliz encontrado en el camino; conmoviéronse al ver mi miseria y me dieron su amor.

»Las dos huerfanitas viven, no por los cuidados que se les han prodigado, sino por el amor que una extraña sentía en su corazón. Lo que sostiene la vida no son las preocupaciones de los hombres, sino la chispa divina, el amor que reside dentro de su corazón.



»He advertido que el cuidado de vivir atormenta mucho á los hombres de corta vista; pero una sola cosa sostiene la vida, y es el amor. Y el que perdura en el amor habita en Dios y Dios en él, porque Dios es amor.»

Entonces el ángel entonó un cántico de alabanzas, y el sonido de su voz hizo temblar hasta en sus cimientos la casa de Semán. Entre-

abrióse el techo, y una columna de fuego ascendió de la tierra al cielo. Semán y su familia se desplomaron sin conocimiento y permanecieron prosternados en el polvo, en tanto que el ángel, desplegando sus nuevas alas, voló majestuosamente al empíreo.

Cuando Semán volvió en sí, nada había cambiado en su estancia, donde no se hallaban más que sus deudos.

## LOS DOS ANCIANOS

### I

**D**os ancianos habíanse propuesto ir juntos á Jerusalén, á orar á Dios en los Santos Lugares (1).

Uno de ellos era un labriego bien acomodado, y se llamaba Jefin Farrassitsch Schewelevff.

El otro era un pobre campesino de poca fortuna, llamado Elíseo Bdorow.

Jefin era un hombre severo; no

bebía aguardiente, no fumaba ni tomaba rapé, en su vida había salido de su boca una palabra fea, y conducíase siempre como un hombre de buenas costumbres y de un carácter ejemplar.

Como individuo del Consejo de los *ancianos*, había desempeñado esas funciones durante dos períodos, saliendo de ellas con inmaculada reputación.

Su familia era de las más numerosas: dos hijos casados, con hijos también, viviendo todos bajo el mismo techo.

De exterior imponente, llevaba espesa barba corrida, tenía tieso como un soldado; y, siendo casi

(1) Al escribir el presente hermoso cuento, se propuso Tolstoy demostrar á sus paisanos que Dios escucha la oración desde dondequiera que se le dirija, y que no deben abandonarse la educación de los hijos y el cuidado de la casa por entregarse al rezo. El escrito ha producido mágico resultado entre los aldeanos rusos.—(N. DEL T.)



septuagenario, apenas plateaban sus cabellos algunas canas.

Elíseo era un vejete ni rico ni pobre, que había peregrinado durante su juventud como carpintero, y en su vejez se había vuelto más casero cada vez, á fin de consagrarse á la agricultura.

Uno de sus hijos buscaba fortuna en el extranjero; el otro continuaba en la casa.

Elíseo era de recto espíritu y de buen corazón. Bebía muy á gusto su vasito de aguardiente, tomaba su polvo de rapé y le gustaban los cantares; sin embargo, era un compañero pacífico y vivía en buena inteligencia con sus vecinos, siendo afectuoso con los de dentro de casa.

De mediana estatura, Elíseo era de tez bronceada, barba crespa y oscura y—como su patrono el profeta Elíseo—tenía el cráneo completamente calvo.

Desde mucho tiempo atrás, ambos viejos estaban de acuerdo y habían hecho voto á la vez de ir juntos en peregrinación; pero Farasitsch, constantemente comprometido en algún nuevo negocio, nunca podía encontrarse libre. Apenas había despachado uno, venía-sele otro á las manos; una vez se trataba de una petición en matrimonio para su nieto, otra esperaba al menor de vuelta del regimiento,

ó bien sobrevenia la necesidad de construir alguna dependencia...

Un día de fiesta encontráronse los dos viejos, y se sentaron en amor y compañía sobre una viga.

—¿Cómo va, padrecito?—preguntó Elíseo.—¿Y cuándo nos decidimos á cumplir nuestro voto?

Jefin frunció el entrecejo, y dijo:

—Aún hemos de tener paciencia para un rato; llevo un año muy pesado. Se me ha puesto en la cabeza acabar la construcción de la nueva casa; contaba con emplear en ella poco más de un centenar de rublos, y pasan ya de trescientos. Y aún no se le ve el fin á esto. Claro es que no habré concluido antes del verano. Sin embargo, una vez llegado el verano, cúmplase la voluntad de Dios; entonces, á ciencia cierta, nos pondremos en camino.

—A mi parecer—observó Elíseo—no debiéramos diferir por más tiempo nuestro proyecto, y conviene que nos decidamos desde ahora. La primavera es lo más oportuno.

—Con seguridad, la estación es buena; pero han comenzado los trabajos. ¿Cómo he de dejar en planta mi edificio?

—¿No tienes, pues, nadie que te ayude? Y tu hijo, ¿no puede continuar los trabajos?

—Pero, ¿cómo los dirigirá sin mí? Con mi mayor no puedo contar de ninguna manera, porque bebe.



—Tenemos que morir, padrecito mío, y tendrán que vivir sin nosotros. Alguna vez debe probar tu hijo á ir sin andadores.

—Cierto es, pero no descanso ni sosiego cuando las obras no se hacen á mi vista.

—¡Ah, querido hermano! Con seguridad que no llevarás á cabal término todos tus trabajos. Escucha, voy á contarte un apólogo. Poco hace, fregaban y barrían las mujeres en mi casa, en víspera de fiesta, y esa limpieza no tenía fin; mira por aquí, mira por allá, siempre se topaba con algo que acicalar, y nada se concluía. Entonces, la mayor de mis nueras (una cabecita destornillada) exclamó: «¡Bendito sea Dios, que llega el día de fiesta sin aguardarnos; pues con todo nuestro celo, jamás hubiéramos terminado esta limpieza!»

Tales palabras dieron qué pensar á Farassitsch, quien exclamó después de una pausa:

—Esta construcción me cuesta ya un sentido; y un viaje lejano no se puede emprender con las manos vacías. Cien rublos no son un puñado de anís.

Echóse á reir Elíseo, y observó cordialmente:

—Eso es pecar, padrecito mío. Tus medios son diez veces mayores que los míos, que soy un pelagatos. ¡Y me hablas de dinero! Dime,

nada más, cuándo partimos. Yo no tengo un cuarto, pero no me faltará.

A su vez, sonrióse con malicia Farassitsch.

—Vaya, vaya—dijo chungueándose:—¿te has hecho rico de pronto, ó vas á desenterrar la suma que te hace falta?

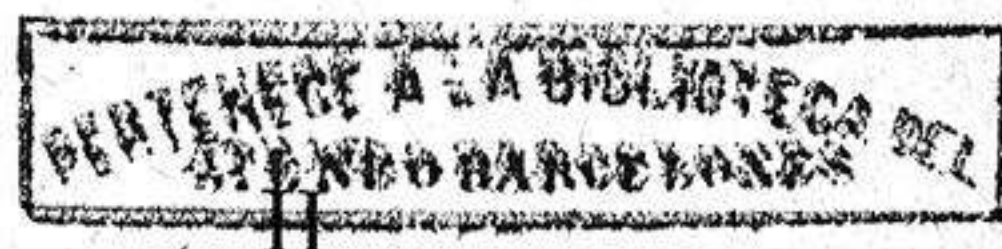
—En primer lugar, arañando bien, acabaré por encontrar en casa alguna cosilla; y, si esto no bastase, cederé una docena de colmenas á mi vecino, quien hace mucho tiempo que me las viene pidiendo.

—Buen año para los enjambres; ya te arrepentirás de ello...

—¿Arrepentirme de ello? ¡Ni por pienso, padrecito mío! En toda mi existencia, sólo he tenido que arrepentirme de mis pecados. Para mí, no hay nada de mayor precio que mi alma.

—En eso llevas razón; pero, sin embargo, es penoso que vayan mal las cosas en la casa.

—Y aún es más dolor cuando no van bien las de nuestra alma. Hemos hecho un voto: ¡pongámonos en camino, de veras, pongámonos en camino!



Elíseo había convertido á su viejo amigote.



Durante dos horas, Jefin anduvo dando vueltas en silencio á su magín; y al día siguiente se presentó en casa de Elíseo.

—Vamos, padrecito, dispuesto me tienes aquí; me has abierto los ojos. En manos de Dios están la vida y la muerte. Mientras aún estamos firmes y guapos es cuando debemos ir en peregrinación.

Al cabo de una semana pusiéronse en camino los dos ancianos.

Jefin Farassitsch tenía en casa dinero suficiente. Tomó para el viaje ciento noventa rublos y dejó doscientos á su mujer.

Elíseo se había puesto en regla; vendió á su vecino diez de sus colmenas, comprometiéndose también á suministrarle tantos enjambres nuevos como pudieran producir diez colmenas. Por todo ello recibió Elíseo setenta rublos. Los treinta rublos restantes los recogió en casa, exigiendo á cada cual un pequeño sacrificio; su mujer le entregó todo lo que había economizado, apartándolo para el caso de muerte; la nuera también dió lo que poseía.

Jefin Farassitsch confió á su primogénito todos los asuntos de la casa; le hizo cuidadosas recomendaciones, á saber: dónde y en qué número podría asalariar segadores para el heno, dónde había de llevar el estiércol, dónde tenía que levan-

tar el edificio, cómo debía hacer la techumbre.

Elíseo recomendó á su anciana compañera que pusiese aparte los enjambres nuevos de las colmenas vendidas, á fin de que el vecino no sufriese perjuicio alguno. En cuanto á las cosas de la casa, no la hizo recomendación ninguna: «Según las circunstancias—la dijo—juzgarás lo que tienes que hacer. Dueña de ti misma, obrarás como te convenga.»

Los ancianos hicieron sus preparativos de viaje.

Sus deudos ocupáronse en cocer tortas de miel, en coser sacos de viaje, en cortar vendas de lienzo para los piés, en comprar botines nuevos.

Al cabo, llegó la hora de la separación.

Las familias acompañaron á los peregrinos hasta el campo, y allí se dieron la despedida; después, los ancianos lanzáronse con valor hacia el mundo remoto.

Elíseo se alejó animosamente y sereno de la aldea natal, dejando tras de sí todos los pequeños cuidados, todas las preocupaciones. En adelante, todas sus facultades ya no tendían sino á esto: mostrarse con su caro compañero servicial y amable, no ensuciar su lengua con palabras feas, y volver á su hogar luego de haber logrado piadosamente el sacro objetivo que perseguía.

Por tanto, seguía así su camino,



con una dulce sonrisa en los labios y masculleando en voz baja una oración ó algún pasaje de la *Vida de los Santos*, todo ello recitado de carretilla. Y si encontraba á un transeunte ó se detenía á pasar la noche en alguna parte, se esforzaba por mostrarse cariñoso y fraternal, no sosteniendo sino conversaciones gratas á Dios.

Así caminó como peregrino, con el alma satisfecha.

No había más que una cosa en que Elíseo no pudo tener dominio sobre sí mismo. Habíase propuesto abandonar la costumbre del rapé, y para eso había «olvidado» en casa la tabaquera de álamo blanco. Pero, es más fácil decir que hacer. En el camino, un viandante le ofreció un polvo. Elíseo resistióse un momento, luego sucumbió á la tentación, quedóse atrás para no escandalizar á su compañero de viaje, y de nuevo sorbió rapé.

También Jefin Farassitsch caminaba alegre hacia la santa meta, fiel y firme, sin desfallecer su conciencia, sin palabras inútiles; pero, en el fondo de su corazón no notaba la alegría de aquella fácil marcha hacia el cielo. No le salían del magín los cuidados de su hogar. Pensaba de continuo en lo que harían en casa.

¿Se habría olvidado su hijo de poner en orden esto ó aquello, y lo habría hecho bien? Si, al caminar,

veía plantar patatas ó conducir estiércol, al punto sentíase atormetado por la idea de que su hijo quizá no le hubiese comprendido bien. Estas cavilaciones no le dejaban sosegar en manera alguna; tanto, que hubiera preferido regresar á su casa, para convencerse en persona de que todo iba bien, y para meter él mismo las manos en la masa.

### III

Cinco semanas llevaban andando los viejos; tenían roto el calzado y era preciso comprar otro nuevo. Habían llegado á la Rusia Menor.

Cuando abandonaron la aldea, pagaban de su bolsillo los gastos de cama y comida; pero, una vez entre los naturales de la Rusia Menor, encontrábanse con aldeanos que se despepitaban por ofrecerles hospitalidad gratuita en sus chozas. Dábanles de beber, de comer y donde acostarse, sin querer aceptar ningún pago; y encima llenaban de pan las alforjas de los peregrinos, amén del deslizar en ellas algunas tortas.

Así avanzaron unas cien versas los viejos camaradas sin hacer desembolsos.

Habían dejado tras de sí una provincia entera, cuando llegaron á una comarca estéril. Es verdad que



los acogían cordialmente, que nada se les reclamaba por dormir; pero ya no era cuestión de la mesa, ni de víveres para el camino. Por todas partes quejas de faltar el pan; y hasta no era raro el no poder proporcionarse nada ni aun con dinero contante y sonante.

—El año pasado—clamaba el pueblo—no hemos tenido cosecha ninguna. Más de uno que vivía en la holgura ha caído en la estrechez y ha tenido que malvenderlo todo; otros, no teniendo más que lo necesario, y gracias, llegaron á la más negra miseria, y los pobres diablos han buscado su salvación emigrando, ó mendigan ahora de puerta en puerta, sin poder soportar ya la desolación de sus hogares. Este invierno han comido zurrón y cayado.

Una vez pasaron los viejos la noche en una localidad. Allí encontraron donde comprar quince libras de pan recién hecho; preparáronse para la marcha y partieron antes del crepúsculo, con el propósito de dejarse atrás un buen trozo de camino antes de los calores de mediodía.

Así anduvieron diez verstas y llegaron á un riachuelo; agacháronse y con sus cubiletes alcanzaron agua, que bebieron mientras comían pan; y restauradas de este modo sus fuerzas, cambiaron de calzado.

Descansaron un rato, para recuperar su energía física.

Eliseo sacó del bolsillo una tabaquera, al ver lo cual Jefin Farassitsch movió la cabeza con aire escandalizado y exclamó:

—¡Qué veo! ¿No puedes abandonar esta abominación?

Eliseo hizo ademán de bajar la mano y dijo:

—¡Vencido por esta concupiscencia culpable! ¡Lo que somos!

Levantáronse y prosiguieron la caminata. Anduvieron así otras diez verstas y llegaron á un gran pueblacho atravesado por la carretera.

El calor abrumaba. Eliseo sentíase desfallecido, deseando satisfacer el hambre y apagar la sed; sin embargo, Farassitsch no quería perder un minuto.

Farassitsch era un intrépido andarín; Eliseo solía quedarse muy detrás de su compañero.

—La sed me abrasa—dijo á su amigo.

—Pues bien, vete á calmarla. Yo no tengo sed.

Eliseo se detuvo, y añadió con tono conciliador:

—No me haré esperar; no hago más que entrar en aquella cabaña que se ve allá abajo, y tomar un buen traguete. Fresco y reconfortado así, al instante estoy contigo.

—Bueno—dijo el otro.

Y Jefin Farassitsch continuó solo



su camino, al paso que Elíseo se dirigía á una de las chozas.

Era una casita de adobe, negruzca por abajo, más clara hacia arriba, y cuya arcilla habíase desmoronado en muchos puntos; el techo estaba al descubierto por un lado.

La entrada de aquel zaquizamí daba al corral. Entró Elíseo. Sobre un montón de tierra yacía un hombre, enfermo y escuálido, sin barba, con la blusa metida dentro de los calzones, como es costumbre entre los habitantes de la Rusia Menor. Evidentemente, el hombre se había tumbado en busca de sombra, y luego había venido á herirle allí el sol con sus ardientes rayos. Permanecía echado, con los ojos abiertos. Elíseo le interpeló, pidiéndole de beber. El hombre no respondió.

—O está enfermo, ó es duro de corazón —pensó Elíseo, y encaminóse á la puerta.— Con la mano en el pestillo, tocó en ella.

—¡Eh, patrón!

No hubo respuesta. Golpeó de nuevo con el palo.

—¡Hermanos en Jesucristo!

Ninguna señal de vida.

—¡Siervos de Dios!

Sin respuesta alguna.

A punto de alejarse de aquella puerta inhospitalaria, oyó tras ella sonidos quejumbrosos, como un gemido doliente.

—¿Habrá sucedido ahí dentro alguna desgracia? Tengo que verlo.

Y Elíseo se decidió con presteza á entrar en la cabaña.

#### IV

Hizo girar el anillo del picaporte y se abrió la puerta.

Elíseo penetró en un estrecho vestíbulo. La puerta de la habitación estaba entornada solamente; la abrió. A la izquierda, frente á la puerta, el hogar, el sitio de honor; allá, en el rincón, una mesa y encima las imágenes devotas, los Santos Icones; delante de la mesa un banco; encima del banco, vestida nada más que con una camisa, una mujer anciana, con la cabeza descubierta descansando en la mesa; sentado junto á la vieja, un muchachuelo á quien se hubiera tomado por una figura de cera, pero con el cuerpo hinchado; tiraba de la manga á la mujer y daba lamentables gritos, pidiéndole alguna cosa.

Elíseo se quedó petrificado en el umbral. Una atmósfera pesada y un olor pestífero llenaban la atmósfera.

Acercóse y vió una mujer tendida cara al suelo, detrás de la hornilla, con un estertor suave, ya avanzando un pié, ya retirándolo al momento. Luego se echaba de cos-



tado, y el mal olor partía de allí. «De seguro, la infeliz está gravemente enferma y nadie se ocupa de ella.»

Al cabo, la anciana levantó la cabeza y vió al visitante.

—¿Qué vienes á hacer aquí, extranjero?—preguntó con mal humor.—¿Qué quieres de nosotros? Hombre, no tenemos absolutamente nada...

Presintiendo Elíseo la última miseria en que estaban aquellas gentes, se acercó con dulzura á la anciana.

—Sierva de Dios—dijo—he venido aquí á pedir de beber.

—No tenemos á nadie para traernos agua. No tenemos absolutamente nada que darte. Sigue tu camino.

Elíseo añadió:

—Dime, pues, buen alma, ¿no hay nadie sano en casa? ¿Quién cuida entonces á la enferma?

—Te digo que no tenemos á nadie; nuestro hombre se muere ahí fuera, y nosotros nos morimos también aquí.

El muchacho, que se había callado al ver al forastero, volvió á gritar y lamentarse; y ahora que la vieja se había puesto á hablar, la tiraba de la manga, pidiendo con voz que desgarraba el corazón:

—¡Pan, abuelita; dame un bocado de pan que comer!

Elíseo iba á hacer otra pregunta á la vieja, cuando entró el campe-

sino tambaleándose y cogiéndose á la pared; quiso sentarse en el banco, pero le faltó y fué á caer pesadamente al suelo. Sin hacer el menor esfuerzo por levantarse, quiso hablar; pero no logró más que producir sonidos inarticulados, viéndose en la necesidad á cada instante de tomar resuello para decir una palabra.

—La enfermedad—murmuró—nos ha sorprendido en medio del hambre. Mira: el hambre se lleva á éste.

Y llorando señaló con el dedo al muchacho.

Elíseo se quitó de los hombros con presteza el saco de viaje, se remangó los brazos, puso el zurrón encima del banco y lo abrió.

Sacando un mollete y un cuchillo, cortó un gran pedazo de pan y se lo alargó al campesino. Sin embargo, éste lo rehusó, señalando al muchacho y á su hermanita.

—¡Ocúpate sólo de los niños!

Elíseo dió el zoquete al que gritaba.

El niño, olisqueando el pan, agarró el pedazo con ambas manos y lo devoró con una especie de frenesí.

Entonces, una niña que salió de debajo del banco del hogar, arrastróse ante Elíseo. También á ella la dió un trozo de pan. Luego cortó de la hogaza para la vieja y para el



campesino. La mujer recibió su parte dando las gracias, y se puso á comerla con avidez.

—También necesitaríamos agua —dijo ella.—Tengo como abrasada la garganta. Ayer ú hoy, no sé ya cuando, quise ir en busca de agua para nosotros. Conseguí beber, pero no traerla; toda se derramó, y yo misma me caí entre el polvo. Con gran trabajo logré venir á rastras aquí. También la cuerda se ha quedado allá abajo. ¿Se la habrá llevado alguien?

Eliseo se informó de dónde se encontraba el pozo. La vieja le dió las señas. Fué allá, dió con la cuerda, trajo agua y apagó la sed de los desventurados. Los niños comieron otra vez pan con el agua.

La mujer enferma no abandonó su yacija; estaba sin conocimiento, y se tiraba sin cesar á derecha é izquierda.

Eliseo se apresuró á ir á la aldea, compró en una tienda mijo, sal, harina, manteca y una azuela.

De regreso con estas diversas cosas, preparó leña menuda y encendió lumbre en el hogar.

Eliseo hizo cocer una sopa y una papilla, y restauró las fuerzas de todos con aquella confortante refacción.

## V

El aldeano comió también un poquito, la vieja tomó con mucho gusto su parte en la comida, los niños limpiaron los platos hasta sacarles brillo, y poco después, sostenidos en sus bracitos, se durmieron con dulce sueño.

Entonces el aldeano y la vieja se pusieron á narrar cómo les había sobrevenido esa desventura.

—Tampoco antes —decían— vivíamos en un lecho de rosas, y este año nuestros campos no han producido ninguna cosecha; de suerte que en otoño tuvimos que apencar con nuestros ahorrillos y valernos de todo. Cuando todo lo devoramos, fuimos á mendigar en casa de los vecinos ó de las personas caritativas. Al principio nos socorrían con gusto; más tarde se nos cerraron las puertas sin piedad. Los mismos ricos habían caído en la miseria. Cada día nos era más difícil el pedir; por todas partes debíamos, aquí la harina, allí el pan. En vano tomábame mil afanes por buscar trabajo; en ninguna parte lo había, nadie tenía trabajo que dar. Por todas partes ofrecíase la gente á trabajar sólo por el pan. La vieja y la niña iban á pedir limosna lejos; pero



en todas partes, á causa de la escasez, faltaba hasta lo más estrictamente necesario. Sin embargo, íbamos tirando así esta lamentable existencia en espera de sostenernos hasta la recolección. Llegada la primavera, cesaron por completo las limosnas; y al mismo tiempo se presentó la funesta enfermedad que nos tiene clavados aquí. Todos hemos tenido que sufrir horrores. Un día teníamos algo que comer; luego había que pasar hambre durante dos días. Desde entonces empezamos á alimentarnos con hierbas. Sea por efecto de esta alimentación, sea por cualquiera otra causa, mi mujer fué atacada por esta horrible enfermedad. Ya no podía levantarse, y á mí también comenzaron á faltarme las fuerzas. Para salir de esta penuria, nos hacía falta de todo.

—Yo sola—replicó la anciana—continuaba combatiendo con la miseria, desgastando mis últimas fuerzas, sin alimento, sin esperanza. Me quedé tullida; la pequeña también se quedó como una sombra, temblando y castañeteando. Quise enviar la criatura á casa de los vecinos, pero ella se resistía. Metida en un rincón, se negaba á salir de él. Anteayer vino una de nuestras vecinas, conoció que la enfermedad y el hambre tenían aquí su aposento, y se volvió atrás en seguida. Su marido la ha dejado, abandonándola

con sus hijos en la miseria más abrumadora. Así, pues, estamos aquí sin esperanza, esperando á la muerte...

Al oír este relato que partía el corazón, Elíseo abandonó la idea de reunirse con su compañero desde el siguiente día; habíase resuelto con prontitud á quedarse por la noche.

Al otro día se levantó temprano, poniéndose en seguida á trabajar como si hubiera sido el amo de la casa.

Hizo la masa con la vieja y encendió el hogar. Después marchóse con la niña á casa de los vecinos, ocupándose en reunir lo que hacía falta inmediata.

—¿Qué necesitan esas gentes?

—Todo: han agotado hasta lo último que les quedaba. No hay nada en la casa, ni tienen ropa que ponerse.

Elíseo iba de casa en casa, sin violentarse por eso, recogiendo todo cuanto podía, unas veces proporcionándose con sus manos, otras con su bolsillo.

Así pasó en aquel sitio un día, luego dos y hasta el tercero.

El muchachito recobraba las rosas de sus mejillas, saltando encima del banco, colgándose de Elíseo y acariciándolo.

La niña, vivaracha y alegre otra vez, ayudaba con brío á todos los quehaceres domésticos.

Esa gente menuda corría tras de



Elíseo, tendiéndole los brazos y llamándole « ¡tiito! »

La vieja también había recobrado el uso de las piernas. El aldeano iba por la casa, agarrándose á las paredes. Sólo la mujer continuaba echada; pero al tercer día recobró el conocimiento y pidió de comer.

— ¡Dios mío — dijo para sí Elíseo — cómo había yo de creer que me iba á estar aquí tanto tiempo! Ahora, es menester que me marche ya.

## VI

El cuarto día era festivo, y Elíseo pensó: « Voy á pasar también la fiesta con estas gentes; les compraré una friolera con tal ocasión, y hacia el atardecer me pongo de nuevo en camino... »

Elíseo volvió á la aldea, donde compró leche, harina y manteca fresca de cerdo. En seguida se puso á cocinar con la vieja. Por la mañana temprano Elíseo se fué á misa, luego regresó á casa y se sentó á la mesa con las pobres gentes. La mujer también estaba levantada, probando á ir y venir.

El aldeano se afeitó con esmero y se puso camisa limpia, lavada por la vieja; luego se fué al pueblo á casa de un rico labrador para implorar su caridad y su misericordia.

Había tomado en arriendo de ese rico labrador un pegujal y un prado de heno; por eso el pobre hombre había ido á pedirle si no podría dejarle hasta la nueva recolección la tierra y los pastos.

Hacia la tarde regresó de su penosa caminata; volvió á casa abatido y comenzó á llorar amargamente. El rico labriego no había dado señal ninguna de conmiseración, limitándose á responder con dureza: « ¡Tráeme la renta! »

Acometióle otra angustia á Elíseo.

— ¡Cómo se las van á arreglar estas gentes para vivir? Los demás van ya á la corta del heno, y ellos no tienen nada. Bien pronto estará maduro el trigo (y este año la madre tierra da preciosos frutos), y ellos nada tienen que cosechar; y es vano intento el suyo de apiadar al rico cultivador. Si hoy les abandonase yo, bien pronto volverían á caer en la más horrible miseria...

Elíseo se sentó meditabundo, quebrándose los cascos con el asunto de los queridos pobres, y no partió, quedándose una noche más.

Buscó en el corral un sitio donde acampar, rezó sus oraciones y se acostó, pero sin que á él acudiese el sueño. Por una parte sentíase tentado á ponerse en camino (había ya consumido demasiado tiempo y dinero allí), y por otra parte esas pobres gentes le preocupaban mucho.



«Sin embargo, no puedes aliviar todas las miserias. Sólo quería compartir con ellos un pedazo de pan; y ¿qué ha sucedido? Ahora se trata de rescatar el prado de heno y el campo de trigo. En seguida se necesitará una vaca para la mujer y los niños, un caballo para el labriego. Te has dejado arrastrar por tus impulsos, hermano Elíseo Kusmitsch.»

Levantóse Elíseo, desdobló el caftán que tenía puesto por almohada, lo sacudió, sacó la tabaquera y tomó un polvo para aclarar las ideas; pero en vano meditaba, no encontró ninguna buena.

Le era preciso ponerse en camino, y aquellas pobres gentes desconsolábanse con su partida. No sabía por dónde comenzar. Acabó por doblar de nuevo el caftán, se lo puso por almohada y se echó otra vez.

Permaneció allí varias horas sin poder conciliar un momento el descanso hasta que cantaron los gallos.

Sólo entonces le entró un ligero sueño. Luego, de pronto, sobresaltóse como si alguien le hubiese despertado. Soñaba estar vestido del todo, dispuesto á partir con alforja y palo, y quería salir por la puerta; pero ésta, nada más que entornada, apenas podía dar paso á un hombre. Quédase detenido por el saco y se esfuerza por soltarse, pero se enre-

da por el otro lado con una de las cintas que le sujetan el calzado. Al esforzarse en recobrar la libertad, ¿qué ve? No es la puerta lo que le retiene, sino la niñita, agarrada á él y gritándole:

—¡Tío, tío, más pan!

Y al mirarse los piés nota que el niño le retiene por el calzado.

El campesino y la vieja le miran desde la ventana...

Elíseo se despertó, y hablando en voz alta se dijo:

—Quiero desempeñar la pradera y el sembrado, quiero también comprar un caballo para el labriego y una vaca para los niños. Sin esto, por más que viajase cruzando los mares en busca de Cristo, lo perdería dentro de mi alma. Tengo que ayudar á estas gentes.

Tras lo cual, durmióse profundamente Elíseo hasta entrada la mañana.

Levantándose temprano aún, se fué á casa del rico labrador, rescató el sembrado de centeno y dió también el dinero de la pradera.

Además compró una hoz (la antigua habíanla vendido cuando hubo penuria) y la condujo á la choza.

Envió al campesino á segar; él mismo corrió á la ventura entre las gentes de la aldea; en casa del tabernero encontró un caballejo vigoroso y un carro barato. Pronto estuvieron conformes en el precio,



y Eliseo cerró el trato; luego trató de proporcionarse una vaca.

Yendo por el camino alcanzó á dos muchachas del lugar.

Iban con lentitud y hablaban alegres.

Eliseo oyó que él era el asunto de su charla. Una de las mozas le decía á la otra.

—Al principio no sabían qué especie de hombre pudiera ser, y pensaban que sólo sería un peregrino cualquiera. Les ha desempeñado todo. Y hoy he visto yo misma cómo estaba en tratos con el tabernero acerca de un caballo y un carro. ¿Conque hay tales hombres en el mundo? Vamos; podremos verle...

Al oír esto, Eliseo comprendió que estaban alabándole; no quiso ir adelante para comprar la vaca. Se volvió con presteza á la taberna, pagó el precio del carro y de la caballería, y se dirigió á la cabaña con su compra. Al llegar á la puerta se detuvo y bajó del carro.

El campesino y las mujeres se quedaron con los ojos muy abiertos. Se les vino á las mientes la idea de que el caballo se había comprado para ellos, pero no se atrevían á darlo á entender.

El labriego salió á abrir la puerta.

—¿Qué se te ha puesto en la cabeza? ¿Para qué es ese caballito, tío?

—He comprado el caballo, porque lo vendían barato. Cuida bien

de que para la noche tenga forraje fresco en la caja del carro.

El campesino desenganchó el caballo, segó una brazada de hierba y la puso en la caja del carro.

Fuéronse todos á acostar.

Eliseo estableció su campamento en el camino, llevándose también para la noche el saco de viaje. Cuando todo el mundo estuvo profundamente dormido, Eliseo se levantó, lió el petate, se metió las botas, se echó al hombro el caftán y se puso en marcha para buscar á su hermano Jefin Farassitsch.

## VII

Cinco verostas había recorrido Eliseo, cuando comenzó á oscurecerse el día. Se puso debajo de un árbol, abrió el saco y contó el dinero que le quedaba para el camino.

Sólo tenía ya diez y siete rublos y veinte kopecks.

—¡Oh, Dios mío!—dijo, sonriéndose tristemente—lo que es con esto no podría yo irme á bogar más allá de los mares. Irme pidiendo limosna por amor de Dios, cargaría mi alma de pecados y acritudes. El padre Farassitsch llegará él solo y pondrá un cirio por mí. El Señor es misericordioso y tendrá paciencia



hasta que pague mi deuda de peregrinación.

Eliseo se puso con presteza en camino, hacia su hogar querido.

Solamente que evitó pasar por la aldea, dando un largo rodeo, por temor á que las gentes reparasen en él. Y realizó su largo viaje con asombrosa rapidez.

A la ida, arrastrábase con trabajo en pos de Jefin; á la vuelta, Dios le daba pasmosas energías, tanto que ya no se fatigaba. Sin sentirlo recorrió la gran distancia, agitando alegre el báculo de peregrino y caminando sesenta verstas al día.

Y á la postre, anda que andarás, volvió á ver su choza. Habían entrojado ya el grano. Los suyos le recibieron con el más vivo regocijo.

Y comenzaron á interrogarle el por qué y el para qué. «Por qué había abandonado á su compañero, por qué no había ido más adelante, por qué había vuelto piés atrás.»

Eliseo no soltaba contestaciones muy claras.

—Es que no era voluntad de Dios en modo alguno; me he quedado á medio camino á causa de mi dinero, y lejos, muy atrás de mi amigo. De suerte que no he podido proseguir mi viaje; séanme perdonados mis pecados por amor de Jesucristo.

Y alargó á la vieja la corta suma que le quedaba; luego se informó de los asuntos domésticos. Todo iba

bien, las cosas en el mejor orden, por ninguna parte negligencias en la casa, y todos vivían con unión y buena inteligencia.

El mismo día supieron los parientes de Farassitsch el regreso de Eliseo y se apresuraron á verle, pidiéndole noticias del ausente.

Eliseo les dió la misma respuesta:

—Vuestro pariente ha ido con paso de carga; tres días después de la fiesta de San Pedro nos separamos; contaba yo reunirme con él más tarde, pero sobreviniéronme aventuras que lo impidieron; se me iba el dinero de las manos, ya no me quedaba lo necesario para costear ese largo viaje y he preferido volverme á casa.

Todo el mundo estaba sorprendido. ¿Cómo era posible que un hombre tan agudo hubiera obrado tan tontamente? ¡Ir en peregrinación, detenerse á medio camino, para retroceder después de sembrar ese precioso dinero!

Asombráronse al principio, pero después ya no pensaron más en ello.

También Eliseo había olvidado. Ejecutaba con actividad sus cotidianas labores, se ocupaba con su hijo de la provisión de leña para el invierno, espaleaba el trigo con las mujeres, renovaba la techumbre del cobertizo, disponía las colmenas para la invernada; dió al vecino diez colmenas y sus enjambres nue-



vos. Su mujer hubiera disimulado de buena gana entre las colmenas vendidas las que habían cesado de enjambrar, pero Elíseo sabía con exactitud las que habían quedado improductivas, las que no enjambraban ya, y dió al vecino diez y siete colmenas de abejas en lugar de diez.

Después de haberlo puesto en orden todo, envió á su hijo á que hiciese las compras necesarias, y se instaló para el invierno, entreteniéndose en tejer escarpines de paja y en construir casitas para las abejas.

### VIII

Mientras Elíseo permaneció entre los hambrientos enfermos de la cabaña, Jefin Farassitsch había esperado un día completo á su camarada. Sólo había recorrido una distancia corta, luego esperó otro poco, echó un sueñecillo, se despertó, sentóse otro rato más, ¡ni huellas del amigo!

Sus ojos ya no veían en fuerza de mirar.

Trasponía el sol las copas de los árboles y Elíseo sin parecer.

—En último término—pensó—tal vez se me haya adelantado, ó quizá habrá pasado en carruaje, recogido por alguien, sin mirar ha-

cia mí, mientras yo dormía por ahí. Sin embargo, no; hubiera tenido que verme. En la estepa se ve de lejos. ¿Debo volver piés atrás, cuando tal vez se apresura delante de mí? Nos extraviaremos por completo y las cosas irán de mal en peor. Más vale seguir adelante, y á la noche nos encontraremos.

Jefin llegó á una aldehuela; allí rogó al vigilante que si llegaba al pueblecito un hombre de edad le indicase tal cabaña.

Sin embargo, Elíseo no llegó.

Continuó Jefin su camino, informándose por todas partes acerca de si habían visto á un viejo con la cabeza calva.

Nadie le había visto.

Jefin no sabía lo que pensar y peregrinaba solitario.

«Acabaremos por encontrarnos en alguna parte—decía en su fuero interno—tal vez en Odessa, quizá en el buque.» Y no se preocupó más.

Encontróse en el camino con un romero de la secta de los «sin-curas», una secta antigua de la iglesia griega. Ese «sin-cura», de capuchón y casulla, con larga cabellera suelta sobre los hombros, había estado ya en el monte Athos é iba otra vez en peregrinación á Jerusalén. Se habían encontrado donde durmieron, se habían puesto á charlar y prosiguieron juntos el camino en adelante.



Llegaron á buen puerto, á Odessa. Durante tres días esperaron buque.

Gran número de piadosos peregrinos esperaban igualmente para embarcarse.

De nuevo Jefin buscó á Elíseo; nadie le había visto.

El peregrino de la secta disidente enseñó á Jefin la manera de hacer la travesía sin aflojar la bolsa, pero Jefin despreció semejante sugestión.

—Más me gusta pagar con mi bolsillo—dijo—para eso lo he traído.

Pagó cuarenta rublos en plata por el billete de ida y vuelta, y compró pan y arenques para su viaje por mar.

El buque embarcó su cargamento, y los peregrinos subieron á bordo.

Levaron anclas, soltaron amarras y bogaron avante sobre las azules hondas.

Durante el día, todo fué bien; por la tarde se levantó un viento fuerte y cayeron del cielo torrentes de lluvia.

Empezó el buque á cabecear y grandes olas inundaron de agua la cubierta.

Los pasajeros se echaban anhelantes á babor y á estribor, las mujeres daban gritos de espanto, y muchos hombres poco animosos iban de un lugar á otro en busca de un resguardo seguro.

Tampoco Jefin estaba tranquilo,

sin aparentarlo, no obstante. ¿Dónde se había instalado en seguida de embarcarse? En compañía de algunos ancianos de Tambú, permaneció toda la noche y el día inmediato sobre cubierta. Cada cual guardaba su ajuar y permanecía en silencio. El tercer día amainó el viento y restablecióse la calma. El quinto, entraba el buque en el puerto de Constantinopla. Muchos peregrinos desembarcaron y fueron á contemplar el magnífico templo á la Omnisciencia divina (Santa Soía), que hoy ocupan los turcos.

Farassitsch prefirió permanecer á bordo. Después de cuarenta y ocho horas aguantando al ancla, pusieron de nuevo proa al largo.

Más adelante hicieron escala en el puerto de Smyrna y cerca de otra ciudad, Alejandría; y, por fin, al cabo de una larga travesía, deslizóse el buque en aguas de la rada de Jaffa.

Todos los peregrinos desembarcaron junto á Jaffa; desde allí á Jerusalén no hay más que setenta verstas que andar á pié.

Al desembarcar, aún tuvieron que pasar duras angustias los mandrias. Desde la alta borda del buque, los peregrinos eran botados en una canoa; ésta cabeceaba tanto, que temían, no ya caerse dentro de la cáscara de nuez, sino al agua; dos hombres se mojaron; sin embargo, arribaron felizmente á tierra.



Ya estaban en Tierra Santa.

Todos los peregrinos pusieron juntos en marcha.

Al cabo de cuatro días llegaron á Jerusalén.

Fuera de la ciudad, hallaron alojamiento en la hospedería rusa. Hicieron registrar sus pasaportes, y después de comer, los peregrinos se encaminaron á los Santos Lugares.

Aún estaba sin abrir la entrada del sepulcro del Salvador.

Fueron entonces á misa al convento del Patriarca, oraron á Dios, y pusieron cirios ante las santas imágenes.

En seguida contemplaron desde fuera la «Resurrección», parte del templo donde se encuentra el sepulcro de Cristo. Todo el templo está tan recargado de construcciones, que ya no se le puede ver. Luego, en aquella primera jornada, visitaron la celda de Santa María Egipciaca, donde ésta se convirtió. También allí ofrecieron cirios y recitaron una plegaria en acción de gracias. Hubieran deseado oír la misa mayor en el Sepulcro de Cristo, pero llegaron ya tarde. También fueron al monasterio de Abraham. Allí vieron el jardín de Saweka, el sitio donde Abraham quería hacer su sacrificio. En seguida visitaron el lugar donde Jesucristo se apareció á Santa María Magdalena; luego la iglesia de Jacob. El disidente les

enseñaba todas las estaciones; y en cada una sabía indicar con exactitud cuánto dinero había que sacrificar, dónde había que poner los cirios. Al cabo se volvieron á su hospedería.

En el momento de ir á acostarse, el disidente exclamó de pronto, registrándose la ropa, volviéndose todos los bolsillos: «Me han robado la bolsa, con todo el dinero—veinticinco rublos en dos billetes de á diez rublos, y el resto en moneda menuda;» —dijo á Jefin, confiándole su penuria. Quejóse largo tiempo, y al fin se acostó.

## IX

Jefin permanecía despierto en la cama, atormentado por una mala sospecha: «¿Cómo han de haberle escamoteado su dinero, si no tenía ninguno? En ninguna parte ha pagado nada. ¡Siempre me ha indicado con interés lo que yo tenía que gastar, pero él no ha pagado nunca nada, y hasta se dió buena maña para sacarme un rublo á préstamo!»

Jefin, el hombre de honor, gruñó así algún tiempo, hasta que se hizo á este propósito amargas recriminaciones: «No me está bien el juzgarle; no hago más que amontonar pecados sobre mi cabeza. No quiero pensar más en ello.»



Sin embargo, apenas había dado otro curso á sus ideas, la misma sospecha acudía á su mente : « Dios es sabedor — pensó de nuevo — de que el hombre jamás ha tenido dinero. Todo eso no es más que un amaño... »

El siguiente día, todos estaban de pié muy temprano ; fueron á misa al gran templo de la Resurrección, al Sepulcro del Señor ; y el disidente siempre se pegaba á Jefin.

Entraron en la casa de Dios. Apretábanse allí considerable multitud de devotos, piadosos peregrinos de todas las naciones, rusos, griegos, armenios, turcos, sirios y otros muchos.

Jefin penetró entre el gentío por la Puerta Santa ; luego, frente al cuerpo de guardia turco, vió el sitio donde el Redentor fué bajado de la cruz y ungido con perfumes ; allí hay colgadas nueve arañas de colosales dimensiones y cuyos cirios difunden por el ámbito oleadas de luz.

Jefin puso allí un cirio.

Luego, haciéndole subir el disidente algunos escalones por la derecha, le condujo á la estación del Gólgota, donde fué erigida la cruz de Cristo ; en ese lugar permaneció Jefin un instante en profunda adoración.

Después le enseñaron también la rotura del suelo, donde había temblado la tierra abriéndose las tum-

bas de que surgieron los cuerpos de los Santos ; más lejos, el sitio en que los piés y las manos del Salvador fueron clavados á la cruz ; y, por último, la misma tumba de Adán.

Llegaron á la piedra donde Jesucristo se había sentado mientras le clavaban la corona de espinas en la cabeza, y á la columna en que ataron al Señor mientras le azotaban.

Jefin vió también una piedra con dos huellas. Dijéronle que allí se habían posado los piés del Señor.

Querían enseñarle aún otras muchas estaciones santas, pero la muchedumbre le arrastraba : toda ella iba empujándose hacia la gruta donde se encuentra el Sepulcro del Señor. Acababan de terminar allí el servicio religioso de una creencia extranjera, y comenzaba la misa de los ortodoxos.

Jefin se encaminó á la gruta con todo el pueblo.

De nuevo trató de separarse del disidente, pecando siempre con el pensamiento ; pero aquel hombre indiscreto no le abandonaba y seguía á todas partes, al oficio divino, al Sepulcro del Señor. Allí quisieron aproximarse, pero precedieron otros. La multitud se apretaba tanto, que no podía darse un paso adelante ni atrás. Jefin estaba en medio, en medio, mirando adelante, masculleando sus preces, y no po-



día por menos de tocarse los bolsillos para vigilar su bolsa.

## X

Allá está Jefin de pié, rezando tranquilo y mirando con los ojos fijos el Santo Lugar donde Nuestro Señor fué puesto en el Sepulcro, y donde en la actualidad treinta y seis lámparas difunden espléndida luz.

Allá está, recogido, contemplando por encima de las cabezas... ¡Santo Dios, qué maravilla!

Derecho al pié de las lámparas, delante de todos los que rezan, hay un anciano vestido con el caftán de paño burdo del labriego; y su cabeza, enteramente calva, tiene un lustre brillante, lo mismito que la de Elíseo Bdorow.

—Muchísimo se parece al viejo Elíseo—decía para sí;—pero, es imposible que sea él. ¿Cómo había podido llegar antes que yo? El buque que nos precedió había salido una semana justa antes. Sin embargo, no podía haber llegado tan pronto á Odessa. Con seguridad que no iba en nuestro barco: he visto con mucha atención á los peregrinos.

Mientras Jefin reflexionaba, el viejo había comenzado á orar; se encorvó profundamente por tres veces: la primera, de frente, ante Dios, y en seguida hacia el conjunto

de los ortodoxos, á ambos lados. Y al volver el anciano la cabeza á la derecha, Jefin le reconoció instantáneamente. ¡Poder divino! El viejo Bdorow en carne y hueso! ¡La barba oscura agrisándose por las mejillas, las cejas, los ojos, la nariz, el rostro entero, que tan bien conocía! No cabe duda: ¡era Elíseo Bdorow!

Vivo gozo iluminó el rostro del viejo al encontrar á su antiguo hermano, y llenóse de asombro, preguntándose cómo se las habría arreglado Elíseo para llegar antes que él.

—Bueno, bueno, antiguo camarada mío—murmuró;—te veo muy abajo, has sabido encontrar un buen guía. Al salir te pescaré, mi viejo, y soltaré á mi disidente. En lo sucesivo, peregrinaré contigo, Elíseo, y sabrás guiarme bien á las Santas Estaciones.

Jefin no perdía de vista á Elíseo.

Concluyó la misa, el gentío se puso en movimiento, todos se apretujaban para besar la cruz—el empuje era cada vez más brutal;—Jefin se vió echado á un lado. Y de nuevo le entraron temores de que le robasen la bolsa. Apretó el bolsillo con la mano y se esforzó por desprenderse, luchando con todas sus fuerzas para salir.

Habiendo conseguido topar con la salida, se fué delante del templo, buscando febrilmente á Elíseo.

Aguardó mucho tiempo, pasando



revista á todo el mundo; pero no pudo descubrir á su amigo.

Fatigado al fin de ese darle vueltas á la noria, se fué para buscar la hospedería donde hubiera pasado la noche Elíseo Bdorow.

De todas partes tuvo que volverse sin haber descubierto al anciano.

El mismo día desapareció el disidente. Había partido, y con él el rublo. Jefin se quedó solo.

El día siguiente, Jefin volvió al Santo Sepulcro, esa vez con uno de los ancianos de Tambú, á quien había conocido en el buque. Trató de colarse lo más adelante posible, pero le echaron á un lado; allí se apoyó en una columna y se puso á rezar.

Entonces miró en torno suyo. Y de nuevo vió allá abajo, al pié de las lámparas, derecho ante el Sepulcro del Señor, en el sitio más santificado, al viejo Elíseo; allí estaba, con los brazos extendidos, semejante á un sacerdote bendiciendo en el altar, y una hermosa claridad rodeaba su desnuda cabeza.

—Alto ahí—se dijo Jefin—lo que es hoy, de seguro que no te dejes escapar.

Y de nuevo luchó á brazo partido por adelantarse. Tomando aliento, miró: Elíseo ya no estaba allí; evidentemente, había partido ya.

El tercer día, lo mismo. Va Jefin á misa. Y de nuevo, ¿qué ve? A Elíseo, de pié en el muy Santo Lu-

gar, á la vista de todos. Con los brazos extendidos, miraba arriba cual si contemplase alguna cosa encima de él.

Y una extraña luz circundó la calva cabeza del anciano.

—Alto ahí—se dijo con rabia Jefin—hoy sí que te cojo; me quedo de guardia á la puerta. Esta vez no marraremos.

Salió Jefin, esperando otra vez después á que todo el mundo desfilara ante él. Pero Elíseo no estaba entre los salientes.

Jefin pasó seis semanas en Jerusalén y visitó los Santos Lugares todos: vió Belén, Betania, al río Jordán; en el Santo Sepulcro hizo que le imprimiesen el santo signo en una camisa nueva, para que más tarde le sepultasen con ella; tomó también un vaso de agua del Jordán, un poco de tierra santa y cierto número de cirios benditos—gastó mucho dinero en objetos devotos y á la postre tuvo que pensar en el regreso á su casa, con el dinero justo que le hacía falta para ello.

Se dió prisa á irse á Jaffa, se embarcó para el puerto de Odessa y regresó á pié á su querida aldea.

## XI

De nuevo tuvo Jefin que atravesar solo grandes extensiones. Cuan-



to más se acercaba á su hogar, más le venían á las mientes sus antiguas preocupaciones: ¿cómo habría andado la casa sin él?

—En un año—murmuró—pasan muchas aguas bajo el puente. Se necesita una vida entera para fundar una casa y poquísimo tiempo para destruirla. ¿Cómo habría dirigido y administrado su hijo durante la ausencia? ¿Cómo se había presentado la primavera? ¿Cómo había pasado el invierno el ganado? ¿Se había construido la nueva casa con solidez...?

Jefin atravesó de nuevo la comarca donde el año anterior había perdido de vista á Elíseo.

No era conocida la población.

Donde el año último reinaban el desconsuelo y la miseria, todo el mundo vivía este año con un bienestar placentero.

Los campos habían producido rica mies.

La población nadaba de nuevo en la abundancia, y habíanse olvidado los anteriores sufrimientos.

Un día se acercó Jefin al mismo sitio donde el año precedente se había quedado Elíseo. Apenas entró en la aldea, cuando una pizpireta niña salió por detrás de una casita:

—¡Tío, títo! ¡Vente á casa!

Jefin quiso pasar, pero la niñita no quería dejarle; se le agarró á los vestidos, y le condujo á la cho-

za. Allí se presentó una mujer con un niño pequeño, y en seguida empezó á hacerle señas:

—Entra un momento en nuestra casa, abuelo; comerás con nosotros y pasarás también la noche.

Jefin accedió.

—Bueno—pensó;—con eso me informaré de si saben algo de Elíseo; si no me equivoco, esta es la casa donde entró para apagar la sed.

Jefin penetró en la cabaña, la mujer le presentó agua para lavarse y le ofreció en la mesa el puesto de honor. Fué á buscar leche, *piroggis* pequeños, y los puso encima de la mesa.

Farassitsch la dió gracias por aquella amistosa acogida hecha al peregrino. Pero la mujer meneó la cabeza, defendiéndose.

—No podemos hacer otra cosa—dijo—sino acoger amistosamente á los peregrinos. De un peregrino hemos aprendido á conocer la verdadera vida. Pasábamos nuestros días olvidándonos de Dios y hundidos en el pecado. Entonces Dios nos castigó tan duramente, que sólo la muerte esperábamos. Era tan grande la miseria en que habíamos caído, que no teníamos ni una migaja de pan que comer, y nos habíamos tirado al suelo con el estertor de la agonía. Sólo esperábamos la muerte, y Dios nos envió un salvador, un amable anciano como



tú y el cual se te parecía. Eran las doce del día. Entró, pidió un poco de agua, y cuando vió nuestra penuria tuvo tal piedad de nosotros, que no pudo volver á marcharse. Nos dió de comer y de beber, nos reanimó, rescató nuestros bienes de las garras del judío, compró un carro con un caballo y nos los dejó.

Una mujer anciana entró en la estancia é interrumpió á la que hablaba:

—En verdad que no sabemos si era un hombre ó un ángel de Dios. Nos colmó con sus beneficios, y luego se fué sin decir una palabra; por nada del mundo sabemos por quién debemos pedir á Dios. Estaba yo ahí, esperando la muerte, cuando vi á un viejecito, un hombre ordinario—sólo que era calvo—quien entró pidiendo agua. Yo, pobre pecadora, murmuré: «¿Qué viene á hacer aquí este mendigo?» Y el santo hombre, que conoció nuestra miseria, quitóse al punto el saco de viaje, lo puso aquí y lo abrió...

La niña acudió charlando á meter baza:

—No—dijo—no es así; primero puso el saco en tierra en medio del cuarto, en seguida lo cogió otra vez y lo puso en el banco.

El campesino regresó al atardecer, en su carreta tirada por el ballejo que dejó Eliseo, y comenzó

también á contar acerca del hombre de Dios, que tanto bien les había hecho.

—Si no hubiese venido á nuestra casa, hubiéramos partido todos para allá abajo en pecado mortal... habríamos muerto con la más amarga desesperación, maldiciendo á Dios y á los hombres. El nos ha vuelto al buen camino; por el amor, por él, hemos conocido otra vez las vías de Dios y recobrado la creencia en los hombres buenos. ¡Bendígale por ello Jesucristo, y recompense á su alma con el reino de los cielos!

Después que las buenas gentes hubieron confortado á Jefin, le ofrecieron la mejor cama y en seguida se acostaron.

Jefin se echó; el sueño huía de sus párpados. No se le apartaba del pensamiento el viejo Eliseo, tal como lo había visto por tres veces en Jerusalén, siempre en el lugar más eminente.

—¡De este modo me ha excedido!—se decía.—Es muy dudoso si mi sacrificio habrá sido aceptado ó no; pero el suyo, con toda seguridad que ha sido acepto para Dios.

El día siguiente se despidió de sus huéspedes, quienes le habían provisto de *piroggis* para el camino.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS.

Jefin había pasado un año entero



en remotos países. A la primavera se encontraba muy próximo á su residencia.

Llegó á su casa una noche. Su hijo no estaba allí, sino en la taberna. Volvió tambaleándose, ebrio completamente. Jefin se apresuró á abrumarle á preguntas. De ello sacó en limpio que el alegre bebedor había dilapidado la casa en ausencia de su padre. El aguardiente se había llevado el dinero, los negocios estaban en absoluto abandono...

Farassitsch comenzó á echarle la escandalosa á ese desnaturalizado. Este replicó con insolente grosería.

—Debieras haberte quedado tú mismo en casa, en vez de irte por ahí á pasear de andorrero —contestó el pecador empedernido.— Pero te largas alegremente á correrla lejos, llevándote encima todo el dinero, y ahora vienes á reclamármelo á mí.

Apoderóse la cólera del anciano y dió un bofetón á su hijo.

Al día siguiente se presentó Jefin en casa del alcalde para devolverle el pasaporte. Luego llegó delante de la casa de Elíseo.

La vieja mujer de éste, ocupada en la escalera, le dió los buenos días amistosamente:

—Buenos días, compadre—le dijo, sonriéndose con dulzura.—¿Has realizado tu larga peregrinación con buena salud?

Jefin Farassitsch se detuvo.

—¡Bendito y alabado sea Dios!— respondió.— No me ha faltado buena salud, pero perdí en el camino á tu viejo. ¿Conque es verdad lo que me han dicho, que hace largo tiempo que está aquí?

Esto era para la vieja echarle agua al molino: la charla era el regocijo de su corazón.

—Sí, en casa está hace mucho tiempo de regreso el que nos da de comer. Creo que fué por la fiesta de la Asunción. ¡Qué alegría y qué gozo en la casa, que Dios nos lo ha traído! En realidad estaba demasiado triste sin él. El trabajo de sus manos no es ninguna maravilla: los buenos años pasaron. Pero su cabeza vale más oro que pesa, y él es quien nos alegra. Nuestro mozo estaba loco de alegría. «Sin padre—dijo—es como si yo no viese la luz del sol. Cuando nos falta, en todas partes estamos tristes, contando los días y las horas hasta el de su esperado regreso.»

—Di, madrecita, ¿está ahora en casa?

—Está, querido amigo, en el jardín con las abejas, ocupado en hacer que entre de nuevo un enjambre. ¡Magnífico año para los enjambres! Dios ha dado tal vigor á las abejas, que mi viejo no recuerda haber visto jamás cosa igual. Sin embargo, nosotros pecadores no hemos merecido que Dios nos ben-



diga así. Entra un poco, amigo nuestro. ¡Qué ojos va á poner nuestro viejo!

Jefin atravesó el vestíbulo, después el corral, para ir al jardín de Elíseo. He aquí lo que vió. Elíseo, de pié, sin gorro ni guantes protectores, con su viejo caftán, debajo de un álamo blanco, con los brazos extendidos mirando arriba, y un extraño resplandor saliendo de su calva cabeza, exactamente lo mismo que antaño en Jerusalén, en el sepulcro de Nuestro Señor. Encima de él, recordándole igualmente á Jerusalén, los rayos del sol chispean, formando cien y cien llamitas á través del claro follaje, y en tor-

no de su cabeza pequeñas abejas con alas de oro fórmanle una corona, zumbando acá y acullá, sin picarle.

Lleno de asombro permaneció inmóvil Farassitsch.

Entonces la mujer de Elíseo llamó á su marido por su nombre.

—¡Mira, tu compadre ha vuelto!

Elíseo volvió la cabeza y vivo gozo iluminó su mirada; acudió con presteza al encuentro del antiguo amigo, echando dulcemente de la barba las abejas.

—Buenos días, primo; buenos días, querido... ¿Te salió todo bien?

Y respondióle Jefin:

—Bien he movido los piés. Te traigo agua del Jordán.

CONDE L. TOLSTOY.



# HEDDA GABLER

## DRAMA EN CUATRO ACTOS

### PERSONAJES

JORGE TESMAN.

HEDDA, su mujer.

JULIA TESMAN, tía de Jorge.

THEA DE ELVSTED.

EYLERT LOEBORG.

El asesor BRACK.

BERTA, criada de los Tesman.

La acción pasa en nuestros días, en la quinta de Tesman, situada al Oeste de la ciudad.

### ACTO PRIMERO

*Un salón, amueblado con gusto y decorado con colgaduras oscuras. En el foro una puerta grande, con los portiers descorridos, la cual conduce á otra pieza más pequeña, amueblada y decorada de análoga manera que el salón. A la derecha de éste, una puerta de dos hojas que da al vestíbulo. A la izquierda, frente á la misma, una puerta vidriera con los portiers igualmente descorridos. Al través de los cristales se divisa una marquesina cubierta, y más lejos masas de árboles con el tono amarillito del otoño. En medio del salón, una mesa ovalada con tapete y rodeada de sillas. Más cerca del espectador, á la derecha, una gran estufa de porcelana oscura, un sillón de respaldo alto, un cojineté para los piés y dos taburetes. En el fondo, en el ángulo de la derecha, un sofá de esquina y un velador redondo. En primer término, á la izquierda, y á alguna distancia de la pared, un sofá. Más hacia el fondo, pasada la puerta vidriera, un piano. A derecha é izquierda de la puerta del foro, étagères con caprichos de barro cocido y de mayólica. En la segunda estancia, un sofá*

*arrimado á la pared del fondo, con una mesa y algunas sillas. Colgado en la pared, encima del sofá, un retrato que representa un hombre agraciado, de edad madura, con uniforme de general. Encima de la mesa, una suspensión con bomba deslustrada. En diversos puntos del salón, jarrones y vasos con ramos de flores; hay ramos también tirados por las mesas. Las dos piezas están ricamente alfombradas. Por la puerta vidriera entran los rayos del sol.*

*(Julia Tesman, con sombrero y sombrilla, entra por la puerta del vestíbulo, seguida de Berta, que lleva un ramo. Julia es mujer de unos sesenta y cinco años, de aspecto agradable y bondadoso. Lleva un traje de paseo gris, sencillito, pero bien hecho. Berta es una criada de cierta edad, de semblante ingenuo y con algunas trazas de campesina.)*

*JULIA. (Se para delante de la puerta, escucha un rato, y dice á media voz):—*



Pues, por lo visto, no se han levantado aún.

BERTA. (*Lo mismo.*)—Es lo que yo dije á la señorita. Hágase V. cargo; habiendo llegado el vapor tan tarde... Y encima, ¡Dios mío!, ¡si V. supiese lo que mi señorita me hizo desempaquetar antes de irse á la cama!

JULIA.—Sí, sí, dejémoslos descansar á su sabor. Yo sólo quiero que, al levantarse, puedan respirar el aire de la mañana.

(*Se acerca á la puerta vidriera y la abre de par en par.*)

BERTA. (*Indecisa, cerca de la mesa, con el ramo en la mano.*)—La verdad es que no queda sitio donde ponerlo. Puedo colocarlo aquí, ¿verdad, señorita?

(*Lo coloca sobre el piano.*)

JULIA.—Con que ahora ya estás en casa de nuevos amos, querida Berta. ¡Dios sabe si me ha costado trabajo separarme de ti!

BERTA. (*A punto de llorar.*)—Pues ¡yo, señorita! ¿Qué diré? ¡Yo que he comido el pan de estas señoritas Dios sabe cuántos años!

JULIA.—Hay que tomarlo con calma, Berta. Realmente no se podía hacer otra cosa. Ya ves, es preciso que estés cerca de Jorge. Necesita de ti en la casa; tú lo has cuidado siempre desde su primera niñez.

BERTA.—Sí, señorita; pero me da tanto sentimiento pensar en nuestra pobre enferma. ¡Siempre acostada sin poder valerse! ¡Y para remate esa nue-

va criada! Jamás llegará á servirla como quiere la pobre señora.

JULIA.—¡Oh! Ya sabré yo enseñarla. Lo principal, como comprendes, correrá á mi cargo. Y por lo que toca á mi pobre hermana, no te apures tanto, querida Berta.

BERTA.—Sí, pero es que hay otra cosa, señorita. ¡Temo tanto no dar gusto á la señora!

JULIA.—¡Oh, Dios mío! No digo yo que al principio no haya sus más y sus menos.

BERTA.—Es que de seguro ha de ser muy difícil de contentar.

JULIA.—Ya lo creo. ¡La hija del general Gabler! ¡Con los hábitos que tenía en vida del general! ¿Te acuerdas del tiempo en que se la veía pasar á caballo con su padre? Llevaba una larga falda negra y sombrero con plumas.

BERTA.—¡Vaya si me acuerdo! ¡Ah! ¿Quién me había de decir entonces que ella y el licenciado iban á formar una parejita?

JULIA.—Tampoco yo lo hubiera creído. Pero ahora que pienso en ello, Berta, en adelante has de llamar á Jorge «el señor doctor».

BERTA.—Sí, eso me dijo anoche la señorita, apenas entró. Pero ¿es de veras?

JULIA. Como lo oyes. Figúrate tú que lo han hecho doctor en el extranjero...; ya comprendes, durante el viaje. Maldito si yo sabía una palabra hasta que él lo dijo al salir del vapor.

BERTA. ¡Ah, sí! De fijo que podrá ser todo lo que quiera. ¡Con el talento



que tiene! Pero yo no hubiese creído nunca que se pusiese á visitar.

JULIA.—No, si no es doctor de esa clase. (*Moviendo la cabeza con aire de importancia.*) Además, sería posible que dentro de poco tuvieses que darle un título que suena mejor todavía.

BERTA.—¡Mejor! Pues ¿qué puede ser, señorita?

JULIA. (*Sonriendo.*)—¡Ah! ¿Querías saberlo? (*Con emoción.*) ¡Dios mío, si mi pobre Joaquín pudiese salir de la tumba y ver á lo que ha llegado su pequeñuelo! (*Mirando en torno de sí.*) ¡Pero oye, Berta! ¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué has quitado las fundas de todos los muebles?

BERTA.—Me ha mandado que lo haga la señorita. Me ha dicho que no puede ver las fundas.

JULIA.—Entonces ¿es que han de estar así todos los días?

BERTA.—Sí, parece, por lo que dice la señorita. Porque al doctor no le he oído decir una palabra.

(*Jorge Tesman entra tarareando por la puerta derecha de la pieza del fondo. Lleva en la mano una maleta abierta y vacía. Es un hombre de treinta y tres años, de mediana estatura, de aspecto juvenil, algo lleno de carnes, de fisonomía sencilla, franca y jovial, de pelo y barba rubios. Gasta anteojos y se presenta vestido con alguna negligencia, en traje de mañana, holgado y cómodo.*)

JULIA.—¡Buenos días, Jorge!... ¡Buenos días!

TESMAN. (*En el hueco de la puerta.*)—¡Tía Julia! ¡Querida tía Julia! (*Acercándose á ella y estrechándole la mano.*)

¡Cómo! ¿De modo que tú aquí? ¡Tan temprano! ¿Eh?

JULIA.—Ya comprendes que tenía que echar un vistazo á vuestra casa.

TESMAN.—¿Y sin descansar esta noche?

JULIA.—¡Oh! ¡Eso no me importa absolutamente nada!

TESMAN.—¡Vamos! Pero en fin, ¿tú siquiera habrás llegado á tu domicilio sin dificultades? ¿Eh?

JULIA.—Sí, á Dios gracias. El asesor tuvo la bondad de acompañarme hasta la puerta.

TESMAN.—Sentimos no poder llevarte en nuestro coche. Pero ya viste. Hedda traía tantas cajas...

JULIA.—¡Sí! No dejaba de traer.

BERTA. (*A Tesman.*)—¿Debería yo ir al cuarto de la señorita á ver si me necesita para algo?

TESMAN.—No, Berta, no hace falta. Gracias. Si necesita algo, me ha dicho que llamará.

BERTA. (*Pasando á la derecha.*)—Está bien.

TESMAN.—Pero aguarda un poco. Llévate esta maleta de paso.

BERTA. (*Cogiendo la maleta.*)—Voy á llevarla al desván.

(*Vase por la puerta del vestíbulo.*)

TESMAN.—¡Figúrate, tía! Ese malecín estaba reventando de notas y de extractos. Es increíble las cosas que he encontrado en esos archivos. Documentos antiguos del más alto interés y de que nadie tenía noticia.

JULIA.—Sí, sí, Jorge. Tú no habrás



perdido el tiempo durante el viaje de bodas.

TESMAN.—No, puedo alabarme de ello. Pero quítate el sombrero, tía. ¡Vamos! Voy á desatarte las bridas, ¿eh?

JULIA. (*Dejándole hacer.*)—¡Ah, Dios mío! ¡Esto me recuerda los pasados tiempos!

TESMAN. (*Dando vueltas al sombrero.*)—¡Eh! ¡Qué sombrero tan majo tienes! ¡Qué elegancia!

JULIA.—Lo he comprado por Hedda.

TESMAN.—¿Por Hedda?

JULIA.—Sí. No quiero que Hedda tenga que avergonzarse de mí.

TESMAN. (*Dándole un golpecito en la mejilla.*)—¡Siempre estás en todo, tía! (*Deja el sombrero en una silla próxima á la mesa.*) Ahora, mira, vamos á sentarnos aquí, en el sofá, y á charlar un poco hasta que salga Hedda.

(*Se sientan. Julia coloca la sombrilla en el ángulo del sofá.*)

JULIA.—¡Qué alegría me da verte aquí, delante de mí, en carne y hueso! ¡Querido Jorge! ¡El queridito del pobre Joaquín!

TESMAN.—Pues ¡y á mí! ¡Decir que te vuelvo á ver, tía Julia! ¡La que me ha servido de padre y de madre!

JULIA.—Sí, ya sé yo que tú no dejarás de querer á las viejecitas de tus tías.

TESMAN.—¿De modo que no hay mejoría en el estado de tía Rina, eh?

JULIA.—No, creo que no hay que esperar mejora. ¡Pobre! Siempre en cama; ya llevamos así años y años. ¡Oh, Dios mío! ¡Con tal que yo pueda con-

servarla aún algún tiempo! Sin eso, Jorge, no sabría qué hacer de mi pobre existencia. Sobre todo ahora que no tengo ya que cuidar de ti.

TESMAN. (*Dándole golpecitos en el hombro.*)—¡Vamos, vamos!

JULIA.—¡No! ¡Pero cuando una piensa que estás casado, Jorge! ¡Y que eres tú el que ha conquistado á la encantadora Hedda Gabler! ¡Ahí es nada! ¡Ella que tenía tantos adoradores en torno suyo!

TESMAN. (*Tarareando un poco, con sonrisa de satisfacción.*)—Sí, creo que allá, en la ciudad, no faltan amigos que me envidian, ¿eh?

JULIA.—¡Y ese largo viaje de novios que has hecho! Más de cinco... cerca de seis meses.

TESMAN.—Sí, pero para mí ha sido al mismo tiempo una especie de viaje de estudio. ¡Tantos archivos que compulsar, y tantos libros que leer! ¡Si supieses!

JULIA.—Bueno, todo eso está muy bien. (*Bajando la voz confidencialmente.*) Pero, veamos, Jorge, ¿no tienes alguna cosa, algo de particular que decirme?

TESMAN.—¿A propósito de nuestro viaje?

JULIA.—Sí.

TESMAN.—No, nada que yo sepa, fuera de lo que os he escrito. La toma del grado de doctor; te hablé de eso ayer, ¿no es verdad?

JULIA.—Sí, todo eso lo sé. Pero quiero decir si no... ¡vamos! ¿si no tienes algunas esperanzas?

TESMAN.—¿Esperanzas?



JULIA.—¡Dios mío, Jorge! ¿No soy tu tía, y tía vieja?

TESMAN.—Mucho, mucho, tengo esperanzas.

JULIA.—¿De veras?

TESMAN.—Las mejores esperanzas de ser nombrado profesor de un día á otro.

JULIA.—Profesor, sí, ya sé.

TESMAN.—O más bien: me atrevo á decir que tengo la certidumbre. Pero, mi buena tía, eso lo sabes tan bien como yo.

JULIA. (*Sonriendo.*)—Sí, sí, muy cierto. Tienes razón. (*Cambiando de tono.*) Pero hablábamos del viaje. Dí, ¿te habrá costado mucho dinero?

TESMAN.—¡Oh, sí! La gran subvención que recibí ha cubierto una buena parte de los gastos.

JULIA.—Sí, pero lo que yo no comprendo es que haya podido bastar para dos.

TESMAN.—No, no, no es tan fácil de comprender, ¿verdad?

JULIA.—Y menos cuando se viaja con una señora. Eso cuesta infinitamente más caro, según he oído decir.

TESMAN.—Sí, se supone, cuesta un poco más caro. Pero ¿qué quieres? ¡Era preciso que Hedda hiciese ese viaje! Era realmente preciso. Lo contrario no hubiese sido decoroso.

JULIA.—Claro, sí. Hoy las conveniencias exigen el viaje de novios. Pero, dime, ¿empiezas á encontrarte en tu casa?

TESMAN.—Ya lo creo. Estoy en pié, desde que ha amanecido, para pasar revista á todo.

JULIA.—¿Y te gusta como está?

TESMAN.—¡Mucho! ¡Enormemente! No hay más que una cosa que no comprendo: ¿qué quieres que hagamos de esos dos cuartos vacíos que hay entre la pieza del fondo y la alcoba de Hedda?

JULIA. (*Sonriendo.*)—¡Oh, querido Jorge! Con el tiempo ya se encontrará en qué emplearlos.

TESMAN.—Es verdad, tienes mucha razón, tía. Más adelante, cuando aumente la biblioteca... ¿eh?

JULIA.—Eso, querido. He pensado en tu biblioteca.

TESMAN.—Me alegro de esto sobre todo por Hedda. Desde antes de nuestros esponsales me dijo que nunca querría vivir más que en la quinta de la señora de Falk, la mujer del consejero de Estado.

JULIA.—¡Pues mira! Y decir que se ha encontrado tan á punto. Cabalmente en el momento de marcharos se puso en venta la casa.

TESMAN.—¿No es verdad, tía Julia? Eso es lo se llama tener suerte, ¿eh?

JULIA.—Pero ha costado caro, querido Jorge. Todo esto te saldrá carísimo.

TESMAN. (*Mirándola un poco turbado.*)—¿Será posible, tía? Di.

JULIA.—¡Dios de mi vida! Sí, hijo mío.

TESMAN.—¿Cuánto crees tú? Veamos aproximadamente.

JULIA.—No puedo decírtelo antes de ver todas las cuentas.

TESMAN.—Felizmente el asesor Brack ha obtenido condiciones muy ventajosas para mí. El mismo se lo ha escrito á Hedda.



JULIA.—Sí, no te preocupes de eso, hijo mío. Y luego, en cuanto á los muebles y colgaduras, he dado fianza yo.

TESMAN.—¿Fianza? ¿Tú? Pero, querida tía, ¿qué fianza has podido dar?

JULIA.—Me empeñado mi renta.

TESMAN. (*Dando un salto.*)—¿Eh? ¡Tu... tu renta y la de tía Rina!

JULIA.—Ya ves: no había otro camino.

TESMAN. (*Colocándose delante de Julia.*)—Pero, vamos á ver, tía, ¿estás loca? Esa renta es todo lo que tenéis para vivir tía Rina y tú.

JULIA.—¡Vamos, vamos, no lo tomes tan á pechos! Ya sabes que todo ello es pura cuestión de forma. Lo mismo dice el asesor. Porque el señor Brack es el que ha tenido á bien arreglar el asunto en mi nombre. Dice que no es más que una formalidad.

TESMAN.—Sí, es muy posible. Pero, sin embargo...

JULIA.—¿No vas á tener un sueldo para atender á todo? Y luego, Dios mío, aunque pudiésemos hacerte algunos pequeños anticipos, ¿qué? Si pudiésemos ayudarte un poco al principio... Pues sería un verdadero honor para nosotras, puedes creerlo.

TESMAN.—¡Ah, tía! ¡Tú no te cansarás nunca de sacrificarte por mí!

JULIA. (*Levantándose y poniéndole las manos sobre los hombros.*)—¡Querido mío! ¿Hay para mí mayor felicidad en el mundo que allanarte el camino de la vida? ¡Tú que no conociste el cariño de los padres! Horas negras hubo, es verdad; pero, ¡gracias á Dios! has salido adelante, Jorge.

TESMAN.—Sí, en el fondo es bien extraño ver cómo se han arreglado las cosas.

JULIA.—Sí, y todos los que estaban en contra tuya, y querían cerrarte el camino, ahora los tienes debajo decididamente. ¡Sí, Jorge, están en el suelo! Y el que era más peligroso, ese ha caído más bajo que todos los demás. ¡Pobre insensato!

TESMAN.—¿Has oído hablar de Eylert? Quiero decir desde mi partida.

JULIA.—Me han dicho sólo que ha publicado un nuevo libro.

TESMAN.—¿Cómo! ¿Eylert Loevborg? Ultimamente, ¿eh?

JULIA.—Sí, eso me han contado. No puede ser gran cosa, ¿qué dices tú?... ¿No? ¡Cuando aparezca tu nuevo libro, entonces sí que verán! ¿Verdad, Jorge? ¿Sobre qué escribes, di?

TESMAN.—Sobre la industria doméstica en el Brabante de la Edad Media.

JULIA.—¿Es posible? ¡Y decir que tú puedes escribir hasta sobre eso!

TESMAN.—Pero puede que el libro no aparezca aún de aquí á mucho tiempo. Calcula: tengo que empezar por poner en orden todas esas colecciones de manuscritos.

JULIA.—¡Ah, sí! Para eso de coleccionar y poner en orden te pintas tú solo. Por algo eres hijo del difunto Joaquín.

TESMAN.—Será un verdadero placer para mí, sobre todo ahora que tengo mi propia casa, tan encantadora, donde podré trabajar á mi gusto.

JULIA.—Y después, lo principal, querido Jorge, es que poseas á la que deseaba tu corazón.



TESMAN. (*Echándole los brazos.*)— ¡Oh, sí, sí, tía Julia! ¡Lo más delicioso que hay en todo esto es Hedda! (*Mirando á la puerta.*) Aquí creo que viene.

(*Entra Hedda por la puerta izquierda de la pieza del fondo. Es una mujer de veintinueve años, de rostro y continente llenos de nobleza y distinción. El cutis es de una blancura mate. Mucha calma y frialdad en sus ojos de un gris de acero. El pelo, no muy espeso, tiene un bello matiz castaño. Lleva una bata de mañana de elegante corte, un poco suelta.*)

JULIA. (*Yendo al encuentro de Hedda.*) — ¡Buenos días, querida Hedda, muy buenos días!

HEDDA. (*Alargándole la mano.*)— Buenos días, querida señora. ¡Una visita tan temprano! Es una verdadera atención.

JULIA. (*Ligeramente cortada.*)— Hum. ¿Ha dormido bien mi mujercita en su nueva instalación?

HEDDA. — ¡Oh, sí! Gracias. Así, así.

TESMAN.— ¿Así, así? ¡Estás tú buena, Hedda! Cuando yo me he levantado, dormías como un tronco.

HEDDA.— Afortunadamente para mí. Pero hay que acostumbrarse á todo, señora. Poco á poco se andará el camino. (*Mirando á la izquierda.*) ¡Ay! ¡Esa criada que ha abierto la puerta de la marquesina! Está esto inundado de sol.

JULIA. (*Acercándose á la puerta.*)— ¡Bien, bien! Vamos á cerrarla.

HEDDA.— No, no es eso lo que yo quiero. Querido Tesman, corre las cortinas para suavizar la luz.

TESMAN. (*Acercándose á la puerta.*)—

Sí, sí. Mira, Hedda: como está ahora tendremos sombra y aire fresco á la vez.

HEDDA.— ¡Aire fresco, sí! Buena falta hace. ¡Todas esas flores que Dios bendiga!... Pero, querida... ¿no se sienta V.?

JULIA.— No, gracias. Ya veo que aquí todo marcha bien, afortunadamente. Y ahora tengo que volverme al lado de la pobre Rina, que debe esperarme con impaciencia.

TESMAN.— Salúdala muy cariñosamente de mi parte, tía. Y dile que iré á verla un poco más tarde.

JULIA.— Sí, sí, no dejaré de decírselo. Pero, ahora que me acuerdo, Jorge... (*Registra su bolsillo.*) Se me olvidaba. Tengo una cosa para ti.

TESMAN.— ¿Qué es ello, tía?

JULIA. (*Sacando un paquete envuelto en un periódico, y ofreciéndoselo.*)— Aquí te traigo esto, hijo; toma.

TESMAN. (*Desenvolviendo el paquete.*) — ¡Ah! Pero ¿es de veras? ¡Las has conservado en tu casa, tía Julia! ¡Hedda! ¿No es de agradecer una solicitud tan cariñosa, di?

HEDDA. (*Que ha pasado á la derecha, acercándose á las étagères.*) — Pues ¿qué es?

TESMAN.— ¿Con que mis zapatillas? ¿Oyes tú eso? ¡Mis zapatillas!

HEDDA.— ¿Sí?... Recuerdo que me hablabas de ellas á menudo durante el viaje.

TESMAN.— Sí. ¡Bien las he echado de menos! (*Aproximándose á su mujer.*) Es menester que te las enseñe, Hedda.

HEDDA. (*Dirigiéndose hacia la estu-*



fa.)—No, hombre. ¡Ahora voy á fijarme yo en eso!

TESMAN. (*Siguiéndola.*)—¡Pero si no sabes! Me las bordó tía Rina en la cama. ¡Enferma y todo como está! ¡Oh! No puedes tú figurarte cuántos recuerdos se asocian á estas zapatillas.

HEDDA. (*Junto á la mesa.*)—Pero no precisamente para mí.

JULIA.—En eso tiene razón, Jorge.

TESMAN.—Sí, pero me parece que ahora que es de la familia...

HEDDA. (*Interrumpiéndole.*)—Terman, me parece que no podremos arreglarnos nunca con esta criada.

JULIA.—¿Con Berta?

TESMAN.—¿Por qué lo dices?

HEDDA. (*Señalando con el dedo.*)—¡Mira! Deja tirado su sombrero viejo en una silla del salón.

TESMAN. (*Desconcertado, dejando caer las zapatillas.*)—¡Vamos, Hedda, pero si...!

HEDDA.—¡Ya ves! ¡Si hubiese venido alguien!

TESMAN.—¡Pero, Hedda, si es el sombrero de tía Julia!

HEDDA.—¿Es de veras?

JULIA. (*Cogiendo el sombrero.*)—Sí, el mío. Y lo que es viejo, no lo es.

HEDDA.—La verdad es que no lo he visto tan de cerca.

JULIA. (*Poniéndose el sombrero y atando las bridas.*)—Es realmente le primera vez que me lo pongo. Dios sabe que es verdad.

TESMAN.—Y es muy bonito. ¡Verdaderamente soberbio!

JULIA.—Tanto como eso no, querido Jorge. (*Mirando alrededor.*) ¿Mi som-

brilla? ¡Ah! está aquí. (*La coge.*) La sombrilla es mía también, no de Berta.

TESMAN.—¡Un sombrero nuevo, una sombrilla nueva! ¿Qué te parece, Hedda?

HEDDA.—Muy bonito, precioso...

TESMAN.—¿Verdad que sí? Pero veamos, tía: mira bien á Hedda antes de marcharte. ¡Ella sí que es preciosa!

JULIA.—¡Oh, hijo! Esa no es una novedad: Hedda fué linda siempre, desde que yo la recuerdo. (*Hace una reverencia y pasa á la derecha.*)

TESMAN. (*Siguiéndola.*)—Sí, pero ¿has notado qué espléndida y soberbia se ha puesto? ¿Qué cuerpo ha echado durante el viaje?

HEDDA. (*Dirigiéndose al foro.*)—¡Déjate de eso!

JULIA. (*Deteniéndose y volviéndose.*)—¿Que ha echado cuerpo, dices?

TESMAN.—Seguramente, tía Julia; tú no ves bien con ese traje. Pero yo que tengo ocasión de...

HEDDA. (*Cerca de la puerta vidriera, con impaciencia.*)—¡Tú no tienes ocasión de nada!

TESMAN.—Sin duda es el Tirol, el aire de las montañas...

HEDDA. (*Interrumpiéndolo secamente.*)—Estoy absolutamente lo mismo que al marchar.

TESMAN.—Eso crees tú; pero no es cierto. ¿Verdad, tía?

JULIA. (*Juntando las manos y mirando á Hedda.*)—Es un encanto, un encanto, un encanto. (*Se acerca á Hedda, le atrae la cabeza con las dos manos y la besa en la frente.*) ¡Que Dios guarde y proteja á Hedda para dicha de Jorge!



HEDDA. (*Desprendiéndose suavemente.*)—¡Oh!... ¡Déjenme!

JULIA.—Todos los días que Dios me conceda vendré á veros á los dos.

TESMAN.—Sí, tía, te ruego que lo hagas. ¿Eh?

JULIA.—¡Adiós, adiós!

(*Vase por el vestíbulo. Tesman la acompaña hasta la salida. La puerta queda entornada. Se oye á Tesman encargar á Julia que salude á tía Rina. Después vuelve á darle las gracias por las zapatillas. Al mismo tiempo se ve á Hedda pasear con impaciencia, levantar los brazos y apretar furiosa los puños. Luego separa las cortinas de la puerta vidriera y mira al exterior. Al poco rato vuelve Tesman y cierra la puerta.*)

TESMAN. (*Recogiendo las zapatillas.*)—¿Qué estás mirando, Hedda?

HEDDA. (*Dominándose y recobrando su serenidad.*)—Nada. El follaje. Ya está bien amarillo y marchito.

TESMAN. (*Envolviendo las zapatillas en el papel y poniéndolas sobre la mesa.*)—Es que estamos en Setiembre.

HEDDA. (*Con nuevas muestras de inquietud.*)—Sí. ¡Quién lo diría!... Ya en Setiembre.

TESMAN.—¿No te parece que tía Julia tenía una cara singular al marcharse? Estaba casi solemne, ¿verdad? ¿Sospechas tú qué le habrá dado?

HEDDA.—Apenas la conozco. ¿No suele ser así?

TESMAN.—No, jamás la he visto como hoy.

HEDDA. (*Alejándose de la puerta vidriera.*)—¿Crees que haya tomado muy

á pechos lo que se me escapó á propósito del sombrero?

TESMAN.—No, tanto como eso no. Un poco en el primer instante.

HEDDA.—Pero también ¡vaya una manera de tirar el sombrero por los muebles del salón! Eso no se hace.

TESMAN.—¡Vamos! Ten por seguro que tía Julia no lo repetirá.

HEDDA.—Por supuesto, ya trataré yo de arreglarlo.

TESMAN.—¡Oh, sí, querida Hedda! ¡Si pudieses hacerlo!...

HEDDA.—Cuando vayas á verla, la invitas á venir aquí esta noche.

TESMAN.—¡Eso! Descuida. Y otra cosa hay que le agradaría muchísimo.

HEDDA.—¿El qué?

TESMAN.—Si pudieses conseguir tutearla... ¡Hazlo por mí, Hedda! ¿Eh? .

HEDDA.—No, no, Tesman, de veras: eso no puedes pedírmelo. Ya te lo he dicho. Procuraré llamarla tía. No hay que pensar en más.

TESMAN.—Bueno, bueno. Yo creía, sin embargo, que ahora que eres de la familia...

HEDDA.—¡Jem!... no sé yo muy bien si... (*Se dirige hacia la puerta del foro.*)

TESMAN. (*Al cabo de un instante.*)—¿Te falta algo, Hedda?

HEDDA.—No, es que estoy mirando mi piano viejo. No hace bien en el conjunto.

TESMAN.—Cuando reciba la primera paga, lo cambiamos por otro.

HEDDA.—No, no. Nada de cambios. No quiero deshacerme de él. En vez de eso, podríamos trasladarlo al cuarto



del fondo, y tomar otro, cuando se presente la ocasión.

TESMAN. (*Ligeramente cohibido.*)—Sí, es claro: podríamos hacer eso.

HEDDA. (*Cogiendo el ramo que hay sobre el piano.*)—Este ramo no estaba aquí anoche, al llegar nosotros.

TESMAN.—Lo habrá traído tía Julia.

HEDDA. (*Examinando el ramo.*)—Una tarjeta de visita. (*Toma la tarjeta y lee.*) «Volveré más tarde.» Adivina de quién es.

TESMAN.—No sé. ¿De quién?

HEDDA.—La tarjeta dice: «Señora de Elvsted.»

TESMAN.—¡No es posible! ¡La señora de Elvsted, antes señorita Rysing!

HEDDA.—La misma. La que hacia tanto efecto con su llamativa cabellera por dondequiera que se presentaba... Una antigua pasión tuya, según he oído decir.

TESMAN. (*Sonriendo.*)—¡Oh! no duró mucho. Y eso era además cuando aún no te conocía á ti, Hedda. Pero oye..., es raro que esté en la ciudad.

HEDDA.—Lo singular es que nos visite. Yo no la conozco más que del colegio.

TESMAN.—Tampoco yo la he visto Dios sabe desde cuándo. Es asombroso que pueda vivir en un rincón como el que habita allá. ¿Eh?

HEDDA. (*Después de reflexionar un instante dice de repente:*)—Di, Tesman, ¿no es hacia esa parte adonde se ha ido á vivir... ¿sabes?... Eylert Loevborg?

TESMAN.—Sí, en algún punto de esos sitios.

(*Entra Berta por la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—Señorita, está aquí otra vez la señora que vino hace poco y me entregó esas flores (*señalándolas*), las que tiene en la mano la señorita.

HEDDA.—¡Ah! ¿Está ahí? Bien. Que pase.

(*Berta abre la puerta y se retira después de entrar Thea de Elvsted. Esta última es una figurita delgada, de lindas facciones, de rostro delicado. Tiene ojos azules, grandes, redondos y un poco á flor de cabeza. La mirada es tímidamente inquieta é interrogadora. La cabellera, ondulada y copiosa, es de un color amarillo claro, casi blanco, que llama la atención. Tiene un par de años menos que Hedda, y lleva un traje de visita oscuro, de buen gusto, pero no de última moda.*)

HEDDA. (*Adelantándose á recibirla afeitadamente.*)—Buenos días, querida. Celebro mucho volverla á ver después de tantos años.

THEA. (*Nerviosamente, tratando de aparecer tranquila.*)—Sí, hace mucho que no nos hemos visto.

TESMAN. (*Alargándole la mano.*)—Ni nosotros tampoco. ¿Verdad?

HEDDA.—Gracias por sus lindas flores.

THEA.—¡Oh, por favor! Hubiese venido á ver á Vds. ayer en seguida; pero supe que estaban de viaje.

TESMAN.—¿Acaba V. de llegar á la ciudad?

THEA.—Vine ayer por la tarde. ¡Oh! ¡Me quedé tan desesperada al saber que estaban Vds. ausentes!...

HEDDA.—¡Desesperada!... ¿Por qué?



TESMAN. — Veamos, señora de Ry-sing... digo, de Elvsted...

HEDDA. — ¿Ha sucedido alguna cosa?

THEA. — Sí, y no conozco un alma á quien dirigirme aquí, excepto á Vds.

HEDDA. (*Dejando el ramo en la mesa.*) — Venga Vd. Sentémonos en el sofá.

THEA. — ¡Oh! ¡Yo no tengo calma ni paciencia para estar sentada!

HEDDA. — ¡Pues no que no! Venga V. (*La obliga á sentarse y se sienta á su lado.*)

TESMAN. — Vamos á ver, señora... ¿Qué hay?

HEDDA. — ¿Es alguna cosa que le ha sucedido á V. allá en su casa?

THEA. — Sí... es decir, sí y no. ¡Oh! Temo ser mal comprendida...

HEDDA. — ¡Vamos! Lo mejor que puede V. hacer es decirlo todo francamente.

TESMAN. — Para eso ha venido V., ¿no es verdad?

THEA. — Sí, sí. Justo. Ante todo, debo decir á Vds., si lo ignoran, que Eylert Loevborg está también aquí.

HEDDA. — ¡Loevborg está...!

TESMAN. — ¡Cómo! ¡Que ha vuelto Eylert Loevborg! ¿Oyes eso, Edda?

HEDDA. — Hombre, sí, oigo perfectamente.

THEA. — Hace ocho días que vino. ¡Cuando una lo piensa! ¡Solo, en medio de los peligros de esta ciudad, expuesto á las malas compañías que hay aquí!

HEDDA. — Pero, querida, ¿V. qué tiene que ver con su conducta?

THEA. (*Le dirige una mirada tímida y*

*responde precipitadamente.*) — Ha sido preceptor de los niños.

HEDDA. — ¿De sus hijos de V.?

THEA. — De los míos no. No los tengo.

HEDDA. — ¿De los de su marido?

THEA. — Sí.

TESMAN. (*Con alguna vacilación.*) — Pero es que él... no sé cómo expresarme... ¿estaba en situación de poder desempeñar cargos de esa índole?

THEA. — Durante estos dos últimos años no ha dado nada que decir.

TESMAN. — Así, ¿eh? ¿Oyes Hedda?

HEDDA. — Oigo muy bien.

THEA. — Absolutamente nada. Puedo asegurárselo á Vds. En ningún sentido... Y, sin embargo... ahora que sé que está aquí... en esta gran ciudad... y con las manos llenas de dinero, temo por él horribilmente.

TESMAN. — Pero, ¿por qué no se ha quedado mejor donde estaba, al lado de V. y de su marido? ¿Eh?

THEA. — Desde que apareció su libro, no ha habido paz ni reposo en nuestra casa.

TESMAN. — Sí, es verdad. Tía Julia me ha dicho que había publicado un nuevo libro.

THEA. — Sí, un nuevo libro, una gran obra sobre la marcha general de la civilización... Hará unos quince días. Se ha comprado y leído mucho. Ha producido gran sensación.

TESMAN. — ¿De veras ha producido sensación? Será, de fijo, algún trabajo que escribiese en sus buenos tiempos.

THEA. — ¿Quiere V. decir antes?

TESMAN. — Sí.



THEA.—Nada de eso. Lo ha escrito todo ahora... este último año.

TESMAN.—¿No es una alegría oírlo? Di, Hedda.

THEA.—¡Ah, sí! Lo que es como eso pudiese durar...

HEDDA.—¿Lo ha visto V. aquí?

THEA.—No, todavía no. ¡Me ha costado tanto trabajo descubrir su paradero! Por fin, lo he sabido esta mañana.

HEDDA. (*Clavándole los ojos.*)—En el fondo me parece bastante extraño que su marido de V.... ¡Jem!...

THEA. (*Con un estremecimiento nervioso.*)—¿Mi marido? ¿Qué quiere V. decir?

HEDDA.—Sí, que la envíe á V. á la ciudad por un motivo de ese género. Hubiera podido venir él mismo en busca de su amigo.

THEA.—¡No, no! Mi marido no tiene tiempo. Y además... yo tenía que hacer algunas compras.

HEDDA. (*Con una ligera sonrisa.*)—¡Ah! Eso es otra cosa.

THEA. (*Levantándose de repente con agitación.*)—Y ahora, señor Tesman, tengo que pedir á V. un favor encarecidamente. ¡Reciba V. bien á Leovborg, si viene á su casa! Y no dejará de venir. ¡Dios mío! Fueron Vds. tan buenos amigos... Y, además, si no me equivoco, han hecho Vds. iguales estudios y trabajan en el mismo género de cosas.

TESMAN.—Es verdad; por lo menos, era verdad antes.

THEA.—Sí, señor. Y por eso le suplico... que esté V. también á la mira. ¡Oh! ¿Me lo promete V., no es verdad, señor Tesman.

TESMAN.—Sí, con mucho gusto, señora de Rysing...

HEDDA.—¡De Elvsted!

TESMAN.—Le prometo á V. hacer todo lo que pueda por Eylert. Cuente con ello.

THEA.—¡Oh, qué bueno es V.! (*Le da la mano.*) ¡Gracias, gracias! (*Estremeciéndose.*) Ya ve V., ¡mi marido lo quiere tanto.

HEDDA. (*Levantándose.*)—Deberías escribirle, Tesman. Si no, por su parte quizá no vendría á verte.

TESMAN.—Sí, puede que sea lo mejor. ¿Verdad, Hedda?

HEDDA.—Hazlo lo más pronto posible. ¡Anda!... en seguida.

THEA. (*Suplicante.*)—¡Oh, sí! ¡Hágalo V.!

TESMAN.—Al momento. ¿Tiene V. sus señas, señora... señora de Elvsted?

THEA.—Sí. (*Sacando un papelito del bolsillo y presentándoselo.*) Aquí las tiene V.

TESMAN.—Bien, muy bien. Alla voy. (*Paseando una mirada en torno suyo.*) Y es verdad... ¿Las zapatillas? ¡Ah! Aquí están.

(*Coge el paquete, y va á salir.*)

HEDDA.—Escríbele muy afectuosamente... una carta de amigo, y bastante larga.

TESMAN.—Sí, sí, descuida.

THEA.—¡Pero, por supuesto, ni una palabra de mi intervención en su favor!

TESMAN.—¡Ah! ¡Claro. Eso no hay que decirlo.

(*Vase por la puerta derecha del cuarto del fondo.*)



HEDDA. (*Dirigiéndose hacia Thea, le dice á media voz, sonriendo.*)—Perfectamente. Hemos matado dos aves de un solo tiro.

THEA.—¿Cómo eso?

HEDDA.—¿No ha comprendido V. que yo quería alejarlo?

THEA.—Sí... para que escriba esa carta.

HEDDA.—Y para que podamos hablar nosotras solas.

THEA.—¿Del mismo asunto?

HEDDA.—Sí, del mismo asunto.

THEA.—¡Pero si no hay nada más!... ¡de veras! nada.

HEDDA.—¡No ha de haber! Hay todavía muchas cosas. Veo bastante claro para comprenderlo. Venga V. Vamos á sentarnos aquí y á hablar con franqueza.

(*La obliga á sentarse en un sillón, junto á la estufa, y se sienta ella en un taburete.*)

THEA. (*Mirando su reloj con inquietud.*)—Pero, querida mía..., yo pensaba irme ahora.

HEDDA.—¡Oh! ¡No tiene V. tanta prisa. Conque vamos á ver: cuénteme qué tal les va por allá.

THEA.—¡Ah! Es precisamente de lo que no quisiera que hablásemos.

HEDDA.—¡Bah! Conmigo, querida... ¡Por Dios! ¿No hemos sido compañeras de colegio?

THEA.—Sí, pero V. era de una clase superior á la mía. ¡Oh! ¡Qué miedo me daba V. entonces!

HEDDA.—¿Yo?

THEA.—Sí, un miedo terrible. Como

al encontrarme en la escalera tenía V. la costumbre de tirarme del pelo...

HEDDA.—¿Puede?

THEA.— ¡Vaya! Hasta me dijo V. una vez que tenía ganas de quemármelo.

HEDDA.—¡Oh! Cosas de chica.

THEA.—Sí, pero como yo era tan tonta entonces... Y ya después hemos vivido tan alejadas... Pertenece-mos á esferas tan distintas...

HEDDA.—Bien, pues procuremos acercarnos de nuevo. ¡Verá V.! En el colegio nos tuteábamos y nos llamábamos por nuestros nombres de bautismo...

THEA.—¡No! Debe V. estar equivocada.

HEDDA.—Nada de eso. Me acuerdo perfectamente. Pues bien, es preciso que volvamos á ser amigas íntimas como entonces. (*Aproxima su taburete al sillón.*) ¡Vamos! (*La besa en la mejilla.*) Ahora vas á tutearme y á llamarme Hedda.

THEA. (*Acariciándole las manos y estrechándolas entre las suyas.*)—¡Ah! ¡Tanto agrado y tanta bondad!... Es una cosa á que estoy bien poco acostumbrada.

HEDDA.—¡Vamos, vamos! Y yo te tutearé también y te llamaré querida Thora.

THEA.—Me llamo Thea.

HEDDA.—Sí, sí, ya sé. Quería decir Thea. (*Mirándola con interés.*) Con que dices que no estás acostumbrada á que te traten con agrado y bondad, ¿eh, Thea? ¿En tu casa...?

THEA.—¡Oh! ¡Como si yo tuviese casa! No la tengo. No la he tenido nunca.



HEDDA. (*Mirándola un instante.*)—Presentía algo de eso.

THEA.—¡Oh! ¡Sí... sí... sí!

HEDDA.—No recuerdo bien ahora... Pero al principio, ¿no entraste como ama de llaves en la casa del juez de paz Elvsted?

THEA.—No. Realmente entré de aya. Pero su mujer... su primera mujer... andaba malucha... estaba en cama casi siempre; de manera que á poco tuve que encargarme de la casa.

HEDDA.—Pero vamos á cuentas... Esa casa ha acabado por ser la tuya.

THEA.—Sí, ha venido á ser la mía.

HEDDA.—Bueno. Sigamos. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces?

THEA.—¿Desde mi matrimonio?

HEDDA.—Sí.

THEA.—Cinco años.

HEDDA.—Sí, eso es.

THEA.—¡Oh! ¡Qué cinco años!... Sobre todo los dos ó tres últimos. ¡Ah! ¡Si V. supiese!...

HEDDA. (*Dándole un golpecito en la mano.*)—¿V.? ¡Ay, ay, Thea!

THEA.—No, no, yo trataré de acostumbrarme. Sí, si tú pudieses comprender...

HEDDA.—Eylert Loevborg ha pasado allí también estos tres últimos años, ¿no es eso?

THEA. (*Mirándola turbada.*)—¿Eylert Loevborg? Sí, eso es.

HEDDA.—¿Lo conocías ya cuando vivías en la ciudad?

THEA.—Apenas. Es decir, lo conocía de nombre, naturalmente.

HEDDA.—Pero allí, ¿ha formado parte de la casa?

THEA.—Sí, iba todos los días. Daba lecciones á los niños. A la larga yo no podía bastar para todo.

HEDDA.—Claro, eso se cae de su peso. ¿Y tu marido? Por supuesto, ¿siempre andará de viaje?

THEA.—Sí. Como V.... como tú comprendes, siendo juez de paz, tiene que hacer frecuentes viajes por el distrito.

HEDDA. (*Apoyándose en el brazo del sillón.*)—Thea, pobre Theita, ahora vas á decirme toda, toda la verdad.

THEA.—Corriente. Pregunta, que yo te responderé.

HEDDA.—Sepamos: la manera de ser de tu marido con respecto á ti... ¿qué tal en el fondo? ¿Es bueno?

THEA. (*Sin convicción.*)—El cree proceder sin duda de la mejor manera.

HEDDA.—Me parece que debe tener demasiada edad para ti. Habrá sus veinte años de diferencia entre vosotros.

THEA. (*Irritada.*)—Sí, eso... y mil cosas. ¡Todo me es antipático en él! No coincidimos en un solo pensamiento, no nos entendemos en nada.

HEDDA.—Pero, ¿te quiere, á pesar de todo... á su manera?

THEA.—¡Qué sé yo que te diga! Le soy útil, y pare V. de contar. Luego, se me mantiene con poca cosa. No salgo cara.

HEDDA.—Pues es obrar como una tontita, hija.

THEA. (*Moviendo la cabeza.*)—No puedo obrar de otro modo... al menos con él. No tiene verdadero cariño á nadie más que á sí propio, y algo quizá á los niños.

HEDDA.—¿Y á Eylert Loevborg, Thea?



THEA.—¡A Eylert Loevborg! ¿De dónde sacas eso?

HEDDA.—Pues, hija... cuando te envía en su busca... me parece que... *(con una sonrisa casi imperceptible.)* Y además tú misma acabas de decírselo á Tesman.

THEA. *(Con una sacudida nerviosa.)*—¿Yo? Y eso que sí, se lo he dicho. *(Con pasión contenida.)* No, tanto me da confesártelo ahora como después. De todos modos ha de saberse.

HEDDA.—¿Pero, querida Thea...?

THEA.—He aquí el caso en dos palabras: he venido sin saberlo mi marido.

HEDDA.—¿Qué estás diciendo! ¿Sin saberlo tu marido?

THEA.—Naturalmente. Además, no estaba en casa; andaba también de viaje. ¡Oh! ¡Yo no podía aguantar más, Hedda! ¡Era absolutamente imposible! Aquella soledad en que iba á encontrarme en adelante...

HEDDA.—Bien, ¿y tú...?

THEA.—Pues nada. Hice mi equipaje... lo estrictamente necesario, como comprendes. Y con mucho sosiego me salí de la casa.

HEDDA.—¿Así... tan tranquila?

THEA.—Eso. Y tomé el tren que me ha traído.

HEDDA.—Pero, querida Thea, ¿cómo te has atrevido á hacer tal cosa?

THEA. *(Levantándose y atravesando la escena.)*—Pero, ¡en nombre del cielo! ¿Qué me quedaba que hacer?

HEDDA.—¿Y qué dirá tu marido cuando vuelvas?

THEA. *(Deteniéndose delante de la mesa*

*y mirando á Hedda.)*—¿Allá... á su casa?

HEDDA.—¡Pues claro!

THEA.—Jamás volveré á su casa.

HEDDA. *(Levantándose y acercándose á ella.)*—¿De modo que la marcha es en serio?

THEA.—Sí. He creído que no me quedaba más partido que ese.

HEDDA.—¿Y cómo has podido marcharte tan sin reservas?

THEA.—¡Oh! Estas cosas no pueden ocultarse nunca.

HEDDA.—Pero, ¿qué dirá la gente, Thea?

THEA.—¡Ah! Que diga lo que quiera. *(Se deja caer en el sofá con aire de abatimiento.)* No he hecho más que lo que debía hacer.

HEDDA. *(Después de una breve pausa.)*—Pero, ¿qué va á ser de ti ahora? ¿Cuáles son tus proyectos?

THEA.—No los tengo aún. Sólo sé que, si he de vivir, ha de ser donde esté Eylert Loevborg.

HEDDA. *(Acercando una de las sillas que hay junto á la mesa, se sienta al lado de Thea y le acaricia las manos.)*—¿Cómo habéis llegado Eyler y tú á esa... esa amistad?

THEA.—¡Oh! Poco á poco. Yo adquirí cierto poder sobre él.

HEDDA.—¿De veras?

THEA.—Renunció á sus antiguos hábitos. No es que yo se lo rogase; no me hubiera atrevido nunca. Pero él notó que me disgustaban, y eso bastó para que cambiase de conducta.

HEDDA. *(Esforzándose por contener una sonrisa burlona.)*—¿De modo que tú



lo has levantado, como suele decirse, Theita?

THEA.—Eso dice al menos el mismo Eyler. Y él, por su parte, ha hecho de mí un ser completo. Me ha enseñado á pensar, á reflexionar sobre muchas cosas.

HEDDA.—¿Quizá te habrá dado lecciones también á ti?

THEA.—Lecciones precisamente, no. Pero me hablaba de una infinidad de cuestiones. ¡Luego vinieron aquellos días de ventura, aquellos días deliciosos, en que pude tomar parte en su trabajo! Porque he tenido la suerte de ser su auxiliar.

HEDDA.—¡Hola! ¿Te lo ha permitido?

THEA.—Sí, siempre que escribía algo, quería que trabajase con él.

HEDDA.—Como buenos compañeros, ¿no es eso?

THEA. (*Animándose.*)—¡Como buenos compañeros! ¡Sí, Hedda! Eso es lo que él decía. ¡Oh! ¡Yo debería considerarme tan dichosa! Pero no puedo. No sé si esto podrá durar mucho.

HEDDA.—¿Tan poco segura estás de él?

THEA. (*Penosamente.*)—Entre Eylert Loevborg y yo se alza la sombra de una mujer.

HEDDA. (*Mirándola febrilmente.*)—¿Quién puede ser?

THEA.—No sé. Alguna que conocería hace tiempo y á quien no puede olvidar sin duda.

HEDDA.—Y... ¿cómo ha llegado á hablarte de esa mujer?

THEA.—Una sola vez, de pasada, hizo alusión á ese recuerdo.

HEDDA.—Bien, pero, ¿qué te dijo?

THEA.—Me dijo que en el momento de la separación ella estuvo á punto de dispararle un pistoletazo.

HEDDA. (*Friamente, dominándose.*)—¡Eh! ¡Qué tonterías! Entre nosotros no pasan esas cosas.

THEA.—No. Por eso me inclino á creer que debe ser esa cantante de pelo rojo...

HEDDA.—Es posible.

THEA.—Me acuerdo de haber oído, en efecto, que lleva siempre una pistola cargada.

HEDDA.—Entonces, ella es.

THEA.—Sí, Hedda; pero he sabido que esa cantante está de vuelta. ¡Está aquí! ¡Oh! ¡Es una verdadera desesperación!

HEDDA. (*Dirigiendo una mirada hacia el cuarto del fondo.*)—¡Cht! Viene Tesman. (*Se levanta y dice cuchicheando.*) Thea, todo esto debe quedar entre nosotras.

THEA. (*Sobresaltada.*)—¡Oh, sí, por Dios!

(*Tesman, con una carta en la mano, entra por la puerta derecha de la pieza del fondo.*)

TESMAN.—Aquí está la carta. No hay más que enviarla.

HEDDA.—Muy bien! Pero creo que la señora desea marcharse. Aguarda un poco. Voy á acompañarla hasta la puerta del jardín.

TESMAN.—Oye, Hedda... ¿No podríamos mandar á Berta?

HEDDA. (*Cogiendo la carta.*)—Voy á dársela.



(*Entra Berta por la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—El asesor, señor Brack, desea ver á los señoritos.

HEDDA.—Está bien. Que entre el señor asesor. Oiga V.: y luego vaya á echar esta carta.

BERTA. (*Tomando la carta.*)—Sí, señora.

(*Vase Berta, después de entrar el asesor. Brack es un hombre de cuarenta y cinco años, bajo, robusto y de movimientos flexibles. Cara redonda, de noble perfil. Pelo corto, negro, con un matiz gris ligerísimo y esmeradamente rizado. Mirada viva, despierta. Cejas muy pobladas y lo mismo la perilla. Traje de paseo, elegante, pero más propio de un joven que de un hombre de su edad. Usa un binóculo que deja caer de cuando en cuando.*)

BRACK. (*Entra con el sombrero en la mano y saluda.*)—¿Se permite presentarse tan temprano?

HEDDA.—Se permite. No faltaba más.

TESMAN. (*Estrechándole la mano.*)—A V. siempre se le ve con gusto. (*Presentando.*) El asesor señor Brack, señorita Rysing.

HEDDA.—¡Oh!

BRACK. (*Inclinándose.*)—¡Ah! Celebro mucho...

HEDDA. (*Lo mira sonriendo.*)—Es tan singular verlo á V. á la luz del día...

BRACK.—¿Cambiado, no es cierto?

HEDDA.—Sí, un poco más joven, me parece.

BRACK.—Mil gracias.

TESMAN.—Pero, ¿qué dice V. de Hedda? ¿Eh? ¿No tiene un aspecto espléndido?

HEDDA.—Vamos, déjame en paz. Lo que has de hacer es dar las gracias al asesor por el trabajo que se ha tomado.

BRACK.—¡Qué niñería! Un verdadero placer.

HEDDA.—Sí, V. es un corazón fiel. Pero dispense. Esta amiga está impaciente por marcharse. Hasta ahora, asesor. Vuelvo en seguida.

(*Cambio de saludos. Vanse Tea y Hedda por la puerta del vestíbulo.*)

BRACK.—Con que dígame V.: ¿está contenta su señora?

TESMAN.—Sí, no sabemos cómo agradecerle... Habría que hacer, es verdad, algunos cambios. Faltan ciertas cosas. Tenemos en perspectiva algunas adquisiciones menudas.

BRACK.—¡Ah! ¿Sí?

TESMAN.—Pero eso no ha de causarle á V. molestias. Hedda quiere completar lo que falta. ¿Nos sentaremos, si le parece, eh?

BRACK.—Gracias. Un momentito. (*Sentándose junto á la mesa.*) Quisiera hablar á V. de una cosa, señor Tesman.

TESMAN.—Sí, ya supongo. (*Se sienta.*) Se trata, á no dudar, del lado serio de la fiesta, ¿eh?

BRACK.—¡Oh! La cuestión de dinero no urge todavía. Sin embargo, yo hubiera querido que nos hubiésemos arreglado con alguna más sencillez.

TESMAN.—¡Pero eso no era posible! ¡Piense en Hedda, amigo mío, V. que



la conoce también! Yo no iba á tenerla como una mujer ordinaria.

BRACK.—No, no, ese es el punto de la dificultad.

TESMAN.—Sobre que, á Dios gracias, mi nombramiento no puede hacerse esperar mucho.

BRACK.—Ya sabe V...: esas cosas suelen eternizarse.

TESMAN.—Tendría V. por casualidad alguna noticia, ¿eh?

BRACK.—A punto fijo, nada. (*Variando de tono.*) Pero, cabal. Tengo una noticia que darle.

TESMAN.—¿Qué?

BRACK.—Que ha vuelto su antiguo amigo Eylert Loevborg.

TESMAN.—Ya lo sabía.

BRACK.—¿De veras? ¿Quién se lo ha dicho á V.?

TESMAN.—Esa señora que acaba de salir con Hedda.

BRACK.—¡Ah! ¿Cómo se llama? No he oído bien.

TESMAN.—Es la señora de Elvsted.

BRACK.—Muy bien; la mujer del juez de paz. Con ellos, efectivamente, es con quienes ha estado Loevborg todo este tiempo.

TESMAN.—¡Figúrese V.! ¡He oído decir, con gran alegría, que se ha arreglado en absoluto!

BRACK.—Sí, eso dicen.

TESMAN.—Y parece que ha publicado un nuevo libro, ¿eh?

BRACK.—¡Exacto!

TESMAN.—Y el libro ha producido sensación.

BRACK.—Sí, una sensación grandísima.

TESMAN.—¡Qué le parece á V.! Da gusto oírlo. Un hombre de tantas dotes... Y yo que tenía la triste certidumbre de que se había ido á pique para siempre.

BRACK.—Eso creía todo el mundo.

TESMAN.—Lo que no comprendo es lo que va á hacer ahora. Porque, en fin, ¿de qué quiere V. que viva? ¿Eh?

(*Durante las últimas palabras, ha entrado Hedda por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*A Brack, con una sonrisita irónica.*)—A Tesman le preocupa siempre el saber de qué se vivirá.

TESMAN.—Hija, es que hablábamos de ese pobre Eylert Loevborg.

HEDDA. (*Lanzándole una mirada brusca.*)—¿Cómo? (*Se sienta en el sillón junto á la chimenea, y pregunta con tono indiferente.*) ¿Qué le ha sucedido?

TESMAN.—Poca cosa. Hace mucho tiempo que tiró su herencia por la ventana. El no puede escribir un nuevo libro cada año. ¿Eh? Pues por eso me pregunto qué va á ser de su persona.

BRACK.—Quizá yo podría decírselo á V.

TESMAN.—¡Ah!

BRACK.—Recuerde V. que tiene parientes de bastante influencia.

TESMAN.—¡Ay! Sus parientes le volvieron la espalda.

BRACK.—A pesar de eso, antes lo miraban como la esperanza de la familia.

TESMAN.—¡Sí, antes! Pero todo lo ha echado á perder con sus propias manos.



HEDDA.—¿Quién sabe? (*Con una leve sonrisa.*) ¿No le han regenerado allá, en casa de los Elvsted?

BRACK.—Y luego, ese libro que ha publicado...

TESMAN.—Sí, sí. Haga Dios que vayan en su auxilio de una ú otra manera. Precisamente acabo de escribirle. Oye, Hedda, le he rogado que venga á casa esta noche.

BRACK.—Pero, querido, esta noche viene V. á cenar conmigo. Me lo prometió V. en el desembarcadero.

HEDDA.—¿Lo habías olvidado, Tesman?

TESMAN.—Confieso que sí. Lo había olvidado.

BRACK.—Aparte de todo, puede V. estar segurísimo de que no vendrá.

TESMAN.—¿Por qué cree V. eso? ¿Eh?

BRACK. (*Se levanta lentamente y pone las manos sobre el respaldo de la silla, después de dar la vuelta.*)—Querido Tesman... Y V. también, señora... Yo no puedo consentir que Vds. ignorasen una cosa... una cosa que...

TESMAN.—¿Qué se refiere á Eyler...?

BRACK.—Sí, á V. y á él.

TESMAN.—¡Veamos, querido asesor, veamos! Diga V.

BRACK.—Conviene que se haga V. á la idea de que su nombramiento puede no venir con toda la rapidez que V. desea y espera.

TESMAN. (*Sobresaltado.*)—¿Hay algún obstáculo? ¿Eh?

BRACK.—Puede que tenga V. que entrar en concurso para obtener la plaza...

TESMAN.—¡En concurso! ¡Habrás visto, Hedda!

HEDDA. (*Arrellenándose más en el sillón.*)—¡Oye, oye!

TESMAN.—Pero ¿con quién he de concurrir? ¿No puede ser con...?

BRACK.—Justamente. Con Eyler Loevborg.

TESMAN. (*Juntando las manos.*)—¡No, no, es inconcebible! ¡Es imposible! ¿Eh?

BRACK.—¡Hum! Y, sin embargo, quizá sucederá.

TESMAN.—No; pero oiga V., sería una falta inaudita conmigo. (*Accionando.*) ¡Ya ve V. que soy un hombre casado! Hedda y yo nos hemos casado, contando con esa perspectiva. Hemos gastado mucho dinero. Hasta hemos recibido prestado de tía Julia. Porque, en fin, Dios mío, me habían prometido casi esa plaza. ¿Eh?

BRACK.—Vamos, vamos, la plaza no se le escapará. Estoy seguro. Sólo que tendrá V. que concurrir para obtenerla.

HEDDA. (*Inmóvil en su sillón.*)—Pero, di, Tesman, eso es una especie de *sport*.

TESMAN.—Vamos, querida Hedda, ¿cómo puedes mirar esto tan indiferente?

HEDDA. (*Sin cambiar de tono.*)—No es verdad. aguardo el resultado con el mayor interés.

BRACK.—En todo caso, señora, bueno es que V. esté al corriente. Quiero decir, antes de empezar las compras menudas que proyecta, según me dicen.

HEDDA.—No tiene que ver nada lo uno con lo otro.

BRACK.—¡Ah! Eso es otra cosa. Adiós.



(A Tesman.) Esta tarde, de paseo, vendré por V.

TESMAN.—Sí, sí. ¡Ah! Ya no sé lo que me pasa.

HEDDA. (*Alargando la mano á Brack, sin cambiar de postura.*)—Adiós, asesor. O, más bien, hasta luego. Bien venido.

BRACK.—Mil gracias. Adiós, adiós.

TESMAN. (*Acompañándolo hasta la puerta.*)—¡Adiós, mi querido asesor! Tiene V. que dispensarme...

(*Vase Brack por la puerta del vestíbulo.*)

TESMAN. (*Volviendo hacia el fondo.*)—¡Ay, Hedda! Nunca debería uno meterse en aventuras. ¿Eh?

HEDDA. (*Mirándolo y sonriendo.*)—¿Lo dices por ti?

TESMAN.—Sí, Hedda. ¿A qué negarlo? Aventura es casarse como nosotros lo hemos hecho y edificarlo todo sobre simples esperanzas.

HEDDA.—En eso quizá tienes razón.

TESMAN.—¡Ea! Por el pronto nadie nos quita esta deliciosa casa. Mírala... ¡la casa en que soñábamos juntos! Y aun puedo añadir que nos entusiasma de antemano. ¿Eh?

HEDDA. (*Levantándose lentamente, con apariencias de fatiga.*)—¿Se convino, no es cierto, en que haríamos vida de sociedad, que recibiríamos gente?

TESMAN.—Y ¡Dios sabe si me alegraba yo! Pues ¡si sólo con pensar en verte hacer los honores de la casa en medio de un círculo selecto...! ¿Eh? Sí, sí, sí.

De modo que hasta nueva orden tendremos que aislarnos, Hedda, tendremos que vivir solitos. Nada más que la tía Julia alguna que otra vez. ¡Ah, querida mía! ¡Tú que hubieras debido llevar una existencia tan diferente... tan completamente diferente...!

HEDDA.—Claro es que no se trata de tener en seguida un criado con librea.

TESMAN.—¡Ay, no! Un criado... ya ves... no puede pensarse en tal cosa.

HEDDA.—Y ese caballo de silla que yo me esperaba...

TESMAN. (*Asustado.*)—¡Un caballo de silla!

HEDDA.—Ahora no me atrevo siquiera á pensar en eso.

TESMAN.—¡Ah, ya lo creo que no!

HEDDA.—¡En fin! Siempre me queda alguna cosa para entretenerme entre tanto.

TESMAN. (*Radiante de alegría.*)—¡Bendito sea Dios! ¿Y el qué, Hedda?

HEDDA. (*Cerca de la puerta, mirándolo con una burla disimulada.*)—Mis pistolas, Jorge.

TESMAN. (*Con inquietud.*)—¿Tus pistolas?

HEDDA. (*Con una mirada fría.*)—Las pistolas del general Gabler.

(*Vase por la puerta izquierda de la pieza del fondo.*)

TESMAN. (*Corriendo detrás, le grita desde la puerta.*)—¡Querida Hedda! ¡Dios mío! ¡Por favor, no toques esas armas tan peligrosas! ¡Hazlo por mí, Hedda! ¿Eh?



ACTO SEGUNDO

*Se desarrolla durante la tarde. La misma decoración del primer acto. Sólo que se ha sustituido el piano con un elegante escritorio coronado por una pequeña estantería de libros, y á la izquierda se ha colocado una mesita cerca del sofá. La mayoría de los ramos han desaparecido. El de Thea se halla en la mesa grande del centro.*

(Hedda sola, en traje de ciudad. De pie, delante de la puerta-vidriera abierta, carga una pistola. Se ve otra enteramente semejante en una caja abierta que hay sobre el escritorio.)

HEDDA. (*Dirige una mirada al jardín, y exclama:*) — ¡Buenos días, señor asesor!

BRACK. (*Respondiendo desde cierta distancia.*)—Buenos días, señora.

HEDDA. (*Levanta la pistola y apunta.*) — ¡Cuidado, asesor Brack! ¡Voy á matarlo!

BRACK. (*Gritando desde abajo.*)—¡No, no, no! ¡Que no me apunte V. así!

HEDDA.—Esto para cuando se entra por la puerta chica. (*Hace fuego.*)

BRACK. (*Desde más cerca.*)—¡V. está loca, me parece!...

HEDDA.—¡Ah, Dios mío! ¿Le habré dado á V.?

BRACK. (*Siempre desde fuera.*)—¡Acabe V., pues, con esas locuras!

HEDDA.—¡Vamos! Entre, asesor.

(*Entra Brack por la puerta-vidriera. Va de redingote, y lleva al brazo un ligero sobretodo.*)

BRACK.—¡Caramba! ¿Todavía sigue V. cultivando ese ejercicio? ¿A qué tira V.?

HEDDA.—¡Oh! A nada. Me entretengo en tirar al aire, al cielo azul.

BRACK. (*Quitándole con precaución la pistola.*)—Permita V., señora. (*Dirigiendo una mirada en torno de sí.* ¿Dónde está la caja? ¡Ah! Ya la veo. (*Mete la pistola en la caja, y cierra.*) ¡Tregua á estas chanzas por hoy!

HEDDA.—Pero, Dios mío, ¿qué quiere V. que haga para distraerme?

BRACK.—¿No han venido visitas?

HEDDA. (*Cerrando la puerta vidriera.*) —Ni una. Todos los íntimos están aún en el campo.

BRACK.—¿Y Tesman ha salido, verdad?

HEDDA. (*Guardando la caja de pistolas en un cajón del escritorio.*)—Sí. Apenas acabó de comer, corrió á casa de sus tías. No lo esperaba á V. tan temprano.

BRACK.—¿Cómo no se me habrá ocurrido? ¡Qué estupidez!

HEDDA. (*Volviendo la cabeza para mirarlo.*)—¿Por qué es una estupidez?

BRACK.—Porque entonces hubiese venido todavía un poco antes.

HEDDA. (*Atravesando la escena.*)—Se hubiese V. encontrado sin nadie. Después de comer yo me marché á mi cuarto para cambiar de traje.

BRACK.—¿Y no habría en la puerta una rendijita por donde se pudiese lamentar?

HEDDA.—No, puesto que olvidó V. ese detalle.

BRACK.—Otra estupidez mía.

HEDDA.—No nos queda ya más que



sentarnos y esperar á Tesman, que no volverá tan pronto.

BRACK.—Dios mío, yo procuraré tener paciencia. (*Hedda se sienta en la esquina del sofá. Brack deja su sobretodo en el respaldo de una silla, y se sienta conservando en la mano el sombrero. Una breve pausa. Se miran.*)

HEDDA.—¿Qué dice V.?

BRACK. (*En el mismo tono.*)—Y V. ¿qué dice?

HEDDA.—Yo soy quien he preguntado la primera.

BRACK. (*Inclinándose ligeramente hacia adelante.*)—¡Eso es! Y así podemos seguir hasta el día del juicio.

HEDDA. (*Recostándose más en el sofá.*)—¿No le parece á V. que hace una eternidad que no hemos hablado el uno con el otro? Las pocas palabras de ayer noche y de esta mañana no entran en cuenta.

BRACK.—Quiere V. decir... á solas, como en este instante.

HEDDA.—Sí... sobre poco más ó menos.

BRACK.—No ha pasado un solo día sin que yo desease verla volver.

HEDDA.—Le juro que yo también lo he deseado continuamente.

BRACK.—¿V.? ¿Cómo es posible, señora? ¡Y yo que creía que se habían divertido Vds. tanto durante el viaje!

HEDDA.—¿V. ha creído eso?

BRACK.—Tesman no cesaba de repetirlo en sus cartas.

HEDDA.—¡Eh! ¡Lo creo! No tiene mayor alegría que andar revolviendo bibliotecas, pasarse horas copiando rancios pergaminos... ¡Dios sabe qué, en fin!

BRACK. (*Con un asomo de malicia.*)—Hay que advertir que ese es su oficio en este bajo mundo. En parte al menos.

HEDDA.—Sí, es verdad. Y al cabo de cuentas todo eso se explica. ¡Pero yo...! ¡Oh no, mi querido asesor, yo me he aburrido soberanamente!

BRACK. (*Con tono de conmiseración.*)—Pero ¿así? ¿tanto?

HEDDA.—¡Pues no...! ¡Y es fácil de comprender!... ¡Todo un medio año sin ver un alma de nuestro círculo íntimo!... ¡Nadie con quien hablar de nuestras cosas!

BRACK.—Sí, sí, para mí también hubiese sido una privación.

HEDDA.—Y luego, lo más insoportable de todo era...

BRACK.—¿Era?

HEDDA.—Estar siempre, eternamente con la misma persona.

BRACK. (*Moviendo la cabeza en señal de asentimiento.*)—¡En efecto! Me figuro lo que debe ser. Todo el tiempo y á todas las horas posibles, ¿no es eso?

HEDDA.—He dicho: siempre, eternamente.

BRACK.—Es verdad; pero con nuestro excelente Tesman bien me parece que se podría...

HEDDA.—Tesman es un especialista, amigo mío.

BRACK.—Justo.

HEDDA.—Y los especialistas no son muy divertidos de viaje... al menos, á la larga.

BRACK.—¿Ni siquiera un especialista... á quien se ama?

HEDDA.—¡Uf! No emplee V. esa palabra tan repulsiva.



BRACK. (*Sobresaltado.*) — ¡Pero, señora!...

HEDDA. (*Entre risueña y enojada.*) — ¡Sí, allí le quisiera ver á V.! ¡Oír hablar de la historia de la civilización desde la mañana hasta la noche!

BRACK.—Siempre, eternamente...

HEDDA.—¡Sí, sí, sí! ¡Y la industria doméstica en la Edad Media!... ¡Ah! ¡Eso, mire V., eso es lo peor de todo!

BRACK. (*Con una mirada escrutadora.*) — Pero, dígame V., ¿cómo se explica entonces...?

HEDDA.—¿Que nos hayamos uncido al mismo yugo Jorge Tesman y yo? ¿Es eso lo que V. quiere decir?

BRACK.—Bien, pues eso. Si cabe hablar de tal manera...

HEDDA.—¡Vaya por Dios! ¿Tan extraordinario le parece?

BRACK.—Sí y no, señora.

HEDDA.—Yo estaba cansada ya de la fiesta, mi querido asesor. Había pasado mi tiempo. (*Estremeciéndose ligeramente.*) ¡Oh no!... ¡No quisiera decir eso, ni aun pensarlo!

BRACK.—Ningún motivo tiene V.

HEDDA.—¡Oh!... eso. (*Con mirada escudriñadora.*) Y en cuanto á Jorge Tesman, ¿puede decirse, ¿no es verdad?, que es un hombre correcto en todos sentidos?

BRACK.—Correcto y arreglado. Es cierto.

HEDDA.—Tampoco puede decirse que sea lo que se llama ridículo, ¿no es verdad?

BRACK.—¡Ridículo! No, no; precisamente eso, no...

HEDDA.—En todo caso, es un coleccionador diligentísimo. Con el tiempo quizá vaya lejos.

BRACK. (*Mirándola indeciso.*) — Yo creía que V. lo daba por seguro, como todo el mundo: generalmente se tiene á Tesman por un hombre de gran porvenir.

HEDDA. (*Con expresión de lasitud.*) — Sí, yo también lo he creído. Y como él quería á todo trance tener el derecho de asegurar mi porvenir, no veo que fuese cosa de negarme.

BRACK.—Sí, por ese lado...

HEDDA.—Siempre era más que lo que estaban dispuestos á hacer mis otros adoradores, querido asesor.

BRACK. (*Sonriendo.*) — No puedo responder de los otros, dicho se está; pero en cuanto á mí, bien sabe V. que, en principio, siempre me he mantenido á respetuosa distancia de los lazos matrimoniales.

HEDDA. (*En tono burlón.*) — Por eso nunca fundé esperanzas en V.

BRACK.—Todo lo que yo pido es una sabrosa intimidad que me permita ser útil en palabras y acciones, ir y venir como amigo de confianza.

HEDDA.—Con el marido, ¿no es eso?

BRACK. (*Inclinándose.*) — A decir verdad, con la mujer sobre todo. Y con el marido también, naturalmente. Sepa V. que una combinación de este género, que llamaré, si V. quiere, triangular, está llena de atractivos para los tres.

HEDDA.—Es verdad. Más de una vez me ha faltado un tercero durante el viaje. ¡Oh! ¡Aquellos solos en los cupés!



BRACK.—Afortunadamente se acabó el viaje de bodas.

HEDDA. (*Moviendo la cabeza.*)—El viaje será probablemente largo..., muy largo. Todavía no estoy más que en una estación.

BRACK.—Momento oportuno para bajarse y hacer un poco de ejercicio. ¿No es así?

HEDDA.—Jamás saldré del vagón.

BRACK.—¿Está V. segura?

HEDDA.—Sí, porque nunca falta quien...

BRACK. (*Sonriendo.*)—Quien ande en acecho de tobillos, ¿eh?

HEDDA.—Precisamente.

BRACK.—¡Ah! ¡Por Dios!

HEDDA. (*Deteniéndolo con un ademán.*)—Eso no me gusta. Entonces prefiero quedarme en mi sitio.

BRACK.—¿Pero si subiese al cupé un tercero?

HEDDA.—¡Ah! ¡Sería diferente!

BRACK.—Un amigo de confianza, perspicaz.

HEDDA.—Lleno de ingenio y de interés.

BRACK.—¡Y que no fuese especialista, ni por asomo!

HEDDA. (*Suspirando profundamente.*)—¡Ah! ¡Sería un verdadero alivio!

BRACK. (*Dirigiendo los ojos hacia la puerta de entrada, que ha sido abierta.*)—Ahora se cierra el triángulo.

HEDDA. (*A media voz.*)—Y vuelve á marchar el tren.

(Jorge Tesman, en traje de paseo, color gris y con sombrero de fieltro blando á la cabeza, entra por la puerta del vestíbulo, llevando una porción de libros en rústica,

*unos debajo del brazo y otros en los bolsillos.*)

TESMAN. (*Dirigiéndose á la mesa colocada delante del sofá del rincón.*)—¡Uf! ¡Qué calor, cuando se pasea con esto! (*Deja los libros.*) Vengo sudando literalmente, Hedda. Pero, ¿qué veo? ¿V. aquí ya, mi querido asesor, eh? Berta no me había dicho una palabra.

BRACK. (*Levantándose.*)—He entrado por el jardín.

HEDDA.—¿Qué montón de libros es ese?

TESMAN. (*De pie, hojeando.*)—Algunas obras especiales que necesitaba.

HEDDA.—¿Obras especiales?

BRACK.—¡Ah, sí! ¡Obras especiales! ¿Oye V., señora?

(Brack y Hedda cambian una sonrisa de inteligencia.)

HEDDA.—¿Necesitas aún muchas obras de esas?

TESMAN.—Sí, querida Hedda; nunca se tienen bastantes. ¿No hay que estar al corriente de todo lo que se escribe é imprime?

HEDDA.—Por supuesto, hay que estar al corriente de todo.

TESMAN. (*Buscando entre los libros.*)—¡Mira! He conseguido echar mano al nuevo libro de Eylert Loevborg. (*Presentándoselo.*) ¿Quieres verlo?

HEDDA.—No, gracias. O puede que sí, después.

TESMAN.—Lo he hojeado un poco por el camino.

BRACK.—¿Y qué? V., especialista, ¿qué dice?

TESMAN.—Me parece que revela una



concentración notable de pensamiento. Hasta aquí nunca había escrito él de este modo. (*Recogiendo los libros.*) Ahora voy á llevarme todo esto. Será un placer cortar las hojas. Y luego tendré que arreglarme un poco. (*A Brack.*) Diga V.: ¿no nos iremos todavía, eh? Es muy pronto.

BRACK.—No, no corre prisa; tenemos tiempo.

TESMAN.—Perfectamente. Podré entretenerme un rato. (*Va á marcharse con los libros, pero se para en el umbral de la puerta y se vuelve.*) Eso es... Edda, tía Julia no vendrá esta noche.

HEDDA.—¡Ah! ¿Quizá no ha digerido todavía lo del sombrero?

TESMAN.—Nada de eso. ¿Cómo puedes creerlo de tía Julia? Di. Es que tía Rina está muy mal.

HEDDA.—Siempre está muy mal.

TESMAN.—Sí, pero esta tarde la pobre la está pasando muy amarga.

HEDDA.—¡Ah! Siendo así, se comprende que la otra se quede á su lado. Yo trataré de consolarme.

TESMAN.—Y, á pesar de todo, no puedes figurarte qué inmensa alegría ha tenido tía Julia al ver lo que has ganado durante el viaje.

HEDDA. (*Levantándose, á media voz.*) —¡Ah! ¡Qué hartazgo de tías!

TESMAN.—¿Eh?

HEDDA. (*Acercándose á la puerta vidriera.*) Nada.

TESMAN.—¡Ah...! Bien.

(*Pasa á la pieza del fondo, y vase por la derecha.*)

BRACK.—¿Qué sombrero es ese de que habla V.?

HEDDA.—¡Oh! Es una cosa que me sucedió esta mañana con la tía de Tesman. Había dejado el sombrero sobre una silla (*Mira á Brack y sonríe*), y yo hice como si creyese que era el de la criada.

BRACK. (*Moviendo la cabeza.*)—¡Pero, amiga mía! ¿Cómo ha podido V. hacer eso con aquella buena señora?

HEDDA. (*Nerviosa, atravesando la escena.*)—¡Qué quiere V! Son cosas que me dan así, de repente. No puedo dominarme. (*Dejándose caer en el sillón colocado junto á la estufa.*) ¡Ah! Yo misma no acierto á explicármelo.

BRACK. (*Detrás del sillón.*)—V. no es feliz. He ahí todo el secreto.

HEDDA. (*Mirando de frente.*)—¡Dios mío! No sé por qué había de ser feliz. ¿Podría V. decírmelo?

BRACK.—Pues, entre otras cosas, porque ha conseguido V. lo que quería. Hablo de su casa.

HEDDA. (*Lo mira y sonríe.*)—¿De modo que V. también cree en esa historia de deseos realizados?

BRACK.—¿Cómo? ¿No habría en ello nada de verdad?

HEDDA.—Sí, una sola cosa.

BRACK.—¿Qué?

HEDDA.—Que necesité de Tesman para que me acompañase á casa este último verano, cuando estuve de reunión.

BRACK.—¡Ay! Yo tenía que tomar un camino distinto... del de V.

HEDDA.—Cierto. V. seguía otro camino... el verano último.

BRACK. (*Sonriendo.*)—¡No tiene V. aprensión, señora! Pero vamos á ver. ¿Decíamos que V. y Tesman...?



HEDDA.—Sí. Pasábamos por aquí una noche. Mi pobre Tesman iba vendido, sin saber qué decir. A mí me dió lástima el pobre sabio.

BRACK. (*Con una sonrisa de duda.*)—¿De veras? ¡Hum!

HEDDA.—Le suplico á V. que lo crea. Entonces, para tenderle una tabla, cometí la ligereza de decir que me gustaría vivir en esta quinta.

BRACK.—¿Nada más?

HEDDA.—Aquella noche, no.

BRACK.—Pero después, ¿eh?

HEDDA.—Sí, mi querido asesor, mi ligereza ha tenido consecuencias.

BRACK.—¡Ay! Eso pasa con la mayoría de nuestras ligerezas, señora.

HEDDA.—¡Gracias! Pero ya ve V. que nuestra inteligencia empezó por una admiración común hacia la quinta de la señora de Falk. Las relaciones, el matrimonio, el viaje de bodas, todo no ha sido más que una consecuencia. Sí, sí, mi querido asesor, casi iba á decir que cada cual recoge lo que siembra.

BRACK.—¡Adorable! Y en el fondo quizá no se habrá ocupado V. nunca de nada de eso.

HEDDA.—¡Dios sabe que no!

BRACK.—¿Pero hoy? ¿Hoy que le hemos arreglado á V. un nidito tan mono?

HEDDA.—¡Puf!... Me parece que respiro en todos los cuartos olor á espliego y almizcle. Lo habrá traído á la casa tía Julia.

BRACK. (*Sonriendo.*)—No. Debe proceder más bien de la difunta esposa del consejero Falk.

HEDDA.—Sí, trasciende á muerto, y trae á la imaginación un olor de flores al día siguiente de un baile. (*Cruza las manos detrás de la nuca, se recuesta en el respaldo de la silla, y mira al asesor.*)

¡Ah, mi querido asesor! V. no puede tener idea del aburrimiento mortal que me espera en esta casa.

BRACK.—¿Es que no encierra la vida un objeto para V., como para los demás?

HEDDA.—Un objeto poco seductor, ¿no es cierto?

BRACK.—Sí, más valdría.

HEDDA.—Dios sabe qué objeto podría ser ese. A veces pienso... ¡Pero no! Es otro imposible, sin duda.

BRACK.—¿Quién sabe? Diga V.

HEDDA.—¿Si yo lanzase á Tesman á la política?

BRACK. (*Sonriendo.*)—¡Tesman! No, ya comprende V. que la política no es su fuerte.

HEDDA.—No, lo creo sin trabajo. Con todo, ¿si lo lanzase á ella?

BRACK.—Sí, pero, ¿qué iba V. ganando con eso? ¡Si él no tiene aptitudes! ¿Para qué quiere V. meterlo en esos trotes?

HEDDA.—¡Porque me aburro! ¿Lo oye V.? (*Después de una breve pausa.*) ¿De suerte que V. cree completamente imposible que Tesman llegue á ser consejero de Estado?

BRACK.—Le diré á V., amiga mía, para eso sería menester que empezase por ser bastante rico.

HEDDA. (*Levantándose con impaciencia.*)—¡Ah! ¡Ya estamos! ¡Y yo tendré que vivir ahora en estas miserables



condiciones! (*Atravesando la escena.*) ¡He ahí lo que convierte la vida en una cosa lastimosa, en una cosa simplemente ridícula! Esa es la verdad.

BRACK.—Yo creo que el mal está en otra parte.

HEDDA.—¿Dónde?

BRACK.—V. no ha conocido nunca nada que encierre un verdadero estímulo.

HEDDA.—¿Nada serio, quiere V. decir?

BRACK.—¡Bien! ¡Pues, ya que V. lo dice, sí, señora! Pero ahora las cosas podrían variar.

HEDDA. (*Moviendo la cabeza.*)—¡Ah! ¡V. habla de todos los enojos que suscita ese miserable puesto de profesor! Eso no atañe más que á Tesman. Yo no pienso en ello siquiera.

BRACK.—No, no, no hablemos de eso. Pero ¿si recayesen sobre V. deberes serios, lo que se llama en estilo elevado grandes responsabilidades? (*Sonriendo.*) En fin, nuevos deberes, señora de Tesman.

HEDDA. (*Con cólera.*)—¡Calle V. la boca! ¡Eso no sucederá nunca!

BRACK. (*En actitud reflexiva.*)—Volveremos á hablar de esto dentro de un año, á más tardar.

HEDDA. (*Con sequedad.*)—No tengo la vocación necesaria, señor asesor. A mí que no me vengán á hablar de deberes.

BRACK.—¡Qué! ¿V. no tendría, como la mayor parte de las mujeres, vocación para...?

HEDDA. (*Junto á la puerta vidriera.*)—¡Dale! ¡Que se calle V., le digo! Mu-

chas veces creo que en el mundo no hay más que una profesión para mí.

BRACK. (*Acercándose á ella.*)—¿Cuál, si no hay inconveniente en preguntarlo?

HEDDA. (*Mirando hacia fuera.*)—La de morirme de hastío, puesto que se empeña V. en saberlo. (*Se vuelve, dirige una mirada hacia el cuarto del fondo, y sonríe.*) ¡Mire! Ahí tiene cabalmente al profesor.

BRACK. (*En voz baja, en tono de reconvencción.*)—¡Vamos, vamos, señora!

(*Tesman, en traje de visita, con el sombrero y los guantes en la mano, entra por la puerta derecha del cuarto del fondo.*)

TESMAN.—Pero di, Hedda, ¿no ha habido ninguna carta de Eylert Loevborg excusándose? ¿Eh?

HEDDA.—No.

TESMAN.—Entonces puedes esperar-te verlo entrar de un momento á otro.

BRACK.—¿Cree V. de veras que vendrá?

TESMAN.—Estoy casi seguro. Lo que V. me contó esta mañana no puede ser más que un dicho sin fundamento.

BRACK.—¿Sí?

TESMAN.—Sí. Por lo menos tía Julia cree absolutamente imposible que Loevborg se interponga en mi camino. V. ¿qué dice?

BRACK.—Entonces no hay más que pedir.

TESMAN. (*Dejando el sombrero con los guantes sobre una silla de la derecha.*)—Sí, pero necesito esperarlo todo lo posible.



BRACK.—Tenemos tiempo de sobra. Hasta las siete ó siete y media no va nadie á casa.

TESMAN.—Corriente. Entre tanto, podremos hacer compañía á Hedda hasta que llegue la hora. ¿Eh?

HEDDA. (*Cogiendo el sobretodo y el sombrero de Brack, y yendo á colocarlos en el sofá del rincón.*)—Y en el caso peor, el señor Loevborg podrá estar conmigo.

BRACK. (*Queriendo quitarle el sobretodo y el sombrero.*)—¿Permita V., señora! ¿Qué entiende V. por el caso peor?

HEDDA.—Si no quiere ir con V. y con Tesman.

TESMAN. (*Mirándola, con perplejidad.*)—Pero, querida Hedda, ¿te parece á ti bien que se quede contigo? ¿Eh? Acuérdate de que no vendrá tía Julia.

HEDDA.—Pero vendrá mi amiga Thea, y podremos tomar el té los tres.

TESMAN.—¡Ah! Eso es distinto.

BRACK. (*Sonriendo.*)—Y para él sería quizá lo más saludable.

HEDDA.—¿Y eso por qué?

BRACK.—¡Por Dios, señora! V. ha maldecido bastantes veces mis fiestecitas de solterón, sosteniendo que sólo pueden ir allí los hombres de principios.

HEDDA.—El señor Loevborg debe ser ahora un hombre de principios. ¡Un pecador convertido!

(*Aparece Berta en la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—Señorita, aquí hay un caballero que desea ser recibido.

HEDDA.—Que entre.

TESMAN. (*En voz baja.*)—Estoy seguro de que es él. ¿No lo decía?

(*Entra Eylert Loevborg por la puerta del vestíbulo. Es de la misma edad que Tesman, pero parece más viejo, como si hubiese vivido demasiado. Es delgado y esbelto. Tiene el pelo y la barba de un color castaño oscuro, casi negro; la cara, larga y pálida; los pómulos, rojos. Viste un traje de visita negro, elegante, enteramente nuevo, y lleva en la mano un sombrero de copa y guantes oscuros. Se detiene delante de la puerta y se inclina precipitadamente. Parece ligeramente turbado.*)

TESMAN. (*Yendo hacia él y estrechándole la mano.*)—¡Ah, mi querido Eylert! ¡Al fin nos volvemos á encontrar después de tantos años!

EYLERT LOEBORG. (*Con voz débil.*)—Gracias por tu carta. (*Aproximándose á Hedda.*) ¿Me atreveré igualmente á dar á V. la mano, señora?

HEDDA. (*Aceptándola.*)—Tengo mucho gusto, señor Loevborg. (*Con un ligero ademán de la mano.*) ¿No sé si estos señores...?

LOEBORG. (*Inclinándose.*)—El asesor Brack, creo.

BRACK. (*Lo mismo.*)—Sí, señor. Hace algunos años...

TESMAN. (*Apoyando las manos sobre los hombros de Loevborg.*)—¡Y ahora quiero que estés aquí como en tu casa, Eylert! ¿No es verdad, Hedda? Porque según me han dicho, te estableces en la ciudad, ¿eh?

LOEBORG.—Sí. Esa es mi intención.

TESMAN.—Lo comprendo. Oye, he



caído sobre tu nuevo libro; pero aún no he tenido tiempo de leerlo.

LOEVborg.—Puedes ahorrarte la molestia.

TESMAN.—¿Qué quieres decir?

LOEVborg.—La verdad: no vale gran cosa.

TESMAN.—¡Claro! ¿Tú qué has de decir?

BRACK.—Pues parece que se han hecho de él los mayores elogios.

LOEVborg.—Eso es, en efecto, lo que yo quería. Por lo mismo, he escrito el libro de modo que estuviese al alcance de todo el mundo.

BRACK.—Cosa muy puesta en razón.

TESMAN.—¡Sí, pero, mi querido Eylert!

LOEVborg.—Ahora trato de volver á crearme una posición, y empiezo por el principio.

TESMAN. (*Un poco turbado.*) — Sí. ¿Esa es tu intención, eh?

LOEVborg.—(*Sonríe, deja el sombrero y saca del bolsillo un rollo de papel.*)—Pero, cuando aparezca esto, Jorge, habrá que leerlo. Porque este es mi libro, el verdadero, mi obra propiamente personal.

TESMAN.—¡Ah! ¿Y qué libro es ése?

LOEVborg.—Es la continuación.

TESMAN.—¿La continuación de qué?

LOEVborg.—Del libro publicado.

TESMAN.—¿Del nuevo?

LOEVborg.—Naturalmente.

TESMAN.—Pero, mi querido Eylert, el nuevo llega hasta nuestros días.

LOEVborg.—Es verdad. Y en el otro se trata del porvenir.

TESMAN.—¡Del porvenir! Pero, ¡Dios

poderoso! ¡Si de eso no sabemos absolutamente nada!

LOEVborg.—¡No importa! Hay varias cosas que decir sobre el particular. (*Desenvuelve el rollo.*) Vas á ver.

TESMAN.—Pero esta no es tu letra.

LOEVborg.—Yo he dictado. (*Hojeando.*) Hay dos partes. La primera trata de las potencias civilizadoras del porvenir. La segunda... ésta (*Hojeando más adelante*), de la marcha futura de la civilización.

TESMAN.—¡Extraño, extraño! A mí no se me hubiera ocurrido nunca escribir nada semejante.

HEDDA. (*A media voz, dando golpecitos con los dedos en un cristal de la puerta vidriera.*)—¡Ah! ¡De fijo que no!

LOEVborg.—(*Envolviendo el manuscrito en el papel y dejándolo sobre la mesa.*)—Lo he traído para leerte esta noche algunos pasajes.

TESMAN.—Telo agradezco mucho. Pero ¿esta noche? (*Mirando á Brack.*) La verdad es que no sé cómo podría arreglarse.

LOEVborg.—Bueno. Será otra vez. Nadie nos corre.

BRACK.—Le diré á V., señor Loevborg: esta noche hay una pequeña reunión en mi casa. Ya adivina V.: se trata ante todo de celebrar el regreso de Tesman.

LOEVborg. (*Buscando con los ojos el sombrero.*)—¡Oh! En ese caso...

BRACK.—Nada de eso. Mire V.: ¿no querría proporcionarme el placer de ser de los nuestros?

LOEVborg. (*Con tono seco y decidido.*)—No, gracias. Me es imposible.

BRACK.—¡Vamos! Decídase. Encon-



trará V. allí un pequeño círculo escogido. Y yo le prometo que no faltará animación, como piensa Hed... la señora de Tesman.

LOEVBOURG.—No lo dudo. Pero...

BRACK.—Podría V. llevar su manuscrito y leérselo á Tesman. Tengo bastantes habitaciones para que no los estorben á Vds.

TESMAN.—Anda, sí, Eylert. Podemos hacer eso. ¿Eh?

HEDDA. (*Interviniendo.*)—Pero, amigo mío, ¡si el señor Loevborg no quiere! Estoy seguro de que le gustará más quedarse aquí y tomar el té conmigo.

LOEVBOURG. (*Mirándola.*)—¿Con V., señora?

HEDDA.—Y con la señora de Elvsted.

LOEVBOURG.—¡Ah! (*Indiferentemente.*) Hoy la he visto un momento.

HEDDA.—¿De veras? Pues sí, vendrá. Es forzoso que se quede V., señor Loevborg. Si no, no habría quien la acompañase.

LOEVBOURG.—Muy justo. Gracias, señora. Me quedaré.

HEDDA.—Perfectamente. Voy á dar algunas órdenes. (*Se acerca á la puerta del vestibulo, y llama. Entra Berta. Hedda le habla en voz baja y señala el cuarto del fondo. Berta hace un signo de cabeza, y vase.*)

TESMAN. (*Dice entre tanto á Loevborg.*)—Oye, Eylert: el tema de tus conferencias, ¿va á ser esa nueva cuestión, una cuestión de porvenir?

LOEVBOURG.—Sí.

TESMAN.—Porque he oído en la librería que piensas dar una serie de conferencias este otoño.

LOEVBOURG.—Sí, ese es mi pensamiento. Y no hay que llevarlo á mal, Tesman.

TESMAN.—¡No, por Dios! ¿Pero...?

LOEVBOURG.—No me extrañaría que te contrariase.

TESMAN. (*Con abatimiento.*)—¡Oh! yo no puedo exigirte que renuncies por mí.

LOEVBOURG.—Pero esperaré tu nombramiento.

TESMAN.—¿Esperarás? Pero... pero, ¿no quieres presentarte á concurso? ¿Eh?

LOEVBOURG.—No. Me contentaré con triunfar de ti ante la opinión.

TESMAN.—¡Ah, Dios mío! ¡Tenía, pues, razón tía Julia! ¡Sí, sí! Bien lo sabía yo. ¡Ves, Hedda! ¡Eylert Loevborg no quiere interponerse en nuestro camino!

HEDDA. (*Secamente.*)—¿En nuestro camino? Te ruego que á mí me dejes fuera del asunto.

(*Pasa al cuarto del fondo, donde Berta pone una bandeja cargada de garrafas y de vasos. Hedda hace un movimiento de aprobación con la cabeza. Después vuelve al salón. Vase Berta.*)

TESMAN. (*Durante ese tiempo.*)—Pero V., asesor, ¿qué dice? ¿Eh?

BRACK.—¡Dios mío! Yo digo que la victoria y el honor son cosas muy bellas.

TESMAN.—Bien, sí; pero...

HEDDA. (*Mira á Tesman y sonríe fríamente.*)—Pareces trastornado.

TESMAN.—Sí, casi, no lo niego.

BRACK.—Es que acabamos de sufrir una borrasca, señora.



HEDDA. (*Señalando el cuarto del fondo.*)—¿No quieren Vds. pasar á la otra pieza á tomar un vaso de ponche frío?

BRACK. (*Mirando su reloj.*)—¿La despedida? Sí, es quizá una buena idea.

TESMAN.—¡Excelente, Hedda, excelente; ahora que se me ha quitado ese peso de encima, y me siento tan ligero como una pluma!

HEDDA.—V. también, señor Loevborg, hágame el favor...

LOEBORG. (*Excusándose.*)—Gracias. No tomo nada.

BRACK.—¿Cómo? ¿Un vaso de ponche frío? ¡No es un veneno, que yo sepa!

LOEBORG.—Quizá no para todo el mundo.

HEDDA.—¡Vaya! Yo haré compañía al señor Loevborg.

TESMAN.—Sí, sí; haz ese favor querida Hedda.

(*Tesman y Brack pasan á la pieza del fondo, se sientan á la mesa, beben ponche, fuman cigarrillos y hablan con animación durante la escena siguiente. Eylert Loevborg permanece en pie delante de la estufa. Hedda se aproxima al escritorio.*)

HEDDA. (*Alzando la voz.*)—Voy á enseñarle á V., si quiere, algunas fotografías. Tesman y yo hemos hecho un viaje. Venimos directamente del Tirol.

(*Trae un álbum, y lo pone sobre la mesa; después se sienta en la esquina del sofá. Eylert Loevborg se acerca, se detiene y la mira. Luego coge una silla y se sienta á su izquierda, volviendo la espalda á la pieza del fondo.*)

HEDDA. (*Abriendo el álbum.*)—Mire V. este grupo de montañas, señor Loevborg. Es el macizo del Ortler. Aquí tiene V. el nombre escrito por Tesman. ¿Ve V.? «El grupo del Ortler, cerca de Meran.»

LOEBORG. (*Que no ha cesado de mirarla, dice en voz baja lentamente.*)—¡Hedda... Gabler!

HEDDA. (*Lanzándole una mirada furtiva.*)—¡Vamos! Cht.

LOEBORG. (*Repitiendo en voz baja.*)—¡Hedda Gabler!

HEDDA. (*Mirando el álbum.*)—Sí, así me llamaba antes, cuando nos conocimos V. y yo.

LOEBORG.—Y en adelante, sin poder decir en toda la vida: Hedda Gabler.

HEDDA. (*Hojeando el álbum.*)—No. Y aun importa que pierda V. la costumbre, y lo más pronto posible.

LOEBORG. (*Con indignación.*)—¡Hedda Gabler casada! ¡Casada con Jorge Tesman!

HEDDA.—Sí, cosas que suceden.

LOEBORG.—¡Oh, Hedda, Hedda! ¡Cómo has podido perderte así!

HEDDA. (*Mirándolo severamente.*)—¡Vamos! ¡Nada de eso!

LOEBORG.—¿Qué quieres decir?

(*Entra Tesman, y se acerca al sofá.*)

HEDDA. (*Al oírle venir, dice con voz indiferente.*)—Y ésta, señor Loevborg, es una vista del valle de Ampezzo. Fíjese V. en esas crestas de montañas. (*Levantando los ojos, con una mirada afectuosa á Tesman.*) ¿Cómo se llaman estas notables formaciones de montañas, di?



TESMAN.—Déjame ver. Son dolomitas.

HEDDA.—¡Justo! Son dolomitas, señor Loevborg.

TESMAN.—Di, Hedda, yo no quería más que preguntarte si no te decides á tomar un poco de ponche. ¿Eh?

HEDDA.—¿Pues no he de querer? Se te agradece. Y algunas galletas.

TESMAN.—¿Cigarrillos?

HEDDA.—No.

TESMAN.—Bueno.

*(Vuelve á la pieza del fondo y pasa á la derecha. Brack, sin moverse de su sitio, espía con el rabillo del ojo á Hedda y Loevborg.)*

LOEVborg. *(Con voz contenida.)*—Respóndeme, Hedda. ¿Cómo has podido hacer eso?

HEDDA. *(Fingiendo estar muy embebida en la contemplación del álbum.)*—Si continúa V. tuteándome, no le hablo más.

LOEVborg.—¿No puedo tutear á V., ni aun estando solos?

HEDDA.—No. Puede V. tutearme en pensamiento, pero no en palabras.

LOEVborg.—¡Oh! Comprendo. Sería herir su amor de V. por Jorge Tesman.

HEDDA. *(Le lanza una mirada, y dice sonriendo):*—¿Mi amor? ¡Me hace gracia!

LOEVborg.—¿De modo que amor no?

HEDDA.—¡Ni infidelidades tampoco! No quiero eso.

LOEVborg.—Una sola pregunta, Hedda...

HEDDA.—¡Cht!

*(Vuelve Tesman de la pieza del fondo con una bandeja.)*

TESMAN.—Aquí viene lo bueno.

*(Deja la bandeja en la mesa.)*

HEDDA.—¿Por qué nos sirves tú mismo?

TESMAN. *(Llenando los vasos.)*—¡Es tan gran placer para mí servirte, Hedda!

HEDDA.—Has llenado los dos vasos, y el señor Loevborg no quiere ponche.

TESMAN.—Ya lo sé. Pero no tardará en venir la señora de Elvsted.

HEDDA.—Sí, es verdad. La señora de Elvsted.

TESMAN.—¿La habías olvidado? ¿Eh?

HEDDA.—Estamos tan embebidos en esto... *(Le enseña una vista.)* ¿Te acuerdas de este pueblecito?

TESMAN.—¡Ya lo creo! Está á la entrada del Brenner. Allí fué donde pasamos la noche...

HEDDA.—... Y donde encontramos aquellos viajeros tan alegres.

TESMAN.—Verdad, allí fué. ¡Amigo Eylert, si tú hubieses estado con nosotros! ¿Eh?

*(Pasa al cuarto del fondo, se sienta y reanuda su conversación con Brack.)*

LOEVborg.—Una sola pregunta, Hedda.

HEDDA.—¿A ver?

LOEVborg.—En sus relaciones de V. conmigo ¿no había amor tampoco? Diga. ¿Ni un asomo, ni un vislumbre de amor?

HEDDA.—¿Quién lo sabrá nunca? Me parece que hemos sido dos buenos



compañeros, dos amigos íntimos. (*Sonriendo.*) V. se distinguía por su gran franqueza.

LOEVborg.—La exigía V.

HEDDA.—Cuando ahora lo pienso, me parece que había algo de atractivo, de seductor y aun diré de animoso en aquella intimidad secreta, que nadie en el mundo sospechaba.

LOEVborg.—¿Verdad, Hedda? ¿Verdad? Aquellas tardes en que iba yo á casa de su padre de V., en que el general leía los periódicos, vuelto de espaldas. Estaba sentado delante de la ventana.

HEDDA.—Y nosotros en el canapé del rincón.

LOEVborg.—Siempre con el mismo periódico ilustrado sobre las rodillas...

HEDDA.—A falta de un álbum, sí.

LOEVborg.—¡Sí, Hedda! ¡Y el día en que me confesé á V.! En que le conté lo que nadie sabía entonces, diciéndole que había pasado el día y la noche haciendo locuras. ¡Sí, días y noches enteras! ¡Oh, Hedda! ¿Qué fuerza había en V. para obligarme á hacerle tales confesiones?

HEDDA.—¡V. ve, pues, que había una fuerza en mí!

LOEVborg.—¿Cómo explicar eso de otro modo? Y todas aquellas preguntas indirectas que V. me hacía...

HEDDA.—Y que V. comprendía tan bien.

LOEVborg.—¿Cómo podía V. preguntarme así, con tanto atrevimiento?

HEDDA.—Indirectamente, si no lo toma á mal.

LOEVborg.—Sí, pero atrevidamente, de todos modos. ¿Cómo podía V. obligarme á contarle cosas... cosas... de aquel género?

HEDDA.—Y V. ¿cómo podía responder, señor Loevborg?

LOEVborg.—¡Ah! Es lo que ya no comprendo ahora. Pero, dígame V., Hedda: ¿no había amor en el fondo de esa intimidad? ¿No era el deseo de purificarme el que la animaba, cuando yo iba á pedirle un refugio, á confesarme á V.? Sí, ¿no es verdad? ¿Era eso?

HEDDA.—Eso precisamente, no.

LOEVborg.—Pues entonces, ¿qué sentimiento la movía á V.?

HEDDA.—Pero ¿le parece á V. tan extraordinario que una joven... cuando puede hacerlo... en secreto...?

LOEVborg.—Acabe.

HEDDA.—¿Que á una joven, digo, le guste dirigir una mirada á un mundo que...?

LOEVborg.—¿Que...?

HEDDA.—¿Que no le es permitido conocer?

LOEVborg.—¡Ah! ¿Y era eso?

HEDDA.—Eso también. Así lo creo, al menos.

LOEVborg.—¡Nos acercaba el deseo de vivir! ¿Y por qué no duró todo aquello?

HEDDA.—¡Por culpa de V.!

LOEVborg.—V. fué quien rompió.

HEDDA.—Sí, cuando hubo inminente peligro de que nuestras intimidades tomasen una forma demasiado real. ¡Avergüéncese, Eylert Loevborg, de haber cometido aquel atentado contra su... atrevida compañera!



LOEBVORG. (*Retorciéndose las manos.*) — ¡Oh! ¡Que no ejecutase V. su amenaza! ¡Que no me hubiese V. matado aquel día!

HEDDA. — ¡Tengo tanto miedo al escándalo!

LOEBVORG. — Sí, Hedda, en el fondo es V. cobarde.

HEDDA. — Horriblemente cobarde. (*Cambiando de tono.*) De todos modos, para V. es una suerte. Y ahora ha encontrado V. un consuelo tan agradable en casa de los Elvsted.

LOEBVORG. — Sé lo que le ha confiado á V. Thea.

HEDDA. — Y V. habrá tenido confianzas con ella respecto á nosotros.

LOEBVORG. — Ni una palabra. Es demasiado simple para comprender eso.

HEDDA. — ¿Simple?

LOEBVORG. — Simple, sí, por lo que hace al caso.

HEDDA. — Y yo cobarde. (*Se inclina hacia él sin mirarlo, y dice bajando la voz.*) Ahora soy yo la que quiero hacerle una confianza.

LOEBVORG. (*Vivamente.*) — ¿A saber?

HEDDA. — No haber tenido valor para matarlo.

LOEBVORG. — ¿Sí?

HEDDA. — No fué mi mayor cobardía... aquella noche.

LOEBVORG. (*La mira un instante, advina el sentido de sus palabras y dice en voz baja con pasión*): — ¡Oh, Hedda, Hedda! ¡Ahora veo lo que había en el fondo de nuestra intimidad! ¡Tú y yo! ¡Ah! ¡Tú sentiste, después de todo, la necesidad de vivir!

HEDDA. (*Bajo, con una mirada ace-*

*rada.*) — ¡Cuidado con eso! ¡No lo crea V.!

(*Empieza el crepúsculo. Berta abre la puerta del vestibulo.*)

HEDDA. (*Cierra apresuradamente el álbum, y exclama sonriendo*): — ¡Al fin! ¡Vamos, entra, querida Thea!

(*Entra Thea por la puerta del vestibulo. Viste un traje sencillo, de reunión. Ciérrase la puerta.*)

HEDDA. (*Tendiéndolos los brazos, sin levantarse del sofá.*) — ¡Querida Thea! ¡No sabes con qué impaciencia te aguardaba! (*Thea, al pasar, cambia un ligero saludo con los dos hombres sentados en la pieza del fondo; se acerca á Hedda y le da la mano. Eylert Loevborg se ha puesto en pié. Saludo mudo de cabeza entre él y Thea.*)

THEA. — ¿Quizá debería decir algunas palabras á tu marido?

HEDDA. — Nada de eso. Déjalos con su ponche. Además, no tardarán en marcharse.

THEA. — ¿Se van?

HEDDA. — Sí, van de holgorio.

THEA. (*Precipitadamente á Loevborg.*) — ¿V. no irá con ellos?

LOEBVORG. — No.

HEDDA. — El señor Loevborg se queda con nosotras.

THEA. (*Tomando una silla para sentarse al lado de él.*) — ¡Oh! ¡Qué bien se está aquí!

HEDDA. — ¡No, eso no, Theita! ¡Ahí no! Tú vendrás á sentarte á mí lado. Yo quiero estar entre vosotros dos.

THEA. — Como tú quieras. (*Da la vuel-*



ta á la mesa, y se sienta en el sofá, á la derecha de Hedda. Loevborg recobra su puesto.)

LOEVborg. (*A Hedda, después de una pausa.*)—¡No es una delicia contemplarla!

HEDDA. (*Acariciando suavemente los cabellos de Thea.*)—¿Contemplarla... sólo?

LOEVborg.—Sí. Considere V. que los dos somos verdaderos amigos, que tenemos una fe absoluta el uno en el otro. De ahí que podamos permanecer juntos hablando libremente.

HEDDA.—Sin preguntas indirectas... ¿no es verdad, señor Loevborg?

LOEVborg.—¡Dios mío!...

THEA. (*A media voz, arrimándose á Hedda.*)—¡Oh! ¡Qué feliz soy, Hedda! ¡Para que veas tú! Llega hasta decir que le he inspirado.

HEDDA. (*La mira sonriendo.*)—¿Eso dice?

LOEVborg.—¡Y qué valor tiene, señora, cuando hace falta obrar!

THEA.—¡Jesús! ¡Valor yo!

LOEVborg.—Inmenso, cuando está en juego el amigo íntimo.

HEDDA.—¡Valor! ¡Ah, sí! ¡Si una lo tuviese!...

LOEVborg.—¿Qué quiere V. decir?

HEDDA.—Entonces quizá podría soportarse la vida. (*Cambiando de tono de repente.*) Y ahora, querida Thea, deberías tomar un vasito de ponche.

THEA.—Gracias, no lo tomo nunca.

HEDDA.—Entonces V., señor Loevborg.

LOEVborg.—Gracias, tampoco lo tomo.

THEA.—No, tampoco lo toma.

HEDDA. (*Mirándolo con firmeza.*)—¿Y si yo quisiese?

LOEVborg.—Sería lo mismo.

HEDDA. (*Sonriendo.*)—¡Pobre de mí! ¿De manera que no tengo el menor imperio sobre V.?

LOEVborg.—Para eso, no.

HEDDA.—Hablando seriamente, creo que debería V. aceptar, por V. mismo.

THEA.—¡Oh, Hedda!

LOEVborg.—¿Qué quiere V. decir?

HEDDA.—O, más bien, por el mundo.

LOEVborg.—¿Y eso?

HEDDA.—De lo contrario, podría creer la gente que V.... que en el fondo no se encuentra V. enteramente... libre... muy seguro de sí.

THEA. (*En voz baja.*)—¡Pero Hedda!

LOEVborg.—Puede creer la gente lo que guste... hasta nueva orden.

THEA. (*Con alegría.*)—¡Sí! ¿Verdad?

HEDDA.—Lo he visto bien claro hace poco en la expresión del asesor Brack.

LOEVborg.—¿Qué ha visto V.?

HEDDA.—Sonrió de una manera tan irónica cuando no se atrevió V. á sentarse con ellos...

LOEVborg.—¡Que no me atreví! He preferido sencillamente estarme con ustedes.

THEA.—¡Es muy natural, Hedda!

HEDDA.—Sí, pero al asesor no le consta, y yo le vi sonreír también y dirigir una mirada á Tesman cuando V. no se atrevió á ir á esa pobre fiestecita de esta noche.

LOEVborg.—¡Que no me atreví! ¿Dice V. que no me atreví?



HEDDA.—No es que yo diga eso. Pero así lo comprendió el asesor Brack.

LOEBORG.—¡Con su pan se lo coma!

HEDDA.—¿Así, que no irá V.?

LOEBORG.—Me quedaré aquí con V. y con Thea.

THEA.—Sí, Hedda, eso no debe extrañarte.

HEDDA. (*Sonriendo y dirigiendo á Loeborg un signo de aprobación con la cabeza.*)—¡Firme, pues, como una roca! ¡Hombre de principios para siempre! ¡Así deben ser los hombres! (*Volviéndose hacia Thea, y acariciándola.*) ¿Ves? ¿No te lo dije esta mañana cuando viniste aquí completamente trastornada?

LOEBORG. (*Sobresaltado.*)—¡Trastornada!

THEA. (*Asustada.*)—¡Hedda! ¡Escucha, Hedda!

HEDDA.—¡Ya lo ves! No hay motivo para aquellas angustias mortales. ¡Vamos! Ahora á ponernos alegres.

LOEBORG. (*Que se ha estremecido.*)—¡Ah! ¿Qué es lo que quería V. decir, señora de Tesman?

THEA.—¡Dios mío, Dios mío, Hedda! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué haces?

HEDDA.—¡Vamos! ¡Ten calma! Ese maldito asesor no te quita ojo.

LOEBORG.—¿Angustias mortales por mí?

THEA. (*Lamentándose en voz baja.*)—¡Oh, Hedda! ¡Me has hecho enteramente desgraciada!

LOEBORG. (*La mira un momento. Sus ojos permanecen inmóviles. Parece sintiendo.*)—¡He aquí, pues, la firme confianza que yo inspiraba á mi amiga!

THEA. (*Con tono suplicante.*)—¡Oh,

amigo mío! Es menester que sepas ante todo...

LOEBORG. (*Coge uno de los vasos llenos de ponche, lo levanta pausadamente y dice con voz ronca.*)—¡A tu salud, Thea!

(*Apura el vaso, lo deja, y toma otro.*)

THEA. (*A parte á Hedda.*)—¡Oh, Hedda, Hedda! ¿Es eso lo que querías?

HEDDA.—¿Yo? ¿Estás loca?

LOEBORG.—Ahora, señora, á la de V. Gracias por haberme dicho la verdad. ¡Viva la verdad!

(*Vacia el vaso, y quiere llenarlo de nuevo.*)

HEDDA. (*Poniéndole la mano sobre el brazo.*)—Basta, basta por ahora. No olvide V. que hay que ir á esa comida.

THEA.—¡No, no, no!

HEDDA.—¡Cht! Te están mirando.

LOEBORG. (*Dejando el vaso.*)—Oye, Thea, dime la verdad.

THEA.—Sí.

LOEBORG.—¿Sabía tu marido que te marchabas para seguirme?

THEA. (*Retorciéndose las manos.*)—¡Oh, Hedda! ¡Ya oyes lo que me pregunta!

LOEBORG.—¿Estabais de acuerdo, verdad? ¿Tú debías seguirme para vigilarme? ¿Quizá es tu marido quien te ha obligado á ello? ¡Ah..., sí! Yo debía hacerle falta en su despacho. O puede que en la mesa de juego, ¿no?

THEA. (*En voz baja, retorciéndose.*)—¡Oh, Loeborg, Lœvborg!

LOEBORG. (*Cogiendo un vaso y que-*



*riendo llenarle.*)—Ahora, ¡á la salud del viejo juez de paz!

HEDDA. (*Haciendo un ademán para impedirle beber.*)—¡Basta! Recuerde que tiene que leer eso á Tesman.

LOEVborg. (*Muy tranquilo, dejando el vaso.*)—Vamos, Thea. Ha sido una tontería, de mi parte, haber hecho esto, haber tomado las cosas así. No estés enfadada conmigo, querida. Ya verás y ya verán todos que, si he estado por los suelos, he sabido levantarme. ¡Gracias á ti, Thea!

THEA. (*Radiante de alegría.*)—¡Loado sea Dios!

(*Durante este tiempo, Brack ha consultado su reloj. Tesman y él se levantan y entran en la sala.*)

BRACK. (*Cogiendo el sombrero y el sobretodo.*)—Es nuestra hora, señora.

HEDDA.—En efecto.

LOEVborg. (*Levantándose.*)—Y la mía también, señor asesor.

THEA. (*Bajo, con tono suplicante.*)—¡Oh, Loevborg! ¡No hagas eso!

HEDDA. (*Pellizcándole en el brazo.*)—¡Mira que te oyen!

THEA. (*Profiriendo un ligero grito.*)—¡Ay!

LOEVborg. (*A Brack.*)—Es muy de agradecer que haya V. tenido la amabilidad de invitarme.

BRACK.—¡Muy bien! ¿Nos acompañas?

LOEVborg.—Con mucho gusto.

BRACK.—Lo celebro infinito.

LOEVborg. (*A Tesman, metiéndose el manuscrito en el bolsillo.*)—Es que

quisiera leerte algunos pasajes del libro antes de publicarlo.

TESMAN.—¡Ah, mucho! ¡Qué bien lo vamos á pasar! Pero, Hedda, ¿cómo vas á arreglártelas para que acompañen á la señora de Elvsted? ¿Eh?

HEDDA.—¡Oh! Ya encontraremos arreglo.

LOEVborg. (*Volviéndose hacia las dos mujeres.*)—¿La señora de Elvsted? Yo volveré por ella, naturalmente. (*Acercándose á Hedda.*) ¿Hacia las diez, señora de Tesman? ¿Le conviene á V.?

HEDDA.—¡Por supuesto! Me conviene á maravilla.

TESMAN.—¡Ea! Pues todo á pedir de boca. Pero, en cuanto á mí, Hedda, no hay que esperarme tan temprano.

HEDDA.—¡Ah, mi querido Jorge! Puedes estarte todo lo que quieras.

THEA. (*Con una secreta angustia.*)—Oiga, señor Loevborg, quedamos en que lo espero aquí.

LOEVborg. (*Que ha cogido su sombrero.*)—Sí, señora, quedamos en eso.

BRACK.—¡Vamos, señores! Espero que no faltará animación, como dice cierta hermosa dama. ¡Andando la gente alegre!

HEDDA.—¡Ah! ¡Si esa hermosa dama pudiese hacerse invisible para estar entre vos!

BRACK.—¿Invisible? ¿Por qué?

HEDDA.—Para oiros un rato, cuando la cosa se anime de veras, señor asesor.

BRACK. (*Sonriendo.*)—He ahí lo que yo no le aconsejaría á esa hermosa dama.

TESMAN. (*Sonriendo también.*)—¡Ah! ¡Ya estas tú buena, Hedda!



BRACK.—¡Ea, adiós, adiós, señoras!

LOEBORG. (*Inclinándose para despedirse.*)—Con que lo dicho: hacia las diez.

(*Vanse Brack, Loeborg y Tesman por la puerta del vestíbulo. Al mismo tiempo entra Berta por la puerta del fondo, con una lámpara encendida en la mano. Deja la lámpara en la mesa grande, y vase por el mismo sitio.*)

THEA. (*Se ha levantado y anda muy inquieta.*)—¡Hedda, Hedda! ¡Cómo acabará todo esto!

HEDDA.—Volverá á las diez. Ya lo veo venir coronado de pámpanos, intrépido y ardiente.

THEA.—¡Dios haga que no te equivoques!

HEDDA.—Y entonces, dueño nuevamente de sí mismo, será un hombre libre para el resto de sus días.

THEA.—¡Oh, Dios mío! ¡Con tal que vuelva como tú crees!

HEDDA.—Volverá así, y no de otro modo. (*Se levanta y se aproxima á Thea.*) Puedes dudar de él todo lo que quieras. Yo, por mí, tengo confianza. Y ahora veremos.

THEA.—Tú tienes algún pensamiento oculto, Hedda.

HEDDA.—Sí, es verdad. Quiero pesar una vez en la vida sobre un destino humano.

THEA.—¡Qué! ¿Es que no tienes imperio sobre nadie?

HEDDA.—No lo tengo, no lo he tenido nunca.

THEA.—Pero ¿y sobre tu marido?

HEDDA.—¡Bah! ¡No hay duda que

valdría la pena! ¡Oh! ¡Si tú pudieses comprender qué digna de lástima soy! ¡Y tú, que vales tanto! (*Le echa los brazos al cuello con vehemencia.*) Me parece que acabaré de veras por quemarte el pelo.

THEA.—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Tengo miedo de ti, Hedda!

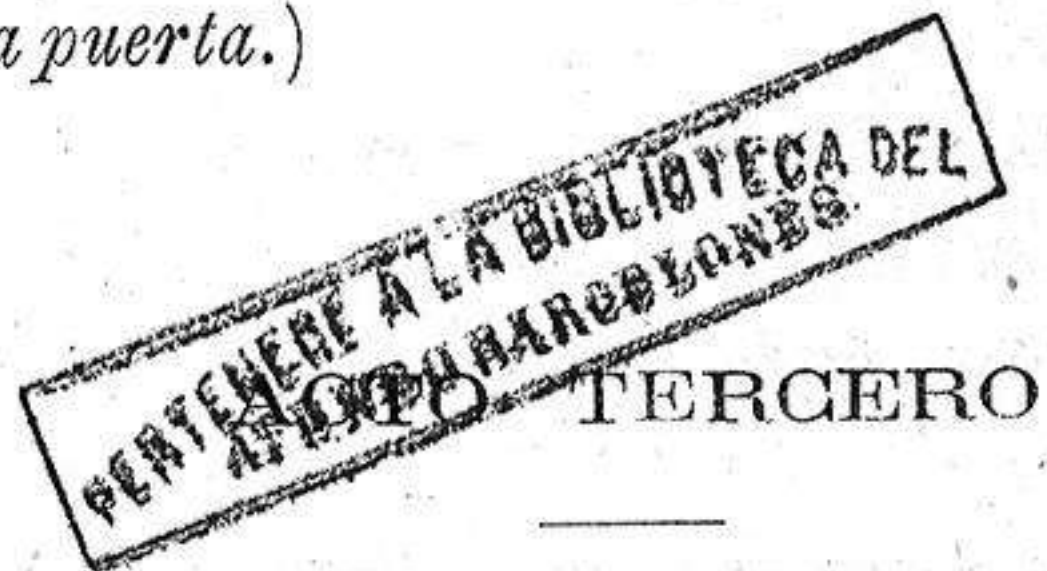
BERTA. (*Presentándose en la puerta.*)—Señora, he dispuesto el té en el comedor.

HEDDA.—Está bien. Allá vamos.

THEA.—¡No, no, no! ¡Prefiero volverme sola! ¡Ahora mismo!

HEDDA.—¡Qué niñerías! Antes tienes que tomar el té, locuela. Y luego á las diez, volverá Eylert Loeborg, coronado de pámpanos.

(*Se lleva á Thea casi á la fuerza hacia la puerta.*)



*La misma decoración. Los portiers de la puerta del foro y de la puerta vidriera aparecen corridos. La lámpara ha bajado y tiene una pantalla. En la estufa, cuyas puertas están abiertas, acaba de consumirse el fuego.*

(*Thea, envuelta en un chal, con los pies sobre un taburete, está acurrucada en el sillón, muy cerca de la estufa. Hedda duerme, echada en el sofá y tapada con un cobertor. Pausa.*)

THEA. (*Se yergue de pronto y escucha. Después se deja caer de nuevo en el sillón, gimiendo quedo.*)—¡Todavía no! ¡Oh, Dios mío! ¡Todavía no!



(Berta entra por la puerta del vestíbulo, andando de puntillas. Lleva una carta en la mano.)

THEA. (Se vuelve y pregunta apresuradamente en voz baja.)—¿Qué hay? ¿Ha venido alguien?

BERTA. (En voz baja.)—Sí, una criada acaba de traer esta carta.

THEA. (Alargando la mano precipitadamente.)—¿Una carta! ¿Déme!

BERTA. — Es para el doctor, señora.

THEA.—¡Ah!

BERTA. — La trajo la criada de la tía del señorito. Aquí la dejo, sobre la mesa.

THEA.—Bien.

BERTA. (Dejando la carta).—La lámpara se baja. Quizá será mejor que la apague.

THEA.—Bueno. Apáguela. Pronto va á ser de día.

BERTA. (Apagándola.)—Ya es de día, señora.

THEA.—Es verdad. ¡Es completamente de día! ¡Y sin volver aún!

BERTA.—¡Ah, sí! Bien me figuré yo lo que pasaría.

THEA.—¿V. se lo figuró?

BERTA.—Sí, en cuanto vi en la ciudad á cierto sujeto. Los habrá arrasado él. En otro tiempo dió bastante que hablar ese señor.

THEA.—No hable tan alto. Va á despertar á la señorita.

BERTA. (Dirige una mirada hacia el sofá y suspira.)—¡Sí, Dios mío! Hay que dejar dormir á la pobre señorita. ¿Pondré otro leño en la estufa?

THEA.—Gracias. Por mí es inútil.

BERTA.—¡Vamos! Está bien.

(Vase callando por la puerta del vestíbulo.)

HEDDA. (Se despierta al ruido de la puerta y abre los ojos.)—¿Qué hay?

THEA.—Nada. Era la criada.

HEDDA. (Mira en torno suyo.) ¿Por qué estoy aquí? ¡Ah! Ya me acuerdo. (Se sienta en el sofá, se estira y se restriega los ojos.) ¿Qué hora es, Thea?

THEA. (Mirando su reloj.)—Las siete dadas.

HEDDA.—¿A qué hora volvió Tesman?

THEA.—No ha vuelto aún.

HEDDA.—¿No ha vuelto aún?

THEA. (Levantándose.)—No ha venido nadie.

HEDDA.—¡Y nosotras velando hasta las cuatro para esperarlos!

THEA. (Retorciéndose las manos.)—¡Ah, sí! ¡Yo lo he esperado!

HEDDA. (Bosteza y dice llevándose la mano á la boca.)—¡Válgame Dios! Hubiéramos podido ahorrarnos ese trabajo.

THEA.—¿Has dormido un poco?

HEDDA.—¡Ah, yo sí! No he dormido mal. ¿Y tú?

THEA.—Ni un minuto. ¡No he podido, Hedda! Me ha sido imposible dormir.

HEDDA. (Levantándose y acercándose á ella.)—¡Vamos, vamos! No tienes motivo para estar intranquila. Yo comprendo muy bien lo que ha debido pasar.

THEA.—¿Pues qué crees tú? ¡Dímelo!

HEDDA.—Evidentemente, se habrán



estado hasta muy tarde en casa del asesor.

THEA.—¡Dios mío, ya lo creo! Pero eso no quita...

HEDDA.—Y Tesman, como comprendes, no habrá querido hacer ruido al volver, llamando á las altas horas de la noche. (*Sonriendo.*) Puede que tampoco haya querido presentarse después de una comilona alegre.

THEA.—Pero, querida, ¿y dónde iba á ir entonces?

HEDDA.—Pues á acostarse á casa de las tías. No han tocado su antiguo cuarto.

THEA.—No, no puede estar con ellas, porque acaban de traer una carta de allí para él. Ahí la han dejado.

HEDDA.—¡Calle! (*Mira el sobre.*) En efecto, es letra de tía Julia. Entonces se habrán quedado en casa del asesor, y Eylert Loevborg, coronado de pámpanos, estará leyéndole su manuscrito.

THEA.—¡Oh, Hedda! Tú misma no crees lo que dices.

HEDDA.—De veras, Thea. Tú tienes la cabecita á pájaros.

THEA.—Sí, por desgracia es muy cierto.

HEDDA.—¡Y vaya una cara de fatiga!

THEA.—Estoy, en efecto, mortalmente fatigada.

HEDDA.—¡Ea! Tienes que hacer lo que yo te diga. Vas á entrar en mi cuarto y á echarte en la cama.

THEA.—¡Oh, no, no! No podría dormir.

HEDDA.—¡Vaya!

THEA.—Sí, pero tu marido no puede ya tardar en volver. Y entonces sabré...

HEDDA.—Te avisaré en cuanto vuelva.

THEA.—¡Hedda! ¿Me lo prometes?

HEDDA.—Sí, puedes contar con ello. ¡Vamos! Vete á dormir hasta entonces.

THEA.—Gracias. Lo intentaré.

(*Vase por el cuarto del fondo. Hedda se aproxima á la puerta vidriera y descorre la cortina. Entran en la estancia los rayos del sol. Después va por un espejito á su escritorio, se mira, y se arregla el pelo. Luego se dirige hacia la puerta del vestibulo y toca el botón del timbre. A poco rato aparece Berta.*)

BERTA.—¿Quiere algo la señorita?

HEDDA.—Sí. Hay que echar leña en la estufa. Estoy aterida de frío.

BERTA.—¡Ah, Jesús! En seguida dará calor. (*Recoge la brasa y mete un leño en la estufa. Después se detiene y presta atención.*) Acaban de llamar á la puerta de la calle, señorita.

HEDDA.—Bueno. Vaya V. á abrir. Yo atizaré el fuego.

BERTA.—No tardará en hacer llama.

(*Vase por la puerta del vestibulo. Hedda, de rodillas sobre el cajón, echa varios leños en la estufa. Poco después entra Jorge Tesman por la puerta del vestibulo. Viene con cara fatigada y algo inquieto. Se adelanta de puntillas é intenta deslizarse por entre los portiers.*)

HEDDA. (*Sin levantar los ojos ni abandonar su puesto.*)—Buenos días.

TESMAN. (*Volviéndose.*)—¡Hedda!



(*Acercándose.*) Pero ¿es posible! ¿Cómo? ¡Levantada tan temprano! ¿Eh?

HEDDA.—Sí, hoy he madrugado mucho.

TESMAN.—¡Pues esta es buena! Y yo que te creía en la cama, durmiendo muy tranquilamente.

HEDDA.—No hables tan alto, que está durmiendo en mi cuarto la señora de Elvsted.

TESMAN.—¡Qué! ¿Ha pasado la noche aquí?

HEDDA.—Sí. Como no ha venido á buscarla nadie.

TESMAN.—No, es verdad.

HEDDA. (*Cerrando la estufa, y levantándose.*)—¿Y qué? ¿Se ha divertido la gente en casa del asesor?

TESMAN.—¿Has estado intranquila por mí?

HEDDA.—¿Yo? ¡En eso pensaba! Te pregunto si te has divertido.

TESMAN.—Sí, no he dejado de divertirme. Por una vez. Pero, bien pensado, cuando más disfruté fué al principio, durante la lectura de Eylert. ¡Figúrate que llegamos con más de una hora de anticipación. Y Brack tenía tantas órdenes que dar... Yo me pasé todo ese tiempo oyendo á Eylert.

HEDDA. (*Sentándose á la derecha de la mesa.*)—¿A ver? Cuéntame.

TESMAN. (*Sentándose en un taburete junto á la estufa.*)—¡No! ¡No puedes imaginarte qué obra va á ser aquella! Sin género de duda, es de lo más notable que se ha escrito jamás. ¡Ya ves tú!

HEDDA.—Sí, no digo que no. A mí, como si tal cosa.

TESMAN.—No puedo menos de confe-

sártelo, Hedda: cuando acabó de leer, se apoderó de mí un mal sentimiento.

HEDDA.—¿Un mal sentimiento?

TESMAN.—Tuve envidia de Eylert por haber podido escribir tal libro. ¡Ya ves, Hedda!

HEDDA.—Sí, sí, ya veo.

TESMAN.—¡Y decir que un hombre de tanto talento ha de ser siempre incorregible!

HEDDA.—¿Quieres decir que es hombre de más calor, de más vida que otros?

TESMAN.—¡No, hija! ¡No, por Dios! Lo que hay es que no tiene medida en el goce.

HEDDA.—¿Y cómo acabó la fiesta?

TESMAN.—¡Oh! ¡Puede decirse que en una verdadera bacanal!

HEDDA.—¿Estaba coronado de pámpanos Eylert?

TESMAN.—¿Pámpanos? No, que yo sepa. Lo que hizo fué un largo discurso muy embrollado en honor de la mujer que lo inspiró durante su trabajo. Así decía.

HEDDA.—¿Nombró esa mujer?

TESMAN.—No. Pero yo comprendí perfectamente que se trataba de la señora de Elvsted. Acuérdate; verás cómo no me equivoco.

HEDDA.—Veamos: ¿dónde os separasteis?

TESMAN.—En la calle, al volver. Salimos los últimos con algunos más. Brack quiso venir con nosotros para tomar un poco de aire, y convinimos en acompañar á Eylert hasta su casa. Como supondrás, el hombre llevaba bastante encima.



HEDDA.—Sí, ya supongo.

TESMAN.—Y ahora, Hedda, te diré lo más grave, lo más triste de todo. ¡Ah! Casi me da vergüenza contarlo. Me abochorno por Eylert.

HEDDA.—Vamos, di, ¿qué ha sucedido?

TESMAN.—Pues bien, mira: cuando volvíamos, hubo un momento en que yo me quedé algunos pasos atrás. Cosa de un instante, ¿comprendes?

HEDDA.—¡Sí, hombre, sí! Adelante.

TESMAN.—Yo apretaba el paso para alcanzar á los otros, cuando de repente... ¿Adivina lo que encuentro á la vuelta del camino? ¿Eh?

HEDDA.—¡Vaya una pregunta! ¿Cómo quieres que lo sepa?

TESMAN.—¡Pero no se lo has de decir á nadie, Hedda! ¿Oyes? ¡Prométemelo por consideración á Eylert! (*Saca del bolsillo un rollo envuelto en un papel.*) ¡Calcula! ¡He encontrado esto!

HEDDA.—¡No será el rollo que traje ayer!

TESMAN.—¡Cómo que no! ¡Es su precioso, su irreemplazable manuscrito! ¡Lo había perdido de esa manera, sin notarlo! ¡Qué te parece! ¡Es triste! ¿Eh?

HEDDA.—Sí, pero ¿por qué no se lo devolviste en seguida?

TESMAN.—No me atreví. En el estado en que se encontraba...

HEDDA.—¿Y no has dicho nada á nadie?

TESMAN.—¡Ni soñarlo! Ya comprendes que no había de querer hacerlo por consideración á Eylert.

HEDDA.—¿De forma que nadie sabe

que los papeles de Eylert Loevborg están en tu poder?

TESMAN.—No. Y nadie debe saberlo.

HEDDA.—¿De qué hablasteis después?

TESMAN.—No tuve ya ocasión de hablarle. Enredados en el laberinto de las calles, lo perdimos de vista. Desapareció con otros dos ó tres. ¿Qué te parece?

HEDDA.—¡Ya, ya! Lo habrán acompañado á su casa.

TESMAN.—Sí, es lo más probable. Eso he supuesto yo. Brack tomó también otro camino.

HEDDA.—Y tú, ¿por dónde has andado desde entonces?

TESMAN.—¡Oh! Yo y algunos otros, nos fuimos con uno de la partida, que nos convidó á tomar el café en su casa. Pero, en cuanto descansa un rato, y ese pobre Eylert haya tenido tiempo de echar un sueño, tendré que llevarle el manuscrito.

HEDDA. (*Tendiendo la mano para coger el rollo.*)—¡No, no lo devuelvas! Quiero decir: en seguida. Déjame leer antes.

TESMAN.—No, hermosa, querida mia, no me atrevo.

HEDDA.—¿No te atreves?

TESMAN.—No; piensa en la desesperación que va á sentir, cuando despierte y no encuentre el manuscrito. ¡Ten en cuenta que no ha sacado copia! Me lo ha dicho él mismo.

HEDDA. (*Con mirada fija, escudriñadora.*)—¡Tú crees que es imposible rehacer tal obra! ¡Que no se puede escribir dos veces!

TESMAN.—No, creo que no saldría.



Porque la inspiración, como comprendes...

HEDDA.—Sí, sí, lo creo de todas veras. (*Indiferentemente.*) ¡Ah, no me acordaba! Ahí hay una carta para ti.

TESMAN.—¡Eh! ¡Es verdad!

HEDDA. (*Dándosela.*)—La trajeron muy de mañana.

TESMAN.—¡Calle! Es de tía Julia. ¿Qué podrá ser? (*Deja el manuscrito en el segundo taburete, abre la carta, la recorre y se levanta de un salto.*) ¡Oh, Hedda! Me dice que la pobre tía Rina está en lo último.

HEDDA.—Era de prever.

TESMAN.—Y que he de darme prisa, si quiero encontrarla con vida aún. Tengo que ir corriendo ahora mismo.

HEDDA. (*Ahogando una sonrisa.*)—¡Vas á correr tú ahora!

TESMAN.—¡Oh, querida Hedda! ¡Si te resolvieses á acompañarme! ¿Qué dices?

HEDDA. (*Levantándose, dice con voz fatigada, pero en tono perentorio.*)—No, no. No hay que pedirme eso. No quiero ver enfermedades ni muertes. Ahórrame el espectáculo de todas las cosas feas.

TESMAN.—¡Bueno! ¡Haz lo que quieras! (*Dando vueltas por la habitación.*) ¡Mi sombrero! ¡Mi paletot! ¡Bien, bien! Están en el vestíbulo. ¡Dios mío! Supongo que no llegaré demasiado tarde. ¿Crees tú, Hedda...?

HEDDA.—¡Pero anda, hombre! ¡corre!

(*Aparece Berta en la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—Ahí está el señor asesor, que desea pasar.

TESMAN.—¡A estas horas! No, realmente yo no puedo recibirlo en este instante.

HEDDA.—Pero puedo yo. (*A Berta.*) Diga V. al señor asesor que pase.

(*Vase Berta.*)

HEDDA (*Cuchicheando precipitadamente.*)—¡Pronto el manuscrito, Tesman!

TESMAN.—¡Sí, sí; dámelo!

HEDDA.—No, no: yo lo guardaré... entre tanto.

(*Se acerca á su escritorio y esconde el manuscrito entre los libros de la estantería. Entra Brack por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Inclinando la cabeza sonriente.*)—¡A ver! Es V. lo que se llama un pájaro madrugador.

BRACK.—¿Verdad? ¿Qué le parece á V.? (*A Tesman.*) ¡V. también se encuentra en pié ya, dispuesto á salir!

TESMAN.—Sí, tengo que ir con precisión á casa de mis tías. Ya ve V., la pobre enferma está en lo último.

BRACK.—¡Válgate Dios! ¡Sí, hombre! No quiero yo detenerlo en una circunstancia tan grave.

TESMAN.—Es verdad. Voy volando. ¡Adiós! ¡Adiós!

(*Vase precipitadamente por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Acercándose á Brack.*)—¿Ha habido más que animación esta noche en su casa de V., señor asesor?

BRACK.—Hasta tal punto que aún no me he desnudado, señora.

HEDDA.—¿Hola? ¡V. tampoco!



BRACK.—Como V. ve. Pero ¿qué le ha contado Tesman sobre el particular?

HEDDA.—¡Oh! Nada más que pormenores enojosos. Sé únicamente que fueron á tomar el café en casa de uno.

BRACK.—Sí, ya me lo han dicho. ¡Supongo que no los acompañó Eylert Loevborg!

HEDDA.—No. Empezaron por acompañarlo á su casa.

BRACK.—¿Estaba entre ellos Tesman?

HEDDA.—No. Pero él me ha hablado de otros varios.

BRACK. (*Sonriendo.*)—Jorge Tesman es un alma confiada, señora.

HEDDA.—¡Ah! ¡Bien puede decirse! ¡Entonces hay algo bajo todo esto!

BRACK.—No diré que no.

HEDDA.—¡Vamos! Sentémonos, señor asesor. Así estará V. mejor para contármelo todo.

(*Se sienta en el lado izquierdo de la mesa, Brack en el contiguo, cerca de Hedda.*)

HEDDA.—Sepamos.

BRACK.—Yo tenía motivos esta noche para seguir los hechos y gestos de mis convidados, ó, más bien, los de algunos de ellos.

HEDDA.—Eylert Loevborg, supongo, sería del número.

BRACK.—Debo confesar que sí.

HEDDA.—Pica V. mi curiosidad de veras.

BRACK.—¿Sabe V., señora, dónde han pasado el resto de la noche él y algunos otros?

HEDDA.—Si puede decirse, dígalos.

BRACK.—¡Oh! Puede decirse sin inconveniente. La han pasado en una reunión animadísima.

HEDDA.—¿De esas en que hay bulla?

BRACK.—Sí, toda la posible.

HEDDA.—Veamos, asesor. Cuénteme V. eso.

BRACK.—Loevborg era de los que habían recibido una invitación. Yo lo sabía. Pero el hombre, como ha mudado la piel, según V. sabe, había rehusado.

HEDDA.—Sí, esa transformación ha tenido efecto en casa de los Elvsted. Pero bien; acabó por ir, á pesar de los pesares, ¿no es así?

BRACK.—¡Qué quiere V.! Desgraciadamente esta noche le vino la inspiración en mi casa.

HEDDA.—Justo. Me han hablado de esa inspiración.

BRACK.—Sí. Y hasta tomó proporciones bastante alarmantes. Por eso cambiaría de ideas. Porque, ¡ay!, nosotros, los hombres, no siempre somos tan firmes en punto á principios como deberíamos serlo.

HEDDA.—¡Oh! V. es una excepción sin duda, señor Brack. ¿Pero decía V. que Loevborg...?

BRACK.—Sí, en resumen: acabó por dar con su persona en los salones de Diana.

HEDDA.—¿De Diana?

BRACK.—Sí, porque en casa de esa señorita es donde se reunía una tertulia selecta de amigas y de admiradores.

HEDDA.—¿Es una dama de pelo rojo?

BRACK.—Precisamente.

HEDDA.—¿Una especie de cantante?

BRACK.—Sí, si V. quiere; y también



de cazadora. Se dedica á la caza de hombres, señora. V. habrá oído hablar de ella. Eylert Loevborg, en sus buenos días, fué uno de sus más animosos protectores.

HEDDA.—¿Y cómo acabó todo eso?

BRACK.—El fin es menos divertido. De la acogida más cariñosa, la señorita Diana pasó á vías de hecho.

HEDDA.—¿Contra Loevborg?

BRACK.—Sí. El se quejaba de que ella ó sus amigas le habían robado. Decía que había desaparecido su cartera y no sé qué más. En resolución: una zambra de mil demonios.

HEDDA.—¿Y cuál fué el desenlace?

BRACK.—Una pelea general de damas y caballeros. Felizmente, llegó á intervenir la policía.

HEDDA.—¡Cómo! ¿La policía?

BRACK.—Sí. Es un lance que costará caro á ese tarambana de Loevborg.

HEDDA.—¡Ah!

BRACK.—Parece que hizo resistencia. Dicen que abofeteó á uno de los agentes y que le rompió el uniforme. A consecuencia de eso, lo han llevado á la prevención.

HEDDA.—¿Y cómo sabe V. todo eso?

BRACK.—Por la misma policía.

HEDDA. (*Mirando de frente, inmóvil.*) —¿De modo que eso es lo ocurrido! ¿No hubo corona de pámpanos?

BRACK.—¿Corona de pámpanos, señora?

HEDDA. (*Cambiando de tono.*) —Pero diga V., asesor: ¿qué motivos tiene V. para seguir la pista de ese modo á Eylert Loevborg, para espiar sus acciones?

BRACK.—Por el pronto, no puede serme indiferente que conste en el sumario que iba directamente de mi casa.

HEDDA.—¿Quiere decir que ahora habrá sumario?

BRACK.—Se supone. Por lo demás, ¡suceda lo que quiera! A mí nada me va ni me viene. Pero, como amigo de la casa, me he creído en el deber de procurar que V. y Tesman estuviesen al tanto de esas hazañas nocturnas.

HEDDA.—¿Y por qué, asesor?

BRACK.—Pues porque temo seriamente que quiera servirse de Vds. como de una especie de pantalla.

HEDDA.—¿Qué cosas tiene V.!

BRACK.—¡Pero, Señor! No somos ciegos. Y si no, recapacite V. misma un instante. Esa señora de Elvsted tenga V. por seguro que no se irá tan pronto de la ciudad.

HEDDA.—¡Oh! Si hubiese algo entre ellos, encontrarían otros muchos sitios donde verse.

BRACK.—Sí; pero no un hogar doméstico. Toda familia que se respete cerrará su casa, de aquí en adelante, á Eylert Loevborg.

HEDDA.—Y yo, ¿debería hacer otro tanto? ¿Es eso lo que quiere V. decir?

BRACK.—Sí. Me sería más que penoso, lo confieso, que ese señor tuviese entrada aquí. Si ese elemento extraño, superfluo, se introdujese en...

HEDDA.—En el triángulo.

BRACK.—Cabalmente. Eso equivaldría para mí á la pérdida de un hogar.

HEDDA. (*Lo mira sonriendo.*) —De manera que gallo único de la casa: ¡he ahí el objeto de V.!



BRACK. (*En voz baja é inclinando lentamente la cabeza en señal de asentimiento.*)—Sí, ese es mi objeto, y trataré de conseguirlo por todos los medios que estén en mi mano.

HEDDA. (*Cuya sonrisa se desvanece poco á poco.*)—Es V. un hombre peligroso cuando se empeña la partida.

BRACK.—¿Le parece á V.?

HEDDA.—Sí, empiezo á creerlo. Y me tendré por muy dichosa mientras no pueda V. tomarla conmigo.

BRACK. (*Con una sonrisa ambigua.*)—¡Pch! Puede que tenga V. razón. ¡Quién sabe si, llegado el caso, no sería yo hombre para encontrar un buen expediente!

HEDDA.—¡Esas tenemos, asesor! Cualquiera lo tomaría por una amenaza.

BRACK. (*Levantándose.*)—¡Nada más lejos de mi ánimo! Para que el triángulo pueda defenderse bien, ha de mediar, ante todo, libre consentimiento.

HEDDA.—Eso creo yo.

BRACK.—¡Ea! He dicho lo que tenía que decir. Y ahora es cosa de pensar en volverme á casa. ¡Adiós, señora!

(*Se dirige hacia la puerta-vidriera.*)

HEDDA. (*Levantándose.*)—¿Se va V. por el jardín?

BRACK.—Sí: acorto.

HEDDA.—Y además le gustan á V. las puertas excusadas.

BRACK.—Así es. No me disgustan. A veces ofrecen novedades imprevistas.

HEDDA.—Como, por ejemplo, recibir algún tiro, ¿verdad?

BRACK. (*Sonriendo, ya en la puerta.*)—

¡Oh! ¡Nadie tira á sus gallos domésticos!

HEDDA. (*Sonriendo también.*)—No, es verdad, cuando no hay más que uno en la casa.

(*Se hacen signos de despedida con la cabeza, riendo. Vase Brack. Hedda cierra la puerta y permanece un momento grave é inmóvil, mirando hacia el jardín. Después se aleja de la vidriera y separa un instante la cortina para dirigir una ojeada á la pieza del fondo. Luego se acerca á su escritorio, saca el manuscrito de Loevborg de entre los libros y se dispone á hojearlo. Se oye á Berta hablar muy alto en el vestíbulo. Hedda se vuelve y escucha. A poco guarda apresuradamente el manuscrito en el cajón del escritorio y deja la llave sobre el cartapacio. Fylert Loevborg, con sobretodo y el sombrero en la mano, abre violentamente la puerta del vestíbulo. Parece ligeramente turbado y sobreexcitado.*)

LOEVBOURG. (*Volviendo la cabeza hacia el vestíbulo.*)—¡Le digo á V. que tengo que entrar! ¡Ea! (*Cierra la puerta, se vuelve, ve á Hedda, se domina al momento y saluda.*)

HEDDA. (*Cerca del escritorio.*)—¡Vamos, señor Loevborg! Viene V. á buscar á Thea un poco tarde.

LOEVBOURG.—O vengo á su casa de V. un poco temprano. Tenga V. la bondad de dispensarme.

HEDDA.—¿Cómo sabe V. que está aquí ella todavía?

LOEVBOURG.—Me han dicho en la casa de huéspedes que no había vuelto esta noche.

HEDDA. (*Acercándose á la mesa gran-*



de.)—¿Qué cara pusieron cuando preguntó V.?

LOEVborg. (*Con una mirada interrogadora.*)—¿Qué cara, dice V.?

HEDDA.—Sí, le pregunto si parecían ocultar algún pensamiento.

LOEVborg. (*Comprendiendo de pronto.*)—¡Ah, sí! ¡Es claro! ¡La pierdo conmigo! Pero no he notado nada en la cara de la gente. Tesman no se ha levantado aún, ¿verdad?

HEDDA.—No, no creo.

LOEVborg.—¿A qué hora volvió?

HEDDA.—Muy tarde.

LOEVborg.—¿No le ha contado á V. nada?

HEDDA.—Sí. Sé que hubo mucho jaleo en casa del asesor Brack.

LOEVborg.—¿Nada más?

HEDDA.—Creo que no. Por mi parte, tenía tanto sueño...

(*Thea abre las cortinas de la pieza del fondo, y entra.*)

THEA. (*Dirigiéndose hacia Loevborg.*)—¡Oh, Loevborg! ¡Por fin!

LOEVborg.—Sí, por fin. ¡Y demasiado tarde!

THEA. (*Mirándolo con inquietud.*)—¿Cómo demasiado tarde? ¿En qué sentido?

LOEVborg.—En todos. Soy hombre al agua.

THEA.—¡Oh, no, no!... ¡No digas eso!

LOEVborg.—Ya lo dirás tú misma, cuando te enteres.

THEA.—No quiero saber nada.

HEDDA.—¿Vds. querrán quizá hablar á solas? En ese caso me retiro.

LOEVborg.—No. Quédese V.; V. también. Se lo ruego.

THEA.—¡Sí, pero repito que no quiero saber nada!

LOEVborg.—No se trata de lo que ha pasado esta noche.

THEA.—Pues, ¿de qué?

LOEVborg.—De que en adelante se separan nuestros caminos.

THEA.—¡Que se separan nuestros caminos!

HEDDA. (*Involuntariamente.*)—¡Ya lo sabía yo!

LOEVborg.—No tengo ya ocupación para ti, Thea.

THEA.—¡Y vienes á decírmelo así! ¡No tienes ocupación! ¿Pues no puedo ayudarte como hasta ahora? ¿No podemos seguir trabajando juntos? Di.

LOEVborg.—No pienso ya en trabajar.

THEA. (*Con profundo desaliento.*)—¿Qué voy yo á hacer de mi vida entonces?

LOEVborg.—Es necesario que trates de vivir como si no me hubieses conocido nunca.

THEA.—¡Pero si eso me es imposible!

LOEVborg.—Haz un esfuerzo, Thea. Puedes volver á tu casa.

THEA. (*Sublevándose.*)—¡Jamás en la vida! ¡Donde tú estés, allí quiero estar yo! ¡No me dejas despedir de este modo! Quiero quedarme aquí, quiero estar á tu lado, cuando aparezca el libro.

HEDDA. (*Sobreexcitada á media voz.*)—¡Ah, sí, el libro!

LOEVborg. (*Mirándola.*)—Nuestro li-



bro, el mío y de Thea. Porque es de los dos.

THEA.—Sí, eso es. ¡Por lo mismo, tengo el derecho de estar á tu lado, cuando se publique! Quiero velar por que no te falten los honores y el aprecio debidos. ¡Y qué me dices de la alegría! ¡de la alegría que quiero compartir contigo!

LOEVBORG. Thea, nuestro libro no verá la luz nunca.

HEDDA.—¡Ah!

THEA.—¡No verá la luz!

LOEVBORG.—Ya no es posible.

THEA. (*Con doloroso presentimiento.*)—Loevborg, ¿qué has hecho del manuscrito?

HEDDA. (*Mirándolo febrilmente.*)—¿Sí, el manuscrito?

THEA.—¿Dónde está?

LOEVBORG.—¡Oh! No me lo preguntes.

THEA.—Sí, quiero saberlo. Tengo el derecho de saberlo, y en el acto.

LOEVBORG.—El manuscrito... ¡Bien! ¡pues sí! Lo he hecho mil pedazos.

THEA. (*Profiriendo un grito.*)—¡Oh! ¡No, no!

HEDDA. (*Involuntariamente.*)—¡Eso no es verdad!

LOEVBORG. (*Mirándola.*)—¡V. cree que no es verdad!

HEDDA. (*Recobrando la calma.*)—Sí, puesto que V. lo dice, ¿por qué no? Pero me parecía tan absurdo...

LOEVBORG.—Pues, á pesar de todo, es cierto.

THEA. (*Retorciéndose las manos.*)—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Hedda! ¡Ha destruido su obra!

LOEVBORG.—¡He destruido mi propia vida! ¿Qué mucho que haga otro tanto con la obra de mi vida?

THEA.—¡He ahí, pues, lo que hiciste anoche!

LOEVBORG.—Sí. Oyelo bien: roto en mil pedazos. Y los pedazos los he arrojado al furdo, muy lejos. Allí, al menos, hay agua de mar bien fresca. Que se los lleve. Que se vayan con la corriente, á merced del viento. Dentro de poco se irán al fondo. Más abajo, cada vez más abajo... Como yo, Thea.

THEA.—¿Sabes tú, Loevborg? Ese libro... Toda la vida me parecerá que has ahogado á un hijo.

LOEVBORG.—Tienes razón. Es una especie de infanticidio.

THEA.—Pero ¿cómo has podido tú...? Ese hijo era tan mío como tuyo.

HEDDA. (*Casi afónica.*)—¡Oh! El hijo...

THEA. (*Respirando trabajosamente.*)—¡De manera que ha acabado todo! Sí, sí, Hedda, ahora me voy.

HEDDA.—¿No pensarás, sin embargo, volver á partir?

THEA.—¡Oh! No sé lo que haré. No veo más que tinieblas alrededor de mí.

(*Vase por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Espera un instante inmóvil.*)—Pero ¿no se decide V. á acompañarla, señor Loevborg?

LOEVBORG.—¡Yo! ¡Por las calles! Para que se vea que va á mi lado, ¿no es verdad?

HEDDA.—¡Dios mío! Yo no sé á punto fijo lo que ha pasado esta noche. Pero ¿es que es absolutamente irreparable?



LOEVborg.—No se reducirá todo á esta noche. Es seguro. Pero lo grave es que esa vida, tampoco tengo fuerzas para llevarla. Imposible volver á empezar. Esa mujer ha destruido en mí todo valor y toda audacia.

HEDDA. (*Con la mirada fija hacia adelante.*)—Esa monería de muñequita ha puesto los dedos en un destino humano. (*Mirando á Loevborg.*) Pero ¡aun así! ¿Cómo ha podido V. tener tan poco corazón con ella?

LOEVborg.—¡Oh! ¡No diga V. que no he tenido corazón!

HEDDA.—¡Ir á destruir de ese modo una cosa que ha llenado su alma durante tanto tiempo! ¿No se llama eso falta de corazón?

LOEVborg.—Hedda, á V. puedo decirle la verdad.

HEDDA.—¿La verdad?

LOEVborg.—Ante todo permítame V.: ha de darme su palabra de que Thea no sabrá nunca lo que voy á confiarle.

HEDDA.—Se la doy.

LOEVborg.—Bien. Pues sepa V. que no hay nada de cierto en lo que acabo de decir.

HEDDA.—¿Se refiere V. á ese manuscrito?

LOEVborg.—Sí. Ni lo he roto, ni lo he tirado al furdo.

HEDDA.—No, no; pero ¿dónde está entonces?

LOEVborg.—¡Lo cual no quita, Hedda, para que haya destruido mi obra de todos modos!

HEDDA.—No comprendo.

LOEVborg.—Thea acaba de decir que

mi acción le producía el efecto de un infanticidio.

HEDDA.—Sí, eso dijo.

LOEVborg.—¡Pues bien! Matar á un hijo no es todavía el peor de los crímenes que puede cometer con él un padre.

HEDDA.—¿Que no es el peor de los crímenes?

LOEVborg.—No. El peor de todos es el que yo he callado por consideración á Thea.

HEDDA.—¿Y qué crimen es ese?

LOEVborg.—Suponga V. que un hombre, después de una noche de excesos locos, vuelve á su casa al amanecer y va á decir á la madre de su hijo: «Oye, he andado de acá para allá, en tales y cuales sitios. Llevaba á esos sitios á nuestro hijo, y el niño ha desaparecido. No lo traigo. El diablo que sepa en qué manos ha caído.»

HEDDA.—Sí, pero aunque el diablo anduviese en el negocio, al fin no se trataba más que de un libro.

LOEVborg.—A ese libro había pasado el alma pura de Thea.

HEDDA.—Sí, comprendo.

LOEVborg.—Entonces comprenderá V. también que no hay porvenir ahora para ella ni para mí.

HEDDA.—¿Y qué camino va V. á tomar?

LOEVborg.—Ninguno. Yo no quiero más que una cosa: que acabe todo esto. Cuanto antes, mejor.

HEDDA. (*Dando un paso hacia él.*)—Oiga V., Loevborg, ¿no podría arreglarse de modo que eso se hiciese en buena forma?

LOEVborg.—¿En buena forma? (*Son-*



riendo.) ¿Con pámpanos en la cabeza, como V. se figuraba un día?

HEDDA.—¡Oh, no! Ya no creo en los pámpanos. Pero en buena forma, de todos modos. ¡Una vez siquiera! ¡Adiós! Y ahora márchese y no vuelva.

LOEBORG.—Adiós, señora. Mil cosas de mi parte á Jorge Tesman.

*(Va á salir.)*

HEDDA.—¡No, aguarde V.! Es preciso que se lleve un recuerdo mío.

*(Se acerca al escritorio, abre primero el cajón donde guardó las pistolas, después la caja que las contiene, saca una y se vuelve hacia Loeborg.)*

LOEBORG. *(Mirándola.)*—¿Eso? ¿Es ese el recuerdo?

HEDDA. *(Inclinando la cabeza pausadamente en señal de asentimiento.)*—¿La conoce? Un día estuvo dirigida contra V.

LOEBORG.—Aquel día debió V. utilizarla.

HEDDA.—¡Pues bien! Utilicela V. mismo ahora.

LOEBORG. *(Guardándose la pistola en el bolsillo.)*—¡Gracias!

HEDDA.—¡En buena forma, Loeborg! Prométamelo.

LOEBORG.—Adiós, Hedda Gabler.

*(Vase por la puerta del vestíbulo. Hedda escucha un momento á la puerta. Se acerca después al escritorio y saca el manuscrito. Mira un instante la cubierta, entresaca algunas hojas á las cuales dirige una ojeada. Luego va á sentarse en el sillón colocado junto á la estufa, con el manuscrito sobre las rodillas. Al cabo*

*de un instante abre el paquete y saca el manuscrito de la cubierta.)*

HEDDA. *(Arroja uno de los cuádnos á la estufa y murmura.)*—¡Ahora quemó á tu hijo, Thea, la hermosa de cabellos rizados! *(Arroja otros varios cuádnos.)* El hijo que tuviste con Eylert Loeborg. *(Tira el resto.)* Ahora quemó, quemó al hijo.

## ACTO CUARTO

*La misma decoración. Es de noche. El salón está á oscuras, y la pieza del fondo iluminada por la lámpara suspendida sobre la mesa. Los portieres de la puerta-vidriera se hallan corridos.*

*(Hedda, vestida de negro, vaga por el salón oscuro. Después pasa á la pieza del fondo y desaparece por la izquierda. Se oyen algunos acordes en el piano. Reaparece Hedda y entra en el salón. Berta, saliendo por la derecha, atraviesa la pieza del fondo, y entra en el salón con una lámpara encendida que pone sobre la mesa delante del sofá del rincón. Tiene los ojos encarnados de tanto llorar, y lleva una cinta negra sobre la falda en señal de luto. Un momento después entra Julia por la puerta del vestíbulo. Está de luto y conserva puesto el sombrero y el velo. Hedda sale á su encuentro y le da la mano.)*

JULIA.—Sí, Hedda, vengo vestida de luto. Mi pobre hermana está libre al fin de sus largos sufrimientos.

HEDDA.—Ya lo sabía, como ve V.



Me lo ha participado Tesman en una carta.

JULIA.—Sí, me lo había prometido. Pero he creído hacer bien en venir yo misma á anunciar la muerte en esta casa donde reina la vida, en la casa de Hedda.

HEDDA.—Es V. muy buena.

JULIA.—¡Oh! Rina no hubiese debido abandonarnos ahora. La casa de Hedda no debería estar de luto en este instante.

HEDDA. (*Procurando desviar la conversación.*)—Los últimos momentos fueron muy tranquilos, ¿no es verdad, señora?

JULIA.—¡Sí, muy tranquilos y muy dulces! ¡Los lazos que la retenían se han roto tan suavemente! Y luego, ¡ha sido para ella tan inmensa felicidad volver á ver á Jorge y poder despedirse de él! ¿No ha vuelto todavía?

HEDDA.—No, me ha escrito diciéndome que no lo espere tan pronto. Pero tome V. asiento.

JULIA.—¡No, gracias, mi querida Hedda, bendita mía! No desearía otra cosa, pero tengo tan poco tiempo... Ahora voy á amortajar á la pobre difunta y á arreglarla lo mejor que pueda. Es menester que esté muy hermosa para bajar á la tumba.

HEDDA.—¿No puedo ayudar á V. en algo?

JULIA.—¡Qué locura! Hedda Tesman no puede poner la mano en esas cosas, ni pensar siquiera en ellas.

HEDDA.—¡Oh! El pensamiento ¿quién lo domina?

JULIA. (*Sin cambiar de tono.*) Pues

¿qué remedio? El mundo es así. En casa se va á coser el sudario de Rina. Aquí también habrá costura dentro de poco, me figuro. Pero ¡gracias á Dios! será costura de otra clase.

(*Entra Jorge Tesman por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA.—Menos mal, que vuelves al fin.

TESMAN.—¡Ah! ¡Tú aquí, tía Julia! ¿Con Hedda? ¿Eh?

JULIA.—Iba á marcharme, hijo mio. ¿Y qué? ¿Has arreglado todo lo que me prometiste?

TESMAN.—No, mucho me temo haber olvidado la mitad. Volveré por tu casa mañana, porque hoy tengo trastornada la cabeza. Yo no sé lo que pienso.

JULIA.—Vamos, Jorge, no hay que tomar las cosas así.

TESMAN.—¿No? Pues ¿cómo quieres que las tome?

JULIA.—Hay que estar contentos en medio del dolor, contentos de lo que ha sucedido, como lo estoy yo misma.

TESMAN.—¡Ah, sí! Tú piensas en tía Rina.

HEDDA.—¡Qué sola se va á encontrar V. en adelante!

JULIA.—Sí, los primeros días. Pero espero que no ha de durar mucho. El cuartito de Rina no debe quedar vacío.

TESMAN.—¿No? ¿Quién vas á meter allí?

JULIA.—¡Ay! Nunca falta una pobre enferma necesitada de cuidados y de cariño.



HEDDA.—¿Y tendría V. valor para volver á cargar con semejante cruz?

JULIA.—¡Cruz! ¡Por Dios, hija mía! Eso no ha sido cruz para mí.

HEDDA.—Pero si ahora tiene V. una persona extraña...

JULIA.—¡Oh! Pronto se hace una amiga de los enfermos. Y además, yo también necesito tanto vivir para alguien... Gracias al cielo, probablemente habrá ocupación en esta casa para la viejecita de la tía.

HEDDA.—¡Oh! ¡No hable V. de nosotros!

TESMAN.—Sí, mujer. Pues poco bien que estaríamos los tres juntitos, si...

HEDDA.—Si...

TESMAN. (*Inquieto.*)—¡No, nada! Todo se arreglará. Digo... es de suponer. ¿Eh?

JULIA.—Sí, sí. ¡Ya veo que tenéis que hablar los dos! (*Sonriendo.*) Y puede que Hedda te confíe algo, Jorge. ¡Hasta otro rato! Tengo que volverme á casa. (*Llegada á la puerta, se detiene.*) ¡Qué cosa tan extraña, Dios mío! ¡Ahora Rina está á la vez conmigo y con el difunto Joaquín!

TESMAN.—Sí. ¡Quién había de pensarlo, tía Julia! ¿Eh?

(*Vase Julia por el vestíbulo.*)

HEDDA. (*Sigue á Tesman con una mirada fría y escrutadora.*)—Voy creyendo que esa muerte te llega á ti más al alma que á ella.

TESMAN.—¡Oh! No se trata sólo de la muerte de tía Rina. Es que ese Eylert me tiene también tan intranquilo...

HEDDA. (*Vivamente.*)—¿Le ha sucedido algo?

TESMAN.—Corrí á su casa esta tarde para decirle que el manuscrito estaba en buenas manos.

HEDDA.—¿Y qué? ¿No lo encontraste?

TESMAN.—No, no estaba en casa. Pero después encontré á Thea, y me dijo que él vino aquí esta mañana.

HEDDA.—Sí, inmediatamente después de marcharte tú.

TESMAN.—Y que afirmaba que había roto el manuscrito. ¿Eh?

HEDDA.—Sí, lo afirmó.

TESMAN.—¡Señor, eso prueba que ha perdido el juicio! ¿Y tú no te habrás atrevido á devolvérselo, Hedda?

HEDDA.—No, no se lo he dado.

TESMAN.—¿Pero le habrás dicho, por lo menos, que está aquí?

HEDDA.—No. (*Vivamente.*) ¿Se lo dijiste acaso á Thea?

TESMAN.—No, no quise. Pero á él debiste decírselo. ¡Ya ves! ¡Si en un arranque de desesperación se le ocurriese una atrocidad! ¡Dame corriendo el manuscrito, Hedda! Voy á llevárselo inmediatamente. ¿Dónde lo pusiste?

HEDDA. (*Fría é inmóvil, apoyada en el sillón.*)—No lo tengo ya.

TESMAN.—¡Que no lo tienes ya! ¡En nombre del cielo! ¿Qué es lo que dices?

HEDDA.—Lo he quemado, completamente.

TESMAN. (*Con un movimiento de espanto.*)—¡Quemado! ¡Has quemado el manuscrito de Eylert!

HEDDA.—Pero no grites así. Te va á oír la criada.



TESMAN.—¡Quemado! ¡Dios de misericordia! ¡No, no, no, no es posible!

HEDDA.—Es la pura verdad, sin embargo.

TESMAN.—Pero, ¿sabes bien lo que has hecho, Hedda? ¡Es un uso ilícito de objetos encontrados! ¡Ahí es nada! Pregunta, pregunta al asesor, y él te dirá.

HEDDA.—Lo mejor, en mi sentir, es que no hables de esto al asesor Brack ni á nadie.

TESMAN.—Pero, ¿cómo has podido hacer una cosa tan inaudita? ¿Cómo ha podido ocurrírsete tal idea? ¿A qué ha venido eso? Respóndeme... ¿Eh?

HEDDA. *Reprimiendo una ligera sonrisa.*—Jorge, lo he hecho por ti.

TESMAN.—¡Por mí!

HEDDA.—Cuando, al volver esta mañana me dijiste que te había leído su manuscrito...

TESMAN.—Sí. ¿Qué?

HEDDA.—Me confesaste que esa obra te había dado envidia.

TESMAN.—¡Dios mío! Eso era una manera de hablar.

HEDDA.—¡No importa! Yo no podía soportar la idea de que otro te relegase á un segundo término.

TESMAN. *Con una explosión de alegría mezclada de duda.*—¡Oh, Hedda! ¿Es verdad lo que dices? Pero si... pero si nunca hasta ahora se había manifestado tu amor de esa manera.

HEDDA.—En fin, será mejor decirte que desde hace algún tiempo... *(Se detiene, y añade con violencia.)* No, no, pregunta á tía Julia. Ella te lo dirá.

TESMAN.—¡Oh! ¡Casi se me figura

comprenderte, Hedda! *(Juntando las manos.)* ¡Gran Dios! ¡Sería posible! ¿Eh?

HEDDA.—Que no grites así. Podría oírte la criada.

TESMAN. *(Con una sonrisa de beatitud.)*—¡La criada! ¡Qué original eres, Hedda! ¡La criada! ¡Pero si la criada es Berta! Yo mismo voy á darle ahora la noticia.

HEDDA. *(Retorciéndose las manos con una especie de desesperación.)*—¡Oh! ¡Me ahoga, me ahoga todo esto!

TESMAN.—¿El qué, Hedda?

HEDDA. *(Fríamente, dominándose.)*—Todas estas ridiculeces, Jorge.

TESMAN.—¿Ridiculeces? ¿Es ridículo que mi alma rebose de felicidad? Pero, en efecto, quizá sería mejor que no dijese nada á Berta.

HEDDA.—Sí, hombre, al contrario. ¿Por qué no?

TESMAN.—No, no, todavía no. Pero, por lo que hace á tía Julia, es forzoso que lo sepa. ¡Y que sepa también que empiezas á llamarme Jorge! ¡Oh, qué contenta, que contenta se va á poner!

HEDDA.—¿Al saber que he quemado el manuscrito de Loevborg por ti?

TESMAN.—¡Ah, no! Es verdad. Me olvidaba. Naturalmente, eso no ha de saberlo nadie. ¡Pero lo que sí debe saber tía Julia es que tú ardes en amor por mí! Y yo, por mi parte, querría saber si no les pasan frecuentemente estas cosas á las jóvenes que... Di. ¿Eh?

HEDDA.—No tienes más que preguntárselo también á tía Julia.

TESMAN.—No dejaré de hacerlo. *(Su semblante se torna inquieto y pensativo.)*



¡Oh, ese manuscrito, ese manuscrito!  
¡Dios poderoso! De todas maneras, es  
una cosa horrible. ¡Cuando uno piensa  
en ese desgraciado Eylert!

(Thea, vestida como en su primera visita, con sombrero y abrigo, entra por el vestíbulo.)

THEA. (*Saluda precipitadamente, y dice, presa de gran agitación.*)—¡Oh, querida Hedda! Dispénsame que vuelva aún.

HEDDA.—¿Qué hay, Thea?

TESMAN.—¿Se trata nuevamente de Eylert Loevborg? ¿Eh?

THEA.—Sí. ¡Temo tanto que le haya sucedido una desgracia!

HEDDA. (*Cogiéndola de un brazo.*)—¡Ah! ¡Crees tú eso!

TESMAN.—¡Santo Dios! ¿De dónde le viene á V. esa idea?

THEA.—Oí que hablaban de él en la casa de huéspedes cuando yo entraba. ¡Oh! ¡Se cuentan hoy cosas tan increíbles en la ciudad!...

TESMAN.—Sí, he oído todo eso. ¡Fíjese V.! Cuando yo puedo atestiguar que volvió á acostarse.

HEDDA.—Bien. ¿Y qué se decía?

THEA.—¡Oh! No he podido saber nada. Puede que no supiesen nada más, ó que se callasen al verme. Y yo no me atreví á preguntar, por mi parte.

TESMAN. (*Dando vueltas, inquieto, por la habitación.*)—¡Hay que creer, hay que creer que habrá V. oído mal, señora!

THEA.—No, no, estoy segura de que hablaban de él. Comprendí perfectamente que se trataba de hospital, ó...

TESMAN.—¿De hospital?

HEDDA.—¡No, no es posible!

THEA.—¡Oh! Entonces me entró un miedo de muerte y fui á pedir noticias á su alojamiento.

HEDDA.—¡Hiciste tú eso, Thea!

THEA.—¿Qué otra cosa podía hacer? Me sería imposible soportar esta incertidumbre.

TESMAN.—¿Y se ha quedado V. como los demás? No lo ha encontrado, ¿eh!

THEA.—No. Y en la casa no tenían noticias de él. Me han dicho que desde ayer no había vuelto.

TESMAN.—¡Desde ayer! ¡Vamos! ¡Cómo pueden decir tal cosa!

THEA.—¡Oh! ¡Veo claramente que ha ocurrido una desgracia!

TESMAN.—¿Qué te parece á ti, Hedda? Yo podría ir á informarme por ahí...

HEDDA.—No, no, no te mezcles en eso.

(*Entra Brack, con el sombrero en la mano, por la puerta del corredor, que Berta abre, y cierra después. Se presenta con aspecto grave, y saluda silenciosamente.*)

TESMAN.—¡Ah! Es V., querido asesor. ¡Eh!

BRACK.—Sí. Tengo motivos imperiosos para venir á su casa esta noche.

TESMAN.—Le conozco á V. en la cara que ha recibido la carta de tía Julia.

BRACK.—Sí, la he recibido.

TESMAN.—¡Triste cosa! ¿verdad?

BRACK.—Según se mire, mi querido Tesman.

TESMAN. (*Con mirada poco segura.*)—¿Habría algo más?



BRACK.—Sí.

HEDDA. (*Febrilmente.*)—¿Algo triste, asesor?

BRACK.—Según se mire también, señora.

THEA. (*Exclama involuntariamente.*)—¡Oh! ¡Se trata de Eyler Loevborg!

BRACK. (*Mirándola un instante.*)—¿Qué la induce á V. á creerlo? ¿Es que sabe V. algo?

THEA. (*Turbada.*)—No, no, no sé nada; pero...

TESMAN.—¡Pero, en nombre del cielo, hable V.!

BRACK. (*Encogiéndose de hombros.*)—¡En fin, al caso! Ha ocurrido una desgracia. Ha habido que llevar al hospital á Eylert Loevborg. En este momento debe estar en la agonía.

THEA. (*Lanzando un grito.*)—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

HEDDA. (*Involuntariamente.*)—¡Ya!

THEA. (*En tono quejumbroso.*)—¡Y nos hemos separado sin reconciliarnos, Hedda!

HEDDA. (*Aparte á Thea.*)—¡Thea! ¡Vamos, Thea!

THEA. (*Sin hacer caso.*)—¡Yo quiero estar á su lado! ¡Quiero verlo antes de morir!

BRACK.—Daría V. un paso inútil, señora. Nadie puede acercarse á él.

THEA.—¡Pero dígame V. siquiera lo que le ha sucedido! ¿Qué ha pasado?

TESMAN.—Por supuesto, ¡él no se habrá...! ¿Eh?

HEDDA.—Sí, estoy segura de que lo ha hecho.

TESMAN.—¡Oh, Hedda! ¡Cómo puedes tú...!

BRACK. (*Sin apartar los ojos de ella.*)—Por desgracia, ha acertado V., señora.

THEA.—¡Oh! ¡Es espantoso!

TESMAN.—¡Con su propia mano! ¡Quién lo diría!

HEDDA.—¡De un pistoletazo!

BRACK.—Ha vuelto V. á acertar, señora.

THEA. (*Tratando de dominarse.*)—¿Cuándo ha ocurrido eso, señor asesor?

BRACK.—Esta tarde. Entre tres y cuatro.

TESMAN.—Pero, ¡Señor! ¿Dónde ha hecho eso? ¿Eh?

BRACK. (*Vacilando.*)—¿Dónde? ¡Pch, querido! Probablemente en su casa.

THEA.—No, no es posible. Estuve yo allí de seis á siete.

BRACK.—¡Bien! Pues entonces sería en otra parte. No puedo decir. Todo lo que sé es que lo han encontrado. Se había disparado un tiro en el pecho.

THEA.—¡Qué horror! ¡Pensar que debía acabar así!

HEDDA. (*A Brack.*)—¿En el pecho, dice V.?

BRACK.—Sí, eso.

HEDDA.—¿No en la sien?

BRACK.—No, señora; en el pecho.

HEDDA.—Sí, el pecho es también un buen sitio.

BRACK.—¿Cómo, señora?

HEDDA. (*Friamente.*)—¡Oh! Nada.

TESMAN.—Y dice V. que la herida es de peligro, ¿eh?

BRACK.—La herida es necesariamente mortal. Es probable que todo haya acabado á estas horas.

THEA.—Sí, sí, tengo ese presenti-



miento. ¡Todo ha acabado! ¡Todo!  
¡Oh, Hedda!

TESMAN.—Pero, dígame V., ¿dónde ha sabido todo eso?

BRACK.—Lo sé por un agente de policía.

HEDDA. (*Con voz clara y sonora.*)—  
¡En fin! ¡He ahí lo que se llama un acto!

TESMAN. (*Espantado.*)—¡Santo Dios!  
¡Qué es lo que dices, Hedda!

HEDDA.—Digo que hay en eso algo de hermoso.

BRACK.—¡Hum! Señora de Tesman.

TESMAN.—¿Qué hay de hermoso? ¡Di!

THEA.—¡Hedda, cómo puedes hablar de hermosura en tales circunstancias!

HEDDA.—Eylert Loevborg se ha hecho justicia á sí mismo. Ha tenido el valor de hacer lo que debía.

THEA.—No, no creo tal cosa. Lo que ha hecho lo ha hecho en un momento de locura.

TESMAN.—¡O más bien en un arranque de desesperación!

HEDDA.—¡No! Estoy segura de lo contrario.

THEA.—¡Sí! Lo hizo en un momento de locura, como cuando rompió los cuadernos.

BRACK. (*Sobrecogido.*)—¿Los cuadernos? Quiere V. decir el manuscrito. ¿Lo rompió?

THEA.—Sí. Anoche.

TESMAN. (*Aparte á Hedda.*)—¡Oh, Hedda! ¡Nunca podremos quitarnos de encima este peso!

BRACK.—¡Hum! Es sumamente extraño.

TESMAN. (*Atravesando el salón.*)—  
¡Decir que Eylert debía desaparecer así de este mundo! ¡Y que no ha quedado nada de lo que podría inmortalizar su nombre!

THEA.—¡Oh! Si fuese posible reconstruir esa obra...

TESMAN.—¡Sí, por Dios! ¡Si fuese posible reconstruirla! ¡No sé lo que daría por eso!

THEA.—¿Quizá se podría, señor Tesman?

TESMAN.—¿Qué dice V.?

THEA. (*Registrando su bolsillo.*)—Esperé. He conservado las notas que utilizaba para dictar.

HEDDA. (*Dando un paso hacia ella.*)—  
¡Ah!

TESMAN.—¿Las tiene V., señora? ¿Eh?

THEA.—Sí. Las llevo conmigo. Las saqué de casa al marcharme, y desde entonces han quedado en este bolsillo.

TESMAN.—¡Oh! ¡Déjeme ver!

THEA. (*Presentándole un paquete de cuartillas.*)—Pero todo esto está muy confuso, muy embrollado.

TESMAN.—¡No importa! ¡Si lográsemos orientarnos! Puede que ayudándonos el uno al otro...

THEA.—¡Oh, sí! Probemos al menos.

TESMAN.—¡Es menester que salga! Tiene que salir; consagraré mi vida á esta tarea.

HEDDA.—¿Tú, Jorge? ¿Tu vida?

TESMAN.—Sí, ó, mejor, todo el tiempo de que pueda disponer. Mis colecciones esperarán. ¿Comprendes, Hedda? Tengo una cuenta pendiente con la memoria de Eylert.

HEDDA.—Es posible.



TESMAN.—¡Vamos, señora de Elvsted! ¡Unamos nuestros esfuerzos! ¡Dios mío! ¡A qué viene lamentarse de lo que no tiene remedio! ¡Eh! Procuremos calmar algo nuestro espíritu, lo bastante para poder...

THEA.—Sí, sí, señor Tesman. Yo haré todo lo posible.

TESMAN.—¡Vamos! ¡Venga V.! Es preciso que examinemos esas notas en seguida. ¿Dónde nos sentamos? Aquí. No, mejor es que nos vayamos á la pieza del fondo. ¡Dispense V., querido asesor! Venga V., señora.

HEDDA.—¡Oh, Dios! ¡Si pudiésemos conseguirlo!

*(Pasan á la pieza del fondo. Thea se quita el abrigo y el sombrero. Los dos se sientan á la mesa, bajo la lámpara, y se abstraen en el examen de las notas. Hedda se acerca á la estufa y se sienta en el sillón. Poco después se aproxima á ella Brack.)*

HEDDA. *(A media voz.)*—¡Oh, asesor! ¡Qué alivio ese fin de Eylert Loevborg!

BRACK.—¡Un alivio, señora! Sí, para él es, en efecto, un alivio.

HEDDA.—Hablo de mí. Es un alivio saber que, al fin y al cabo, no falta en este mundo algo de independenciamiento y de valor, alguna cosa iluminada por rayo de belleza absoluta.

BRACK. *(Sonriendo.)*—¡Hum! Querida amiga.

HEDDA.—¡Oh! Ya sé lo que quiere V. decir. Porque V. también es un especialista como... ¡Vamos!

BRACK. *(Mirándola fijamente.)*—Ey-

lert Loevborg ha sido para V. más de lo que V. se confiesa á sí misma quizá. ¿Me engaño?

HEDDA.—He ahí una pregunta á la que yo no respondo. Sólo sé que Eylert Loevborg ha tenido el valor de vivir á su albedrío. Y ahora veo que ha hecho algo grande, en que hay un reflejo de belleza. ¡Ha querido y podido abandonar tan pronto el banquete de la vida!

BRACK.—Lo siento mucho, señora, pero me veo obligado á arrebatarse á V. una bella ilusión.

HEDDA.—¿Una ilusión?

BRACK.—Que, por otra parte, se habría disipado bien pronto.

HEDDA.—¿Qué quiere V. decir?

BRACK.—Que el suicidio de Eylert Loevborg no ha sido voluntario.

HEDDA.—¿No ha sido voluntario?

BRACK.—No. Las cosas no han pasado exactamente como yo he dicho.

HEDDA.—*(Inquieta.)*—¿Ha disimulado V. algo? ¿El qué?

BRACK.—He tenido que introducir algunas variantes por consideración á su pobre amiga.

HEDDA.—¿Qué variantes?

BRACK.—Por el pronto, Eylert Loevborg ha muerto ya.

HEDDA.—¿En el hospital?

BRACK.—Sí; sin haber recobrado el conocimiento

HEDDA.—¿Qué más tiene V. que añadir?

BRACK.—La catástrofe no ha ocurrido en su cuarto.

HEDDA.—¡Oh! Eso no tiene gran importancia.



BRACK.—Más de lo que V. cree. Porque ha de saber que se ha encontrado á Eylert en el gabinete de Diana.

HEDDA.—(*Hace un esfuerzo para levantarse, pero vuelve á caer en el sillón.*) ¡Eso no puede ser, asesor Brack! ¡Es imposible que haya vuelto allí hoy!

BRACK.—Volvió esta tarde á reclamar una cosa que suponía le habían robado. Hablaba con incoherencia de haber perdido un hijo.

HEDDA.—¡Ah! ¡Es por eso entonces!

BRACK.—Yo me dije que sería probablemente su manuscrito. Ahora sé que lo ha destruido por sus propias manos; por consiguiente, será su cartera.

HEDDA.—Es probable. ¡De modo que es allí donde lo han encontrado!

BRACK.—Sí. Tenía en la mano una pistola descargada. El tiro había sido mortal.

HEDDA.—¡Un pistoletazo en el pecho!

BRACK.—No, en el bajo vientre.

HEDDA. (*Levanta los ojos y lo mira con un gesto de disgusto.*)—¡Completo! ¡Ah! El ridículo y la bajeza alcanzan como una maldición á cuanto yo he tocado.

BRACK.—Hay algo todavía, señora. Algo que se puede calificar de infame.

HEDDA.—¿Y es?

BRACK.—La pistola que tenía.

HEDDA. (*Respirando trabajosamente.*)—Bien. ¿Qué?

BRACK.—Debió robarla.

HEDDA. (*Levantándose de repente.*)—¡Róbarla! ¡Eso no es verdad! ¡No hizo tal cosa!

BRACK.—No hay otra explicación posible. Debió robarla. ¡Cht!

(*Tesman y Thea se levantan, y vuelven al salón.*)

TESMAN. (*Con las manos llenas de papeles.*)—Oye, Hedda, me es casi imposible leer á la luz de esa lámpara. ¡Ya ves!

HEDDA.—Sí, ya veo.

TESMAN.—¿Nos permites sentarnos un momento á tu escritorio? ¿Eh?

HEDDA.—Sí, me es igual. (*De pronto.*) ¡Aguarda! Antes voy á haceros un poco de sitio.

TESMAN.—¡Oh! No es necesario. Tendremos bastante.

HEDDA.—No, no, voy á haceros sitio, y á poner todo esto en el piano.

(*Saca del fondo de la étagère un objeto cubierto de hojas de papel; agrega algunas hojas más, se lo lleva á la pieza del fondo y vuelve á la izquierda. Tesman pone sus papeles en el escritorio, y trasladada á él la lámpara que estaba en la mesita del rincón. El y Thea se sientan y reanudan su trabajo. Entra Hedda.*)

HEDDA. (*En pie, detrás de la silla de Thea, y acariciándole suavemente el pelo.*)—¿Y qué, Theita? ¿Va adelante ese monumento de Eylert Loevborg?

THEA. (*Mirando á Hedda con desaliento.*)—¡Ay Dios! Será un trabajo terrible entenderse aquí.

TESMAN.—Es menester que salga, cueste lo que cueste. Además, para esto de ordenar papeles ajenos me pinto yo solo.

(*Hedda se aproxima á la estufa, y se sienta en uno de los taburetes. Brack se coloca á su lado, y se inclina hacia ella, apoyado en el respaldo del sillón.*)



HEDDA. (*Cuchicheando.*)—Con que ¿qué decía V. sobre esa pistola?

BRACK. (*En voz baja.*)—Debió robarla.

HEDDA.—¿Por qué quiere V. que la robara?

BRACK.—Porque no debe ser posible otra explicación, señora.

HEDDA.—¡Ah, sí!

BRACK. (*Dirigiéndole una mirada.*)—Naturalmente, Eylert Loevborg vino aquí esta mañana. ¿No es verdad?

HEDDA.—Sí.

BRACK.—¿Estuvo V. sola con él?

HEDDA.—Sí. Un momento.

BRACK.—¿No salió de la habitación mientras él estaba?

HEDDA.—No.

BRACK.—Haga V. memoria. ¿No salió V., aunque no fuese más que un instante?

HEDDA.—Sí, es posible, á la antecámara, cosa de un momento.

BRACK.—¿Y dónde estaba entonces su caja de pistolas?

HEDDA.—Estaba en...

BRACK.—¡Vamos, señora!

HEDDA.—La caja estaba ahí, en el escritorio.

BRACK.—¿Ha visto V. después si se encuentran en ella las dos pistolas?

HEDDA.—No.

BRACK.—Es inútil. Yo he visto la pistola que tenía Loevborg, y reconocí en seguida la que vi ayer y otras veces.

HEDDA.—¿La tiene V. quizá?

BRACK.—No. Quien la tiene es la policía.

HEDDA.—¿Qué uso quiere hacer la policía de esa pistola?

BRACK.—Quiere buscar á su dueño.

HEDDA.—¿Y cree V. que lo encontrará?

BRACK.—(*Inclinándose hacia ella, murmura.*)—No, Hedda Gabler, mientras me calle yo.

HEDDA. (*Con mirada vaga.*)—¿Y V. no se calla?

BRACK. (*Encogiéndose de hombros.*)—Siempre se podrá suponer que la ha robado.

HEDDA. (*Resueltamente.*)—¡Antes morir!

BRACK. (*Sonriendo.*)—Esas cosas se dicen, pero no se hacen.

HEDDA. (*Sin responder.*)—¿Y si la pistola no ha sido robada? ¿Qué sucederá si se encuentra á su dueño?

BRACK.—¡Por Dios, Hedda! ¡Habrá un escándalo!

HEDDA.—¡Un escándalo!

BRACK.—Sí, un escándalo, eso que á V. le causa un miedo tan terrible. Naturalmente, V. tendría que comparecer con Diana ante los tribunales. Ella tiene que dar explicaciones. ¿Fué un accidente ó un asesinato? ¿Quiso él sacar la pistola del bolsillo para amenazarla y salió el tiro entonces? ¿O le arrancó ella la pistola de las manos, lo mató y volvió á poner la pistola en el bolsillo de Loevborg? Sería muy verosímil. Porque la tal Diana es una moza de prueba.

HEDDA.—Pero yo nada tengo que ver con esos horrores.

BRACK.—No. Pero tendrá V. que responder á una pregunta: ¿Por qué dió V. esa pistola á Eylert Loevborg? ¿Y qué conclusiones quiere V. que se



saquen de ese hecho, cuando esté probado?

HEDDA. (*Bajando la cabeza.*)—Es verdad. No había pensado en eso.

BRACK.—¡Vamos! Afortunadamente, mientras yo me calle, no hay peligro.

HEDDA.—(*Levantando la cabeza y mirándolo.*)—Es decir, que estoy en su poder de V., asesor; que desde hoy en adelante me tiene V. atada de piés y manos.

BRACK. (*Bajando la voz.*)—Querida Hedda, crea V. que no abusaré de la situación.

HEDDA.—¡No importa! Estoy en su poder de V. Me encuentro á merced de su capricho. ¡Esclava! ¡Soy esclava! (*Levantándose bruscamente.*) ¡No! ¡Jamás me resignaré á esa idea! ¡Jamás!

BRACK. (*Con una mirada medio irónica.*)—¡Eh, por Dios! Hay que atemperarse á lo inevitable.

HEDDA. (*Respondiendo á su mirada.*)—Puede.

(*Se acerca á su escritorio.*)

HEDDA. (*Reprimiendo una sonrisa involuntaria é imitando la entonación de Tesman.*)—¿Y qué, Jorge? Di: ¿marcha eso? ¿Eh?

TESMAN.—¡Sabe Dios, Hedda! De todos modos, hay trabajo para meses.

HEDDA. (*Lo mismo que antes.*)—¡Vea V.! (*Pasando ligeramente las manos por el pelo de Thea.*) ¿No te parece esto raro, Thea? Ahora aquí al lado de Tesman, lo mismo que otras veces al lado de Eylert Loevborg.

THEA.—¡Oh, Dios! ¡Si yo pudiese inspirar también á tu marido!

HEDDA.—¡Oh! Eso vendrá con el tiempo.

TESMAN.—Sí, Hedda, ¿sabes?, ya me parece sentir algo de esa especie. ¡Vamos! Anda á sentarte otra vez con el asesor.

HEDDA.—Pero, ¿no hay nada en que pueda ayudaros?

TESMAN.—No, absolutamente nada. (*Volviendo la cabeza.*) Y V., mi querido asesor, va á ser preciso desde ahora que tenga la amabilidad de hacer compañía á Hedda.

BRACK. (*Dirigiendo una mirada á Hedda.*)—¡Lo haré con sumo gusto!

HEDDA.—Gracias. Pero esta noche estoy cansada. Voy á echarme un rato en el sofá.

TESMAN.—Sí, haz eso, querida. ¿Eh?

(*Hedda pasa á la pieza del fondo y corre las cortinas. Pausa. De pronto se oye en el piano un bailable furioso.*)

THEA. (*Levantándose de repente, asustada.*)—¡Ah! ¿Qué es eso?

TESMAN.—(*Precipitándose hacia las cortinas.*)—¡Vamos, querida Hedda, no toques piezas de baile esta noche! ¡Piensa en tía Rina! ¡Piensa también en Eylert!

HEDDA. (*Sacando la cabeza por entre las cortinas.*)—Y en tía Julia. Y en todo el mundo. Desde ahora me estaré quieta.

(*Cierra las cortinas.*)

TESMAN. (*Junto al escritorio.*)—Es natural que la contraríe vernos ocupados en esta triste labor. ¿Sabe V. lo que vamos á hacer, señora? V. se va á vivir con tía Julia. Yo iré allí todas



las noches y podremos trabajar á nuestras anchas. ¿Eh?

THEA.—Sí, quizá será lo mejor,

HEDDA. (*Desde la pieza del fondo.*) — Oigo muy bien todo lo que dices, Tesman. Pero, ¿y yo? ¿Qué hago, mientras tanto, de las noches?

TESMAN. (*Hojeando las notas.*) — ¡Oh! El asesor tendrá la amabilidad de venir á verte.

BRACK. (*Exclama alegremente.*) — ¡Todas las noches, si le place, señora! ¡Ya encontraremos manera de distraernos los dos!

HEDDA. (*Con voz clara y distinta.*) — ¿Verdad, asesor? ¿Es eso lo que V. espera? Gallo único.

(*Se oye un disparo. Tesman, Thea y Brack saltan de sus sitios.*)

TESMAN.—¡Bueno! ¡Ya está otra vez jugando con las pistolas! (*Descorre violentamente las cortinas y se precipita en la pieza del fondo. Thea lo sigue. Hedda yace sin vida en el sofá. Todos corren y gritan. Berta, completamente desencajada, acude presurosa por la puerta de la derecha.*)

TESMAN. (*Gritando á Brack.*) — ¡Se ha matado! ¡Se ha disparado un tiro en la sien!

BRACK. (*Medio desvanecido en el sillón.*) — Pero, ¡Dios poderoso!, esas cosas no se hacen!

ENRIQUE IBSEN.



## UN DESESPERADO

---

**E**ramos siete ú ocho personas reunidas en una misma estancia; la conversación versaba acerca de los últimos sucesos y sus autores.

—No comprendo ni pizca á esa clase de gente—dijo uno de nosotros.—Son una especie de rabiosos, de desesperados... sí, de desesperados, ¡esa es la verdadera palabra!... ¡Desde que el mundo es mundo nunca se ha visto nada parecido!

—¡Sí que se ha visto!—le objetó P..., un viejo entrecano, nacido allá por el año 1820.—También se han visto en otro tiempo desesperados, sólo que no eran como los de hoy. Alguien ha dicho á propósito del poeta Yazykof, que tenía un entusiasmo sin objeto; pues bien, de esas personas de quienes hablo pudiera también decirse que su desesperación carecía de objeto. Vamos, si Vds. quieren, les contaré la his-

toria de mi sobrino por afinidad Micha Poltef. Será para Vds. una muestra de los desesperados de entonces.



Vino al mundo (recuerdo la fecha, era en 1828) en los dominios patrimoniales de su padre, en un rincón extraviado de uno de los más remotos gobiernos de la región de las estepas. Me acuerdo de su padre como si estuviese aquí: era un verdadero hidalgo campesino, de verdad, de rancio abolengo, un hombre piadoso, con algo de empaque, bastante instruído para su época, un poco corto de alcances, para hablar en plata; entre paréntesis, estaba atacado de epilepsia... También esta es una enfermedad de señorón, una dolencia de personas de sangre



azul... Y gracias á que no eran fuertes sus ataques; de ordinario terminaban por sueño y abatimiento. Era un hombre excelente, de amable trato, con cierto aire de seriedad: siempre me he representado en la imaginación con esos rasgos al *tsar* Miguel Fedorovitch.

Transcurría toda su existencia en la rígida observancia de las ceremonias y costumbres antiguas, en la más estricta conformidad con las costumbres de la vieja Rusia ortodoxa, de la «Santa Rusia». Levantarse y acostarse, tomar sus refacciones, ir al baño, divertirse ó enfadarse (por supuesto, tan raro era lo uno como lo otro), fumar en pipa y jugar á los naipes (¡dos grandes novedades!); todo esto lo hacía, no según su manera propia, no según su capricho personal, sino conforme á la enseñanza y la tradición de los antepasados, es decir, con peso y medida.

Era de elevada estatura y buenas carnes; tenía esa voz dulce y un tanto gutural que se observa á menudo en los rusos piadosos; no tenían pero su ropa blanca y de vestir; gastaba corbata blanca, levitón de color de tabaco, pero de todas maneras revelábase siempre en él la nobleza de sangre, y á nadie se le hubiera ocurrido tomarle por hijo de un clérigo ni de un mercachifle.

En todas las circunstancias posibles é imaginables sabía con exactitud lo que se debe hacer, lo que se debe decir y en qué términos conviene decirlo; sabía cuándo se deben tomar medicinas y qué potingues hay que tomar; sabía en qué agüeros felices ó malos se debe creer, y los distinguía de aquellos á los cuales no se tiene que otorgar importancia...; en una palabra, sabía todo lo que conviene...

«Nuestros padres—decía—lo han previsto y ordenado todo; no nos empeñemos en obrar á nuestro antojo... Y sobre todo, ¡que el santo temor de Dios no nos abandone jamás ni un instante!»

Dicho sea entre nosotros, en aquella casa aburriase uno mortalmente; casa cuyas habitaciones tibias, lóbregas y sombrías, impregnadas de un indefinible olor á incienso y á comidas de vigilia, resonaban tan á menudo con la salmodia de los rezos nocturnos y otras ceremonias religiosas.

Habíase casado, no muy joven, con una pobre señorita de los contornos, antigua colegiala de un liceo (*institutita*), criatura nerviosa y enclenque. Tocaba ella el piano bastante bien y hablaba el francés con acento del Instituto; era fácil de entusiasmarse, y aun con mayor facilidad se daba á la melancolía y al llanto. En dos palabras: carácter



versátil. Considerando truncada su vida, no podía amar á su marido, quien «naturalmente» no la comprendía. Pero, le estimaba... le aguantaba; y como era una mujer muy honesta y de un temperamento muy frío, en toda su vida ni siquiera una sola vez había puesto el pensamiento en otro «objeto». Agréguese que estaba absorta por completo en un principio por los cuidados de su propia salud, que en efecto era delicada; después, por los ataques de su marido, que le inspiraban algo así como un terror supersticioso; y á la postre, por su único hijo, Miguelito (*Micha*), á quien educaba ella sola con extremo celo. Su marido la dejaba libre para ocuparse de Micha, pero con la expresa condición de no traspasar nunca y con ningún pretexto, los límites, prefijados de una vez para siempre, dentro de los cuales había de realizarse todo en su casa.

Vaya un ejemplo, entre otros muchos: por Navidades y Año Nuevo tenía Micha permiso para disfrazarse con los criaditos; mejor dicho, era una cosa que llegó á ser obligatoria... En el resto del año, ni pensarlo: ¡hubiera tenido que ver!

## II

Me acuerdo de cuando Micha tenía trece años. Era un gentilísimo doncel

de sonrosadas mejillas, labios carnositos (toda su persona era carnosilla y regordeta), ojos húmedos y casi á flor de la cara, pulcramente peinado y pulido, cariñoso, tímido—¡ caramba, una verdadera señorita!—Una sola cosa me disgustaba en él: reía-se muy poco, pero cuando se reía enseñaba desagradablemente una dentadura grande, blanca y afilada como la de un animal montaraz; su misma risa era un tanto áspera, salvaje, casi feroz, y por sus ojos cruzaban siniestros fulgores.

Su madre le elogiaba mucho por ser obediente y cortés, por no gustarle la sociedad con los pinches de cocina, y por estar casi siempre junto á las mujeres.

—Es muy hijo de su madre—decía el padre;—es un alfeñique, pero va á gusto á la iglesia, y eso me reconcilia con él.

Sin embargo, un vecino, un pobre hombre viejo, antiguo oficial de policía, hablando de Micha, dijo cierta vez delante de mí:

—Créanme Vds., será un revoltoso.

Recuerdo que este pronóstico me sorprendió mucho. Verdad es que, en su calidad de antiguo oficial de policía, en todas partes veía revoltosos.

Micha continuó siendo un muchacho modelo, hasta la época en



que se quedó sin padres, quienes fallecieron casi el mismo día. Era entonces de diez y ocho años de edad. Como habitaba yo constantemente en Moscu, en mucho tiempo no oí hablar de mi joven sobrino. Una persona que vivía en el mismo gobierno que Micha, llegó en una ocasión á Moscu, y me refirió que Micha había vendido los bienes de sus padres por un pedazo de pan; pero esa historia me pareció en extremo inverosímil. Pues bien; cátrate que el día menos pensado, una mañana de otoño, precipitase en el patio delantero de mi casa una carretela tirada por dos magníficos trotones, con un orondo cochero en el pescante, y en aquella carretela, arropado en un capote de oficial, con un inmenso cuello de castor, cubierta la cabeza con un casquete á lo truhán... ¿qué es lo que veo? ¡Micha!

Al verme (estaba yo á la ventana en el salón, aturdido con aquella súbita manera de entrar), echóse á reír con su risa estridente, sacudió con ademán resuelto el cuello de su capote, saltó de la carretela y se precipitó corriendo dentro de casa.

—¡Micha! ¡Miguel Andreievitch! ¿Conque es V.?

—¡Tutéeme V., y llámeme Micha! —interrumpió. —Soy yo mismo, en persona, de carne y hueso. He venido á Moscu para ver á la

gente... y para que me vean... Ya ve V. cómo vengo á darle los buenos días. ¡Qué trotones! ¿Eh?

Y volvió á echarse á reír.

Aunque habían transcurrido siete años desde la última vez que había visto á Micha, en seguida le conocí. Su rostro continuaba siendo joven y tan bonito como antes; ni siquiera le había salido el bigote. Pero los párpados inferiores estaban húmedos, y su aliento trascendía á aguardiente.

—¿Hace mucho que estás en Moscu?—le pregunté.—Yo te hacía ocupado en administrar tus bienes.

—¿Mis bienes? ¡Pues friolera es el tiempo que hace que los vendí! En cuanto murieron mis padres.—¡Dios los tenga en la gloria!—(Micha se santiguó con lentitud, sin el menor asomo de burlas). No tardé mucho. ¡En dos tiempos y tres movimientos, apañóse el negocio! ¡Ja, ja, ja! ¡Por supuesto, no fué caro! ¡Qué pillería! ¡Fuí á dar con un famoso tacaño...! Pero, ¡bah! ¿Eso qué importa? A lo menos, puedo vivir á mi capricho y dar gusto á los demás... Pero, ¿por qué me mira V. así? ¿Acaso se imagina V. que estaba hecho yo para darle vueltas al mismo torno toda la vida?... Mi buen amigo, mi querido tío, bríndeme V. con una copita...

Micha hablaba con una extraordinaria volubilidad, y al mismo



tiempo tenía el aire de un hombre medio dormido.

—Micha, ¿en qué piensas?—exclamé.— ¡No tienes temor de Dios! Mira el estado en que te encuentras. ¡Y aún pides una copita...! ¡Vender unos dominios tan hermosos por un pedazo de pan!

—¿Temor de Dios?—replicó.— Siempre le he temido, y nunca le he olvidado. Pero, ¿sabe V.? Es tan bueno... Dios... ¡que me perdonará! Y yo también soy bueno..., jamás hice daño á una mosca... Y una copita es cosa buena, y no hace daño á nadie... ¿En qué estado me encuentro? Me hallo en un estado muy decente... Repare V.; voy á andar por encima de esta tabla, si le place, y me tendré derecho como una I... ¿O prefiere V. que le baile la *pliaska*?

—¡Déjame en paz! ¡No se trata de *pliaska*! Mejor fuera que te sentases.

—¡Bueno, me sentaré!... Pero, ¿no me dice V. nada de mis caballos? ¡Mírelos V. un poco! ¡Parecen leones! Por ahora los tengo alquilados, pero necesito que sean míos..., y el cochero también. Trae mucha más ventaja el tener caballos propios. Tenía dinero para comprarlos, pero lo he perdido al *faraón*... ¡Bah! Mañana me desquitaré. Bueno, tío; ¿y esa copita?

Mi asombro era más grande que nunca.

—Vaya, vamos, Micha...; á tu edad... no se trata de caballos ni de naipes... Se trata de ingresar en la Universidad ó al servicio del Estado.

Micha soltó el trapo á reir de nuevo; después se puso á silbar á más y mejor.

—Ya veo lo que pasa, tío; ahora está V. en una disposición melancólica. Volveré otra vez. Mientras tanto, oiga V.: vaya V. una de estas tardes al parque de los *Sokolniki*. He hecho levantar una tienda para mí. Tengo gitanas cantadoras...; pero que cantan... ¡hasta volverle á uno loco! Y encima de mi tienda hay una banderola, y en la banderola he hecho escribir con letras así de grandes: «Coro de gitanos de Poltef.» La banderola ondea como una culebra; las letras son doradas, para gusto de los que las lean. Todo el mundo está invitado. ¡Entra quien quiere! No se le niega á nadie. Esto ha armado un bulle-bulle en todo Moscu, ¡que ni yo le digo á V. más! Vamos, ¿irá V.?... Hay sobre todo una, una gitanilla..., un áspid. ¡Qué! Es negra como un par de botas, rabiosa como un perro, ¡y qué ojos!... ¡Verdaderos carbones hechos ascuas! ¡Nunca se sabe si va á besar ó á morder! ¡Vendrá V., tío? ¡Vaya, hasta más ver!

Me agarró de golpe y porrazo,



hizo sonar un tremendo beso en mi hombro, se lanzó al patio, y de un salto en la carretela, agitó el casquete sobre su cabeza y prorrumpió en un grito de guerra; el colosal cochero se volvió un poco para echarle una ojeada á través de sus barbas; púsose en movimiento el tiro, y todo desapareció.

Al día siguiente, no sé cómo sucedió aquello, me encontré en los *Sokolniki*; en efecto, vi la barraca, la banderola, el rótulo. Los paños de la tienda estaban levantados: salía de allí una batahola, una barahunda, gruñidos... Enorme gentío la rodeaba. Sentados sobre una alfombra tendida en el suelo, unos gitanos, hombres y mujeres, cantaban, tocaban tamboriles; y en medio de ellos, con una guitarra en la mano, vestido con una blusa de seda roja y un ancho pantalón de terciopelo negro, girando como una peonza, decía Micha á grito pelado:

—¡Vamos, señores; tomaos la molestia de entrar! La representación comenzará sin un solo minuto de tardanza. ¡Habrá *champañ*; vamos, pecho—que salte el tapón deshecho—que vaya á dar en el techo—y que os haga buen provecho!

Por fortuna, no me había visto, y me escabullí á todo escape.

No me extenderé mucho, señores, hablando de la sorpresa que me

produjo tal cambio. Pero, en fin; ¿cómo había hecho ese mozo pacífico y reservado, para caer de un tirón en tales excesos de crápula y embriaguez? ¿Existía en él esa locura desde la infancia, y se había manifestado en cuanto desapareció el yugo paterno? En cuanto al bulle-bulle, como él decía, que eso había armado en todo Moscu, no podían caber dudas de ningún linaje. ¡Cuidado si he visto vividores en mi vida! Pero aquí había algo más: una especie de frenesí, de desesperación, una verdadera rabia por destruirse á sí mismo.

### III

Ese juego duró dos meses... Y cádate que, cuando menos pensaba, estando en una ventana de mi salón, como la primera vez, mirando al patio... ¿qué nuevo jeroglífico es ese?... Me veo entrar muy discretamente un fraile novicio, con su sombrero sin alas, echado á las cejas, los cabellos muy repeinados, partidos á derecha é izquierda, sus largos hábitos de estameña, su cinturón de cuero... ¿Si será Micha?... ¡No es posible...! Y, sin embargo, ¡él era!

Me precipité en la escalinata, diciéndole:



—¿Qué significa este disfraz?

—No es un disfraz, mi buen tío— me responde Micha con un profundo suspiro.—Me he comido hasta el último *copeck* de mis bienes, hase apoderado un gran remordimiento de mí, y he tomado la resolución de profesar en el monasterio de San Sergio para lavar mis pecados porque, en último extremo, ya no me queda otro asilo, ¿no es así? Y aquí me tiene V., mi querido tío; vengo á decirle adiós y á pedirle perdón, como el hijo pródigo...

Miré atentamente á Micha. Tenía la misma cara de siempre—que ha conservado invariable hasta el fin—los mismos ojos húmedos, cariñosos y lánguidos, las mismas manitas blancas... ¡y el mismo olor á aguardiente!

—¿Qué quieres que te diga?—le respondí por fin.—Haces bien, puesto que no tienes otra salida. Pero, ¿por qué hueles á aguardiente?

—Es un resto de la antigua levadura—exclamó con una brusca expresión de risa.

Pero se contuvo; y saludando muy bajo y muy recto ante mí, por el estilo de las mujeres, añadió:

—Hágame V. la caridad de alguna cosa para el camino... Voy á pié al convento.

—¿Cuándo partes?

—Hoy, en seguida.

—¿Por qué tanta premura?

—Mi querido tío, siempre tuve por divisa: ¡A escape! ¡A escape!

—Pero, ¿y ahora?...

Siempre lo mismo... Sólo que digo: ¡A escape *hacia el bien!*

Y Micha se marchó, dejándome sumido en reflexiones acerca de las vicisitudes de los humanos destinos.

Pero no tardó en recordarme su existencia.

Dos meses después de su visita recibí una carta suya, la primera de la serie que no había de escasearme en lo sucesivo. Y vean Vds. qué curiosidad: rara vez he visto una escritura más limpia que la de ese mozo destornillado. También su estilo era muy correcto, ligeramente pomposo.

En estas cartas, las eternas peticiones de socorros alternaban constantemente con las promesas de corregirse, con las palabras de honor y los juramentos. Todo aquello parecía muy sincero, y es muy posible que así fuese.

Su firma iba siempre acompañada de rasgos, puntos y ringorranos muy historiados. Tenía marcada pasión por los signos admirativos.

En aquella primera carta, Micha me ponía al corriente de un «nuevo cambio de su destino». (Más tarde llamó á esos cambios «zambullidas»..., y se zambullía á menudo.)



Anunciábame en esa carta que se iba al Cáucaso, á «proteger con su pecho» al *tsar* y á la patria, en calidad de alférez de caballería. Cierta tía suya se interesó por su situación, y le envió una pequeña cantidad; pero me pedía que sin pérdida de momento le ayudase, no obstante, para su equipo. Accedí á sus ruegos, y durante dos años otra vez dejé de oír hablar de él.

Entre nosotros, dudaba muchísimo de que se hubiera marchado al Cáucaso. Pero era verdad, y lo supe más adelante: gracias á ciertas protecciones, había ingresado de alférez de caballería en el regimiento de T..., donde estuvo dos años. Contábanse de él una multitud de anécdotas, que me fueron comunicadas por oficiales de su regimiento.

#### IV

Supe acerca de él muchas cosas que no esperaba, ni aun por parte suya. Comprenderán Vds. que no me sorprendió que, como militar y desde el punto de vista del servicio, se mostrase muy mediano, ó, mejor dicho, inepto en absoluto para todo; lo que me pareció más inesperado fué que no diese pruebas de ninguna gran valentía: durante

los combates, su rostro tomaba un aspecto mustio y flojo, una expresión de trastorno y de aburrimiento. Toda disciplina le molestaba y entristecía. No tratándose más que de *él solo*, su temeridad iba hasta la locura; no le hacía retroceder ninguna apuesta, por insensata que fuese; pero hacer daño á otro, matar, batiarse, le era imposible, ya por bondad de corazón, ya tal vez por la educación entre algodones (como él decía) que había recibido. A cualquier hora, y no importa cómo, estaba pronto á destruirse á sí mismo; pero, ¡tocar á los demás, eso no!

—¡Ni el demonio que le entienda á este mozo!—decían sus camaradas hablando de él.—Es blando como un trapo viejo, y al mismo tiempo tiene una cabeza volcánica; es un verdadero temerario rabioso.

En lo sucesivo, más de una vez tuve ocasión de preguntarle qué mal espíritu le impulsaba á beber sin medida, á arriesgar su vida sin motivo, y á otras mil cosas así. Siempre tenía idéntica respuesta:

—Depende de la angustia.

—¿Qué angustia? ¿A propósito de qué?

—¿A propósito de qué? Es muy sencillo: se reconcentra uno dentro de sí mismo, se pone uno á pensar en la miseria, en la injusticia y en la Rusia... ¡eso es!, y acomete hondo pesar, y da ganas de saltarse la



tapa de los sesos, se pone uno á vivir á salga lo que saliere; ¡eso es más fuerte que uno mismo!

—¿Y qué tiene que ver con todo eso la Rusia?

—¡Ah! ¿En que quieres que uno piense...? Por eso no me gusta pensar, me da miedo.

—Mira; todo eso, tu angustia y lo demás, procede de la holganza.

—¿Y qué quiere V. que haga, mi buen tío, si nada sé hacer? Jugarme la vida á una carta—descargo ó doblo—y beber y luego vuelta á beber; ¡eso es cuanto sé! Pero enséñeme V. mismo lo que debo hacer, en qué puedo arriesgar mi vida, ¡y lo haré en seguida, al momento!

—Pero, ¿á propósito de qué arriesgar tu vida? Conténtate con vivir sencillamente.

—¡No puedo! Me echa V. en cara que obro sin discernimiento... ¿Qué quiere V. que yo le haga? En cuanto me pongo á reflexionar, ¡Dios sabe todo lo que se me pasa por la cabeza! Reflexionar... ¡es la tarea de los alemanes!

No había medio de razonar con él. Era un desesperado; eso es todo.

Entre las anécdotas de que hablaba yo poco ha, elegiré dos ó tres.

Un día, en una reunión de oficiales, Micha se puso á elogiar un sable *tcherkés*, que había recibido mediante un cambio.

—Es verdadero acero persa—decía.

Algunos oficiales lo pusieron en duda. Micha empezó á exaltarse.

—Oid—exclamó al fin.—Dicen que, en materia de sables, el más sutil inteligente es Abdul el Tuerto. Voy á ir en su busca, y le pediré su opinión.

—¿Qué Abdul?—dijeron sorprendidos los oficiales.—¿Abdul-Khan, el que vive en las montañas, el que no se ha sometido?

—El mismo.

—¡El! Te tomará por un espía, y te hará sepultar vivo, á menos que no te corte la cabeza con tu mismo sable. ¿Y cómo te las arreglarás para llegar hasta su presencia? Antes te acuchillarán.

—Todo lo que queráis, ¡pero iré!

—¡Apuesto á que no!

—¡Apuesto á que sí!

Sin esperar un minuto más, Micha hizo ensillar un caballo y partió.

Transcurrieron tres días. Todo el mundo estaba persuadido de que ese pobre desesperado había ido en busca de la muerte; cuando de pronto reapareció, no muy calamocano, con otro sable diferente del que llevó. Abrumáronle á preguntas.

—Todo ha ido como una seda—contestó.—Abdul es una buena persona. Verdad es que de buenas á



primeras mandó que me pusieran grillos en los piés, y se disponía á hacerme empalar. Pero le expliqué por qué había ido, y le enseñé mi sable. «No valgo la pena de que se me guarde en rehenes—le dije;—no cuentas con mi rescate; no tengo ni un *copeck*, ni tampoco familia.»

Abdul pareció un poco sorprendido, y me miró con su único ojo. ¿Entonces, *nrús* eres un *delibach* (1)? ¿Debo creerte? «Créeme—le respondí únicamente.» (Y, en efecto, Micha jamás mentía.) Abdul me examinó de nuevo. —¿Sabes beber? —me dijo.—Sí, dame cuanto quieras, y me lo beberé todo.

Abdul pareció aún más sorprendido, y masculló el nombre de Alah. Ordenó á su hija—debía ser su hija una niña bastante bonita, pero con ojos de chacal—que me trajese una bota. Y comencé á manifestar lo que sabía hacer.

—Tu sable es falso—me dijo.—Toma, aquí tienes uno verdadero; llévatelo. Y ahora, somos hermanos.

—Señores, han perdido Vds. la apuesta. ¡A pagar tocan!

He aquí la segunda anécdota: Micha adoraba los naipes; pero como nunca tenía dinero y no pa-

(1) Pronunciación turca de las palabras *Rus* (Ruso) y *bachi-bozuk* (calavera, tronera, perdido).

gaba las deudas de juego, nadie quería jugar con él. Un día se puso á incitar á uno de sus camaradas.

—¡Juega conmigo, te lo suplico; juguemos!

—Pero, si pierdes, no me pagarás.

—No te daré dinero, pero me pegaré un pistoletazo en la mano izquierda. Mira, con esta pistola.

—¿Y cuánto iré ganando yo con eso?

—No ganarás absolutamente nada, mas no dejará de ser curioso.

Esta conversación pasó en presencia de varios testigos, después de una pequeña francachela. ¿Pensó el oficial que, en efecto, aquello sería curioso? Sea lo que fuere, el hecho es que aceptó. Trajeron barajas, y comenzóse la partida. Micha estaba de vena; ganó cien rublos.

De pronto, su adversario se golpeó la frente, exclamando:

—¿Qué imbécil soy! ¡Con qué anzuelo me he dejado pescar! ¡Si hubieras perdido, en tu vida te hubieses pegado un pistoletazo; no serías tan bruto!

—¡Ah! ¿Eso crees?—replicó Micha.—Bien, he ganado; no obstante, vas á verlo.

Agarró la pistola, y... ¡paf! La disparó contra su mano izquierda, atravesándosela de un balazo. Ocho días después, ni siquiera la señal.



Otra vez, seguía Micha con sus camaradas durante la noche un camino al borde de un precipicio estrecho como una grieta, y cuyo fondo no se veía.

—Reparad—dijo uno de los oficiales.—Por más que Micha se las echa de desesperado, no saltará ahí dentro.

—¡Saltaré!

—¡No, no saltarás! Ese agujero puede tener... ¿quién sabe? Sesenta pies de profundidad, y puede uno desnucarse.

El amigo sabía muy bien por donde cogerle: por el amor propio. En Micha estaba muy desarrollado este sentimiento.

—Saltaré á despecho de todo. ¿Qué te apuestas? ¡Diez rublos!

—¡Van apostados!

Apenas acabó de pronunciar estas palabras el oficial, cuando Micha se arrojó al precipicio. Oyósele rodar, arrastrando tras sí los guijarros. Todo el mundo quedóse petrificado. Transcurrió un buen rato; luego se oyó la voz de Micha, que parecía salir de debajo de tierra.

—¡No me he roto nada! He caído sobre arena. Pero ha sido largo. Me debes diez rublos.

—¡Sube!—le gritaron sus camaradas.

—¡Sí, sube!—respondió Micha.—¡Habláis de eso fácilmente! ¡Id en busca de cuerdas y linternas! Mien-

tras tanto, para no aburrirme, echadme una calabaza...

Micha estuvo cinco horas en el fondo del precipicio. Cuando lo sacaron de allí, vieron que tenía dislocado un hombro. Pero no se le dió un ardite. Al siguiente día, un albéitar, que era también curandero, le puso el hombro en su sitio, y se quedó como si nada le hubiese ocurrido.

En general, su salud era de una solidez sorprendente, inaudita. Ya he dicho á Vds. que hasta la muerte conservó su rostro una frescura casi infantil. Nunca estuvo enfermo, á pesar de las privaciones que había sufrido. Con lo que cualquiera otro hubiera caído gravemente enfermo si no se hubiera muerto, Micha se sacudía sencillamente como un pato en el agua, y prosperaba más que nunca.

Una vez, también en el Cáucaso—convengo en que esta anécdota parece poco creíble; pero á lo menos indica de qué se le creía capaz á Micha—estando borracho se dejó caer con el tronco y las piernas dentro de un arroyo, con la cabeza y los brazos en la orilla. Era en invierno, helaba de firme; cuando á la mañana siguiente lo encontraron, las piernas y el vientre no se le veían ya sino á través de una capa de hielo que se había formado durante la noche. Pues bien; ¡ni siquiera tuvo un romadizo!



Otra vez—ya no era en el Cáucaso, sino en Rusia, cerca de Orel, y también durante una gran helada—encontróse en un figón, extramuros de la ciudad, en compañía de siete jóvenes seminaristas. Aquellos jóvenes festejaban su examen de reválida, y habían invitado á Micha en calidad de hombre «que tenía alientos», como se decía entonces. Las libaciones fueron extremadamente copiosas, y cuando la alegre compañía disponíase á regresar, Micha estaba borracho como una cuba. Los seminaristas no tenían más vehículos que trineos de respaldo muy alto, tirados por tres caballos. ¿Dónde colocar aquel cuerpo inerte?

Entonces uno de los jóvenes, inspirándose en uno de sus recuerdos clásicos, propuso atar á Micha por los piés á la trasera de un trineo, como Héctor al carro de Aquiles. Aprobóse la proposición..., y puesto Micha con los piés en el aire y la cabeza en la nieve, ya volando por encima de las hondonadas, ya deslizándose de costado sobre las pendientes oblicuas, recorrió de espaldas las dos *verstas* que separaban el mesón de la ciudad, y no sólo no se acatarró, sino que ni siquiera hizo un gesto. He aquí cual era la constitución con que la naturaleza le había favorecido.

## V

A su regreso del Cáucaso, reapareció en Moscu con vestimenta *tcherkesa*, la canana de cartuchos en bandolera, puñal al cinto y alto gorro de pieles á la cabeza. Llevó este traje hasta el fin de su vida, aunque ya no estaba en el servicio militar: habíanle obligado á presentar la dimisión por faltar á la lista. Iba de vez en cuando á verme, y me pedía prestado un poco de dinero... Entonces comenzaron sus zambullidas, el pasar por diversas pruebas, ó, como él decía, por «los siete Simeones», sus escabullidas y sus retornos repentinos; entonces empezó el diluvio de sus caligráficas dirigidas á todas las personas imaginables, desde el metropolitano hasta los maestros de equitación y las profesoras en partos. Pero debe advertirse una cosa, y es: que en sus visitas no era obsequioso ni importuno; antes al contrario, se presentaba muy correctamente, con maneras francas y agradables, aun cuando á todas partes le seguía un inveterado olor á aguardiente, y su uniforme oriental se transformaba poco á poco en harapos.

—Si me da V. alguna cosa, Dios le recompensará, aunque no merez-



ca la pena—decía con sonrisa franca y ruborizándose abiertamente;— si no me da V. nada, tendrá razón por completo, y no me ofenderé lo más mínimo. Saldré como pueda de mi apuro, á pesar de todo. ¡Dios proveerá! ¡No faltan gentes más pobres que yo, y más dignas de socorro!

Micha tenía buen éxito, particularmente con las mujeres, teniendo maña para excitar su compasión. No vayan Vds. á figurarse que era ni creía ser un Lovelace... ¡Oh! No; en esa materia era muy modesto. Tal vez había heredado el temperamento tranquilo de sus padres, quizá fuera también eso una de las manifestaciones de su deseo de no perjudicar á nadie; «porque—decía—cortejar á una mujer, es injuriarla, y nunca me lo permitiría yo». Sea como fuere, su conducta con el bello sexo era verdaderamente delicada. Las mujeres dábanse cuenta de ello, y le otorgaban con el mayor gusto simpatías y socorros; hasta que sus desórdenes, su afán por la bebida y su desesperación—no encuentro otra palabra—acabaron por desalentarlas.

Confieso que desde otros puntos de vista había perdido en absoluto la delicadeza, llegando á los últimos límites del rebajamiento. Una vez, en el club de la nobleza de T..., llegó al extremo de poner encima

de la mesa una hucha con este letrero:

«Toda persona que quiera tener el gusto de dar un capirotazo en la nariz á Poltef, hidalgo linajudo (adjuntos van los documentos auténticos), podrá satisfacer ese capricho, echando previamente un rublo en este cepillo.»

Asegúrase que hubo aficionados á dar un capirotazo en la nariz á un noble. Debo añadir que un aficionado que echó un solo rublo y dió dos capirotazos, en poco estuvo que no le estrangulara Micha, quien le hizo en seguida que le pidiera perdón á viva fuerza. Debo agregar también que Micha distribuyó entre otros pobres diablos la mayor parte del dinero así obtenido... Pero, á pesar de todo, ¡qué chifladura!

En el curso de sus viajes á través de «los siete Simeones», fué á ver un día su antiguo nido, que había vendido por una miserable suma á cierto «hombre de negocios», un usurero muy conocido como tal.

Allí estaba el hombre de negocios; informado de la presencia del antiguo propietario, trocado en vagabundo, mandó que no le dejaran entrar en la casa, y en caso necesario que le echaran fuera á empujones.

Micha declaró que no quería entrar en una casa ensuciada por la presencia de un pillastre; que en



cuanto á echarle á empujones, á nadie se lo consentiría; y, por último, que iba á visitar las cenizas de sus antepasados en el cementerio de la iglesia.

Reuniósele en el camposanto un pobre hombre viejo. Era su antiguo criado, á quien el hombre de negocios había despedido y privado de su salario en especie, y á quien dió asilo un labriego en una especie de establo. Micha había manejado sus bienes durante tan poco tiempo, que apenas guardaba nadie recuerdo alguno de él. Sin embargo, aquel viejo sirviente, así que supo la llegada de su antiguo señorito, no pudo contenerse; corrió al cementerio, y hallando á Micha sentado en el suelo, entre las lápidas de las sepulturas, pidió besarle la mano en memoria de otros tiempos, y se puso á llorar á lágrima viva, viendo los andrajos que cubrían el cuerpo antaño tan pulcro del señorito.

Micha miró al viejo largo rato sin desplegar los labios. Al fin dijo:

—¡Timoteo!

Timoteo se estremeció.

—¿Qué manda V.?

—¿Tienes una pala?

—Puede hallarse. Pero señor Miguel Andreievitch, ¿qué se propone V. hacer con una pala?

—Timoteo, quiero labrar aquí mi sepultura, y echarme en ella hasta la eternidad entre mis antepasados,

pues en el mundo entero ya no me queda sino este pequeño sitio. Tráeme una pala.

—En seguida—dijo Timoteo.

Echó á correr, y volvió. Micha se puso al instante á ahondar. Timoteo estaba junto á él con la barba en la mano, y repetía:

—Sí, *barin*, para nosotros dos; ya no nos queda más que esto.

Y Micha ahondaba, ahondaba sin cesar, diciendo á intervalos:

—No merece la pena de vivir, ¿no es verdad, Timoteo?

—No merece la pena, *barin*, padrecito.

La fosa comenzaba ya á ser bastante profunda. Unos campesinos que repararon en la ocupación de Micha, corrieron á informar al nuevo amo.

Al pronto, el hombre de negocios se puso hecho una furia, y habló de ir en busca de la policía.

—Es una profanación—exclamaba. Pero sin duda reflexionó que hárselas con ese loco no sería cosa cómoda, y que quizá produjese un decidióse á ir él mismo al cementerio, y acercándose á Micha, que seguía en su trajín, le saludó cortésmente. Micha continuó su tarea, sin dar señales de advertir la presencia de su sucesor.

—Miguel Andreievitch—dijo el hombre de negocios — permítame V. preguntarle qué hace ahí.



—Ya lo ve V.; abrir mi sepultura.

—Pues... ¿y por qué?

—Porque no tengo ganas de vivir ya más tiempo.

—¿No tiene V. ganas de vivir?

Micha le lanzó una mirada amenazadora.

—¿Eso le extraña á V.? ¡Pues bien sabedor es que V. es la causa de todo!... Sí, V... ¡Sí, tú, tú... Judas, que te valiste de que yo era un niño para despojarme! ¡Tú, que matas de hambre á tus aldeanos! ¡Tú, que has quitado el pan de cada día á este pobre viejo achacoso! ¡Sí, tú eres!... ¡Oh gran Dios! ¡Por todas partes la injusticia, por todas partes la opresión y el crimen! Pues bien; ¡todo perezca, y con todo yo! ¡No quiero vivir ya, no quiero vivir más en esta Rusia!

Y la pala de Micha trabajaba cada vez con mayor ahinco.

—¿Qué diablo significa esto?— pensaba el hombre de negocios.— ¡Parece que quiere enterrarse de veras!...

—Miguel Andreievitch — replicó—escuche, debo excusarme ante V.; ha habido una mala inteligencia. (Micha cavaba). Pero, ¿por qué tal desesperación? (Micha cavaba á más y mejor, y echaba la tierra á los piés del nuevo dueño. como si le dijese: «Toma, eso para ti, comedor de tierras»). Le aseguro

que no está V. puesto en razón. Mejor sería que entrara en mi casa, si quiere, para que tomase una pequeña colación, y para que V. descansase.

Micha levantó la cabeza.

—¡Ahora bien cantas, pero mal entonas! Y, dime: ¿habrá algo de beber?

—¿Cómo? ¡Yalocreo!—respondió encantado el hombre de negocios.

—¿E invitarás á Timoteo?

—¿Y por qué no? ¡Con seguridad!

Micha reflexionó un instante.

—Sólo te advierto... que tú eres quien me ha dejado en cueros vivos, ya lo sabes... No te pienses que despacharás con una botella sola.

—Tranquílcese V.; las habrá á discreción.

Enderezóse Micha y tiró la pala.

—Vamos, mi buen Timoteo—dijo á su antiguo criado—hagamos honor al dueño. Ven.

—Voy—respondió el viejo.

Y los tres se encaminaron á la casa.

El patrón sabía con quien trataba. Verdad es que Micha comenzó por hacerle dar su palabra de que otorgaría todo linaje de moratorias y alivios de censos á sus colonos; pero una hora después el mismo Micha y Timoteo, muy disparados ambos, entregábanse á una *galop* sin freno en aquella misma estancia



donde parecía vagar la devota sombra de Poltef padre; y otra hora más tarde, Micha, sumido en un sueño de muerte (resistía muy mal el aguardiente), fué puesto, en unión de su gorro y su puñal, dentro de una *telega* que le llevó á la ciudad inmediata, distante unas veinticinco *vers-tas*. Dejáronlo al pié de una empalizada. En cuanto á Timoteo, que estaba algo hiposo, pero aún se tenía en pié, lo echaron «á empellones» á fuera. Lo que hubo proyecto de hacer con el señor, hizose á lo menos con el sirviente.

## VI

Transcurrió otro poco de tiempo sin que oyese yo hablar de Micha... ¡Dios sabe dónde andaría metido! Mas hete aquí que cierto día, en una parada de postas de la carretera de T..., sentado delante de un *samovar* y en espera de caballos, oigo una voz casajosa que salía de debajo de la ventana y decía en francés:

—Señor..., caballero..., tenga V. compasión de un pobre hidalgo arruinado.

Levanto la cabeza, ¡qué veo, gran Dios!... un gorro sin pelo, una túnica *tcherkesa* en jirones, de donde

pendían algunos restos de canana, un puñal dentro de su vaina rota, un rostro abotagado y enrojecido, cabellos en desorden y abundantes aún... ¡Era Micha! ¡Había llegado hasta á pedir limosna en las carreteras!

Di un grito involuntario. Me conocí, estremeciése, se volvió é hizo ademán de alejarse de la ventana. Le detuve... Pero, ¿qué iba á decirle? ¿Iba á ponerme á recitarle un capítulo de moral?

Sin decirle una palabra, le alargué un asignado de cinco rublos; sin hablar él tampoco, cogió el billete—con su mano siempre blanca y regordeta, pero temblona y sucia—y desapareció tras el ángulo de la casa.

Hiciéronse esperar los caballos; tuve tiempo de hacer tristes reflexiones acerca de aquel inesperado encuentro con Micha. Concluí por echarme en cara el haberle dejado partir con tamaña indiferencia. Al cabo me puse otra vez en camino. No había andado más que una media *versta*, cuando noté ante mí un grupo de gentes que se movían de un modo extraño, con una especie de paso regular y acompasado. Llegué á donde estaba el grupo, ¡y qué es lo que veo? Una docena de mendigos, alforjas al hombro, que iban de dos en dos cantando y saltando, y á su cabeza Micha, que



bailaba también y cantaba el estribillo.

Cuando mi carretela llegó junto á ellos, me vió y dijo en seguida á gritos:

—¡Hurra! ¡Alto! ¡De frente! ¡La guardia de honor de las carreteras!

Los mendigos, obedientes á su voz de mando, se detuvieron; y él, con su sonrisa habitual, subiéndose al estribo del coche, gritó de nuevo:

—¡Hurra!

—¿Qué es esto?—le pregunté aturdido.

—¿Esto? Es mi ejército; está compuesto de mendigos, gentes á la buena de Dios, amigos míos. Gracias á V., cada uno de ellos se ha zampado su traguete; y ahora, ya lo ve V., ¡nos divertimos, nos alegramos!... Créame V., mi buen tío, le aseguro que sólo se puede vivir en la tierra con los mendigos, con los pobres de solemnidad.

Nada le respondí... Pero, en aquel momento, ¡tenía un aire tan bueno! Una expresión de candor infantil rejuvenecía su rostro... Brusca-mente, me pareció ver claro en mi interior, y sentí conmoverse mi alma.

—Siéntate junto á mí en el coche—le dije.

Hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Yo, en el coche?

—Siéntate, siéntate—repetí.—Tengo que hacerte una proposición. Siéntate, iremos juntos.

—¡Ya que V. se empeña!

Tomó asiento, y dirigiéndose á los mendigos, añadió:

—Y vosotros, mis buenos amigos, mis respetables camaradas: ¡Adiós, hasta la vista!

Se quitó el gorro y les hizo un profundo saludo. Los mendigos estaban petrificados de sorpresa. Hice señas al cochero para que arrease á los caballos, y el coche rodó otra vez.

He aquí lo que quería proponer á Micha. Se me había ocurrido de pronto la idea de llevármelo conmigo á mi casa de campo, distante treinta *verstas* de allí, y salvarle, ó por lo menos tratar de salvarle.

—Oye, Micha, ¿quieres vivir conmigo?... Tendrás todo lo necesario para vivir; se te harán vestidos, ropa blanca; se te equipará decentemente; tendrás dinero para tabaco y tus gustos, pero con una sola condición, y es que no beberás aguardiente. ¿Aceptas?

Regocijose tanto Micha, que parecía un hombre espantado: se enarcaron sus ojos, se puso como la púrpura su cara, y echándose de pronto sobre mi hombro, comenzó á besar-me, repitiendo con voz entrecortada:

—Mi buen tío... mi bienhechor... que ¡Dios se lo pague!



Acabó por deshacerse en lágrimas; y quitándose el gorro, valiéndose de él para enjugarse los ojos, la nariz y los labios.

—Atiende—le dije—fijáte bien en la condición que te impongo: que no bebas aguardiente.

—¡Maldito sea!—exclamó agitando ambas manos en el aire; y ese transporte me hizo oler mejor los vapores de aguardiente que exhalaba por todas partes.—¡Ah, mi pobre y querido tío, si supiera V. cuál ha sido mi vida! La angustia, el duro destino es la causa de todo... Pero, ahora, ¡lo juro, sí, lo juro! me corregiré... ¡Ya lo verá V.!... Jamás he mentado, mi buen tío, pregúnteselo á quien guste...; soy un hombre honrado, pero no he tenido suerte; nadie ha sentido ternura hacia mí, nadie...

Al llegar á este punto, perdióse su voz entre sollozos. Me esforcé por consolarle y lo conseguí, pues cuando nos detuvimos delante de mi casa, Micha hacía largo rato que iba durmiendo con un sueño de plomo y con la cabeza encima de mis rodillas.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AFRANCO BARCELONA

## VII

Arregláronle en seguida su aposento; pero, ante todo se le mandó

al baño, cosa absolutamente necesaria. Se echaron á la basura todos sus vestidos, incluso el puñal, el gorro y las agujereadas botas; se le proveyó de ropa blanca, zapatillas y un traje mío, que le iba como un guante, según suele suceder á todos los pobres diablos. Cuando se puso á la mesa, lavado, limpio, fresco cual una rosa, tenía un aire tan tierno, alegre y reconocido, que yo también me enternecí y me alegré... Su rostro estaba enteramente transformado... Caras como la suya se ven en los niños de doce años por Pascuas, después de la comunión, cuando atusados, con sus vestidos nuevos y sus cuellos almidonados, van á dar á sus padres el beso de Pascua florida.

Micha se palpaba constantemente con precaución y con un aspecto indeciso, repitiendo:

—¿Qué significa esto? ¡Debo estar en el cielo!

Por aquella época vivían conmigo una anciana tía y su sobrina. A las dos las contrarió el saber la llegada de Micha; no se explicaban cómo podía recibirle yo en mi casa. El hecho es que tenía una reputación detestable. Pero, por una parte, habíame asegurado de que siempre había sido de una conducta irreprochable con las damas; y además, contaba con su promesa de corregirse. En efecto, durante los



dos primeros días, no sólo correspondió á mis esperanzas, sino que las excedió; y mis buenas señoras estaban lo que se dice encantadas. Jugaba á los cientos con la anciana tía, la ayudaba á devanar las madejas, y hasta la enseñó dos nuevos solitarios de naipes; en cuanto á la sobrina, que poseía un poquillo de voz, acompañábala al piano, y la recitaba versos rusos y franceses; refería á ambas señoras anécdotas graciosas, pero decentes; en una palabra, tenía con ellas todas las menudas atenciones imaginables, tanto, que más de una vez me manifestaron su asombro, y hasta añadió la vieja:

— ¡Véase qué injustas son las gentes!... ¿Qué no habrán dicho contra él, tan dulce y tan cortés?... ¡Pobre Micha!

Verdad es que en la mesa el «pobre Micha», siempre que echaba un vistazo á la botella, se relamía los labios de gusto, con pena... Pero no tenía más que amenazarle con el dedo, y en seguida alzaba los ojos al techo, se ponía la mano en el corazón, y decía:

— ¡Lo he jurado! ¡Lo que es ahora estoy regenerado!

— ¡Dios lo quiera! — me decía yo para mi colete.

Aquella regeneración no duró largo tiempo.

Durante los dos primeros días

estuvo muy hablador y alegre. Pero al tercero habíase puesto sordina, sin cesar, no obstante, de permanecer junto á las damas y de entretenerlas. Una expresión, medio de tristeza, medio meditabunda, extendíase por su rostro, que se había puesto pálido y algo enflaquecido.

— ¿Estás indispuerto? Me parece... — le pregunté.

— Sí — me respondió — me duele un poco la cabeza.

Al cuarto día se quedó completamente silencioso; pasó casi todo el tiempo sentado en un rincón, con la cabeza inclinada como un pobre huérfano, y su aire abatido infundió lástima á las dos señoras, quienes á su vez procuraron distraerle. En la mesa no comió nada, mirando el plato y haciendo bolitas de miga de pan con los dedos.

Al quinto día, la conmiseración que habían experimentado las damas se convirtió en un sentimiento de desconfianza y aun de miedo. Micha se volvía montaraz. Huía de la sociedad, caminaba á lo largo de las paredes, deslizándose furtivamente, y se volvía de pronto, como si alguien le hubiera llamado. ¿Qué había sido del sonrosado color de sus mejillas? Su rostro parecía embadurnado de tierra.

— ¿Continúas indispuerto? — le pregunté.



—No, estoy bueno—respondió con voz saltona.

—¿Te aburres?

—¿Por qué me había de aburrir?

Al decir esto se volvió para evitar mis miradas.

—¿Acaso te ha vuelto la angustia?

Nada respondió á esta pregunta. Pasó un día en la misma situación. Al siguiente precipitóse en mi gabinete mi tía; estaba con una agitación extremada, y me declaró que si Micha permanecía allí, abandonarían la casa ella y su sobrina.

—¿Y por qué?

—¡Si creerás que estamos á gusto con él!... Eso no es hombre, es un lobo, un verdadero lobo. ¡Anda sin parar, no dice palabra y mira con aire tan feroz! Ya sabes lo nerviosa que es mi pequeña Katia... Se interesó muchísimo por él el primer día... He tenido mucho miedo por ella, y por mí también.

No supe qué responder á mi tía. Sin embargo, no podía expulsar á Micha, habiéndole yo mismo invitado á que viniese.

El fué quien me sacó de aquella posición falsa.

Aquel día—aún no había yo salido de mi gabinete—oigo de pronto detrás de mí una voz sorda é irritada:

—¡Nicolás Nicolaitch! ¡Eh, Nicolás Nicolaitch!

Me vuelvo: en el marco de la puerta estaba Micha, con una cara terrible, como negra, desfigurada.

—¡Nicolás Nicolaitch!—repitió. (Ya no me llamaba su buen tío.)

—¿Qué quieres?

—Déjame partir... ¡en seguida!

—¿Qué dices?

—Déjame partir, de lo contrario causaré una catástrofe: pondré fuego á la casa, ó mataré á alguien.—Un súbito escalofrío estremeció á Micha.—Haga V. que me devuelvan mis efectos, deme V. una *telega* para conducirme hasta la carretera y entrégueme un poco de dinero, tan poco como V. quiera darme.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Estás descontento de alguno?—comencé.

—¡Yo no puedo vivir así!—interrumpió, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.—¡Yo no puedo vivir en vuestra satánica casa de señores! ¡Me da asco, me da vergüenza vivir tan tranquilamente! ¿Cómo pueden Vds. aguantar esto?

—En otros términos—interrumpí á mi vez—quieres significar que no puedes vivir sin beber...

—¡Pues bien, sí! ¡Pues bien, sí!—vociferó.—¡Solamente déjame ir otra vez en busca de mis hermanos, mis buenos amigos, los pobres de pedir limosna! ¡Al diablo vuestra asquerosa raza noble, vuestra raza bien educada!



Ganas me entraron de recordarle sus juramentos; pero su aire frenético, su voz desgarrada, el temblor convulsivo de sus miembros hacían un efecto tan terrible que me apresuré á desembarazarme de él. Le expliqué que iban á devolvérsele sus efectos y á subirle á una *telega*; y sacando de mi caja un billete de veinticinco rublos, lo puse en la mesa. Micha venía ya hacia mí con aire amenazador; pero de pronto se detuvo, enrojeciósele el rostro y se contrajo bruscamente, se golpeó el pecho, brotaron lágrimas de sus ojos y balbuceó:

—Tío mío... ángel... ¡Soy un perdido!... ¡Gracias! ¡Gracias!

Cogió luego el billete y echó á correr.

Una hora después hallábase ya en la *telega*, otra vez vestido de *tcherkés*, y de nuevo sonrosado y alegre; cuando arrancó el carruaje, exhaló un grito de alegría, se quitó el gorro, y agitándole por encima de la cabeza nos hizo saludo tras de saludo. Un momento antes de partir, me había estrechado larga y enérgicamente contra su pecho, diciendo:

—¡Mi bienhechor... bienhechor mío... no se me puede salvar!

Había acudido junto á las damas, besándolas cien veces las manos, de rodillas ante ellas, implorando á Dios misericordioso y pidiéndolas perdón. Cuando todo hubo conclui-

do, encontré á Katia bañada en llanto.

El cochero á quien había yo confiado Micha, me contó á su regreso que le había conducido hasta el primer ventorrillo de la carretera y que no había tenido medio de sacarlo de allí. Micha había convidado en montón á todos los presentes y no tardó en perder el conocimiento.

Desde entonces, ya no volví á encontrar á mi sobrino. He aquí cómo supe los detalles de su fin.

## VIII

Tres años más tarde, hallábame de nuevo en el campo. Entra un criado y me dice que una señora Poltef pide verme. Yo no conocía á ninguna señora Poltef; y además, al decirme esto el sirviente, tenía una sonrisita sarcástica. A una mirada interrogativa mía, añadió que la señora que por mí preguntaba era joven, pobremente vestida y que había venido en un carro de campesino tirado por un solo caballo, conducido por ella misma.

Mandé decir á la señora Poltef que se dignase pasar á verme á mi gabinete.

Era una mujer de unos veinticin-



cos años, vestida á lo artesana, con un gran pañuelo de hierbas en la cabeza. Tenía un semblante vulgar, carirredondo pero no desagradable, los ojos bajos, un poco triste la mirada y timidez en los movimientos.

—¿Es V. la señora Poltef?—la dije, señalándola una silla.

—Sí, señor—contestó ella con voz dulce, pero sin sentarse.—Soy la viuda del sobrino de V., Miguel Andreievitch Poltef.

—¿Miguel ha muerto? ¿Hace mucho tiempo? Pero, siéntese V.; se lo suplico.

Dejóse caer sobre la silla.

—Pronto hará dos meses.

—¿Hace mucho que se había V. casado con él?

—Hemos vivido juntos un año.

—Y ahora, ¿de dónde viene V.?

—De los alrededores de Tula... Hay un pueblecito que se llama Znamenskoié-Gluchkovo; acaso lo conozca V. Soy la hija del sacristán. Allí hemos vivido juntos... Habitaba en casa de mi padre. Eso ha durado un año.

La joven se llevó la mano al rostro, temblaron ligeramente sus labios, veíase que tenía ganas de llorar; pero logró contenerse y sólo tosió un poco.

—Antes de morir mi pobre Miguel Andreievitch—continuó ella—me dió el encargo de venir á ver á V. «Es absolutamente preciso que

vayas»—me dijo.—Y me ordenó que diese á V. las gracias por toda su buena voluntad, y que le entregase... tome V... esta cosita (y sacó del bolsillo un paquetito) que nunca le abandonó... Y Miguel Andreievitch dijo:—Dígnese V. aceptarlo como recuerdo, que no despreciara V. su corto obsequio... «No tengo otra cosa que ofrecerle» dijo.

El paquete contenía una tacita de plata, marcada con la cifra de la madre de Micha. Habíala yo visto á menudo en manos de éste, quien, hablando un día de cierto pobre diablo, me dijo:

—Es verdaderamente pobre, pues no tiene taza ni platillo; y á mí, por lo menos, aún me queda ésta. Di las gracias á la mujer, aceptando la taza, y la pregunté:

—¿De qué enfermedad ha muerto? Sin duda, será de...

Me mordí los labios... pero la joven comprendió mi reticencia. Me dirigió una rápida mirada; después bajó los ojos, y me dijo con triste sonrisa:

—¡Oh, no; había renunciado á eso desde el día en que me conoció! ... ¡Pero, qué salud tenía! Una salud perdida por completo. En cuanto cesó de beber, apoderóse de él la enfermedad... ¡Se había vuelto tan arregladito! Siempre quería ayudar á mi padre en los quehace-



res de la casa ó del jardín, ó en cualquier trabajo, á pesar de ser noble de nacimiento. Pero, ¿dónde adquirir la fuerza necesaria? También quiso ocuparse en escribir—ya sabe V. que era una cosa que conocía muy bien,—pero le temblaba la mano y no podía sostener la pluma como conviene... Siempre estaba reprendiéndose á sí mismo, y decía: «Tengo las manos blancas, manos de holgazán; nunca he hecho bien á nadie, jamás he ayudado á nadie, ¿nunca he trabajado!» Esto es lo que le consumía. Y decía: «Nuestro pueblo se atarea; y nosotros, ¿qué hacemos? ¡Ah, Nicolás Nicolaitch era bueno, y me quería... y yo!...» ¡Ah, dispéñeme V.!

La joven se deshizo en llanto. Tenía deseos de consolarla; ¿pero, cómo? Al fin, la pregunté:

—¿No tiene V. ningún hijo?

Suspiró ella, contestándome:

—¿Hijo? ¡Oh! No.

## IX

Y corrieron sus lágrimas con mayor abundancia.

He aquí cómo terminaron las contrariedades de Micha—concluyó el anciano P...—¿No tenía yo razón para llamarlo «un desesperado?» Pero, señores, convendrán Vds. también, sin duda, en que no se parecía á los de hoy; aunque un filósofo quizá pudiera encontrar algunos rasgos de parentesco entre él y ellos. De una y otra parte, la misma sed de su propia destrucción, la misma angustia, el mismo descontento de todo... Pero, en cuanto á saber de qué procede esto, dejaré que ese mismo filósofo resuelva la cuestión.

IVÁN TURGUENEF.



# CAVALLERÍA RUSTICANA <sup>(1)</sup>

(HIDALGUÍA MONTARAZ)

Cuando Turiddu Macca, el hijo de la señá Nuncia, volvió de ser soldado, todos los domingos se pavoneaba en la plaza con el uniforme de cazadores y la gorrita cuartelerar roja, parecida á la del hombre de la buena ventura cuando pone sobre la banqueta la jaula de los canarios. Las muchachas se lo disputaban con los ojos mientras iban á misa con las narices metidas dentro del manto, y los granujillas rondaban en torno suyo como moscas. También había llevado una pipa con el rey á caballo, que parecía vivo; y encendía los fósforos en la parte de atrás de los pantalones, alzando la pierna cual si diese una patada. Mas, con todo y con eso, Lola, la hija del mesonero Angel, no se había dejado ver en misa ni

en los porches, pues habíase casado con uno de Licodia, el cual era carretero y tenía en la cuadra cuatro mulas de Sortino. Tan pronto como lo supo Turiddu, ¡bendito sea el demonio!, quiso echarle fuera las tripas, quiso sacárselas á aquel de Licodia; pero no hizo nada y se desahogó yendo á cantar todos los cantares que sabía de desprecio bajo la ventana de la bella.

—Pero, ¿no tiene nada que hacer Turiddu, el hijo de la señá Nuncia —decían los vecinos— que se pasa las noches cantando como un pájaro solitario?

Al cabo se encontró casualmente con Lola, que volvía del *viaje* á Nuestra Señora del Peligro; y al verle, no se puso pálida ni encendida, como si nada hubiera tenido que ver con él.

—¡Benditos los ojos que te ven!  
—la dijo.

(1) El presente cuento, del ilustre novelista italiano J. Verga, ha servido de argumento al drama y á la ópera del mismo título.



—¡Oh! Compadre Turiddu, ya me dijeron que habías vuelto á primero de mes.

—¡También á mí me han dicho otra cosa! —respondió él.—¿Con que es verdad que te has casado con el compadre Alfio, el carretero?

—¡Tal ha sido la voluntad de Dios!—contestó Lola, apretándose por debajo de la barba las dos puntas del pañuelo.

—¡La voluntad de Dios la hacéis vosotras, con el tira y afloja según os tiene cuenta! ¡La voluntad de Dios fué que había yo de volver desde tan lejos para encontrar estas buenas noticias, señá Lola!

El pobrecillo aún trataba de hacerse el valiente, pero se le había puesto ronca la voz; y andaba tras de la muchacha tambaleándose, á compás de la borlita de la gorra cuartelera que bailaba de un hombro al otro. En honor de la verdad, dábale á ella mucha lástima el verle con la cara tan larga, pero no tenía ánimos para halagarle con buenas palabras.

—Oye, compadre Turiddu—le dijo al fin—déjame reunirme con mis compañeras. ¿Qué dirían en el país, si me vieses contigo?...

—Es justo —respondió Turiddu—ahora que estás casada con el compadre Alfio, que tiene dos pares de mulas en la cuadra, es preciso no dar qué decir á la gente. En cam-

bio, mi pobrecita madre tuvo que vender nuestra mula baya y aquella miaja de viña junto al pasadizo, por el tiempo en que fuí soldado. Pasó aquel tiempo en que Berta hilaba, y ya no te acuerdas de cuando hablábamos por la ventana del corral y me regalaste aquel pañuelo, antes de irme; que bien sabe Dios cuántas lágrimas he llorado por dentro al marcharme lejos, tan lejos que se perdía el nombre de nuestro país. Ahora, adiós; señá Lola; hagamos cuenta que hay tiros y es preciso salvarse, y nuestra amistad ha concluido.

La señá Lola se casó con el carretero; y los domingos poníase al balcón, con las manos sobre el vientre, para dejar ver los gruesos anillos de oro que la había regalado su marido. Turiddu seguía pasando y repasando por la callejuela, con la pipa en la boca y las manos en los bolsillos, con aire de indiferencia y mirando á las mozas; mas por dentro se reconcomía de que el marido de Lola tuviera todo aquel oro, y de que ella fingiese no reparar en él cuando pasaba.

—¡Voy á jugársela ante sus mismos ojos á esa perra!—balbuceaba.

Frente al compadre Alfio vivía el tío Colás, el viñador, el cual decían que era rico como un cerdo, y tenía una hija en casa. Tanto habló y tanto hizo Turiddu, que logró en-



trar á sus anchas en casa del tío Colás, y comenzó á frecuentarla y á decir palabritas dulces á la chica.

—¿Por qué no vas á decirle á la señá Lola estas cosas tan bonitas?—respondía Santa.

—La señá Lola es una señorona. La señá Lola está ahora casada con un rey de corona.

—Yo no merezco el rey de corona.

—Vales tú por cien Lolas; y conozco yo á uno que no miraría á la señá Lola ni al santo de su nombre donde tú estés; porque la señá Lola no es digna de llevarte los zapatos, no es digna.

—Cuando la zorra no pudo alcanzar á las uvas...

—Dijo: «¡Qué hermoso eres, *racimito* mío!»

—¡Eh, quietitas las manos, compadre Turiddu!

—¡Qué! ¿Tienes miedo de que te coma?

—Yo no le tengo miedo ni á ti ni á Dios.

—¡Ah! Tu madre era de Licodia, ya lo sabemos. ¡Tenéis más mala sangre! ¡Ajajay, te tragaría con los ojos!

—Pues cómeme con los ojos, que por eso no quedarán migajas. Pero entre tanto, échate encima aquel brazado de sarmientos.

—Por ti me echara yo á cuestas

toda la casa. ¡Vaya si me echaría encima!

Ella, por no ponerse encarnada, le tiró un leño que tenía á mano y por milagro no le dió.

—Expliquémonos, que las charlas no hacen fagotes de sarmientos.

—Si yo fuese rico, me buscaría una mujercita como tú, señá Santa.

—Yo no me casaré con un rey de corona, como la señá Lola; pero tengo mi dote, para cuando el Señor me mande alguien.

—¡Ya lo sabemos que eres rica, ya lo sabemos!

—Pues entonces, si lo sabes, explícate ya y despacha; que padre está para venir, y no quisiera que me encontrase en el corral.

El padre empezaba á torcer el morro, pero la chica fingía no advertirlo; porque la borlita de la gorra cuartelera del cazador le había hecho cosquillas en el corazón, y le bailaba siempre delante de los ojos. Como el padre plantó en la puerta á Turiddu, la hija le abrió la ventana; y se estaba charla que te charlarás con él toda la noche, que el vecindario entero no hablaba de otra cosa.

—Estoy loco por ti—decía Turiddu—y pierdo el sueño y el apetito.

—Conversación.

—Quisiera ser hijo de Víctor Manuel para casarme contigo.

—Palabrería.



—¡Por la Virgen, que te comería como el pan!

—Charla.

—¡Ah, por mi honor!

—¡Ah, madre mía!

Lola, que todas las noches escuchaba escondida detrás de un tiesto de albahaca, poníase pálida y roja, hasta que una vez llamó á Turiddu.

—Conque, compadre Turiddu, ¿ya no se saludan los antiguos amigos?

—¡Ay!—suspiró el joven.—¡Feliz quien pueda saludarte!

—Pues si tienes ganas de saludarme, ya sabes cuándo estoy en casa—respondió Lola.

Turiddu volvió á saludarla tan á menudo, que reparó en ello Santa, y le dió con la ventana en los hocicos. Cuando pasaba el cazador, los vecinos le señalaban con una sonrisa ó con un movimiento de cabeza. El marido de Lola se había marchado á las ferias con sus mulas.

—El domingo quiero ir á confesarme, que esta noche he soñado con uvas negras—dijo Lola.

—¡Déjalo estar, espérate!—suplicaba Turiddu.

—No; ahora que se acerca la Pascua, mi marido querría saber por qué no he ido á confesarme.

—¡Ah!—murmuraba Santa, la del tío Colás, aguardando de rodillas su turno ante el confesonario, donde Lola estaba desembuchando

sus pecados.—¡Por mi alma, no quiero mandarte á Roma por la penitencia!

El compadre Alfio volvió con sus mulas, cargado de dineros, y trajo de regalo á su mujer un hermoso vestido nuevo para los días de fiesta.

—¡Razón tienes para traerla regalos—le dijo la vecina Santa—porque mientras estás fuera, tu mujer te adorna la casa!

El compadre Alfio era de esos carreteros que llevan la gorra sobre la oreja, y al oír hablar de tal modo acerca de su mujer, cambió de color como si le hubiesen apuñalado.

—¡Demonios coronados!—exclamó.—¡Si no has visto bien, no voy á dejarte ojos para llorar, ni á ti, ni á toda tu parentela!

—¡No acostumbro á llorar!—respondió Santa.—Ni siquiera he llorado cuando con estos ojos he visto á Turiddu, el de la señá Nuncia, entrar de noche en casa de tu mujer.

—Que te conserves buena, y tantas gracias—contestó el compadre Alfio.

Tan pronto como regresó el aldeano, Turiddu dejó de frecuentar de día la callejuela, y para no dar celos pasaba el día en la taberna con los amigos; la víspera de Pascua tenían en la mesa un plato de salchicha. Como entrase el compadre Alfio, sólo en la manera que tuvo de clavarle éste los ojos com-



prendió Turiddu que había venido para aquel asunto, y dejó el tenedor en el plato.

—¿Tenías algún recado que darme, compadre Alfio?—le dijo.

—No tengo ninguno, compadre Turiddu; es que hace tiempo que no te veía, y quiero hablar contigo de lo que sabes.

Turiddu le había presentado al principio la copa, mas el compadre Alfio la rechazó con la mano. Entonces se levantó Turiddu, y le dijo:

—Aquí estoy, compadre Alfio.

El carretero le echó los brazos al cuello.

—Si mañana quieres venir á las chumberas de Canziria, podremos hablar de aquel asunto, compadre.

—Espérame en la encrucijada al despuntar el sol, y nos iremos juntos.

Con estas palabras diéronse el beso de desafío. Turiddu apretó entre los dientes la oreja del carretero, y prometióle así solemnemente no faltar á la cita.

Los amigos habían dejado á la chita callando la salchicha, y acompañaron á Turiddu hasta casa. La pobrecita señá Nuncia le esperaba hasta muy tarde todas las noches.

—Mamá — dijo Turiddu — ¿se acuerda de cuando me fui soldado, que creía no volver más á verme?

Pues déme un buen beso como entonces, porque mañana por la mañana me iré muy lejos.

Antes de ser de día agarró la navaja de muelles, que tenía escondida debajo del heno desde cuando cayó quinto, y se puso en camino para las chumberas de Canziria.

—¡Oh! ¡Jesús, María y José! ¿A dónde vas con tanta furia?—gimoteaba Lola con sobresalto, mientras su marido disponíase á salir.

—Voy aquí cerca—respondió el compadre Alfio—pero mejor sería para ti que ya no volviese más.

Lola, en camisa, rezaba al pié de la cama y estrechaba contra la boca el rosario que le había traído de los Santos Lugares fray Bernardino, y recitaba todas las ave marías que cabían en él.

—Compadre Alfio—comenzó Turiddu, después de andar un trozo de camino junto á su acompañante, el cual iba callado y con la gorra echada sobre los ojos.—Es tanta verdad como Dios; sé que he hecho mal y me dejaría matar. Pero antes de venir aquí he visto á mi vieja, que se había levantado para verme partir, con el pretexto de arreglar el gallinero, como si se lo diese el corazón; y como hay Dios, te mataré como un perro para no hacer llorar á mi viejecita.

—Así va bueno — respondió el compadre Alfio, quitándose el cha-



leco — y pincharemos los dos de firme.

Entrambos tiraban bien la navaja; á Turiddu le tocó el primer tajo, pero tuvo tiempo de pararlo con el brazo; al devolverlo, lo devolvió bueno y tiró un viaje á la ingle.

— ¡Ah, compadre Turiddu, propiamente parece que tienes intención de matarme!

— Sí, ya te lo he dicho; ahora que he visto á mi vieja en el gallinero, me parece tenerla siempre delante de los ojos.

— ¡Anda, pues abre bien los ojos — le gritó el compadre Alfio — que voy á darte una buena!

Como estaba en guardia todo encogido para apretarse con la mano izquierda la herida, que le dolía, y casi rozaba el suelo con el codo, co-

gió rápidamente un puñado de tierra y lo arrojó á los ojos de su adversario.

— ¡Ah—rugió Turiddu cegado— muerto soy!

Trataba de salvarse dando desesperados saltos hacia atrás; pero el compadre Alfio le alcanzó con otra puñalada en el estómago y un tajo en el cuello.

— ¡Y van tres! Esta es por la casa que me has adornado. Ahora dejará tu madre quietas á las gallinas.

Turiddu dió unos pasos vacilantes acá y allá por entre los nopales, y al fin desplomóse como una peña. Brotábale la sangre con espumoso gorgoteo por el cuello, y ni siquiera pudo decir claro:

— ¡Ah, madre mía!

G. VERGA.



# PIERROT

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEON MARCELONES.

**L**a señora Lefèvre era una señora de pueblo, una viuda, una de esas semialdeanas con cintajos y sombreretes, una de esas personas que hablan á chillidos, aparentan en público modales grandiosos y ocultan un alma de bruto con pretensiones entre exterioridades cómicas y pintureras, lo mismo que disimulan sus amorcilladas manos rojas con guantes de seda cruda.

Tenía por sirviente á una honrada campesina sencillota, llamada Rosa.

Ambas mujeres habitaban en una casita con persianas verdes, á lo largo de un camino, en Normandía, en el centro del país de Caux.

Como delante de la casa tenían un jardinito, cultivaban algunas hortalizas.

Pues bien, una noche les robaron una docena de cebollas.

En cuanto Rosa notó el hurto,

corrió á decírselo á la señora, quien bajó en refajo. Aquello fué un desconsuelo, un horror. ¡Habían robado, y robado á la señora Lefèvre! De modo que habiendo ladrones en la comarca podían volver.

Y despavoridas las dos mujeres, contemplaban las huellas de los pasos, charlaban, suponían cosas como estas: «Calla, por aquí pasaron. Pusieron los piés sobre la tapia; de allí saltaron.»

Y les amedrentaba lo por venir. ¡Cómo dormirían tranquilas en adelante!

Difundióse el rumor del robo. Llegaron los vecinos, comprobaron el hecho, discutieron á su vez; y las dos mujeres explicaban á cada recién llegado sus observaciones y sus ideas.

Un arrendatario de al lado las dió este consejo: «Debieran Vds. tener un perro.»

Eso era verdad; debían tener pe-



rrero, aunque sólo fuese para dar la alarma. Pero nada de perros grandes, señor. ¿Qué iban á hacer con un perrazo? ¿Las arruinaría en comida! Pero un can pequeño (en Normandia pronuncian *quen*), un chisgarabís de *quen* pequeño que ladre, eso ya es harina de otro costal.

En cuanto se fué todo el mundo, la señora Lefèvre discutió largo tiempo aquella idea del perro. Después de reflexionar y de mil objeciones, quedábase aterrada por la imagen de un cuenco lleno de pitanza; porque pertenecía á esa raza cicatera de señoras de pueblo que siempre llevan centimitos sueltos en el bolsillo para dar lismona ostensiblemente á los pobres de los caminos y echar en el cepillo durante el petitorio de la misa los domingos.

Rosa, á quien gustaban los animales, dió sus razones y las defendió con astucia. Así, pues, quedó resuelto que tendrían perro, pero un perrito muy chiquirritín.

Pusiéronse á buscarlo, pero no se encontraban sino perros grandes, de esos que engullen una barbaridad de sopa que mete miedo. El tendero de comestibles de Rolleville tenía uno, y era pequeño; pero exigía que le pagasen dos francos, para cubrir gastos de crianza. La señora Lefèvre declaró que quería

mantener un *quen*, pero no comprarlo.

Pues bien; el panadero, que sabía los sucesos acaecidos, trajo una mañana en su carrito un extraño animalejo, todo amarillo, sin patas casi, con un cuerpo de cocodrilo, una cabeza de zorra y una cola en forma de trompeta, un verdadero penacho, tan grande como el resto del individuo. Un cliente quería deshacerse de él. La señora Lefèvre encontró muy bonito ese inmundo gozquecillo, que no le costaba un cuarto. Rosa le besó, y preguntó después cómo se llamaba. Y respondió el panadero: «Pierrot.»

Quedó instalado en una antigua caja de jabón. Ante todo le ofrecieron agua para que bebiese: bebió. En seguida le presentaron un cuscurreto de pan; comió. Intranquila con esto la señora Lefèvre, ocurriósele una idea: «Cuando se acostumbre bien á la casa, le daremos suelta; encontrará qué comer rondando por la comarca.»

En efecto, dejáronle libre; lo cual no impidió que estuviese hambriento. Además no ladraba sino para reclamar su pitanza; pero, en este caso, ladraba desesperado.

Todo el mundo podía entrar en el jardín. Pierrot se presentaba á hacer fiestas á cada recién venido, pero permanecía mudo por completo.

Sin embargo, la señora Lefèvre



se había acostumbrado á aquel animalito. Llegó hasta á quererle y darle de vez en cuando por su mano bocadillos de pan untados en la salsa de su guisado.

Pero ni se le ocurrió pensar en el impuesto, y cuando le pidieron ocho francos (¡ocho francos, señora!) por ese busquillo de *quen* que ni siquiera ladraba, á poco se desmaya del pasmo.

Inmediatamente se decidió que había que deshacerse de Pierrot. Nadie lo quiso. En diez leguas á la redonda, lo rechazaron todos los habitantes. Entonces, á falta de otro recurso, quedó resuelto que se le haría «morder arcilla».

«Morder arcilla» es lo mismo que «comer greda». Se hace morder arcilla á todos los perros á los cuales se abandona.

En medio de una vasta llanura hay una especie de choza, ó más bien un tejadillo de bálago puesto sobre el suelo; es la entrada de la marguera. Un gran pozo vertical penetra hasta veinte metros por bajo de tierra, y de él arranca una serie de largas galerías de mina.

A esa cantera se descende una vez al año, por la época en que se echa arcilla en las tierras. Todo el resto del tiempo sirve de cementerio á los perros condenados al abandono; y á menudo, cuando se pasa por junto á la bocamina, suben des-

de el fondo quejumbrosos aullidos, ladridos furibundos ó desesperados, lamentos que piden socorro.

Los perros de los cazadores y de los pastores huyen despavoridos de la proximidad de aquel gemebundo agujero; y al inclinarse por encima de él, sale de allí un apestosísimo hedor de podredumbre.

Horribles dramas desarróllanse allá entre tinieblas.

Cuando un animal agoniza, después de llevar diez ó doce días en el fondo alimentándose con los inmundos restos de sus predecesores, precipitan de pronto un nuevo animal, más grande ó más vigoroso de seguro. Allí están, solos, hambrientos, con los ojos brillantes. Se espían, se siguen y vacilan ansiosos. Pero aprémiales el hambre; se atacan, luchan encarnizados mucho tiempo; y el más fuerte se come al más débil, lo devora vivo.

Cuando se decidió que Pierrot iría á «morder arcilla», diéronse á buscar un ejecutor de la sentencia. El caminero que rastrillaba la carretera pidió diez sueldos por la caminata. Esto le pareció fabulosamente caro á la señora Lefèvre. Un vecino galopo se contentaba con cinco sueldos; aún era esto mucho.

Y habiendo hecho observar Rosa que era preferible llevarlo ellas mismas, pues así no sería maltratado en el camino ni advertido de su



suerte, concertaron ir ambas al anochecer.

Aquella tarde le dieran una sopa buena, con un dedito de manteca. Se la tragó hasta la última gota; y como meneaba de gusto la cola, lo envolvió Rosa en su delantal.

Iban á través de la llanura á paso largo, como merodeadoras. Bien pronto vieron la marguera y llegaron. La señora Lefèvre se inclinó para escuchar si gemía algún animalito. No; no había ninguno; Pierrot estaría solo. Entonces Rosa le besó llorando, luego lo lanzó por el agujero, y se asomaron ambas con el oído avizor.

Primero oyeron un ruido sordo; después la queja aguda y desgarradora de un animal herido; luego una serie de grititos de dolor, y al fin desesperados llamamientos, súplicas de perro que imploraba, levantando la cabeza hacia la abertura del pozo.

—¡Oh, ladraba! ¡Cómo ladraba!

Apoderáronse de ellas el remordimiento, el espanto, un miedo loco é inexplicable, y echaron á correr huyendo. Y como Rosa iba más de prisa, la señora Lefèvre gritaba:

—¡Espérame, Rosa, espérame!

Aquella noche tuvieron horribles pesadillas.

La señora Lefèvre soñó que se sentaba á la mesa para comer la sopa; y al destapar la sopera, Pier-

rot estaba dentro. Daba un salto y la mordía en la nariz.

Despertóse y creyó oírle todavía ladrar. Escuchó: se había engañado.

Durmióse de nuevo y se encontró en una gran carretera, un camino interminable por donde iba ella. De repente vió en el camino una cesta abandonada, una cesta grande, de arrendatario; y aquel cestón le dió miedo.

Sin embargo, acabó por abrirle; y Pierrot, que estaba agazapado dentro, la cogió la mano y no la soltaba; y ella echó á correr enloquecida, llevando así suspenso del extremo del brazo al perro, con las mandíbulas cerradas haciendo presa.

Al amanecer se levantó como loca, y corrió á la marguera.

¡Ladraba, aún ladraba, había ladrado toda la noche!

Se puso á sollozar y á llamarle con muchas palabritas cariñosas. Respondió con todas las más tiernas inflexiones de su voz de perro.

Entonces ella quiso volver á verlo, prometiéndose hacerlo feliz hasta la muerte.

Corrió á casa del pocero encargado de extraer la greda, y le refirió el caso. El hombre escuchaba sin decir nada. Cuando acabó de hablar, la dijo:

—¡Quiere V. su *quen*? Pues déme V. cuatro francos.



Sintió ella un sobresalto y todo su dolor disiparse al momento.

—¡Cuatro francos! ¡Es cosa de morirse! ¡Cuatro francos!

Y respondió él:

—¡Cree V. que voy á llevar las cuerdas y el torno de manubrio, y montar todo eso, y marcharme allá abajo con mi chico y hacer que me muerda su maldito *quen*, sólo por el gusto de devolvérselo á V.? ¡No haberlo tirado!

Marchóse ella indignada: «¡Vaya!... ¡Cuatro francos!»

En seguida que regresó á casa, llamó á Rosa y la dijo las pretensiones del pocero. Rosa, resignada siempre, repetía:

—¡Cuatro francos! ¡Eso es mucho dinero, señora!

Después añadió:

—¡Si echásemos de comer á ese pobre *quen*, para que no se muera así!

La señora Lefèvre lo aprobó gozosa; y al punto partieron, llevando un zoquete de pan con manteca.

Cortáronlo á bocados y los tiraron uno tras otro, hablando por turno á Pierrot. Así que el perro concluía con un pedazo, ladraba para reclamar el siguiente.

Volvieron por la tarde, luego al otro día después, y por fin todos

los días; pero ya no hacían más que un viaje diario.

Pues bien, una mañana, en el momento de dejar caer el primer bocado, oyeron de pronto un ladrido formidable dentro del pozo. ¡Eran dos! Habían precipitado otro perro, ¡un perrazo muy grande!

Rosa gritó: «¡Pierrot!» Y Pierrot ladró, ladró. Entonces se pusieron á echarle el alimento; pero cada vez notaban perfectamente un empellón terrible y luego quejidos lastimeros de Pierrot mordido por su compañero, quien todo se lo comía por ser él más fuerte.

Cuidaban ellas mucho de especificar:

—¡Esto es para ti, Pierrot!

Pero era evidente que á Pierrot no le tocaba nada.

Las dos mujeres mirábanse desconcertadas. Y la señora Lefèvre pronunció estas palabras con acritud:

—Pues yo no puedo mantener á todos los perros que tiren allá dentro. Hay que renunciar á ello.

Y sofocada por la idea de todos esos perros viviendo á sus expensas, marchóse de allí, no sin llevarse consigo el resto del pan, comiéndoselo mientras andaba.

Rosa la siguió, enjugándose los ojos con la punta de su delantal azul.



## UN SALÓN EN EL MES DE DICIEMBRE

---

**E**mpezaban las reuniones; algunas personas habían anunciado de nuevo su día de recepción; pero los corrillos no estaban completos, porque los maridos grandes propietarios toman por pretexto sus plantíos y sus labores agrícolas para conservar á sus jóvenes esposas el mayor tiempo posible lejos de los placeres de la ciudad; sin contar con que á los más ricos les gusta librarse de la costumbre de los aguinaldos, especie de impuesto cobrado al amor propio de los avaros como al de los pródigos, y del cual sólo pueden libertar el alejamiento y la soledad.

El azote de los aguinaldos comienza á dejarse sentir hacia el 20 de Diciembre, primero por una vaga inquietud con motivo de los objetos que deben de agradar á los obsequiados, después por la desesperación de no poder acomodar nunca el objeto elegido al importe de lo

que se puede ó se quiere gastar en él.

Nada iguala á la ambición de las personas que reciben aguinaldos, sobre todo la de las mujeres. ¡Cuántas veces han acogido con desdeñosa zumba el presente, cuyo valor, disfrazado con olas de bombones, reducía á la mitad la pensión del joven donante, produciéndole á éste un acreedor más! ¡Qué de amistades enfriadas y relaciones rotas por no haber respondido á los aguinaldos que se esperaban de nosotros! Estas especies de rencores tienen el carácter y la constancia de las pasiones reconcentradas: ninguna efusión dulcifica su amargura. En tales casos, ¿cómo quejarse de la avaricia de un amigo sin confesar la propia? Hay, pues, que devorar la pena y guardarse mucho de darla á comprender enseñando con aire irónico el mezquino aguinaldo inferior á lo que se esperaba;



falta que se comete con excesiva frecuencia y de la cual sacan partido los maliciosos para burlarse igualmente de la parsimonia del obsequiante y del despecho del obsequiado.

Las caricias de los niños y el esmero de los sirvientes domésticos ya están en razón directa de los aguinaldos que esperan recibir de sus padres y de sus amos.

Los joyeros jabonan ya las alhajas viejas para venderlas como nuevas á todos los extranjeros y provincianos, quienes serían mal recibidos á su regreso, si el envío de algunos vestidos, sombreros ó joyas, pasados de moda, no los recomendasen á la ternura de sus respectivas familias.

¡Qué meses de esperanzas y ansiedades para las grisetas y mujeres de la vida galante! A cuántos ensimismamientos profundos y distracciones involuntarias les da margen esta importante pregunta íntima:

— ¡Qué me regalará?

¡Qué de medios ingeniosos imaginados por ellas para estimular la prodigalidad de sus amantes! Una elogia, con aspecto de desinterés, la delicada manera cómo el príncipe T\*\*\* envió el año anterior, por aquella época, á su querida, una sencilla cesta de naranjas... pero cada una de las cuales iba envuelta en

un billete de mil francos... ¡Qué exquisita galantería!

Otra, más difícil en asuntos de delicadeza, ofenderíase vivamente al ver billetes de Banco; pero disfrazados estos billetes en forma de joyas de moda, en muebles de taracea, en objetos de gran valía, encuentran gracia ante sus ojos. Lo que ambas aparentan apreciar sobre todo es la *atención* ó la *intención* del obsequiante; sólo que la atención no es delicada, ni la intención conmovedora, sino cuando han costado mucho dinero.

Si este mes tiene sus cargas, también tiene sus provechos; el servicio de cada cosa se hace con más exactitud, las cartas no se pierden ni los periódicos se extravían, las tarjetas de visita se mandan á su destino, y los inquilinos no tocan ya veinte veces con el llamador de la puerta cochera antes de que los porteros tiren del cordón para abrirla. La acomodadora de palcos no hace esperar los abrigos, el cochero se embriaga menos, el cocinero deja quieta el asa de la cesta, el criado es atento, la doncella ya no refunfuña; los niños no lloran sino con algún motivo real, y las niñas no les golpean; la vida es, por lo general, más fácil; todo el mundo cumple con su deber; todos los cortesanos ocupan sus puestos, esperando figurar en la lista de las



mercedes; los salones de los ministros están llenos de gentes, los gobiernos hallan menos opositores, los mismos reyes se ven menos hostigados.

Pero, ¡qué de desengaños, susceptibilidades y hasta enemigas nacen de este mes engañoso! ¡Cuántas caras contraídas y falsas palabras de agradecimiento, sin contar con las mentiras conyugales y las generosidades sin agradecer!

Porque en el antiguo sistema de los *aguinaldos* vemos varias especies.

En primer lugar el *aguinaldo por deber*, que se da y recibe como si fuese un pagaré á plazo fijo, es decir, de muy mal humor por una parte, y sin gratitud alguna por la otra.

Viene después el *aguinaldo impuesto*, el cual hay que satisfacer so pena de ser servido el último, ó ni siquiera serlo, cuando coméis en casa de los amigos.

Sigue el *aguinaldo de azar*, que consiste simplemente en dar este año á los nuevos amigos los regalos que el año anterior se recibieron de los amigos antiguos: es lo más socorrido para los economistas vanidosos.

El *aguinaldo fraudulento*, que pasa siempre por haberlo comprado la persona que lo recibe, ó por ser envío de una tía anciana cuyas ren-

tas de tres años no bastarían para pagar el aguinaldo engañoso.

El *aguinaldo menguante*, que revela las fases del sentimiento y sus revoluciones previstas por los astrónomos del corazón, en que el amor se convierte en amistad, la amistad en costumbre y la costumbre en indiferencia. Esta clase de aguinaldos suelen comenzar por algunos ricos talismanes, cuyo lujo debe ser, ante todo, inútil; y concluyen siempre por un cartucho de dulces.

El *aguinaldo intrigante*, que abre los despachos de los ministerios, los palcos en las funciones en que hay un lleno completo, y el camarín de la mujer bonita que tiene prohibido abrir la puerta.

Tenemos también el *aguinaldo negocio*, el más ingenioso de todos, inventado por los herederos, los solicitantes y las mujeres interesadas. Este no se halla al alcance de todo el mundo, pues no se trata sólo de dar poco para conseguir mucho, sino que es necesario tanto discernimiento como astucia para escoger el regalo y los medios de hacer que produzca.

¿Pretende V. un destino que dependa de un ministro? Pues hágase V. presentar en casa de la casada ó soltera á quien el personaje va á visitar en secreto; estudie V. el capricho que á éste se le ha olvidado sa-



tisfacer, envíe su ofrenda anónima, y bien pronto será adivinado por ella y colocado por él.

¿Depende vuestra suerte de un íntegro administrador, cuya mujer sea honrada? No temáis arruinaros en juguetes para sus niños: es una colocación de fondos más segura que en papel de la Deuda pública de España.

¿Queréis aseguraros la herencia de algún pariente viejo? Observad sus manías, tratad de descubrir el mueble, libro ó manjar delicado que no compra por avaricia; regalad un reloj al chiquitín de su ama de gobierno y haced que obtenga una pensión vitalicia del viejo, para que el chiquillo no os birle toda la herencia. He aquí el *aguinaldo negocio*, con toda su diplomacia. En cuanto al cálculo de la mujer que fuerza ó excita la generosidad de sus amigos por medio de amigos de gran valía, eso entra en la esfera de las especulaciones vulgares.

El invierno pasado contábase en un salón la historia de un aguinaldo tardío, la cual pudiera titularse *Viajes de Alejandro Magno*; era un pequeño camafeo antiguo admirable y que representaba la hermosa cabeza del vencedor en Arbelas.

La señora Dercourt, á quien designaremos con este apellido para ocultar mejor el suyo, está casada con un rico banquero, enamo-

rado de sus riquezas tanto como debiera estarlo de su mujer; esto hace que su mujer ame á sus riquezas más que á él; y además de ellas, á un joven elegante para quien ella es lo de más interés en este mundo después de los caballos, de los trajes, de las armas, del café de París, de los bastidores de la Opera y del Jockey-Club.

¿Cómo no comprometerse para conservar un amor tan exclusivo? ¿Pueden escatimarse los pasos imprudentes, los sacrificios continuos, cuando se trata de animar ó reanimar al egoísta á quien se adora?

Después de haber satisfecho todas las clásicas exigencias de un amante joven y fatuo, la señora Dercourt veíase reducida á expiar sus caprichos, mísera condición en que la mujer se pregunta: «¿Qué deseará?» ¡Ay! Sólo en objetos fútiles era en lo que había de encontrar ya la señora Dercourt un medio de colmar los deseos del hechicero Agenor.

Como el verdadero modelo del *perfecto elegante*, Agenor no tenía ideas ni gustos propios; la moda es lo que sólo le imponía pensamientos, actos, manías y antipatías. Al ver llegar la moda de lo antiguo, de lo gótico y del *rococó*, se había hecho á toda prisa una colección compuesta de arcones descantillados, sillas de refectorio, porcelanas



chinas restauradas, colgaduras ahumadas, relojes desmontados, jarros descabalados, vidrieras rajadas, tapices con grandes personajes cuyas nariz y barba apolilladas presentaban á la vista caras monstruosas; porque la manía por las cosas no da el gusto de ellas, y sólo el gusto sabe elegir las y emplearlas bien. Por eso, el nuevo homenaje rendido por Agenor á la moda del día, no hizo más que amontonar en su habitación un mobiliario feo, sucio y molesto.

Mejor guiado por la imitación exacta de los prototipos de la *fashion*, Agenor iba vestido con esa hipócrita sencillez que, con colores oscuros y una corbata negra, disfraza el lujo en el vestir y la finura de la ropa de hilo; un reloj de Bréguet, suspenso de una cadena de platino, era la única alhaja que llevaba; pues no se había dejado conquistar por lo llamativo de las botanaduras de rubíes, esmeraldas, ópalos, etc., tan gratos á los actores, los peluqueros y los viajantes de comercio.

Una sola cosa era su mayor capricho. En el bosque de Boulogne encontraba á menudo á caballo al joven duque de M\*\*\*: su ancha corbata negra, cuyas puntas cruzábanse en el pecho, iba sujeta por un camafeo antiguo, de notable hermosura. Este modo de aplicar un

objeto de arte y de subido precio al más sencillo vestir al desgaire, parecióle á Agenor el supremo buen gusto. Corrió á casa de todos los vendedores de curiosidades, joyeros artísticos y anticuarios, para proporcionarse un camafeo análogo al del duque de M\*\*\*. Los vió bellísimos, pero cuya antigüedad era muy dudosa; y todos aquellos cuya perfección hacía creer en su origen griego, eran de un precio exagerado en demasía según su parecer.

Después de regresar del campo, la señora Dercourt preparaba la habitual sorpresa que había de despertar á Agenor el primero de año. Era una miniatura, una especie de *retrato-mosca*, por su pequeñez, gracia y hermoso colorido; era una de esas obras maestras de parecido, esplendor y perfección, cuya excelencia imponderable revelaba los pinceles de Mad. de Mirbel.

El puño de un bastón, el broche de una cartera, un medallón, un alfiler montado; todo podía servir de escondite á ese retratito. Ya iba la señora Dercourt á encargarse el medallón que debía ocultarlo, cuando por un amigo de Agenor supo el motivo de las múltiples caminatas que á diario hacía á los comercios de curiosidades. Desde ese momento pesaba sobre su corazón la idea más humillante, y se dijo: «Un camafeo es lo que desea, y no mi retrato.»



Y llenáronse de lágrimas sus ojos... Luego, arrepintiéndose de tal sospecha, se la echó á sí misma en cara como una calumnia; mas para mayor seguridad, decidióse á ocultar el inesperado retrato bajo el camafeo apetecido.

Conocía uno admirable, último tesoro de la viuda de un general que estuvo en la guerra de Italia. El pago de las deudas contraídas durante la enfermedad del difunto, fué lo único que logró resolver á la viuda á desprenderse de aquella hermosa cabeza de Alejandro, conquista y regalo de Bonaparte; pero la ofrecieron la suma que debía, y lo cedió. Y el joyero más discreto y hábil vióse encargado bien pronto de inventar un resorte imperceptible para esconder el más bonito rostro moderno debajo de las nobles facciones del héroe antiguo.

El aguinaldo fué recibido con los mayores transportes de alegría; y, merced á la ingeniosa combinación, la señora Dercourt pudo creer que su retrato era la única causa de tanta gratitud.

Sin embargo, apenas transcurrieron ocho días, la señora Dercourt ya no vió más al alcahuete camafeo en el pecho de Agenor; manifestó su extrañeza por ello.

—Consiste — respondió él — en que hace algún tiempo que monto un caballo indócil; y con los botes

que da, temo perder tan preciosa reliquia.

Esto explica bien ó mal por qué no la llevaba puesta. Pero al decir esto, Agenor no puede disimular bien su apuro.

El hecho es que, queriendo darse á sí mismo el aguinaldo, había pensado en cierta bailarina de la Opera; y durante un momento de intimidad, aquélla le quitó con sus propias manos el rico alfiler, resuelta á quedarse con él. Sorprendidos ambos por la brusca llegada del nuevo Turcaret, cuyo oro le abría á todas horas las puertas de la bailarina, Agenor huyó tan á escape que se le olvidó el alfiler. Ya se comprenderá que lo reclamó en vano. Ruegos, amenazas de una ruptura completa, nada pudo hacerle recobrar el camafeo; sostuvieronle que se había perdido, ó lo habría robado algún sirviente. En fin, que ya no lo vió más.

Los Turcarets de nuestros días, son más taimados que su modelo; abandonan en redondo á la cortesana que los engaña con visible descaro, y la bailarina se vió muy pronto privada de la espléndida renta que le pasaba su viejo adorador. Fué preciso allegar recursos con todas las alhajas recibidas á hurtadillas; el hermoso camafeo entró en este número.

Un judío dió á préstamo por él



una módica suma, y en seguida se lo vendió por el triple á un inglés. Este lo perdió á los postres de un banquete, de donde le llevaron á su casa á media noche, borracho perdido.

Una lavanderita, que iba al amanecer á su cotidiana faena, ve relumbrar una cosa entre el barro del arroyo; era el círculo de oro del camafeo. Lo recoge, lo frota con el delantal, y pensando que sería una de esas chucherías de los tenderetes de á real y medio la pieza, se lo regala al mozo de café que siempre la está prometiendo casarse con ella.

—¿Sabes que tienes algo ahí que parece cosa de mérito?—dice con aire de suficiencia un prendero ambulante á su primo el mozo de café.

—He visto un alfiler por el estilo, que se ha vendido en más de ochenta francos.

—¡Calla! ¿De veras?

—Te lo juro. Y si quieres hacer la prueba, no tienes más que venirme conmigo á casa del prendero del muelle de los Plateros.

Se acepta la proposición. Después de despreciar lo más posible el camafeo, fué comprado por sesenta francos y revendido al instante por doscientos al joyero próximo. De tienda en tienda, llegó hasta el joyero de la corte; todas estas mutaciones ocurrieron en menos de un mes.

Durante ese tiempo, la señora Dercourt, devorada por la sospecha, ya no acogía á Agenor sino con improperios; y éste los evitaba lo mejor que podía, viéndola lo menos posible.

—Has sacrificado mi retrato en aras de alguna mujer—decía ella, pálida de celos.

—¡Vaya una idea tonta!

—Pues bueno; enséñamelo.

—En verdad que me guardaré bien de hacerlo así. Hay que castigarte un poco por la injuria que me infieres.

Luego, afectando profundo resentimiento, Agenor salió bruscamente y dejó á la señora Dercourt abrumada bajo el peso de una horrible certidumbre.

En este momento entró en su casa el señor Dercourt y pasó á verla; chocóle la alteración de sus facciones, y la dijo:

—Pobrecita, sufres y quizá me lo achacas á mí; y tienes razón, porque este mes me han dominado tanto los negocios, que ni siquiera he pensado en darte el aguinaldo. Pero tranquilízate: una vez concluida mi liquidación, repararé mi desacierto. Ya he visto algo que te agradará, porque tienes buen gusto y no te entusiasma lo de relumbrón, sino que necesitas una preciosidad. Pues bien, trataremos de contentarte; pero abandona ese aire



de tristeza que me parte el alma; afligirse así por mis pequeños descuidos es una niñada. Bien sabes que todo cuanto gano es para ti y para nuestra hijita Cecilia; y debes perdonarme si algunas veces te olvidado por asegurar á las dos una buena fortuna.

Dos días después de haber pronunciado este discurso tan tiernamente conyugal, habiendo reunido el señor Dercourt en su casa á los amigos á quienes se complacía en humillar con su lujo, vieron entrar á su linda hijita Cecilia.

—Toma—dijo ésta á su madre—aquí tienes el aguinaldo que papá te regala.

La señora Dercourt besa á la niña y abre el estuchito que le acaba de entregar; pero apenas clava los ojos en el objeto que contiene, cuando la ven palidecer y caerse desmayada.

—¡Ah, Dios mío! ¿Qué he hecho—exclama el marido, que llegaba para gozarse en su sorpresa.—Mas también ¿cómo prever que la menor emoción la ponga en ese estado?

Levantáronse todos para auxiliar

á la señora Dercourt. Sólo Agenor permaneció inmóvil. Al ver el camafeo, que acababa de caerse á la alfombra, escapándosele de las manos á la señora Dercourt, explicóse bastante la causa de ese desmayo. Por fortuna, al caerse el alfiler, no se abrió el resorte.

—¡Vamos, ya vuelve en sí; no será nada!—dijo el señor Dercourt.—Las sorpresas gratas no son dañinas.

Luego, recogiendo el alfiler, entregó á la admiración general el hermoso perfil de *Alejandro*.

—Ya ven Vds.—añadió—cómo mi querida Valeria no ha perdido nada con esperar, y que el *aguinaldo tardío* siempre es el mejor.

En efecto, fundándose la señora Dercourt en el estado de sufrimiento que la produce la *menor* emoción, para alejarse algún tiempo de la sociedad se ha retirado al campo; donde, ocupada enteramente en el cuidado de educar á su hija, ha recobrado la salud, la paz y la felicidad.

Lo mismo que el señor Dercourt, creemos que el *aguinaldo tardío* puede ser el mejor.

SOFÍA GAY.



# EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX

(CONTINUACIÓN)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS.

No, el porvenir no será más feliz que el presente, será quizá, y debe ser indudablemente, más miserable. ¡El progreso! ¿Pero de dónde puede el hombre procurarse el principio y el instrumento del progreso? Del pensamiento sin duda, pero el pensamiento es un don fatal; no sirve más que para aumentar nuestra desgracia iluminándola. Vale mil veces más ser ciego como el bruto ó como la planta. ¡Qué lejos estamos del rosal que piensa! El pastor que recorre los montes del Himalaya, que se dirige á la luna, condenado como ella á perpetuo trabajo, la hace testigo de que los animales que guarda son más felices que él; ellos al menos ignoran su desgracia, olvidan con rapidez el dolor, el miedo que atraviesa su existencia, sólo sufren la monotonía de que no se dan cuenta. La retama crece feliz y tranquila sobre la falda del Vesubio, mientras que duermen á sus piés tantas poblaciones muertas, sorprendidas en medio del triunfo de la vida. Ella también, la retama humilde, sucumbirá un día al poder cruel del fuego subterráneo, pero morirá sin haber levantado su orgullo hasta las nubes; más sabia y más fuerte que el hombre, no se ha creído como él inmortal. Leopardi vuelve cruelmente la frase de Pascal: «Aunque le hundiese el universo, sería el hombre más noble que él, porque sabe que muere y conoce la ventaja que el universo tiene sobre él. El universo no sabe nada.» Esa es precisamente nuestra inferioridad, según Leopardi: saber y no poder nada. La planta y el animal no conocen nada de su miseria; nosotros medimos la nuestra. Y este sufrimiento no tiende á disminuir en el mundo, sino al contrario, los espíritus más inteligentes, los más delicados, adquieren mayor aptitud para sufrir; los pueblos más civilizados son los menos felices. Este es también el perpetuo tema del pesimismo alemán. La conciencia de la desgracia hace que ésta sea más profunda é incurable. La miseria de los hombres



y la de las naciones se desarrollan en proporción de su cerebro, á medida que se perfecciona su sistema nervioso, y les procura instrumentos más delicados, órganos más sutiles para sentir su mal, para aumentar su intensidad, para eternizarlo por la previsión y por el recuerdo. Todo lo que añade el hombre á su sensibilidad y á su inteligencia, lo añade á su sufrimiento.

Tal es el sentido, aclarado con esta interpretación, de varios diálogos extraños y oscuros, *El Gnomo y el Duende*, *Eleandro y Timandro*, *Tristán y su amigo*, y esa *Historia del género humano* en que se ve cómo se renueva, después de cada periodo, esa aversión por todo lo que habia hecho sufrir al hombre en el período precedente, y cómo crece el amargo deseo de una felicidad desconocida, que hace su tormento, porque es extraña á la naturaleza del universo. Júpiter se cansa de colmar á esta raza ingrata de sus favores, que tienen tan mala acogida. Es verdad que el primer bien que nos hizo fué el de mezclar males verdaderos en la vida, para distraer al hombre de su mal ilusorio y para aumentar por el contraste el valor de los bienes reales. Con ese objeto habia enviado Júpiter al hombre multitud de enfermedades variadas y la peste. Observando después que el remedio no obraba como él deseaba y que el hombre seguía padeciendo, creó las tempestades, inventó el rayo, lanzó los cometas y reguló los eclipses, para sembrar el espanto entre los mortales y reconciliarlos con

la vida, ante el temor de perderla. Por último, los premia con un soberbio regalo: los envía unos cuantos fantasmas, en forma de figuras sobrehumanas que se llamaron justicia, virtud, gloria, amor de la patria, y los hombres se entristecieron más que nunca y se hicieron más perversos.

El último y el más funesto beneficio hecho á los hombres, fué el enviarles la verdad. Es un error el decir que la perfección del hombre consiste en el conocimiento de la verdad, que todos sus males provienen de las ideas falsas y de la ignorancia. La verdad, que es la sustancia de toda filosofía, debe ocultarse cuidadosamente á la mayor parte de los hombres, porque de lo contrario se cruzarían de brazos y se echarían á dormir esperando la muerte. Mantengamos entre ellos con cuidado las opiniones que conocemos por falsas, y la mentira será su mayor bienhechor. Exaltemos las ideas quiméricas que dan origen á los actos y á los pensamientos nobles, á la abnegación y á las virtudes útiles al bien general, nacidas en esas imaginaciones hermosas, únicas que dan algún valor á la vida. Pero desde que la verdad ha penetrado en el mundo, prosigue su obra, y todas estas ilusiones, que harían tolerable la existencia, caen una á una; sólo se mantiene el progreso.

¿No está hecha la ciencia para consolarnos con sus progresos y con sus magníficos descubrimientos? Diríase que el sabio que ha participado en los grandes trabajos de la filología de su



tiempo, que ha conocido los eruditos ilustres, desde Angelo Mai hasta Niebuhr, émulo él mismo de esos sabios, y destinado, si hubiese querido, á un gran renombre de helenista, creeríase, repito, que perdonará á la ciencia. No ocurre así; vemos con extrañeza que la ciencia del siglo XIX está en baja, por la calidad y por la cantidad de los sabios. El saber ó, lo que es lo mismo, la ciencia, gana en extensión, pero cuanto más crece la voluntad de aprender, más se debilita la facultad de estudiar; los sabios son menos numerosos que hace ciento cincuenta años. No se diga que el capital intelectual, en vez de estar acumulado en algunas cabezas, se reparte entre muchos y gana con esta división. Los conocimientos no son como las riquezas, que divididas ó aglomeradas, suman siempre la misma cantidad. Cuando todo el mundo sabe un poco, es poco también lo que se sabe en conjunto; la instrucción superficial no puede dividirse entre muchos hombres, pero puede serles común á muchos ignorantes. El resto del saber sólo pertenece á los sabios, ¿y dónde están los verdaderos sabios, fuera de algunos que hay en Alemania? Lo que crece sin cesar en Italia y en Francia, es la ciencia de los resúmenes, de las recopilaciones, de todos esos libros que se escriben en menos tiempo del que se necesita para leerlos, que cuestan lo que valen, y que duran en proporción de lo que han costado.

Este siglo es un siglo de niños; quieren hacerlo todo de un golpe, sin tra-

bajo constante, sin preparación seria. ¿Pero dónde dejamos la opinión de los periódicos, que dicen todo lo contrario? Lo sé, contesta Tristán, que es el mismo Leopardi; aseguran todos los días que el siglo XIX es el siglo de las luces, y que ellos son las luces del siglo: pretenden también que la democracia es una gran cosa, que los individuos han desaparecido ante las masas, que las masas hacen la obra que hacían antes los individuos, por una especie de impulsión inconsciente ó de orden divino. Déjese que obren las masas, pero estando compuestas de individuos, ¿qué han de hacer sin los individuos? A los individuos los desaniman quitándoles toda esperanza, hasta la miserable recompensa de la gloria. Los discuten, los injurian, los fuerzan á someterse á todo el mundo. Sólo en esto, á pesar de lo que digan los periódicos que persigue Leopardi con sus epigramas y su cólera, se diferencia este siglo de los demás. En los otros, como en éste, ha sido escasa la grandeza; sólo que en los demás ha dominado la medianía; en éste domina la nulidad. Pero es un siglo de transición. ¡Valiente excusa! ¿No son y no serán todos los siglos siglos de transición? La sociedad humana no se detiene jamás, y su eterno juego consiste en pasar de un estado á otro.

«No me río de los proyectos y de las esperanzas de los hombres de mi tiempo; les deseo con toda mi alma el mayor éxito posible... pero no los envidio ni á ellos ni á nuestros descendientes. En otros tiempos envidié á los locos y



á los tontos, y á los que tienen formada gran opinión de sí mismos; hubiera cambiado de buena gana con cualquiera de ellos. Hoy no envidio ni á los locos ni á los sabios, ni á los grandes ni á los pequeños, ni á los débiles ni á los poderosos; *envidio á los muertos*, y sólo me cambiaría por los muertos.» Tal es la última palabra de Tristán sobre la vida y sobre la historia, sobre el siglo XIX y sobre el progreso. Siempre la misma idea lúgubre: *l'infinita vanità del tutto*.

Ya están agotadas las tres formas de la ilusión humana; ya no queda esperanza ni en el presente ni en el porvenir del mundo, ni en un más allá que nadie conoce. No deben asombrarnos ya estos tristes aforismos que no son más que el resultado de la experiencia resumida de las cosas, y que se presenta á cada instante en la obra de Leopardi, en cada estrofa, en cada página: la vida es un mal, aun sin dolor sigue siendo un mal. No hay situación tan mala que no pueda la vida empeorarla; la fortuna será siempre la más fuerte, acabará por romper la firmeza de la desesperación. ¿Cuándo acabará *l'infelicità*? Cuando todo acabe. Los momentos peores son los del placer. Ninguna existencia vale, ni ha valido ni valdrá lo que la nada, y buena prueba de ello es que nadie querría empezarla de nuevo. Escuchemos el diálogo de un *vendedor de almanaques* y de un *transeunte*:

—¡Almanaques! ¡Almanaques nuevos! ¡Calendarios nuevos!

—¿Almanaques para el año nuevo?

—Sí, señor.

—¿Cree V. que será feliz el año nuevo?

—Ya lo creo, ilustrísimo señor.

—¿Como el año pasado?

—Mucho más.

—¿Como el otro?

—Más aún, ilustrísimo señor.

—¿Como el anterior? ¿No le gustaría á V. que el año nuevo fuese como cualquiera de esos años?

—No señor, no me gustaría.

—¿Cuántos años nuevos han pasado desde que vende V. calendarios?

—Pronto hará veinte años, ilustrísimo señor.

—¿A cuál de esos veinte años quiere V. que se parezca el año que viene?

—Yo no lo sé.

—¿No se acuerda V. de ningún año que le haya parecido especialmente feliz?

—No me acuerdo, ilustrísimo señor.

—Y sin embargo la vida es hermosa, ¿no es verdad?

—Eso dicen.

—¿Consentiría V. en volver á pasar por esos años, ó por todos desde su nacimiento?

—¡Ojalá fuese eso posible!

—¿Y si tuviese V. que pasar la misma vida, con las mismas alegrías y con las mismas penas, exactamente igual?

—No aceptaría.

—¿Y qué otra vida querría V. vivir, la mía, la de un príncipe ó la de otro? ¿No cree V. que el príncipe ó el que fuese contestarían como V., y que te-



niendo que empezar la misma vida nadie consentiría?

—Así lo creo.

—¿De modo que con esa condición no empezaría V.?

—No, señor, no empezaría.

—¿Qué vida querría V.?

—Querría una vida como Dios me la diese, sin otra condición.

—¿Una vida de la cual no se supiese nada de antemano, como no se sabe nada del año nuevo?

—Precisamente.

—Sí, eso es lo que yo querría, si tuviese que volver á vivir; eso es lo que todo el mundo querría. Eso significa que la casualidad ha tratado mal á todo el mundo. Todos opinan que han recibido más mal que bien en la vida; nadie desea renacer con la condición de empezar la misma vida con los mismos bienes y los mismos males. *Esta vida, que es muy hermosa, no es lo que se conoce, sino lo que no se conoce; no es la vida pasada, sino la futura.* El año próximo nos tratará la suerte bien á los dos, y á los demás también; será el principio de un año feliz. ¿No es verdad?

—Esperémoslo.

—Enséñeme V. el más bonito de sus calendarios.

—Aquí está, ilustrísimo señor, vale treinta sueldos.

—Toma los treinta sueldos.

—Gracias, ilustrísimo señor. Hasta la vista. «¡Almanaques! ¡Almanaques nuevos! ¡Calendarios nuevos!»

¡Cuánta amargura hay en esa escena cómica, tan hábilmente conducida

por el buen humor del transeunte, que es una especie de Sócrates desengañado! A veces exagera la ironía. El Duende le cuenta al Gnomo que los hombres han muerto: «Los esperáis en vano, han muerto todos, como se ha dicho del desenlace de una tragedia en que morían todos los personajes. Los unos en la guerra, los otros navegando; éstos comiéndose los unos á los otros, aquéllos degollándose con sus propias manos; algunos entregándose á la apatía, otros tragándose los libros, ó entregándose á los placeres y á mil excesos; en fin, tratando por todos los medios de ir contra la naturaleza y de perjudicarse.»

No hay enemigo más cruel del hombre que el hombre mismo. Prometeo lo aprendió á su costa, en su apuesta con Momo, que meneaba la cabeza cada vez que el fabricante del género humano se vanagloriaba delante de él de su invención. Hacen una apuesta, y los dos se dirigen á nuestro planeta. En América se encuentran con un salvaje que se dispone á comerse á un hijo suyo; en la India ven á una viuda joven y hermosa quemada viva sobre la hoguera de su marido, que es un célebre borracho. «Son bárbaros», dice Prometeo, y se van á Londres. Allí, delante de la puerta de un hotel, ven un grupo de gente que se reúne: es un gran señor inglés que acaba de suicidarse después de haber matado á sus dos hijos y de haber recomendado su perro á uno de sus amigos. ¿No es éste exactamente el triste cuadro pintado por Schopenhauer? «La vida es una



caza continua en que los seres, ya cazadores, ya cazados, se disputan los harapos de su felicidad; una guerra de todos contra todos; una especie de historia natural del dolor que se resume del siguiente modo: Querer sin motivo, luchar siempre, después morir, y así sucesivamente en los siglos de los siglos, hasta que la corteza de nuestro planeta se deshaga á pedazos.» ¿No tenemos razón al decir que el pesimismo no es una doctrina, sino una enfermedad del cerebro? En este grado ya no cae bajo el dominio de la crítica, pertenece de derecho á la clínica, hay que dejárselo á ella.

Sólo en dos puntos difiere el pesimismo de Leopardi del de Schopenhauer, y desde luego digo que el poeta es el más filósofo de los dos, porque relativamente conserva la razón. Estos dos puntos son el principio del mal y el remedio. Del principio metafísico no sabe nada Leopardi, ni nada quiere saber. El mal se siente y se aprecia; es un conjunto de sensaciones muy reales, objeto de la experiencia y no del raciocinio. Todos los que han pretendido deducir la necesidad del mal de un principio, sea éste la *Voluntad*, como Schopenhauer, sea la *Inconsciencia*, como Hartmann, han llegado á teorías absolutamente arbitrarias, cuando no han sido del todo ininteligibles. Leopardi se contenta con establecer por la observación la ley universal del sufrimiento, sin emplear para ello la dialéctica trascendente; siente lo que hay, sin tratar de demostrar que debe ser así. Además, como no conoce

el principio del mal, no propone remedios imaginarios, como los pesimistas alemanes que aspiran á combatir el mal de la existencia tratando de esclarescer la voluntad suprema que produce la existencia, convenciéndola de que renuncie á sí misma y se convierta en la nada. El único remedio que el alma estoica de Leopardi opone al eterno y universal sufrimiento, es la resignación, es el silencio, es el desprecio. Triste remedio sin duda, pero que al menos está en nuestra mano:

«*Nostra vita á che val? solo á spregiarla* (1).»

Nada hemos exagerado, pues, al decir que Leopardi es el precursor del pesimismo alemán. El anuncia esta crisis singular que se preparaba secretamente en algunos espíritus bajo ciertas influencias que determinaremos. Si se recuerda que el nombre de Schopenhauer fué desconocido en Alemania hasta el año 1839 y que el éxito de sus ideas sólo data de estos últimos veinte años, causará asombro el ver que el poeta italiano tiene desde 1818 tantas afinidades de temperamento y de espíritu con el filósofo alemán. Con su instinto, y sin profundizar en nada, lo ha adivinado todo en esa filosofía de la desesperación exento de todo aparato científico; son, sin embargo, pocos los argumentos que se escapan á su dolorosa perspicacia. Es á la vez el profeta y el poeta de esta filosofía, es los *va-*

(1) ¿Para qué sirve nuestra vida? Sólo para despreciarla.



tes, en el sentido antiguo y misterioso de la palabra; lo es con una sinceridad tal y con un acento tan profundo, que no le igualan los más célebres representantes del pesimismo. Por último, y esto es notable, ha vivido, ha sufrido y ha muerto en completa conformi-

dad con su triste doctrina, y en evidente contraste con la desesperación teórica de esos filósofos que han arreglado tan sabiamente su vida, administrando á la vez lo temporal y lo espiritual de la felicidad humana, sus rentas y su gloria.

### CAPÍTULO III

LA ESCUELA PESIMISTA EN ALEMANIA Y EN FRANCIA.—EL PRINCIPIO DEL MAL SEGÚN LA FILOSOFÍA DEL « INCONSCIENTE ».

Parece como que el mundo de las ideas está sometido, en todos los problemas, á la alternativa de dos doctrinas extremas y contrarias. Durante todo el siglo pasado y la mitad del presente, ha prevalecido indudablemente el optimismo en Alemania, bajo distintas formas y diferentes escuelas. Hoy tiende á triunfar el pesimismo. El pobre espíritu humano se parecerá siempre al campesino borracho de Lutero, que tan pronto cae á derecha como á izquierda, incapaz de sostenerse derecho sobre su montura.

La Alemania del siglo XVIII, en la inmensa mayoría de las inteligencias que representan su vida moral, permanece sujeta á la doctrina que le había enseñado Leibnitz, que Wolf había mantenido, y que está de acuerdo, bien con los dogmas de la teología oficial, bien con el deísmo sentimental de Pope,

de Rousseau y de Paley, muy en boga en ese país de pastores protestantes y de filósofos de universidad, durante el largo intermedio filosófico que va de Leibnitz á Kant. Apenas penetraron en esa quietud de espíritu y de doctrina algunos ecos de los sarcasmos de Voltaire, repetidos por su real discípulo Federico el Grande, y por los espíritus libres que viven en la pequeña corte de Potsdam. La triste alegría de *Candide* se ahogó al atravesar el Rhin; ese pueblo ilustrado y religioso sigue repitiendo que todo está arreglado en el mundo por una Providencia bienhechora para la felicidad final del hombre, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles.

Más tarde, cuando cambia la escena de las ideas, cuando Kant y todos los ilustres conquistadores del mundo filosófico aparecen, engendrados por la



*Critica de la razón pura*, Fichte, Schelling, Hegel, desaparece el optimismo particular de Leibnitz; pero subsiste el optimismo. En el día se manifiesta, sin embargo, una tendencia vaga á despreciar la vida y á estimarla en menos de lo que vale. Kant ha escrito trozos de marcado pesimismo; Fichte ha dicho «que el mundo real es el peor de los mundos posibles». Schelling sienta el siguiente principio: «El dolor es una cosa necesaria á la vida... Todo dolor tiene su fuente exclusiva en el solo hecho de la existencia. La inquietud de la voluntad y del deseo, que tanto cansa á las criaturas con sus constantes reclamaciones, es por sí misma la desgracia.» Ya no falta mucho para las teorías de Schopenhauer. La filosofía hegeliana no es enemiga del pesimismo, lo concibe como una de las fases de la evolución universal. Según Hegel, toda existencia finita está destinada á destruirse por sus contradicciones. Esta ley del sufrimiento, que resulta de la división y de la limitación de la idea, contiene un principio de pesimismo que Volkelt ha explicado con claridad.

Un joven filósofo, muerto recientemente, con dolor unánime de sus adversarios como de sus amigos, M. León Dumont, el primero que nos ha dado á conocer por una exposición científica y detallada las teorías M. de Hartmann, describía del siguiente modo el origen y nacimiento de la escuela del pesimismo en Alemania: «Una de las observaciones más exactas de M. Cousin—decía—es que en el camino

emprendido por Kant, la metafísica alemana conduce lógicamente al nihilismo. Los autores románticos que se apoyaron en el sistema semimístico de Schelling, no tardaron, en efecto, en sostener que el fin más alto que le es dado alcanzar al hombre es una especie de indolencia quietista. Esto condujo á Schlegel, con los demás críticos de la misma escuela, á desear para el hombre «la pereza divina y la vida feliz de las plantas y de las flores», y en su célebre obra sobre el *Lenguaje y la sabiduría de los indios* (1808), admiraba la vida tranquila y apática de los ascetas orientales. Homero, sacrificado por el romanticismo á Ossian, no tardó en verse destronado por Buda. Los acontecimientos políticos de este mundo no podían ya conmover á los espíritus penetrados de una sabiduría tan indolente. Era, sin embargo, el momento en que rugía la tempestad en todas partes, en que el antiguo edificio germánico amenazaba hundirse, en que el Austria y la Prusia temían el ataque de Napoleón; pero todo esto importaba poco á esos espíritus místicos que seguían viviendo en un mundo ideal, sin cuidarse de las bayonetas francesas, ni del embargo, ni de la confederación del Rhin. Apartaban los ojos de esos hombres groseros que se movían sobre la superficie de la tierra para ganarse la vida, y proclamaban que el no hacer nada es la perfección de la ciencia del hombre. Es verdad que estas hermosas teorías estaban expuestas en un estilo muy enfático, que provocó las burlas de Juan-Pablo, y



constituían la contradicción más palmaria con las tesis quietistas que sostenían.»

¿Debe atribuirse á este movimiento de ideas la gran obra de Schopenhauer que apareció en 1819 con el título de *El Mundo considerado como voluntad y representación*? El también había sufrido la influencia de los estudios orientales que empezaban á entrar por medio de la ciencia en la imaginación de Occidente. «He tenido la dicha—decía—de haber sido iniciado en los Vedas, cuya entrada me ha sido franqueada por los Upanishads, y de ello me alegro, porque este siglo, en mi opinión, está destinado á recibir de la literatura sanscrita un impulso igual al que recibió el siglo xvi del renacimiento de los griegos.»—Cuéntase que se hizo enviar de Oriente una estatua de Buda, y que se burlaba de los misioneros ingleses que trataban de convertir á sus maestros de religión.—A pesar de estas analogías aparentes con los discípulos de Schelling, con los románticos y con los fanáticos de los poemas sanscritos, hay que reconocer que Schopenhauer inauguraba un movimiento muy característico y muy particular de ideas. El pesimismo teórico objetivo empieza realmente en él en Alemania.

Hay un pesimismo empírico que se concilia muy bien, como lo ha demostrado James Sully, con el optimismo metafísico. Esto hay que tenerlo en cuenta para juzgar á los principales representantes de la filosofía alemana desde Kant. Todos están unánimes en la apreciación severa que hacen de la

vida considerada en su aspecto real y sensible; y, sin embargo, en el conjunto de sus doctrinas domina la solución optimista del problema de la existencia. Kant afirma, sin duda, que la naturaleza es poco favorable á la felicidad humana; pero la verdadera explicación de la vida, la última razón de las cosas debe buscarse fuera del orden sensible, en el orden moral, que después de todo es el único interés del soberano legislador y la única explicación de la naturaleza misma. Lo mismo ocurre con Fichte, para el cual los fenómenos sensibles, la apariencia de la materia no son más que una escena transitoria preparada para un fin único: el cumplimiento del deber, la acción libre del yo que persigue, en su reacción contra el mundo exterior y en su conflicto con la sensación, el carácter más alto que pueda alcanzar. En cuanto á Schelling, en su segundo estudio, *Filosofía y religión*, toma el símbolo de su metafísica de la doctrina cristiana de la caída y de la redención; en ella encuentra la historia trascendental de la destrucción de la unidad primitiva y la certidumbre de la vuelta final á la unidad; asocia la idea del universo redimido y espiritualizado por el hombre, después de haber caído con él en el pecado y en la materia. De este modo, después de presentarnos los más tristes cuadros de la naturaleza aterrada por el mal, nos lleva Schelling á una solución final, que es de un modo incontestable una especie de optimismo teológico. Esta es también, con otra forma, la última



conclusión de Hegel sobre el valor del mundo y de la vida. La idea, dividida y confusa al principio, tiende á reconstituirse por efecto de la conciencia del mundo. Esta conversión del espíritu, este proceso del mundo que se continúa sin cesar á través del drama variable de los hechos, es lo que constituye la verdadera teodicea, la justificación de Dios en la historia.

Esto es evidentemente optimismo, el de la evolución universal y del progreso necesario: en todas estas doctrinas hay un fin determinado atribuido al movimiento del universo; una razón divina envuelve como con un manto misterioso todos los fenómenos, hasta los más insignificantes y más extraños, de la naturaleza y de la historia, y atrayéndolos en series determinadas, impide que obren al azar ó se pierdan en la inutilidad; es un orden, providencial á su manera, que se cumple siempre que el pensador, al llegar al verdadero punto de vista, se convierte en testigo inteligente. Leibnitz, Kant, Hegel, habían sido sucesivamente los maestros, pero todos le conducían y le mantenían en vías paralelas al final de las cuales apercibe la razón un fin digno de ella, digno de que se venzan los obstáculos y los peligros del camino, digno de que el hombre lleve sin quejarse el peso de sus días, la enorme carga de miserias y de aficciones. Estas ideas han dominado el espíritu alemán en la primera mitad del siglo.

Ahora parece que toda la Alemania filosófica lleva una dirección contraria. ¿No es más que una moda pasajera, un

capricho de imaginación, una rebelión contra los abusos de la dialéctica trascendental, una reacción violenta contra la tiranía especulativa de la idea, contra el despotismo de la evolución universal, á cambio de la cual no son nada las miserias individuales? Lo que sí es cierto es que las miserias individuales se revelaron un día, cansadas de servir á fines que no conocían; que los «destinos humanos» han acabado por volcar «el carro que los aplastaba con sus ruedas de acero». No pudiendo librarse del sufrimiento, han protestado contra las razones dialécticas que querían imponérselo como una necesidad saludable, y ha nacido el pesimismo. En la actualidad hay una literatura pesimista floreciente en Alemania, que ha intentado varias veces, con un éxito relativo, hacer excursiones y conquistas en las naciones vecinas. Y no son únicamente Schopenhauer y Hartmann, el uno ya célebre, el otro cuya notoriedad está creciendo todavía, los que resumen esta literatura, ó, mejor dicho, esta filosofía. Schopenhauer sigue siendo su jefe incontestable, y después de él está en segundo término, sin afectación de modestia, el joven sucesor que hemos designado, dispuesto, cuando le llegue el turno, á reemplazarle en el primer puesto y á tomar el bastón de mando, el cetro de ese reino. Pero las voces de los súbditos son numerosas y no cantan siempre unísonas; pretenden ser, en cierto modo, independientes, aunque en el fondo están ligadas por estrechos vínculos.



Entre los discípulos de Schopenhauer, al lado y por encima de M. de Hartmann, hay que citar á Frauenstaedt, á Taubert y á Julius Bahnsen. Frauenstaedt, que veneraba la memoria de Schopenhauer, y había publicado su correspondencia y sus conversaciones, trata, sin embargo, de suavizar algunos rasgos demasiado duros de la teoría, llegando á negar que convenga el término de pesimismo, en todo el rigor de su acepción, á un sistema que admite la posibilidad de destruir la voluntad y de sustraer de este modo al ser de los tormentos que ésta le impone. Esta tendencia á admitir el hecho de la miseria del mundo como inseparable del ser, y de buscar, sin embargo, en los límites del pesimismo fuentes de inesperado consuelo, se presenta todavía con más claridad en Taubert. En su libro *El Pesimismo y sus adversarios*, reconoce con Schopenhauer que el progreso aumenta y profundiza la conciencia del dolor sujeto al ser y de la ilusión de la felicidad, pero expresa la esperanza de que pueda triunfarse, en parte, de esta miseria por los esfuerzos combinados del género humano, que sometiendo cada vez más los deseos egoístas, darán al hombre la dicha de una paz absoluta y reducirán de este modo gran parte de la desgracia de la vida. «La misma melancolía del pesimismo—dice Taubert—se transforma, cuando se le examina de cerca, en uno de los más grandes consuelos que pueden ofrecérsenos: no sólo conduce nuestra imaginación más allá de los sufrimientos reales á que estamos destina-

dos, por lo cual hallamos ventaja al ver cuáles son los verdaderos, sino que, en cierto modo, aumenta los placeres que nos concede la vida y redobla nuestro goce.» La razón que alegan para explicarlo no carece de originalidad: «El pesimismo nos enseña que toda alegría es ilusoria, pero no se ocupa de la alegría en sí, la deja subsistir á pesar de su vanidad demostrada, y la encierra en un marco negro que hace resaltar mejor el cuadro.» Por último, insiste Taubert en el gran valor de los placeres intelectuales que el pesimismo, en su opinión, puede y debe reconocer, y que él coloca en una esfera superior «como las imágenes de los dioses, libres de todo cuidado y esparciendo su claridad sobre el tenebroso fondo de la vida, lleno de sufrimientos ó de alegrías que acaban en penas». M. James Sully dice que Taubert le hace el efecto de un optimista que ha caído, por distracción, en el pesimismo y que hace inútiles esfuerzos para salir de él.

Mientras Taubert representa la derecha del pesimismo, Julius Bahnsen representa la extrema izquierda de la doctrina. Así se presenta en su obra titulada *Filosofía de la historia*, y con más exageración aún en su libro reciente, con el terrible título: *Lo trágico como ley del mundo*. En todo lo que toca al pesimismo y al principio irracional de donde lo deriva, exagera el pensamiento de Schopenhauer. Para él, como para su maestro, es el mundo un tormento sin tregua, que lo absoluto se impone á sí mismo; pero va más allá



que su maestro al negar que haya finalidad, si siquiera inmanente, en la naturaleza, y que el orden de los fenómenos manifieste algún enlace lógico. No sólo sostiene el principio de la escuela, ó sea que toda existencia es necesariamente ilógica en sí, como manifestación de la voluntad, sino que para él es ilógica la existencia «tanto en su contenido como en su forma». Aun fuera de la sinrazón de la existencia, considerada en sí, hay una sinrazón fundamental en el orden de las cosas existentes. Se comprende que Bahnsen, al negar que la razón haya cooperado en el mundo, rechace la única fórmula de placer puro conservada por Schopenhauer: el placer de la contemplación intelectual y de la creación por el arte, el goce estético y científico. ¿Cómo ha de existir una dicha semejante en un mundo en que ya no hay ni orden lógico, ni armonía de ninguna especie, y sólo un caos de fenómenos y formas? Partiendo de esta base, la observación del universo y la representación de las formas en el arte, en vez de ser una fuente de placer tranquilo, sólo procurarán nuevos tormentos á un espíritu filosófico. La misma esperanza de volver á la nada, que es el remedio soberano propuesto por Schopenhauer á la humanidad doliente, es para Bahnsen una pura ilusión. «Su espíritu pesimista es tal — dice Hartmann — le apasiona de tal modo por todo lo que es desesperación, que siente turbada su tristeza absoluta cuando se le presenta una perspectiva de consuelo.» Podemos estar seguros esta vez

de que tocamos al último término, á la última evolución del pesimismo alemán. En esta ocasión se ha llevado la apuesta hasta el final, y si no es una apuesta, diremos que la locura del sistema es completa. Bahnsen puede decir con orgullo al pesimismo: «No irás más allá.»

El pesimismo, en efecto, ha retrocedido, aun en Hartmann, ante las consecuencias del principio, llevadas á la exageración. La filosofía del *Inconsciente* es una figura muy razonable, de una moderación ejemplar, al lado de doctrinas tan excéntricas. Alemania, que no carece de intrepidez especulativa ni de gusto para las aventuras de la idea, no ha seguido á Julius Bahnsen á esos extremos; ese famoso dialéctico de la *ilógica absoluta* se engolfa más y más en la soledad y en el vacío. El pesimismo no está destinado, sin duda, á conquistar el mundo de ese modo; pero con más habilidad y con formas más moderadas, tiende en la actualidad á apoderarse del espíritu germánico, atrayéndole por una especie de fascinación mágica y turbándole profundamente. Le falta todavía un vehículo poderoso: la enseñanza de las universidades, de lo cual se queja M. de Hartmann amargamente, pero eso vendrá con el tiempo, ¿por qué no? Mientras tanto hace el pesimismo su obra fuera de las universidades: las ediciones de Schopenhauer y de Hartmann aumentan de día en día. Este confiesa que si la filosofía á la cual ha consagrado toda su vida encuentra con más dificultad discípulos, en el sen-



tido estricto de la palabra, consigue en cambio más que ninguna otra doctrina, despertar la atención, el interés y el entusiasmo de ese inmenso auditorio, vago y flotante, que sin estar encerrado en una aula universitaria, tiene suficiente poder para hacer la reputación de los autores, el éxito de los libros y la fortuna de los sistemas. No faltan tampoco las contradicciones; abundan, y son vivas y apasionadas: basta recordar el nombre del ardiente y fogoso Duhring, que hace poco era *docent* en la universidad de Berlín. Estas discusiones, que han despertado la vida filosófica algo extinguida en Alemania y como ahogada por el ruido de las armas, demuestran la vitalidad creciente de la filosofía que tratan de combatir y de detener en su progreso: la viva curiosidad que despierta el pesimismo, la crítica encarnizada que prueba su éxito, son hechos que pueden hacerse constar y síntomas que deben estudiarse.

Nada parece al pronto más antipático al espíritu francés, que esta filosofía oscura en su principio, demasiado clara en sus consecuencias, que quita á la vida su valor y á la acción humana todo su influjo. La pasión por la luz, el amor á la lógica, el ardor por el trabajo, la costumbre y la actividad útiles, bastan para defendernos, de este lado del Rhin, contra esas influencias disolventes. Se ha iniciado, sin embargo, en nuestros tiempos este movimiento en Francia; varios síntomas del mal se han presenta-

do en espíritus á quienes el culto del ideal parecía que debiera haber preservado de semejante contagio. M. Alfred de Vigny, en los últimos años de su vida, cuyas fases pueden seguirse en sus poemas y en el *Diario de un poeta*, desligándose poco á poco de las inspiraciones religiosas de su juventud, buscaba un refugio sombrío en una especie de misantropía que se parecía mucho al pesimismo. Escribía pensamientos como éste, que puede leerse en su *Diario*: «La verdad sobre la vida es la desesperación.» Es verdad que añadía, sin comprender el alcance de esta restricción enorme: «La religión de Cristo es una religión de desesperación, porque desespera de la vida y sólo espera en la eternidad.» O también: «La contemplación de la desgracia da un placer interior al alma que proviene de su trabajo sobre la idea de la desgracia.» «Se suicida un joven. Dios le dice: «¿Qué has hecho? El alma responde á Dios: «Es para afligirte y castigarte. ¿Por qué me has creado en la desgracia? ¿Por qué has creado el mal del alma, el pecado, el mal del cuerpo, el dolor? ¿Querías contemplar por más tiempo el espectáculo de mis sufrimientos?» ¿Qué puede decirse de este pensamiento? «¿No es maravilloso que cuando se le dice al niño que ha de morir un día, no se acueste hasta que la muerte viene á buscarle? ¿Por qué trabaja si ha de convertirse en polvo?—¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué hemos venido al mundo? Pero basta, este es el único punto que no tiene contes-



tación.» Estas meditaciones lúgubres nos preparan para comprender las poesías publicadas después de su muerte bajo el título: *Los destinos*. Entre ellas se encuentra el extraño y terrible poema de *La Muerte del lobo*. El lobo, después de una lucha larguísima, acosado por la jauría y por los cazadores, se tumba en el suelo, «y sin averiguar cómo perece, cerrando sus enormes ojos, muere sin lanzar un quejido».

El poeta exclama al contemplar ese espectáculo:

«Yo te comprendo, viajero salvaje, tu última mirada me ha llegado al alma. Decía: «Si puedes, haz que tu espíritu, á fuerza de estudio y de meditación, llegue al alto grado de estoica vanidad á que he llegado yo, que he nacido en los bosques. Gemir, llorar, rezar, todo es igualmente cobarde. Cumple con energía tu larga y pesada tarea en la vida que la suerte te ha deparado, y después sufre como yo y muere sin hablar... Al contemplar lo que sobre la tierra sucede, sólo es grande el silencio; lo demás es debilidad.»

Después de esta crisis de misantropía absoluta ó de pesimismo agudo que había amargado la última parte de la vida del poeta, transcurrió en la historia de las letras francesas un intervalo bastante largo de silencio; el pesimismo parecía olvidado. Pero ahora reaparece entre nosotros esta filosofía de la desesperación. Más de una imaginación ardiente y turbada ha creído reconocerse en el acento amargo y altivo de un poeta de mucho ta-

lento, del autor de las *Poesías filosóficas*. Si se tratase de buscar la inspiración de estas poesías, no sería extraño encontrarla en *l'infelicitá*. Es un Leopardi francés, que casi iguala al otro por su vigor oratorio y su movimiento lírico. Véase la queja del hombre, cuando engañado por la naturaleza, la acusa y se arroja desesperado en la nada:

«Está decidido, sucumbiré; y cuando dices ¡Aspiro! te contesto: Yo sufro, desvalido y ensangrentado; y todos los que nacen y respiran repiten á coro ese grito desgarrador.

»Si, yo sufro, y tú tienes la culpa, madre que me exterminas, hiriéndome en el mismo corazón. Todo mi ser tiene sus raíces adheridas al dolor.

»Qué alegría tan inmensa, después de tanto sufrimiento, poder dar el grito de libertad á través de tanta ruina: «¡Ya no hay hombres debajo del cielo, somos los últimos!»

Algunos poetas contemporáneos han repetido este grito feroz. Parece que el pesimismo ofrece á la imaginación de los poetas un atractivo particular: es como un nuevo género de romanticismo que renueva el tema de sus inspiraciones, un romanticismo filosófico que nace cuando el otro se ha agotado.

Si la voz de Leopardi ha encontrado en Francia profundos y dolorosos ecos, la de Schopenhauer ha tenido también su resonancia, y ha movido bastantes conciencias.

Nada nuevo decimos á nuestros lectores recordando que los diálogos *filosóficos*, recientemente publicados, tie-



nen un color pronunciado de pesimismo. No se trata ya de una de esas teorías violentas, que pretenden resolver de un golpe el enigma total, y se contentan con revolver contra sí mismo el dogmatismo de los optimistas, oponiendo un fin negativo ó la ausencia de fin á los fines racionales y divinos, y el desprecio absoluto de la vida al aprecio en que racionalmente deben tenerla los hombres. Hay atenuaciones, restricciones de toda especie, hasta apariencias de contradicción á la idea pesimista, que parece haber sido la gran tentación del autor cuando meditaba ó escribía; estos conflictos de pensamientos contrarios, expresados con una sinceridad á veces dramática, no constituyen uno de los menores atractivos de esta obra imponente. Pero no puede negarse que á las influencias que entonces dominaban, de Kant y de Schelling, se haya mezclado en la inspiración de ese libro la influencia de Schopenhauer. La lucha de esos dos espíritus se ve claramente en todas las páginas del libro, á menudo más de una vez en la misma página.

Kant inspira algunos pensamientos hermosísimos sobre la vida humana y sobre el mundo mismo, inexplicables

sin la finalidad moral, ó bien confesando que lo mejor que hay en el mundo es la bondad, y que «la mejor base de la bondad es la admisión de un orden providencial que lo coloque todo en su lugar, para que todo sea útil y necesario». Schelling domina en algunas páginas y recobra su imperio á través de las inquietudes y de los desfallecimientos, cuando nos dice: «El universo tiene un fin ideal y sirve á un fin divino; no es sólo una agitación estéril, cuyo resultado final es cero. El fin del mundo es que reine la razón»; ó también: «La filosofía de las causas finales sólo es errónea en la forma. Basta colocar en la categoría del *fieri* de la evolución lenta, lo que la filosofía colocaba en la categoría del ser y de la creación.» Pero estas claridades serenas no duran y se apagan gradualmente en las sombras del pesimismo. Hasta en la parte del libro consagrada á las *Certidumbres*, domina la idea lúgubre de una broma gigantesca hecha á costa de la naturaleza humana, que la sujeta con sus terribles lazos y la lleva por la persuasión ó por la fuerza á fines desconocidos á través del obstáculo y del sufrimiento.

E. CARO.

(Se continuará.)



## FILIGRANAS

---

Hay en tu faz peregrina  
Hechizo más ideal  
Que en el lindo madrigal  
De Gutierre de Cetina.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS.

---

Del cielo azul la limpia transparencia  
Siempre esté en el cristal de tu conciencia.

---

Niña de la crencha blonda,  
Por tu amor diera un sultán,  
Cuantos diamantes tiene Golconda,  
Todas las suras que trae el Korán.

---

Si á concurso de estrellas un día  
Convocar se le antoja al Señor,  
A tus ojos no habrá, vida mía,  
Quien ose quitarles el premio de honor.

RICARDO PALMA.



# RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

---

Momento del centenario.—Universalidad de la celebración.—Homenajes á Colón y á España.—En Francia.—En Inglaterra.—En los Estados Unidos de América.—En las repúblicas del Centro y Sur.—Singularidades de Santo Domingo.—Grandezas de Génova.—Acontecimiento musical, la ópera *Cristoforo Colombo*.—Salto á España.—Huelva.—Privilegios de ocasión.—Congreso de americanistas.—Viaje de la familia real.—Honosres inusitados.—Espectáculo naval grandioso.—Figuran las carabelas.—El *Sapolio* y, su capitán.—Impresión de un marinero onubense.—La mejor acción.—Acto de clemencia de S. M.—Alegría en todas partes.—Libros en abundancia.

**H**a tocado á la generación presente asistir, en el transcurso del mes de Octubre, á un suceso sin igual en la historia del universo. El género humano, unánime por excepción momentánea en ideas y sentimientos, lo mismo en los archipiélagos oceánicos que en el de la clásica Grecia, en las faldas de los Aleanis como en las de los Andes ó del Atlas, en Tasmania, el Japón y Persia, desde las estepas rusas á las de los hotentotes, desde los hielos del Hudson á los desiertos de la Patagonia, formando masa conjunta con los hombres de razas, lenguas, religiones y costumbres diversas que pueblan el mundo, ha celebrado con entusiasmo y alegría la primera fiesta común de la civilización, conmemorando el momento supremo en que la obra del Creador se ofreció completa á la admiración de las criaturas.

El eco ha repetido sin cesar el nombre de Cristóbal Colón, iniciador, instrumento y símbolo de la empresa incomparable que había de revelar el hemisferio oculto de la tierra, y unida inseparablemente á la invocación del inmortal navegante la del pueblo que le dió acogida y medios, el nombre de España ha sonado también por todas partes, pronunciado con gloriosa entonación que halaga al legítimo orgullo nacional.

Mucho se han diferenciado las manifestaciones, por más que idéntico pensamiento las originara y dirigiera en los Estados cultos. En Francia han sobresalido las funciones religiosas, cumpliéndose con pompa las indicaciones contenidas en la encíclica de Su Santidad León XIII. Los más distinguidos oradores sagrados han tomado á cargo la exposición de las virtudes cristianas de Colón, durante la traba-



josa misión providencial á que estuvo llamado, señalándose por la elocuente peroración los Padres Dominicos Feuillette, en la catedral de París, y Didon en la de Ruan; Lyon, Auch, Limoges, han competido con Cambray, donde se recordaba que uno de los obispos de la diócesis, Pierre d'Ailly ó Aliaco, contribuyó á la inspiración del marino genovés con la *Imago mundi* de que se conserva ejemplar anotado por su mano en la Biblioteca Colombina de Sevilla.

Únicamente la ciudad de Calvi, en Córcega, no se ha contentado con la festividad en el templo, aferrada á los argumentos especiosos de los presbíteros Casanova y Peretti, discutidos y aun ridiculizados de sobra. Allí no es dudoso que Cristóbal Colón nació en la calle *del Filo* el año 1441. Amparada la opinión con la autoridad de *La Gazette de France* (1) contra los contradictores, y dejando que los de Saona y de Génova continúen su larga disputa (2), han celebrado el centenario con arcos de triunfo, iluminaciones y banderas, cimentando el monumento aprobado por decreto del presidente de la República de 6 de Agosto de 1882.

En Inglaterra se han reunido los españoles é hispano-americanos, frater-

nizando en banquete presidido por el embajador, que ha dado ocasión á discursos y felicitaciones transmitidas á la patria. El pueblo inglés, lo mismo que los del Norte de Europa, si bien asociados al acuerdo general y con representación oficial en nuestras solemnidades, por sí mismos sólo las han tenido de carácter literario.

Los Estados Unidos de América, marcando ostentosamente el origen de su existencia, fijaron por centro de la manifestación á la ciudad de Nueva York, emporio del comercio marítimo, acudiendo inmensa concurrencia. Hubo fuegos artificiales en el puente de Brooklyn, remedando las cataratas del Niágara; procesión escolar por las calles, artísticamente adornadas; revista naval, en que los buques de guerra de las naciones invitadas desfilaron en tres columnas, formando la del centro los italianos, españoles, ingleses y franceses, y las dos exteriores los anglo-americanos; iluminaciones espléndidas; cabalgata representando la prosperidad de América; función teatral, con gran espectáculo, de *El triunfo de Colón*; reuniones populares animadísimas. Se elogia entre los más notables atractivos el que ofrecían á la vista del público las tribunas, con jóvenes elegidas por su belleza, vestidas y colocadas de modo que asemejaban las listas y las estrellas de la bandera nacional.

Las colonias española é italiana han tomado parte señalada en los festejos, de los que no han llegado aquí todavía completos pormenores, y aun menos de las repúblicas del Centro y Sur de

(1) París 16 Octobre 1892. *Les fêtes de Calvi. La conclusion c'est qu'à ses debuts, comme au jour qui couronna de gloire sa carrière maritime, Christophe Colomb était de droit et de fait sujet Français.*

(2) *Cristoforo Colombo e la sua patria*, da Giuseppe A. Rocca. Savona, tip. A. Ricci, 1892, 8.º, 66 págs.

*Della patria di Cristophoro Colombo*, di J. B. Facio, Savona.



América, que han necesitado servirse del telégrafo para enviar el 12 de Octubre felicitaciones oficiales á España, con nobles y afectuosas frases.

Bueno sería que los hilos serviciales hubieran perdido su eficacia al transmitir en momentos tan gratos noticia que contrasta con las otras. Bueno fuera todavía que la desmintieran, modificando la impresión que han producido. Es el caso—dicen—que el presidente de la República dominicana ha propuesto al de la de los Estados Unidos la adquisición *de los verdaderos restos* de Cristóbal Colón, existentes en la catedral de la antigua isla Española, que serían trasladados á Washington, mediante la suma de cien mil pesos á título de buenos oficios. Sabido es que habían sido ya objeto de comercio en París las actas notariales y demás documentos con que se quiso acreditar el hallazgo de los huesos del Almirante y el error cometido por las autoridades españolas al llevarse á la Habana cenizas *de otro difunto*; si se confirmara (lo que no es de creer) que de aquéllas se hace también mercancía, singularísima y peregrina habría que juzgar la celebración del Centenario por los que tanto ruido hicieron en el mundo reivindicando la posesión de cosa que en tan poco estiman.

Génova deja memoria digna de la esplendidez y buen orden con que ha cumplido el programa de fiestas italianas. El fin ha correspondido á la serie de los actos que inauguró en el mes de Julio, ofreciendo continuos alicientes. Terminadas las tareas de los Con-

gresos científicos y literarios, é independientemente de los banquetes con que ordinariamente se despiden los asociados, se les citó á reunión general de clausura en la Universidad, presidiendo el duque de Génova. Hablaron representantes varios en sus lenguas propias: en árabe el de Egipto, en flamenco el belga; D. Julio Seguí lo hizo con aplauso en castellano, disertando acerca de los hechos con que Italia y España, unidas, han contribuido al avance de la civilización.

Otra ceremonia de carácter más general y solemne se verificó en el palacio de la antigua República genovesa en loor de su hijo predilecto, al tiempo en que todas las naciones le ofrecían tributo de admiración. El Sr. Antón Giulio Barrili, soldado, artista y poeta, condensó en oración elocuentísima los sentimientos más nobles del afecto, de la gratitud, del entusiasmo que despierta la vida del navegante insigne, conmoviendo tan hondamente al auditorio, que á voz en grito pidió al municipio de Génova decretase una corona al orador, llevado en palmas hasta el exterior del edificio, donde se le hizo ovación popular.

Por otro lado atrajo á las gentes el atrio del Liceo Colombo, adornado con plantas floridas, donde iba á inaugurarse nuevo monumento, costeadó por suscripción entre los estudiantes y profesores. Descorrióse el pabellón tricolor, con atronadora vocería, al son de la Marcha Real, apareciendo la estatua que figura á Cristóbal en el vigor de la edad, discurriendo sobre un mapa



geográfico la vía que había de conducirle á las tierras de Occidente. En el pedestal está escrito:

*Viro . Qui . Factis . Superavit . Gloriam . —  
Ut . Genius . Loci . Esset . — Lycaei . Antistes .  
Doctores . Alumni . Possuerunt .*

En la parte opuesta :

*Ludis . Saecularibus . Ob . Americam . Reper-  
tam . — IV . A . Id . Oct . An . MDCCCXCII .*

La estatua es obra del escultor florentino Francisco Caroni, discípulo de Augusto Rivalta.

Se celebró en la catedral de San Lorenzo la fiesta religiosa, oficiando el arzobispo, marqués Reggio, con asistencia de los arzobispos de Módena y de Colossi, los obispos de Adria, Sarsana, Bobbio, Fossano, Padua, Tortona, Volterra, Ventimiglia, Montepulciano, Pontremoli, Pitigliano, Massa Maritima, Dioclezianopoli y Magida, el clero parroquial y colegial. Asistieron los congresistas extranjeros con las autoridades y corporaciones, oyendo la misa de Cherubini á grande orquesta con el cuerpo coral de Turín, y el cántico *Te Deum*. Habíase puesto en el pórtico de la iglesia esta inscripción:

Il quarto centenario si compie

Dacché un genovese

Piantó la croce dell' umano riscatto

Nel nuovo mondo da lui discoperto.

Concittadini

Leviamo inni di gloria e di grazia

A Dio Ottimo Massimo

Perché abbia a quei popoli fatto risplendere

La luce del suo Vangelo

E collegato a tanto prodigio di misericordia

Il nome della patria nostra.

En el palacio municipal hubo recepción, solicitada por el cónsul general de Francia, con objeto de presentar á la ciudad una corona destinada al monumento de Colón, por la Sociedad Geográfica de París, la más antigua de su especie. Manifestó el cónsul que cumplía órdenes de su Gobierno asistiendo personalmente á este acto de simpatía y de homenaje.

Con brillantes iluminaciones significó la ciudad el fin de las fiestas, sobre todo en el recinto de la Exposición, fantásticamente dispuesto. Las bandas militares, reunidas, amenizaron la sesión en concierto para el que se había compuesto un himno magistral, más un *Waltzer dell' Esposizione Colombiana*, y porque la indigencia tuviera en la expansión parte, antes de dispersarse los concurrentes, á propuesta del marino señor D'Albertis, quedó acordada la fundación de un instituto hospitalario para hijos de marineros, con el nombre de Colón, reuniéndose en el acto sesenta mil liras para la primera piedra. Otra coincidencia con nuestras alegrías: al mismo tiempo fundaba en Chipiona, por iniciativa propia, el doctor Tolosa Latour, un establecimiento análogo; hospital sanatorio de niños necesitados de la marina.

Requiere especial indicación el estreno de la ópera *Cristoforo Colombo*, esperado con impaciencia suma, más de una vez suspendido por dificultades impensadas y al fin realizado como acontecimiento musical, no sólo ante el público inteligente de Génova, sino también del de Milán, que suele ser



juez de obras nuevas, y del de toda Italia, que en expresos trenes acudió á la audición.

Tuvo empeño el municipio en que una ópera escrita en honra de Colón formara parte del programa del Centenario de Génova, y con anticipación suficiente pidió á Giuseppe Verdi la composición. El ilustre maestro se excusó con razones atendibles, aconsejando se encomendara la obra á Alberto Franchetti, autor de *Asrael*, con seguridad del éxito, y seguido el aviso, se firmó contrato con el joven laureado el 20 de Mayo de 1889. Franchetti se entendió con los poetas de mayor crédito para escribir el libreto, eligiendo el presentado por Luis Illica, verdadero poema en que la imaginación no desfiguraba mucho al descubridor de las Indias, aunque no dejara de usar de licencias al presentarlo en escena como caudillo y gobernante, ya ante la reina *Isabella de Aragona*, ya entre los frailes de Salamanca, ya conversando con la reina Anacaona y con su hija Ignamota.

Lo que no pareció bien al maestro fué la división en actos y cuadros, que necesariamente habían de dar á la representación más tiempo del razonable: se modificó, por tanto, el plan, concluyéndolo con cuatro actos y un epílogo; mas las exigencias musicales requirieron nuevas y sucesivas alteraciones, tantas en número, que apenas quedó nada del libreto primitivo; nada casi de la espontaneidad ni de la inspiración del poeta, que, disgustado al fin, rompió la inteligencia con Fran-

chetti, negándose á dar paternidad á la obra adulterada. El compositor se vió en la necesidad de encomendar á otro literato las reformas que fueron después ocurriéndole, sabido lo cual se puso en duda que pudiera estar la partitura concluida para la fecha oportuna, y aun que llegara á concluirse nunca.

Aumentaba las dificultades el número y complicación de trajes y decoraciones, que en corto plazo se habían de estudiar y preparar, ofreciéndose á última hora la más grave, por enfermedad y ausencia del maestro Mancinelli, encargado de dirigir la orquesta. Sin embargo, para los primeros días de Octubre se hallaba todo dispuesto, anunciado el estreno y excitada la curiosidad en alto grado.

El aspecto del teatro *Carlo Felice*, colmado por la escogida concurrencia, era magnífico, é imponente la actitud que retrataba las impresiones del público. Ha quedado el libreto nuevo dividido en dos partes y epílogo; la primera, titulada *El Descubrimiento*, consta de dos actos, y de otros dos la segunda, nombrada la *La Conquista*; de modo que son cinco los de la obra, y como se pidiera repetición de algunos números, acabó la representación á las dos de la madrugada, fatigados muchos, soñolientos algunos, completamente satisfechos pocos, aunque los críticos inteligentes proclamaran en el momento y hayan escrito luego que es el *Colón* de Franchetti obra maestra y triunfo decisivo.

El acto segundo se desarrolla á bor-



do de la nao *Santa María*, navegando por el mar inexplorado. Un telón de catorce metros de altura y doscientos cincuenta y cuatro de longitud va pasando lentamente á vista del espectador, figurando los cambios atmosféricos, así como los de luz y oscuridad hasta el momento de aparecer en el horizonte la tierra que canta Rodrigo de Triana y va poco á poco presentando el grandioso paisaje americano. Están bien calculados los medios de acción para el efecto, y es excelente; con todo, no pudiendo dar á la nao sus verdaderas proporciones, resulta muy reducido el espacio en que se mueven los actores y no lo hay suficiente para el cuerpo de coros, quedando perjudicadas las escenas en que más lo requiere la composición. En los demás actos luce mejor la variedad y lujo de trajes y armas llevadas por frailes, cardenales, caballeros, dignatarios de las coronas de Castilla y de Aragón, soldados, marineros, inquisidores, guardias, trovadores, indios, sacerdotisas, como multitud de bellezas americanas un tanto poetizadas en el cuerpo de baile.

Se someterá próximamente la ópera á nueva prueba en la *Scala* de Milán.

Huelva ha tenido en España el privilegio de concentrar la atención que se debía al único edificio que nos queda de aquellos que albergaron á Colón, con la circunstancia de saberse, sin género de duda ni asomo de contradicción, que en su recinto tuvo raíz la empresa del descubrimiento, que en las inmediaciones se preparó la expedición famosa,

y allí las nuevas del éxito llegaron primero. Por todo ello se designó el convento de la Rábida, aunque humilde por la estrechez de sus celdas, como lugar de reunión del noveno Congreso de Americanistas, y no habrá que buscar razones que mejore expliquen la aceptación de la convocatoria por número de socios mayor que en cualquiera de las reuniones anteriores, y la presencia de tantas entidades de renombre universal en las ciencias y en la literatura, comprendiendo distinguidas señoras de Europa y America. La enumeración de unos pocos, Nordenskiöld, Czauran, Claparadé, Felknier Nutall, Storch, Panizzardi, Drapeyron, Cordier, Storm, Bosco, Zobrist, Dabbache, Hamy, Marcel, Cora, Adam, Fastenrath, Hoefinger, Oppert, Warren Currier, Luce, Cunha, Pector, Restrepo, Peralta...; de las damas, condesa Buvarof, Lelia Nutall, Acosta de Samper, Karr..., bastaría para dar idea de la brillantez del concurso.

Inauguró los trabajos el presidente del Consejo de ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, en el claustro del convento, con sentido discurso de bienvenida á los extranjeros, deteniéndose en la explicación de lo que significan y representan aquellos muros que las vicisitudes de cuatro siglos han respetado; aquellas pobres viviendas, aquel templo inteligentemente restaurado, aunque no del todo aún. Lamentó la ausencia de insignes colaboradores en Congresos anteriores que han pasado de este mundo, y en nombre de S. M. la Reina regente declaró



abierto el Congreso, aplaudido con entusiasmo.

Como presidente efectivo el señor D. Antonio María Fabié, y como secretario general D. Justo Zaragoza, han sostenido el peso de la congregación, llevando á cabo el programa de los temas. Acaso por la discusión no ha igualado este Congreso á otros en la importancia. La preocupación de los ánimos, la solemnidad de la ocasión, las fiestas que simultáneamente y sin cesar distraían y llamaban á diferentes sitios á los concurrentes, eran contrarias á la quietud y aislamiento requeridos por el estudio; mas si de momento vagaban las ideas, condensadas en las Memorias escritas que se han de publicar, procurarán realce á esta reunión novena como una de las más notables que la Asociación internacional cuenta en su historia. Probablemente se copiarán en ella las frases dedicadas por D. Emilio Castelar, en su nuevo libro, al lugar de reunión, diciendo:

« ¡Bendita celda de la Rábida! De la conferencia que en su recinto celebraron Colón, Marchena y Garci-Fernández, surgió un mundo: de la pobreza de un claustro, montañas de oro y plata; de la oscuridad de sus muros, el país que, andando el tiempo, había de ser cuna de la luz eléctrica, y de un insignificante monasterio, refugio de anacoretas, los primeros albores de una civilización que había de asombrar al viejo mundo con sus incesantes progresos y sus envidiables libertades.»

Por atracción del lugar bendecido acudió tras los americanistas el cuerpo

diplomático y tantos curiosos de fuera y dentro de España, que el ámbito de Huelva resultó estrecho y vino á ser cuestión de gravedad la de albergarse de cualquier modo, aunque la ciudad cuenta con buenos hoteles, empezando por el que lleva el nombre de Colón, cuya situación y condiciones, por rareza, en ninguna parte serán excedidas.

Faltaba, sin embargo, en los primeros días de Octubre algo que había de multiplicar la concurrencia, produciendo invasión de los vecinos de aquella provincia y las contiguas, y esto ocurrió á la llegada de S. M. el rey Alfonso XIII, acompañado de la Reina regente y de las augustas hermanas.

La familia real fué objeto de constante ovación en el viaje de Madrid á Cádiz, y de entusiasta acogida en la ciudad y puerto donde había de embarcarse. Esperábanla naves de las naciones amigas, formando escuadra con los tipos más acabados de la marina militar moderna. Por el orden alfabético en que fueron ordenados, con unánime beneplácito, se contaban buques de Alemania, Argentina, Austria, Dinamarca, Estados Unidos de América, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Méjico, Rusia y Portugal. El señor ministro de Marina, D. José María de Beránger, que formó y comunicó con gran acierto los planes de formación, marcha y evoluciones, reservó para la escuadra española la retaguardia, dando natural preferencia á los huéspedes.

Emprendió el yacht real la marcha al romper el día 10 de Octubre, abo-



cando la bahía en el momento en que comenzaba el sol á dorar los edificios de la bellísima ciudad de Cádiz, dándole espléndida visualidad, y ya por fuera estaban en correctísima formación de dos columnas los bajeles todos, engalanados con banderas, haciendo cabeza de la de babor ó izquierda el almirante de los Estados Unidos, y de la otra columna el almirante de Italia. El crucero *Conde de Venadito*, que conducía á SS. MM., gobernado por el ministro de Marina, entró entre las dos filas, pasando desde la cola á la cabeza, y los buques, uno á uno, saludaron con veintiún cañonazos, con la gente en las vergas y con la Marcha Real, al llegar á su costado. Una vez al frente de las dos columnas, marchó el *Venadito* en dirección á Huelva, siguiéndole en correctísima formación las dos columnas.

No pudiera el deseo idear más hermosa situación: el cielo sin mota que alterara el puro azul de la bóveda andaluza; el sol brillando con el tibio calor de otoño; la mar plácida; la brisa con el soplo cariñoso que bastaba para ondular las banderas por miles en los palos y vergas, dejando sobresalir á la española, que las otras en la ocasión honraban. Nunca se ha visto viaje real con escolta semejante. Por rareza se volverá á ver cosa parecida.

Al llegar á la barra de Huelva tomó el buque real la cabeza de la columna izquierda, y á esta señal convenida evolucionó admirablemente la otra, pasando á formar orden de fila en brevísimo espacio. SS. MM. recorrieron en-

tonces la línea, que tenía más de seis millas de extensión, repitiéndose el saludo general, y como á este tiempo saliera del puerto á recibirla la flotilla de buques menores y los vapores mercantes, colmados de gente, treinta y nueve de guerra y doce del comercio, singularizándose entre los últimos los de la Compañía Transatlántica y los de la casa de Ibarra, adornaron la mar y ensordecieron el aire con vivas, aclamaciones, cañonazos y músicas.

Lástima que tan grandioso espectáculo no tuviera los espectadores de que carecen los navales; ninguno hay comparable entre los que han solemnizado el Centenario.

Dentro del río, á inmediación de la Rábida, habían formado, y saludaron también con las lombardas y gente, la nao *Santa María*, de que he hecho mención en reseñas anteriores, y las carabelas *Pinta* y *Niña*, construidas por cuenta del gobierno de los Estados Unidos en Barcelona, según planos semejantes á los de la otra. En el viaje por el Mediterráneo se han portado marineramente; su aspecto es agradable en concepto arqueológico, y constituyen con la primera uno de los atractivos de curiosidad y estudio á la vez entre los de las fiestas del mundo. Por todas partes andan ya sus retratos; por doquiera se reproducen en pintura ó modelo, figurando en las ilustraciones, en los carteles, en las procesiones y aun en el teatro, como dicho queda al tratar de la ópera del maestro Franchetti.

La comisión que tuvo á cargo la



construcción de la *Santa María*, ha publicado una Memoria justificativa dando á conocer los datos de que se ha servido para cálculos y presupuestos en que por nada ha entrado lo arbitrario (1). Demandábanla los marinos, principalmente en Francia y en los Estados Unidos; en Italia ha sido ya considerado el asunto por el autor de la *Storia de la marina militare*, el señor A. V. Vecchi (2). S. M. la Reina Regente se dignó entrar á bordo, honrándola con su visita.

Cuando el buque real se dirigía al fondeadero de Palos, atrajo la atención, entre los vaporcitos y embarcaciones que esperaban el paso, un botecillo con bandera americana y un solo tripulante. Era el *Sapolio* conducido á Huelva desde el puerto de Atlantic City, en los Estados Unidos, por el capitán Andrews, en viaje de sesenta y ocho días que se tuviera por cuento si de la travesía no dieran testimonio los vapores transatlánticos, españoles, italianos, alemanes y portugueses, que sucesivamente cortaron su camino en el Océano ofreciéndole auxilios que no necesitó el heroico navegante. Para el práctico que piloteó la entrada en el

Odiel, marinero onubense, no es lo más de admirar que un hombre se haya lanzado al mar en un vaso de catorce piés de longitud, inseguro y frágil, sin más perspectiva ni cálculo utilitario que el de asistir á las fiestas del Centenario del descubrimiento de su país, en el lugar en que se armaron las carabelas de Colón, queriendo demostrar que eran navíos de alto bordo comparadas con el suyo; no le parece extraordinario retar á los temporales y á las olas, ni vencer los riesgos del golfo de las Yeguas, que para ello sirven el valor y la pericia del marino; lo que encuentra maravilloso, incomprensible, contra todo natural esfuerzo, es que haya ejemplar de persona que empequeñeciendo á los cartujos, pasara más de dos meses sin hablar, en soledad espantosa.

Rafael Infante (que así se llama el locuaz andaluz de la reflexión), juntamente con los más de sus convecinos de Huelva, han procurado al capitán Andrews amplia retribución del silencio, haciéndole repetir cien y cien veces los acontecimientos é impresiones de la navegación azarosa, sin escasear por su parte aplausos, aclamaciones... ni manzanilla.

Propalados los incidentes de boca en boca, ha compartido el bote *Sapolio* con las carabelas el favor popular, en la parte marítima de las fiestas de Huelva, la más ruidosa, por el cañoneo de tantas salvas; las de más brillo aun por la materialidad de las charreteras y uniformes de almirantes y oficiales. Los guardias marinas con-

(1) *La nao Santa María, capitana de Cristóbal Colón en el descubrimiento de las Indias Occidentales, reconstituida por iniciativa del ministerio de Marina y ley votada en Cortes, en el arsenal de la Carraca, para solemnidad del Centenario IV del suceso. Memoria de la comisión arqueológica ejecutiva.* Madrid, «Progreso editorial», fol. con láminas y planos.

(2) *L'armatella di scoperta* (Anno 1492). Roma, Forzani, 1892, 4.º, 35 páginas con grabados.



tribuyeron á ella esquiando canoas de cuatro remos en regata, que agradó mucho al rey, ya familiarizado con la vista de los jóvenes, que por antiguo privilegio dan la guardia interior de honor á la Majestad cuando embarca en buques españoles.

Las otras partes del programa en que se acredita la buena dirección, han dejado satisfechos á los concurrentes; las iluminaciones fueron notables; los banquetes, bailes y representaciones bien dispuestos; el orden y compostura, ejemplares; sobresaliendo en la procesión cívica, en que se exhibían los frutos de la producción local en tres carrozas artísticas montadas por Baco, Ceres y Plutón, acompañándolas los campesinos y artesanos con los útiles de su trabajo y los estandartes de agrupación. Huelva debe estar contenta.

S. M. la Reina Regente asistió complacida á todos los regocijos. Visitó detenidamente el convento de la Rábida; presenció la bendición del hermoso monumento erigido en la inmediación, que servirá en lo sucesivo como ejecutoria de las glorias del descubrimiento indiano; se detuvo en Palos y en Moguer, cunas de los Pinzones y de sus compañeros; presidió la clausura del Congreso de Americanistas y saludó á los ilustres miembros extranjeros y á los almirantes y oficiales de las escuadras, invitándoles á una velada gratísima.

Para memoria y solemnidad mayor de su presencia, el día 12 de Octubre, cumplidor del Centenario, firmó en la

Rábida decretos importantísimos; uno, autorizando al Gobierno para presentar á las Cortes proyecto de ley que declare perpetuamente la fiesta nacional; otro, volviendo á la Orden de San Francisco el convento que por siglos le perteneció, á título de insigne monumento histórico. Al duque de Veragua, sucesor del descubridor y primer almirante D. Cristóbal Colón, acordó el Toisón de Oro, la más preciada de las distinciones españolas; tratamiento de excelencia á las ciudades de Extremadura en que nacieron Cortés, Núñez de Balboa y Pizarro; recompensas honorosas al arquitecto restaurador D. Ricardo Velázquez y al ingeniero D. Luis Molini, con justificación, unánime y respetuosamente acogidas, si bien no tanto como el ejercicio de la más alta y noble de las prerrogativas de la corona; el acto generoso de indulto de la pena de muerte en favor de cinco sentenciados por los tribunales, que por sí grabará en los muros del edificio una memoria perdurable. No fué sola, sin embargo; el inmortal navegante ligur, sufrió persecución de la justicia; estuvo procesado, y oprimieron sus piés los grillos férreos destinados á los criminales, que el Príncipe de los Apóstoles, piedra angular de la Iglesia cristiana, llevó también, hasta que ángeles del cielo los rompieron. La mano augusta de Doña María Cristina abrió en la Rábida los de muchos pacientes, firmando indulto general que hará derramar lágrimas de gratitud á ellos y á sus familias.

Añádanse estos datos á los de la ins-



cripción del obelisco nuevo que redactó el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su iniciador, como sigue:

*«Año de mil ochocientos noventa y dos. Reinando D. Alfonso XIII, bajo la regencia de su madre Doña María Cristina de Austria, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, y para que aquí conmemore siempre tan fecundo y glorioso suceso, erigió España esta columna que domina el sitio desde donde las naves de Colón salieron al Océano en busca del desconocido hemisferio.»*

Pasó desde Huelva la corte á Sevilla, donde el recibimiento y las fiestas darán larga materia á los cronistas especialmente encargados de la descripción: en esta breve reseña de generalidades no más cabe el pormenor que el de las manifestaciones en las ciudades de Aragón visitadas por S. A. R. la infanta Doña Isabel; en las capitales de otras regiones, Córdoba, Málaga, Valencia, Cáceres, Canarias; en las que más inmediata relación tienen con la historia del descubrimiento y el descubridor, Salamanca, Granada, Barcelona, Valladolid; en cuantas han dado testimonio de admiración y rendido homenaje al almirante mayor de las Indias, multiplicando sus estatuas ó bustos, inscribiendo siquiera su nombre popular reverenciado, á más no poder, en alguna de las calles principales.

Simultáneamente con las galas, han ido apareciendo publicaciones con abundancia que exigirá libro especial, apéndice á la bibliografía formada por la Academia de la Historia, apuntando

el contenido. Los más compendian, á la par de los números extraordinarios de revistas y diarios, la expresión de sentimientos comunicados en discursos, conferencias y congregaciones durante las fiestas; el concepto popular del suceso; las ideas dominantes, no en todo de acuerdo con las que bizarramente y á tiempo sembraba el Sr. D. Angel Stor escribiendo (1): «No lo olvidemos: hay en la historia del descubrimiento de América un personaje más grande que Isabel y Fernando el Católico; más grande que Mendoza, Santángel, Deza, Marchena, Cabrero, Coloma y Pinzón; más grande que Colón mismo, porque no existe individuo que jamás sea capaz de lo que es capaz un pueblo. Este personaje es España, verdadero protagonista de aquella maravillosa epopeya.» Algunos sin duda lo han olvidado: si se clasificaran los impresos de estos días, habría que separar grupo de los que con excelente intención, pero con escaso conocimiento de la historia, bosquejan un Colón á lo divino, como se diría en los tiempos de Lope de Vega, y una España de que no parecen hijos los autores. A estos es aplicable la observación de crítico sesudo, del Sr. Menéndez y Pelayo, sentido al encontrar «tantas injurias como cada día oímos en boca de españoles, único pueblo del mundo que hace alarde y gala de renegar de sus progenitores, esperando sin duda conquistar por este fácil medio la libertad, la ciencia, el

(1) En *La Ilustración Española y Americana*.



respeto y consideración de las demás gentes, y toda especie de prosperidades y bienandanzas.»

De su ignorante expansión nos indemnizan estudios de extranjeros como el que el Sig. A. V. Vecchi (por otro concepto antes citado), titula *La leggenda della ingratitude spagnola verso Cristoforo Colombo*, comprendiendo la exposición de la vida de su compatriota, acabada con las frases que originales copio porque no las desvirtúe la traducción (1). «*Io penso che qualsivoglia scritto o da scriversi che accusi Spagna d'ingratitude, é un assoluta iniquità e che non può esser generata fuorché da ignoranza supina o da proterva malvagità.*»

Nos satisfacen también los juicios del sabio Alejandro Humboldt poco conocidos en España y que desde hoy lo serán por la *Biblioteca clásica*, habiendo dedicado el tomo CLXIII á su importante trabajo *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América. Historia de la Geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI. Obra escrita en francés*, traducida al castellano por don Luis Navarro (2).

De lo manoseado se apartan la *Historia del descubrimiento de América*, por D. Emilio Castelar (3), y *Cristóbal Co-*

*lón*, por D. Víctor Balaguer (1); recomiéndanlas los nombres de las portadas.

Oportunos libros del Centenario son las *Relaciones y Cartas de Cristóbal Colón* reproducidas á poco coste por la mencionada *Biblioteca clásica* (2) y el *Nobiliario de Conquistadores de Indias*, recopilado por la sociedad de Bibliófilos españoles y dado á la estampa con los escudos de armas esmeradamente cromolitografiados (3). Oportunísimos los que dan noticia ignorada de la ilustración española en el Continente americano, como la *Historia del Nuevo Mundo*, por el P. Bernabé Cobo, de la Compañía de Jesús, obra del siglo XVII publicada ahora por primera vez con notas é ilustraciones de D. Marcos Jiménez de la Espada (4), y la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, por el conde de la Viñaza, premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso de 1891 (5). Como las *Curiosidades bibliográficas y documentos inéditos. Homenaje del Archivo Hispalense al cuarto centenario del Nuevo Mundo* (6) y las con-

(1) Madrid, Progreso editorial, 1892. 8.º, 247 págs. en excelente papel.

(2) Viuda de Hernando, 1892. 8.º, 428 páginas.

(3) Madrid, Tello, 1892. 322 págs. y 50 láminas.

(4) Sociedad de Bibliófilos andaluces. Sevilla. Cuatro tomos 4.º. El último, que sirve de clave á los otros, se está concluyendo de imprimir.

(5) Impresa á expensas del Estado, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892. 4.º, 427 páginas.

(6) Sevilla, E. Rasco, 1892. 4.º, 53 páginas papel de hilo.

(1) *La Rassegna Nazionale*, Firenze, anno XIV. 1 Settembre 1892.

(2) Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892. 8.º, 398 págs.

(3) Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892. 4.º, 594 págs. La firma del autor con estampilla en la última.



tenidas en el tomo CIV de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*.

Tanto como agrada á los visitantes de acá ver entre las lápidas dedicadas á Colón en el Convento de la Rábida una, muy bella por cierto, que reza: «*Los médicos españoles á Garci-Fernández y al maestro Alonso*», tanto les satisface encontrar entre el cúmulo de generalidades, monografías honrosas, tales como *Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América*, por D. Miguel Mir, de la Academia Española (1); *Un catalá ilustre (Lo P. Bernat Boil)*, por D. J. Reig y Vilar-dell (2); *Los médicos Garci-Fernández y Diego Alvarez Chanca*, por el Dr. Calatraveño (3); *Datos biográficos de Rodrigo de Triana; cuyo verdadero nombre se dice fué Rodrigo Pérez de Acevedo, natural de Lepe, formados á petición del Ayuntamiento de Sevilla*, por su nomenclator Sr. Benavides (4).

Han salido de las prensas libros ó artículos de actualidad; la *Guía Colombina*, de D. Manuel Jorreto; *Indianos cacereños. Notas biográficas de los hijos de la Alta Extremadura que sirvieron en América durante el primer siglo de su conquista, escritas con motivo del cuarto centenario de su descubrimien-*

*to*, por D. Publio Hurtado (1). *La Iglesia y Colón*, por el P. Manuel F. Miguélez (2). *Cristóbal Colón misionero navegante de la fe. Apuntes históricos*, recopilados por A. M. Mizzi (3). *Al descubrimiento de América*, poema de D. Ramón Franquelo; *Colón*, poema de don Juan Tomás Salvany; *Colón*, poema de doña Carolina Valencia; *Glorias de la patria. El descubrimiento de América*, poema de D. José Mora Bellver; *Las carabelas de Colón*, walses de concierto por D. R. Agero.

En el número de aquellos con que la crítica no puede ser benévola, aunque reconozca la intención piadosa que los engendró, están los titulados *Vida, viajes y descubrimientos de Cristóbal Colón, gran almirante y virrey de las Indias*, por E. Leal y R. Campillo (4); *Colón, su vida y su muerte. Folleto escrito para el cuarto centenario del descubrimiento de América*, por Ambrosio Canel y Solana (5); *Homenaje á Cristóbal Colón, de la Orden Tercera de San Francisco, en el cuarto centenario del Nuevo Mundo, 12 de Octubre de 1492, fiesta de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; siendo Sumo Pontífice un es-*

(1) Palma de Mallorca, Amengual, 1892. 8.º, 93 págs.

(2) Barcelona, 1892. 16.º, 20 págs.

(3) En la *Revista de España* y en *La Correspondencia de España*.

(4) Publicados en *El Orden*, periódico de Sevilla.

(1) Barcelona, Luis Tasso, 1892, 8.º, 136 páginas.

(2) *La Ciudad de Dios*, Revista religiosa, científica y literaria, Octubre, 1892.

(3) Barcelona-Sarriá, Tip. Salesiana, 1892. 8.º, 49 págs. El autor ha publicado anteriormente dos ediciones en lengua italiana declarando que sigue los datos y juicios del conde Roselly de Lorgues.

(4) Madrid, Imp. de *El Liberal*, 1892, 16.º, 32 págs. Precio, 20 cénts.

(5) Madrid, Ducazcal, 1892, 16.º, 32 págs.



*pañol, Alejandro VI, y en el reinado de D. Fernando y doña Isabel, los primeros que se intitularon reyes de España y Católicos por antonomasia.* O. D. C., el Director de *La Cruz*, León Carbonero y Sol (1).

Cierro por de pronto la indicación bibliográfica con títulos de obras extranjeras.

*The Discovery of North America*, by Henry Harrisse.—London, H. Stevens and Son, 1892. 4.º, 800 págs.

*Compendio de historia de la América Central*, por el Ldo. Agustín Gómez Carrillo, obra premiada por la Academia de Honduras.—Madrid, Vda. de Hernando, 1892. 8.º, 286 págs.

*La scoperta dell' America, secondo un' opera turca del secolo XVI*, dal Dot. L. Bonelli.—Padova, tip. fratelli Gallina, 1892. 16.º 37 págs.

*Cogoletto non e la patria di Cristoforo Colombo, lo scopritore dell' America: lettera prima aperta a Gio Bartolomeo Faziola*: L. Centurini.—Genova, tip. dell' Instituto Sordimuti, 1892. 16.º, 7 páginas.

*The demarcation Line of Alexander VI*, by Edward Gailord Bourne (Extract

(1) *La Cruz*, Revista religiosa. Madrid, 19 Setiembre, 1892.

from the Iale Review), Boston, 1892.  
*Christophe Colomb et l' Université de Salamanque, traduit de l' espagnol*, par J. G. Magnabal.—Paris, E. Leroux, 1892. 8.º, 120, págs.

*Aemner og kuriositeter fra Columbus-tiden og Columbusliteraturen*, af H. Werthemeyer.—Kobenhavn, 1892. 8.º, 92 páginas papel de hilo.

*Paolo dal Pozzo Toscanelli iniziatore della scoperta d' America*, da Gustavo Uzielli.—Firenze, stabilimento tipog. fiorentino, 1892. 8.º, 247 págs.

*Alonso Sánchez de Huelva et la tradition qui lui attribue la découverte du Nouveau Monde*, par Emile Travers.—Caen, imp. H. Delesques, 1892. 8.º, 46 págs.

*Di Giovanni e Sebastiano Caboto*, memoria raccolte e documentate da F. Tarducci.—Venezia, fratelli Vizentini, 1892. 4.º, 429 págs.

*Le due Beatrice, Romanzo Colombiano*, di Antón Giulio Barrili.—Torino, 1892.

*El nombre de América*, por D. Julio Febres Cordero.—Mérida (Venezuela), imp. del Centenario, 1892.

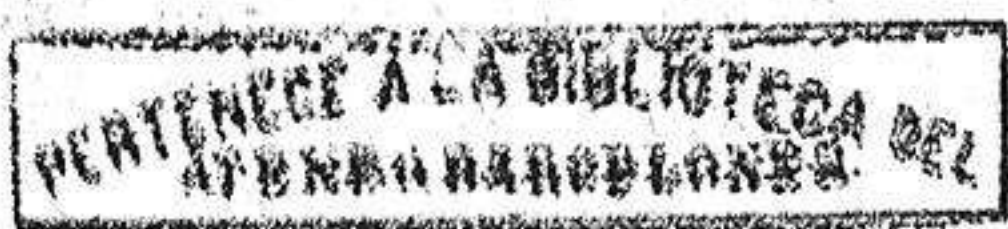
*Cristoforo Colombo nella Leggenda e nella Storia*, di Cesare de Lollis.—Milano, fratelli Treves, 1892. 8.º, 377 páginas.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.



# CRÓNICA INTERNACIONAL

Elecciones en Portugal y en Italia.—Necesidades múltiples de las sendas situaciones económicas en ambos pueblos.—Temores de una revolución general como el estado general de los intereses no mejore.—Ceguera del partido conservador español en este respecto.—Errores crasísimos del Gobierno francés en la huelga de Carmaux.—Suicidas resistencias de los poderes belgas al sufragio universal.—El Imperio alemán y el canciller cesante.—Luchas entre ambos.—Justo castigo á Bismarck por sus errores.—Las fiestas en honor de Lutero.—La reforma protestante.—Horrores en París y debilidad del Gobierno francés.—Conclusión.



I

**D**os Estados latinos hoy se hallan en pleno período electoral: el itálico y el portugués. Acaso por el crecimiento de los partidos extremos en el polo ártico y en el polo antártico de la política; ó acaso por la confusión proveniente en los partidos medios y gobernantes de una grande aproximación mutua, en la cual se han hecho más conservadores los liberales y más liberales los conservadores; sea por una razón ó sea por otra; lo cierto es que no hay gran distancia entre los combatientes y no acierta uno con la diferencia que distingue á Crispi de Rudini ó á Ferreira de Martins. Lo único de notar en las elecciones itálicas y lusitanas es lo mucho que le ha costado al Presidente del Consejo en Portugal sacar á los electores un acta y lo mucho que ha trascendido la oración del ex-ministro de Hacienda Colombo acerca de las economías indispensables al Tesoro italiano. Dígase cuanto se quiera; el período, que atraviesa hoy Europa, es un período, en su esencia, económico puramente. Problemas sociales, tratados mercantiles, arbitraje internacional, desarme; todo cuanto priva hoy en la opinión universal se nos aparece bajo su aspecto económico principalmente. Así, en vano Zanardelli habla de imperio del gobierno laico sobre la Iglesia católica; en vano Crispi se humaniza y admite una presidencia del Consejo bajo sus émulos y rivales; en vano Cavalloti propone nuevas orientaciones hacia su ideal progresivo: lo que todo el mundo pide y todo el mundo



desea es una sabia economía en los gastos y una grande regularidad en los ingresos que nos facilite y allane, cosa indispensable á todos, el tránsito desde un estado militar, como el que ahora impera con estos ejércitos innumerables, á un estado económico, como el que habrá de imperar cuando reemplacen los cambios á los combates. Y para penetrarse y convencerse del fundamento de mi aserto basta con recordar que los diputados de Alemania no se arriesgan á disminuir los años de servicio, porque tal disminución trae consigo aparejado un aumento de dispendios; que los proteccionistas franceses no bajan sus tarifas ante Suiza, siquier pudiera costarles cara cualquier inclinación hacia Germania de la neutralidad helvecia; que los políticos helenos, tan idealistas, no entienden hoy oportuno reclamar Creta ó Chipre ó Macedonia, sino procurar el descenso de los cambios y el ascenso de los valores; que Rusia no busca tanto en la República francesa batallones aliados de su ejército como mercados abiertos á sus empréstitos; que tras inspiraciones revolucionarias de otros días han venido sobre nosotros, por las reacciones materialistas, subsiguientes á los accesos de idealismo, los intereses con su realidad incontrastable y su natural aspecto prosáico y utilitario, sin que pueda ni el más espiritualista descñirse de la red que tienen tendida tales elementos con mallas apretadísimas á todo el mundo. Los futuros Parlamentos de Italia y Portugal, ¿hacen economías y combinan bien sus

presupuestos? Pues con piedra blanca señalaremos sus respectivas aperturas. Pero si continúan arruinando sus sendos tesoros, á fines del siglo XIX podrían traer por el régimen militar una catástrofe tan espantosa como la revolución que trajo el régimen feudal á fines del siglo pasado. Entonces también la constituyente había llegado á una evolución política, que llevaba en sí misma muchas promesas de duración; mas como la corte de Francia no supo completar el régimen político aquel con un buen régimen económico, y despreció la salvación ofrecida por un reformador, cual Turgot, verdaderamente abrió á sus piés el abismo de las revoluciones y tuvo que subir del trono al cadalso. Hace pocos días hablaban los periódicos de apremios germánicos á Portugal para el pago de sus obligaciones con los súbditos alemanes, y hasta del embargo de un ferrocarril ó de su consagración á estos pagos. Ya sabemos que todo esto es, no sólo dificultoso, inverosímil. Pero si las naciones apuradas dispendian su tesoro en fortalezas y armamentos y acorazados contra un enemigo problemático, y luego se les entra por las puertas un sindicato extranjero de acreedores, como le sucedió al Egipto, han hecho un viaje redondo.

## II

No hay medio de meter tales ideas en la mollera de los conservadores his-



panos, que os hablan, como de un bien apreciable, del aumento en los cambios y de la ruptura mercantil con Francia. La nación se queja, como puede, á los cuatro vientos, de su estado económico; y no significan otra cosa que amargas quejas é imperiosas advertencias esos motines diarios contra los consumos y contra los caciques. Nadie se propone derribar con violencia los ministerios; y á cada paso hay un motín violentísimo contra los municipios. Y este motín quiere decir que forcejea el pueblo bajo la cadena de aquella parte del fisco que más de cerca le toca, y aborrece de todo corazón al delegado de los partidos que más de cerca lo explotan y oprimen. Como el estado económico no se mejora, poco habremos hecho con la mejora del estado político. De aquí mi monomanía de ahora, la monomanía del presupuesto de la paz, el cual no está reñido con el sostén de aquella fuerza indispensable á mantener dentro el orden público y fuera la neutralidad internacional. Y á esto atribuyo ahora yo la descomposición súbita en que ha entrado el viejo partido conservador, tan compacto antes, al olvido del ministerio y fin traídos al Gobierno. Cuando combatía por el orden, como llenaba y satisfacía una grande necesidad social, estaba vigoroso. Pero como ahora debe cumplirse y satisfacerse una grande necesidad económica, y no quiere desasirse de sus viejas tradiciones, ha marrado á su destino y descompuéstose por necesidad en una irremediable descomposición. Todo le ha salido mal y

todo se ha vuelto en contra suya. Su régimen proteccionista en economía únicamente nos trae la ruina y el hambre. Su afán de acrecentar fortalezas, acorazados, contingentes, nos impele á la bancarrota con incontrastable impulso. Pensaba encontrar una rehabilitación en el Centenario y sólo ha encontrado una sima. Por querer dividir las fiestas, ha tropezado con una desorganización espantosa en esta fácil materia, que le ha traído sendos desórdenes en Madrid y en Granada, de los cuales no han salido muy bien por cierto, ni la unidad del partido conservador, ni la influencia del poder monárquico. Yo creo que un orador tan elocuente y persuasivo, como el señor Cánovas, no ha mostrado á la Reina de relieve todo cuanto significa Granada en la historia de nuestra gloriosa España, y con especialidad en el poema de nuestros poemas, en la historia del descubrimiento de América. La dinastía pudo no ir á Cádiz, no ir á Sevilla, no ir á Palos; pero debió, ante todo y sobre todo, ir á Granada. O estos recuerdos, como dice algun krausistón de los que atropellan el sentido común á la continua, no significan cosa ninguna, ó significando mucho, como creemos todos, en Palos brillan más que los reyes Juan Pérez y Pinzón, en Cádiz ó el Puerto más que los reyes los Medinacelis, en Sevilla más que los reyes los Geraldinis ó los Medinasidonias, en Salamanca más que los reyes los Dezas, en Segovia más que los reyes los Moyas, en Toledo más que los reyes los Mendozas, en Burgos más



que los reyes los Ferreres, en Aragón más que los reyes los Santángelos; donde los reyes brillan hasta ofuscarlo y oscurecerlo todo es en la Vega de Granada y en el Real de Santa Fé, cuando en el mismo año coincide con el remate de la reconquista secular el encuentro de la nueva creación. ¿Por qué no han ido los reyes á Granada? ¡Oh! Averígüelo Vargas. ¿Dónde ha estado la falta moral cometida en tal omisión incomprensible? No queremos buscarla, pero lo cierto es que con las deficiencias de los festejos en Madrid y con el apartamiento y dejación de Granada, nuestro Gobierno se ha traído encima una cosecha de contratiempos la cual que pudiera producirle bien pronto una crisis muy honda, y traerle, como resultado natural, una muerte bien triste. No surge cuestión que deje de ocasionarle algún tropiezo y grande. Nada más fácil que haber salvado todas las dificultades traídas por los Congresos con el criterio de la libertad. Disuelve ilegalmente un Congreso, como el Congreso de librepensadores, comparable al Congreso de espiritistas por su inocencia, y luego deja que lancen los católicos la voz subversiva, cuyos ecos aclaman Rey al Papa, con detrimento del derecho de un Estado amigo. Así, no encuentra qué responder á las reclamaciones de Italia, cuando tan fácil hubiera sido argüirle con la naturaleza de nuestras instituciones, y el espíritu de nuestras leyes, los cuales, así como no permiten irle á la mano al ciego ateo, no permiten irle á la mano al fanático reac-

cionario. Vamos; están los conservadores abandonados de Dios.

### III

Cuanto más envejezco en la experiencia de los negocios públicos, menos desisto de mi culto al principio de libertad, según y conforme lo profesara yo en mis primeros años. Y no hay esfera donde se conozca la vitalidad de tal principio, como en la esfera tempestuosísima de los problemas sociales. En vano se dan de calabazadas los estadistas por formular en leyes lo que podrá el Estado hacer á favor de los jornaleros y en aumento de los jornales: todas las disposiciones arbitradas con este santo fin dañan mucho, y las mejores aparecen aquellas que no sirven para maldita de Dios la cosa. Así, no hay por qué maravillarse ahora si anuncié yo, en lo tocante á la huelga de Carmaux, que todo lo embrollaría la increíble intervención del Gobierno; y, con efecto, lo ha embrollado todo; al demonio no se le ocurre, al demonio, en pueblo tan bien montado como Francia, donde los poderes públicos se hallan distinguidos por la Constitución y dentro de sus correspondientes límites, convertir el jefe natural de lo ejecutivo en juez y dar á sus sentencias un puro aspecto moral, destituyéndolas de fuerza de obligar material, aunque dictadas por un poder coercitivo; con lo cual se han barajado todas las nociones del derecho público y pro-



ducido una bien triste anarquía en todos los factores sociales, para la que no queda otro remedio en lo humano, sino la dictadura ó el despotismo. Despedir una empresa particular á un dependiente suyo, á un capataz, porque, nombrado alcalde, no dispone del tiempo necesario para desempeñar su oficio, y meterse de hoz y de coz el Gobierno en cosa tan difícil de arreglar por administración, como fácil de arreglar por pactos particulares, francamente me parece un fenómeno extrañísimo, sólo explicable por la influencia deletérea que la escuela radical, tan desatinada en sus principios y en sus procedimientos, ejerce hoy sobre los gobiernos de Francia. M. Loubet no debió encargarse nunca, por ningún motivo, del arbitraje casi judicial entre los trabajadores de las minas y los propietarios, enzarzados en unas competencias, sobre las cuales tiene la legislación civil sus reglas escritas, y entre las cuales únicamente puede mediar con autoridad propia y resultados positivos el poder judicial. Un presidente del Consejo, ministro de la Gobernación por añadidura, ejerciendo el ministerio judicial desde su departamento, político y solo político en su esencia, francamente, como deroga todas las nociones del derecho público moderno, perturba todos los intereses conservadores, eternamente representados por todos los gobiernos. Y no hay salida, siquiera afirme la prensa ministerial francesa que se ha encargado Loubet de la sentencia judicial entre los jor-

naleros y los propietarios de la mina por virtud y obra de su carácter de ciudadano y no por virtud y obra de su carácter de ministro. Esta distinción sofística me recuerda el distinguo de aquel célebre Papa guardador de cerdos, del Papa de las muletas, llamado Sixto V, quien, como un Cristo milagrero hiciera milagros á favor de los enemigos del Pontificado suyo, y sudara sangre roja en doble detrimento de su poder monárquico y de su poder espiritual, asió un martillo con fuerza, y yéndose á él con resolución, lo rompió en pedazos diciendo: «Como Cristo, te saludo; mas, como madero, te parto.» ¿Cuál medio se podrá emplear para dividir á M. Loubet en ciudadano y ministro, tratándose de materias que son públicas y de gobierno? La manía del sofisma se palpa con sólo detenerse á considerar cómo Loubet, ciudadano, nunca jamás hubiera podido, respecto de cosa tan tocante al poder público y á las facultades del Estado como las amnistías, prometer lo prometido y anunciado por M. Loubet, ministro. El caso, dígame cuanto se quiera, para cohonestarlo con cualquier broma de sentido común, ha indignado á unos y afligido á otros, entre los amantes de la libertad en Europa. Sólo han vencido en toda la línea los radicales, que han marchado de ceca en meca para interponerse con escándalo entre unos huelguistas amenazadores y un Gobierno amenazado, reteniendo las tropas aquí, allá posesionándose de las prefecturas, más lejos acometiendo con tales y tan ruidosas invasiones al poder ejecutivo y al



poder legislativo, que la indispensable autoridad del Estado queda por los sue- los y los huelguistas hacen aquello que les ha placido con riesgo del orden general y en detrimento de la obediencia por todos á los poderes públicos debida y de la sujeción del pueblo á las leyes. Como la sociedad produce cuanto necesita, mientras no haya verdadero gobierno en Francia, estarán los franceses amenazados del cesarismo y de la dictadura.

## IV

Hay muchas razones para quejarse de que Francia se incline con peligrosa inclinación á una izquierda, en la cual se ocultan innumerables abismos; y hay muchísimas razones más para quejarse de que Bélgica se incline con peligrosa inclinación á una derecha, en la cual se ocultan abismos de otro carácter no menos profundos y tristes. En la naturaleza cada cosa engendra su semejante y en la política engendra su contraria cada cosa. Así, las inclinaciones de Francia hoy hacia una revolución desmedida engendrarán una desmedida reacción; y las inclinaciones de Bélgica hacia una desmedida reacción engendrarán una desmedida revolución. Está en lo peligroso el Gobierno francés aceptando el socialismo autoritario y está en lo peligroso el Gobierno belga rechazando el sufragio universal. No hay medio de reducir la propiedad moderna individual á

un acervo común del que participen los trabajadores todos; mas tampoco hay medio de negar al pueblo la igualdad política, lógico y necesario complemento de la igualdad civil. En dando una sociedad á sus componentes idénticas condiciones de derecho y amparándolos por igual contra cualquier atentado á tal derecho, luego no necesita curarse del empleo de las facultades varias libres y del bien ó del mal aportado á cada uno por su propia natural actividad y su libérrimo albedrío. No debe un Gobierno como el francés entrar en las competencias entre jornaleros y capitalistas, sino para dar seguridad al derecho de las dos partes disidentes, cual no debe un Gobierno como el belga, proclamando la igualdad de deberes en la tributación al erario y en el servicio al Estado, oponerse luego á la igualdad de derechos en el campo electoral y en el Parlamento moderno. Sin embargo, Bélgica resiste aquello que no puede impedir. Mientras el pueblo aparece cada día más apasionado del voto popular, aparece cada día más enemigo el Gobierno. Todas las medidas de transacción propuestas por los jefes de las fracciones parlamentarias diversas han sido por la Cámara total rechazadas con una increíble arrogancia que retaba localmente al pueblo trabajador y comprometía mucho la suerte del orden público en lo por venir. La forma directa del sufragio popular existente hoy en España, y que reconoce á cada ciudadano mayor de edad y en el pleno ejercicio de sus derechos civi-



les el voto; la forma indirecta, los grados en sus diversas escalas, que dejan á una junta elegida por sufragio universal el ministerio de nombrar los diputados; la indeclinable abolición del censo propuesta por Janson, á pesar de no querer decir tanto como lo dicho por el voto personal y directo; hasta la condición de tener una vivienda particular para ejercer el derecho de sufragio como pasa en Inglaterra; todo ha sido rechazado por una Cámara ciega, la cual no ha caído en la cuenta de cómo se airan y enfurecen los pueblos si tienen razón y se la niega el poder. Así, los males hechos por los partidos refluyen allá en daño de la monarquía, la cual, por su propia irresponsabilidad, paga todos los desaguizados, cual muestra en este instante Bélgica, donde se han propuesto las muchedumbres de las grandes ciudades proferir un viva estentóreo al sufragio universal en cuanto divisen por cualquier parte la persona del monarca. Fiestas en público, reaperturas de las Cámaras, funciones regias en el teatro, todo aquello que signifique solemnidad cortesana ó que reúna gente altísima, veráse turbado por el clamor al sufragio universal, demostrativo del estado de violencia en que han entrado espíritus de suyo gobernables y pacíficos. El rey Leopoldo de Bélgica, debía recordar cómo su padre reinó hasta su muerte, desde el año 30, por haber cedido; y cómo su abuelo, Luis Felipe, cayó del trono en 48 por haberse resistido al sufragio universal. Y ahora, tras tantos lustros, en plena democracia, yendo las

sociedades cada día más desde los antiguos tipos militares y realistas al tipo trabajador y republicano; cuando el sufragio universal impera en Francia y en Alemania y en Suiza y en España, restringiéndose cada día más el antiguo privilegio en Italia y en Inglaterra, no tiene ninguna explicación plausible la tenacidad empleada para impedir esta reforma en el pueblo, que había pasado siempre por un modelo acabadísimo y perfecto de la libertad parlamentaria y constitucional en nuestro Continente, libertad constitucional, á cuyo evolutivo desarrollo se debiera la paz firmísima y la prosperidad creciente, tan lisonjera para sus leyes y sus instituciones. Corren iguales peligros, aunque por contrapuestas causas, Francia exagerando el sufragio universal y Bélgica resistiéndolo. Será muy vulgar el principio; pero no hay ninguno tan averiguado y cierto: el bien total está en dar á cada uno sus respectivos derechos.

## V

Y los pueblos libres deben aprender en cabeza ajena hoy, no exponiéndose á perder el bien más precioso de la vida: su facultad de gobernarse á sí mismos, por cuya virtud se preservan de toda dictadura y de todo cesarismo. Bajo ningún aspecto convida la experiencia de los germanos á la forma imperial del gobierno. Su joven César, aquejado de garrulidad constante; su



grande antiguo canciller, hoy reducido á continuas murmuraciones de vieja gruñona; su nuevo canciller, cada día más zaherido por el predecesor y más puesto en ridículo; las amenazas de una subida en el contingente, así activo como sedentario, á cuatro millones y medio de soldados; la cancerosa llaga del presupuesto, tan recrudecida; el socialismo, tan invasor; la disposición del pueblo al gobierno de sí mismo, disminuyendo en las parálisis y ataxias producidas por el desuso y por la inercia; una guerra en continuo relampagueo; bajo los piés un suelo subvertido por la revolución social; arriba la inteligencia entre Rusia y Francia, mientras abajo la utopía mesiánica del esclavo; la filosofía terrorizante de la fuerza bruta y de la fatalidad mecánica y de la lucha universal, imitada para mayor tristeza de los extraños, cuando Alemania guió hace apenas diez lustros el pensamiento filosófico europeo; sus letras, que maldicen á Francia y la imitan hasta en los extravíos zolescos ¡ah! son cosas para disgustar del cesarismo y para sugerir la creencia de que hay tanta distancia entre los imperios absolutos y las naciones libres, como entre los seres acuáticos que viven en atmósfera donde predomina el hidrógeno y los seres racionales que viven en atmósfera material donde predomina el oxígeno y en atmósfera moral donde predominan la libertad y la idea. Poco menos que de hipnótico ha calificado el gran Bismarck al joven Emperador y poco menos que de cabo,

al viejo Caprivi. Los ha puesto como no digan dueñas, de oro y azul. Quien apenas consentía ninguna oposición ó la castigaba con mano férrea, hoy se permite oponerse á todo y á todos en la más repulsiva forma de oposición, en coloquios escritos por los interrogantes reporters contemporáneos, tan curiosos como infieles y molestos. Todo lo critica él que todo lo ha hecho. A nada se conforma de cuanto y arbitra el Emperador después de habernos presentado el cesarismo como un cielo, cuando él en ese cielo tronaba, y como dioses los Césares que lo escuchaban y le obedecían. Las complacencias serviles con el estado mayor de los socialistas, compuesto de las numerosísimas cabezas doctorales y vacías, que forman la legión del socialismo llamado de la cátedra; la enemistad con Rusia, generada por sus servicios al Austria y á Inglaterra y aun á Francia en el Congreso de Berlín; los excesivos armamentos, bajo cuya pesadumbre toda la industria germánica padece y toda clase de trabajo marra y se frustra; el poco alcance de las facultades concedidas á los Parlamentos y el poco poder de la prensa, perseguida por procesos continuos, si digna é independiente, ó cohechada por los fondos reptilesco, si ministerial y oficiosa; todo cuanto ha constituido ese sistema, cuyos vacíos no podían llenar ni los aumentos del territorio, ni las vanaglorias del triunfo, ese sistema, del cual ha sido Bismarck primer factor, ayudado por la natural autoridad sobre los alemanes del emperador



Guillermo y por la competencia científica en materia militar del mariscal Moltke ¡ah! se viene al suelo, y porque cogen sus escombros, primero que á nadie, á su ciego arquitecto, se queja éste, sin comprender que más ha cogido y aplastado aún á su misérrimo pueblo. Pero lo más donoso del caso está en que, después de haber hablado á roso y belloso Bismarck y hecho la oposición á troche y moche; llamando al Emperador neurótico y al Canciller ranchero; después de haber partido en apertísima guerra contra todas las instituciones por él ideadas y contra todos los métodos políticos puestos por él en boga, se nos ofrece como un doctrino cabizbajo, que no levanta los ojos del suelo, y dice á quien quiere oírle cómo su militar uniforme le imposibilita para combatir al Gobierno y le constriñe á estar mudo é inerte, pues imposible penetrar en son de rebeldía, y como insubordinado, dentro del gran cuartel que se llama el Imperio de Alemania. Pero el Emperador y Caprivi no se lo han dejado decir dos veces; y según el telégrafo así que han oído de labios del ex-Canciller la bufona especie de la imposibilidad completa en que se halla de hacer la oposición, porque viste un uniforme militar, han convenido en desvestirlo de tal impedimento, hiriéndole do más le podía doler y retándolo al Parlamento. No hay tragedia con el interés de la historia. Una filosofía que se idea ó se piensa, no puede compararse con una filosofía que se vive y se practica. Este colosal estadista, devorado por los colosales

buitres salidos de sus propios colosales errores, más enormes que sus victorias cruentas y sus grandezas faraónicas, está sobre la picota, como titiritero en tablado, retorciéndose y blasfemando bajo tormentos de una expiación grandísima para él y de una enseñanza moral incalculable para todos.

## VI

Mientras así grita Bismarck, el Emperador celebra oficios religiosos conmemorando la estancia de Lutero en Witemberg, donde poco á poco el monje agustino ideó y rumió aquella Reforma protestante, de la cual debía surgir todo el poder prusiano y toda la influencia ejercida por el Norte sobre el Mediodía de Alemania. Cual nosotros, los españoles, glorificamos el año 400 de aquel 12 de Octubre casi litúrgico, en que Colón encontró el Nuevo Mundo, los alemanes luteranos, por su parte, celebran el año 375 de aquel 30 de Octubre litúrgico, en que Lutero quemara la bula del Pontífice León X referente á las indulgencias. Fecha de tal importancia, que ha fecundado casi el alma de la Germania moderna, bien merecía los homenajes ofrecidos por los avivados al relampagueo de aquellas tonantes y tempestuosas ideas, las cuales trascienden hasta innumerables generaciones, apartadísimas de ellas, como los efluvios de lejana irradiación magnética, ra-



diosos y difusos en el espacio infinito, mueven los imanes y los aceros perdidos en el abismo de los más opacos y más diminutos planetas. En la iglesia de Witemberg se conserva la tumba de Lutero; y aunque haya el propio luteranismo abrogado la reverencia y culto nuestro á las reliquias, no ha podido abolir el respeto y la veneración, ocultas en el fondo de la humanidad, hacia lo que recuerda un trascendental hecho histórico, y por ende tiene un gran poder moral. Visitada la iglesia de Witemberg, y venerado el cuerpo de tal revolucionario teólogo, en la intensidad permitida por la victoria de la revolución, hechura de su palabra; los emperadores de Alemania y sus reyes vasallos hanse creído en la obligación de ofrecer con otras festividades homenajes nuevos á Lutero. Todas estas ceremonias, en que la cabeza visible del pueblo alemán, ceñida por la corona cesárea, se levanta sobre los reyes sometidos, están por tal modo en las tradiciones germánicas, que ha debido reproducirlas en cuantas ocasiones se le han prestado de verdadera oportunidad, Wagner lo mismo al llegar el misterioso caballero Lohengrín, típico é ideal, en su carro de nácar tirado por gigantesco cisne, que al reunirse los maestros en el segundo acto del *Tannhauser* á cantar versos acompañados por las violas melodiosísimas. Así el regente de Brunswich, el príncipe de Meiningen, el gran duque de Oldemburgo acompañaban al Emperador en esta especie de ópera real y vívida,

formándole un coro, en el cual, acaso tengan menos resonancia su palabra que cualquier voz de corista en cualquier concertante clásico. Llegados todos al punto de reunión, á Witemberg, pasaron por la casa de la villa, muy respetada en Alemania siempre, y desde allí se dirigieron á la iglesia, entonando uno de los cánticos más sublimes que jamás se han oído en el mundo: la severa salmodia conocida con el nombre de Coral de Lutero. No recuerdo nada tan hermoso en música y canto como las serenatas andaluzas por una sola voz, seguida ó acompañada del respunteo de la guitarra, cuyas cuerdas lloran en cadencia unísona de una melodía y de una tristeza indecibles, las cuales dejan muy atrás en elegíaca sublimidad el treno y la guzla semíticos. Pero tampoco he oído en grandes masas vocales nada que se acerque á un coro alemán bien dirigido y cantado. Como el andaluz y el gallego han de cantar solos, aquél sus serenatas á la hora del ruiseñor, éste sus alboradas á la hora del gallo, los alemanes han de cantar en coro, y sus coros, tan disciplinados como sus ejércitos, superan en armonía de conjunto á todo imaginable concierto. El coral de Lutero, cantado por una población entera, os producirá los escalofríos y los sacudimientos de una emoción sublime. Y en Witemberg, animados por la fe religiosa de cada uno y el mutuo comunicativo entusiasmo de todos, resonaría con resonancia extraordinaria. Tras el coro popular por la calle y el oficio divino en la



iglesia, hubo un almuerzo en el hogar mismo que albergó á Lutero, secularizado por su abandono de la religión que le impuso su claustro, y unido en matrimonio á la monja secularizada también y célebre bajo el nombre de Catalina de Bora. En el almuerzo, asió Guillermo II la copa, donde tantas veces bebiera Lutero cerveza, y pronunció un verdadero brindis-sermón, lleno de pensamientos religiosos, expresivos de la confesión del dogma evangélico hecha en aquel día y en aquel sitio por sus labios imperiales, así como de la esperanza en que la libertad espiritual, por este dogma evangélico traída, será segura prenda de verdadera paz. Digámoslo ahora, puesto que tantas veces hemos criticado con acerbidad y acritud las palabras del joven César: su arenga, reflexiva y mesurada, correspondió tanto con el ministerio de quien las pronunciaba, como con aquella excepcional y solemne ocasión. Entre las fiestas religiosas también hubo fiestas laicas, y entre las fiestas laicas dos curiosísimas: una procesión histórica, compuesta de gentes vestidas á la usanza del tiempo solemnizado, y un drama casi litúrgico, hecho para colocar grande público en el hipódromo de la caballería que guarnece la ciudad. Nuestra malicia meridional no se ajusta jamás bien al desempeño de ciertos papeles, representados con una ingenuidad sencilla por el candor alemán. Plástica nuestra imaginación busca el ser efectivo tras el ser supuesto, mientras nebulosa la imaginación germánica gusta de la ideal in-

certidumbre como gusta de la vaganabla. Por eso, mientras en España se monta con dificultad una fiesta histórica de tal género, á causa de que nadie mira en una evocación de la reina Isabel, por ejemplo, la persona representada, sino la representante; nadie se acuerda en Alemania de que la tía fulana de tal barrio hace la madre de Lutero y que hace el tío fulano de tal otro barrio el elector Federico. Pero, ¿cómo decimos esto? Guillermo II ha sido en cierta medida y hasta cierto punto actor durante tales representaciones, pues en el drama religioso, historiando la vida de Lutero en acción, como cantaran los actores tres ensayadas estrofas del coral arriba recordado, el Emperador se puso de pié, y con la cabeza descubierta y erguida, la voz alta y resonante, los ojos puestos en el cielo y la mano en su espada, cantó con sus súbditos en un grandiosísimo coro. No se han malogrado estas festividades, cuando hase oído en todas ellas propósitos de respeto á la conciencia humana y á la libertad religiosa.

## VII

El hecho celebrado en esta festividad trascendió á todo el género humano y por lo mismo á todos nos interesa igualmente. Cada pueblo presenta el respectivo título y la respectiva obra en el juicio universal de la historia: Inglaterra el Parlamento moderno,



Francia la revolución política, España las revelaciones del cielo y del planeta con el Nuevo Mundo y el cielo austral adivinados por sus divinas intuiciones, Italia el renacimiento literario y artístico, Alemania la reforma religiosa. Conociéndolo así el emperador Guillermo, ha reivindicado este grande servicio para la tierra, que los caprichos del sistema hereditario sometieran á su absoluto poder y á su imperial cesárea voluntad. Pero, aun reconociendo cuanto la reforma hiciera en pro del bien común, precisa reconocer cómo en sus caracteres predominaron el interés local de aquella tierra y el temperamento fisiológico de aquella raza, mucho más que en los caracteres de las demás obras universales antes conmemoradas. Detengámonos un poco ante tal consideración. Los tiempos tomaban en la sazón, que han celebrado el Emperador y sus reyes, un aspecto bien terrible y una solemnidad bien grande. El deber de reformar la Iglesia, y aun la imprescindible necesidad, penetraban de suyo hasta en la corte romana, la cual parecía en aquel momento histórico, cual se dice ahora, una corte de Júpiter. Pero esta idea de la reforma no tenía, cuando Lutero comenzara sus predicaciones, á principios del siglo xvi, delante de sí, el tiempo y el espacio que tuviera cuando se presentaba pujantísima en los Concilios de Basilea y de Constanza, es decir, á mediados del siglo xv, en los Concilios, únicos dotados con fuerza bastante á evitar la revolución religiosa y traer la democracia cristiana.

Citábase para el otoño de 1516 el Concilio reformador en Letrán; y este Concilio, por la hora de su convocación, por el sitio y lugar de sus sesiones, por el decaimiento de la clerecía, por el predominio de los Papas, iba necesariamente á resultar, no un congreso de reformadores, un conventículo de cortesanos. Hablábase de una reforma del cuerpo eclesiástico en su cabeza y en sus miembros; pero nada se hacía por conseguirla. Lutero anunciaba á la multitud la inutilidad de aquella reunión, y como inútil con grandísima elocuencia la delataba en discurso consagrado á su amigo, el preboste de Leiszken, quien debía ir á Roma por aquel otoño y sentarse con derecho en el pontificio parlamento. Furgens, historiador de Lutero, trae tan importante discurso, en el cual proclama el reformador la obligación que tenían los sacerdotes católicos, dadas tan supremas circunstancias, de alcanzar la regeneración espiritual del pueblo por la divina palabra y por el santo ejemplo. Hubiera querido Lutero disponer de los fragores del rayo para mostrar con sináicos relampagueos y truenos y centellas esta verdad al pueblo sacerdotal y eclesiástico. Urgía, en su concepto, un remedio eficaz y pronto. La doctrina religiosa zozobraba en tradición muy confusa, y el pueblo perdía la luz de sus ojos en las supersticiones sobrepuestas á los dogmas. «Hagáis en el Concilio lo que os pida el gusto—exclamaba—no habréis hecho cosa ninguna, si no acer-táis con el medio de obligar á los sacer-



dotes al abandono de las tradiciones puramente humanas y á la predicación purísima é ingenua de los divinos Evangelios.» He ahí toda la filosofía que generaba este instante supremo; he ahí la idea que flotaba en los aires, en las conciencias, extendiéndose desde la raíz de la vida total hasta los altos cielos. En ninguna de las otras crisis históricas aparece tan claro como en ésta que descuidar la reforma equivale á traer la revolución. Cuando los Estados poderosísimos se formaban, y el feudalismo de la Edad Media se caía, sonaba la hora en el reloj de los tiempos, sonaba, sí, la hora providencial y suprema, de volver á las fuentes del Evangelio, y aplicar á la vida los apólogos y las enseñanzas del cristianismo renovado y viviente. Tres grandes cosas sobrevienen al mundo en aquella época genésica de principios del siglo XVI: un pontificado literario, un renacimiento artístico, una reforma religiosa. Estos tres grandes factores debían sumarse á una en la obra común de la humana cultura, y no dividirse, como se dividieron y separaron, para eterno dolor del mundo moderno y para eterna desgracia del linaje humano. Eran como el cuerpo y el alma, como el pensamiento y la voluntad, como la luz y el calor. Separarlos equivalía ciertamente á separar el tiempo de sus obras, el pensamiento de su acción, el principio de su consecuencia. El renacimiento podía ser artístico sin dejar de ser cristiano; la reforma podía ser cristiana sin dejar de ser universal y latina; el pontificado podía

ser máximo y uno y católico sin dejar de ser la presidencia de ortodoxa república. No pasó esto, y por no haber pasado, vinieron gravísimos desastres. El pontificado buscó, cada día más, en su necesidad de salvarse y defenderse, una organización propia de la defensa, una organización guerrera, jerárquica, déspota, una organización de combate, porque no hay definición de la guerra comparable á ésta: un despotismo colosal oponiéndose á otro colosal despotismo. La reforma, por su parte y á su vez, en el afán de cambiar el dogma sin cambiar la esencia del cristianismo; si bien trajo el principio de libérrimo examen, que nunca le agradecerá la humanidad bastante; si bien dió al pueblo la lectura de los libros santos, cayó en los dogmas agustinos, exageró la predestinación y la gracia, combatió la sabia doctrina pelagiana del libre albedrío en el momento mismo en que la resurrección de esta doctrina tenía hasta el carácter de verdadera oportunidad. Luego, declarada la reforma en abierta rebelión, tuvo que acudir al auxilio de los príncipes cristianos y tuvo que perder lo más necesario á su desarrollo: el espíritu democrático. Fué una iglesia oficial, una iglesia oficinesca, una iglesia monárquica la que debió ser una iglesia democrática, una iglesia liberal y una iglesia republicana. Luego adoleció del mal de todas las revoluciones, el mal de suscitar á los exagerados, de moverlos á ira, de lanzarlos al combate, generando la guerra de los campesinos, es decir, una



furiosa demagogia. No tuvo más que un bien, del cual todavía vive: tuvo los gérmenes depositados con la lectura é interpretación individual de los Evangelios, los gérmenes depositados en la conciencia de libre examen, protoplasma confuso de la moderna libertad espiritual.

### VIII

Quería echar un poco de agua en el vino apurado por Guillermo II, recordándole cómo, á la postre, había de traer el examen libre la República en su virtualidad natural, cuando me anuncian una horrible catástrofe sucedida en París y que los telegramas atribuyen á los anarquistas de Carmaux y yo atribuyo al gobierno de Loubet. No puede un Estado tratar como potencia beligerante á la insurrección escandalosa y prometerle asesinas complacencias, sin deshonorarse y sin trocar la sociedad humana en una sociedad puramente animal, de guerra entre todos, impulsados por los apetitos, y de combate á todo aquello que no sirva para la nutrición y la reproducción propias. Lo dije aquí en mis Revistas, desde los comienzos de las huelgas, al ver las increíbles debilidades del Gobierno francés, y su entrada de hoz y de coz dentro de aquello que no le concernía: las diferencias entre los propietarios de las minas y sus trabajadores: tantos errores de una y otra parte debían terminar en pavorosa catástro-

fe. Ya la tenéis. En cualquier bosque primitivo y en cualquier desierto africano es más fácil presentir, precaver, conjurar una de las naturales asechanzas contra la vida, que en la capital del mundo civilizado, gracias á la ignorancia crasísima de los peligros sociales existente hoy en el estadista colocado por su propia insignificancia y debilidad á la cabeza de un pueblo tan grande y tan digno de ser mejor gobernado como Francia. Queréis fomentar el radicalismo lleno de aspiraciones vagas socialistas; retener las tropas expedidas en represión de los desórdenes y en castigo de los desordenados; volver á su puesto un capataz, empeñadísimo en retenerlo, cuando no puede servirlo; amnistiar á revoltosos condenados en justicia y muchos de ellos reincidentes en crímenes; mandar comisiones officiosas, compuestas por hombres tan funestos como Clemenceau y Pelletan á los sublevados; meteros como árbitros en cuestiones que atañen á la fuerza pública si traen desórdenes, á los tribunales si traen litigios; y aún os extraña que los así alentados lleguen hasta el mayor de los crímenes y hagan saltar con los estallidos de sus máquinas infernales las casas de París y maten á trabajadores inocentes dejando en el mayor desamparo entregadas al naufragio social familias industriales y honradas, víctimas de violencias y atentados, que no pueden continuar sin exponeros á la inmediata recaída en el despotismo, encargado de impedir con bárbaros procedimientos el retroceso á la barbarie. Y luego, en



medio de las ruinas humeantes y sobre la sangre coagulada, con el hedor de los achicharrados en las narices y los átomos de los huesos encendidos por la erupción en el rostro, se atreve Loubet á imputar el crimen al pensamiento libre, á las reuniones, á los periódicos, al derecho, cuando hubiera bastado para impedirlo con obedecer á las leyes y no colocar la nacional administración y el poder público á las plantas del crimen. Mas, contemos los hechos. Alentados por las complacencias serviles que ha tenido con ellos el Gobierno francés, los anarquistas de Carmaux, como sabéis, mineros, amenazaban diariamente al Consejo de la Sociedad en su residencia de París, grande Avenida de la Opera, con la dinamita. Conociendo los administradores, por una larga y dolorosa experiencia, cuán fácil al desalmado es prescindir de la conciencia y acometer en su inconciencia un crimen grande, redoblaron las precauciones tomadas de antemano en los alrededores de la residencia social, que tiene sendas fachadas á dos calles. Con efecto, un dependiente de la sociedad, llamado Garín, encontró á la puerta del establecimiento cierta olla ó marmita, envuelta en viejo número usado de un periódico grande, al mediar el día 8 de Noviembre; y temeroso de que pudiera contener un explosivo, la llevó, en compañía de un guardia del servicio municipal diario, al despacho del comisario, sito tras los almacenes del grande Louvre. El petardo, como llamamos á estos explosivos en español, no podía estallar, según dicen los expertos en estas cosas, sino volviendo la olla en sentido contrario á como la dejó el criminal, boca arriba, en lugar de boca abajo, cual estaba en el sitio donde la colocaran. Debieron volverla en la Comisaría, y digo debieron, porque no queda testigo alguno de la catástrofe, pues, á guisa de cráter en erupción, estalló la marmita con estruendo y todo lo devastó con furia. Cayeron los suelos, saltaron los techos, derrumbáronse las paredes; el fuego prendió las vigas, carbonizándolas como por un incendio; una especie de lava en torbellino calcinó las piedras; y entre tantas ruinas causadas por las explosiones perecieron de súbito cuantos estaban próximos del foco de la catástrofe, del terrible devastador explosivo. Al ruido que armó, cayeron casi todos los cristales del barrio; y al humo y al polvo cegáronse muchos de los transeuntes á muchísimos pasos de distancia. No parecía producto artificial aquello de la perversidad humana; parecía terremoto, huracán, ciclón, todo, menos la obra de una mano criminal y oculta con fuerzas casi diabólicas para la destrucción y para el mal. El espectáculo que ofrecía la sangre coagulada y como frita en aceite hirviendo; las cenizas humanas dispersas en átomos negros; los huesos rotos y á medio calcinar; aquí un montón de intestinos semique- mados, allí unas tripas enroscadas como serpientes, más lejos los cuerpos separados de sus cabezas, y las cabezas rodando con los ojos y las lenguas de fuera espantaban como si por un mo-



vimiento demoníaco hubieran surgido al aire vital y á la luz diurna los horrores inventados para castigo de los réprobos en la tormentosa y cruelísima Edad Media. El dependiente de la Compañía que celaba el edificio de su Consejo y recogiera el explosivo en las aceras; el guardia de orden público que le acompañaba y á su lado iba en el trayecto á la calle de Bons Enfants desde la Grande Opera; el escribiente de la inspección que se graduó uno de los días últimos y entró allí desempeñando modesto destino; los guardias de la paz que iban en espera de órdenes; hasta un ratero detenido en el cajón de la policía; todos murieron entre los escombros lanzados por el horroroso estallido. Unicamente la portera del establecimiento y su hija, quienes almorzaban en aquella hora con tranquilidad, pudieron eximirse y escaparse á la catástrofe que hizo estremecer las sillas y saltar la mesa y caer los cristales, pero que las preservó por un verdadero milagro. Cuando llegó el imprevisor ministro de la Gobernación, avisado por el ruido material y el escándalo popular, aún humeaba la catástrofe. Uno de los guardias, que le acompañaban en aquel instante, cayó muerto al terror causado en su ánimo por la emoción. Quien debió morirse fué, con seguridad, el ministro, si tuviera un escrúpulo de sentimiento y otro escrúpulo de conciencia en los dos sentidos dados por nuestro lenguaje á la palabra escrúpulo. Reunidas las Cámaras, el estupor llegó á su colmo. Y, sin embargo, aún hubo socialista que dijo una gracia de tigre, y socialista que intentó diferenciar su horroroso sistema del principio anarquista, cual si una sombra no se pareciese á otra sombra en las tinieblas del mundo. Hubo necesidad imprescindible de prestar por el pronto apoyo al Gobierno y darle un voto de verdadera confianza. Mas el diputado conservador Delafosse, dijo todo cuanto latía en las sienes y en el pulso de los allí reunidos, cuando dijo que debía irse de prisa el Gobierno y dejar aquel puesto á quien deseara gobernar. Parece imposible tuviera todavía tanto cuajo M. Loubet que se atreviese sin empacho á dar tras las públicas libertades, inocentes de todo, en vez de dar tras su propia incapacidad generadora de los desastres. Siendo la República el mejor gobierno ¡ah! no puede hallarse, no, en las peores manos. Y llamo peores á los jefes de la política francesa, no por malos, por débiles. El mundo necesita, franceses, que salvéis la democracia, la libertad, la República, con una mayoría parlamentaria conservadora y un sólido Gobierno.

EMILIO CASTELAR.



## IMPRESIONES LITERARIAS

---

Castelar y su último libro. — *Polémicas y Estudios literarios*, por Doña Emilia Pardo Bazán. — Estreno en la Princesa.

**N**o ha habido en España en todo lo que va de siglo, nombre más ensalzado que el nombre de Castelar. ¿Quién no recuerda lo que acontecía allá por los años que siguieron á la revolución de Setiembre? Cuando el tribuno de la democracia hablaba en el Congreso, las puertas del palacio de las Cortes eran entradas por la multitud poco menos que á viva fuerza. La vispera dormía la gente en las inmediaciones del edificio á fin de posesionarse con tiempo de un sitio desde donde oír al insigne orador. Sus discursos, reproducidos por cien periódicos, eran arrebatados de manos de los vendedores, y en provincias á cada triunfo oratorio, consecuencia obligada de todas las oraciones parlamentarias de Castelar, era cosa de ver en plazas, en cafés, en paseos, corros numerosos de ciudadanos, como entonces se decían, oyen-

do, entusiasmados, á un lector de buenos pulmones leer á voz en cuello los hermosísimos períodos esculpados por la maravillosa palabra de nuestro gran tribuno. Con verdad puede decirse que era el nombre de Castelar lo que en el siglo de oro fué el del *Fénix de los ingenios*; pues así como en aquella privilegiada centuria todo lo bueno y excelente era de Lope, así por los años de 1869 y siguientes, cuando se quería ponderar á un orador notable ó á un sabio ilustre ó á un escritor eximio, se empleaba la palabra Castelar como *summum* de lo más perfecto y admirable.

¡Tiempos aquellos inolvidables para el que escribe estos renglones! Entonces yo, como el poeta, amaba todo y sentía como él aquel secreto movimiento

*de grandes hechos generoso guía.*

La palabra de Castelar, aunque sólo leída, conmovía todas las fibras de mi



ser, y aquellos apóstrofes á las viejas tiranías, aquellos panegíricos de la libertad, aquellas evocaciones de los hechos de nuestra historia llegaban tan á lo hondo de mi alma como jamás llegaron ni la poesía con todo su poder ni la música con todos sus encantos.

Había yo leído que cuando Esquines recitaba en Rodas delante de sus discípulos las arengas de Demóstenes, viéndolos entusiasmados con las palabras del orador de Atenas, solía decirles con noble sinceridad: «¡Oh, pues si hubierais oído á aquella fiera!» Existe, en efecto, una diferencia tan grande entre el discurso leído y el hablado como la que media entre el drama y la representación. Comprendiéndolo así, ardía yo en deseos vehementísimos de oír á Castelar. Al fin, después de mucho tiempo, satisfizose mi deseo. Fué en la tarde del 28 de Febrero de 1888. «Nunca jamás—son palabras del mismo Castelar—como aquel día fué movida la Cámara al eco de mi voz.» En aquella sesión, de imperecedera memoria, comprendí cómo es el poder de la persuasión fuerza tan sugestiva que ante ella ceden por el momento las más arraigadas convicciones, y me expliqué también en virtud de qué impulso el decaído pueblo ateniense, á la voz de Demóstenes, corría á buscar la muerte en Queronea; y por qué Cicerón exterminó á Catilina en el Senado, antes que el ejército leal lo deshiciera en Pistoya; por qué los envilecidos mercaderes de Florencia, heridos por la palabra de fuego de Savonarola,

arrojaban sus galas para vestir el sayal del asceta; por qué Mirabeau y Vergniaud, y Lanjuinais y Saint-Just desencadenaron en Francia el huracán más tempestuoso de cuantos han pasado sobre la triste humanidad.

A esa ilustre familia de oradores pertenece nuestro gran tribuno. Nadie le aventaja en esa fuerza persuasiva que ciega el entendimiento y arrastra la voluntad. Podrá la razón fría y aislada discutir sus conceptos y rebatir muchas de sus ideas; pero cuando se está bajo el influjo de aquella palabra privilegiada, no hay más remedio que declararse vencido por la elocuencia del gran artista. Sólo quien no le haya oído podrá tachar de exageradas mis apreciaciones.

\*  
\* \*

Si el lector ha admirado esas portadas platerescas, en cuya contemplación se pierden los ojos, ya en afiligranados adornos y primorosísimas labores, ya en bustos admirables, ya en doseletes aéreos, ya en festones, grecas y calados que convierten la piedra en delicadísimo encaje, podrá formarse idea de lo que es cada una de las páginas de la *Historia del descubrimiento de América*. Así como en las susodichas portadas la profusión de los adornos no altera la regularidad de las líneas generales ni la belleza del conjunto; así en la obra del Sr. Castelar el



ornato no oscurece la narración, antes bien la realza y aclara. En medio de todos aquellos primores de estilo y de lenguaje ha sabido el autor engarzar su relato, esmaltándolo con profundas sentencias, con elocuentes digresiones, con descripciones llenas de color y con imágenes deslumbradoras por lo brillantes. Así, por ejemplo, al referir la partida de Colón desde el puerto de Palos, resucita el Sr. Castelar las escenas que debieron presenciar las playas onubenses y las emociones que sintieron sin duda, los que en aquel instante se lanzaban á la peligrosa aventura, y hace vibrar de nuevo los adioses de los que se alejaban y los sollozos de los que veían partir, quizá para siempre, á los marinos. El mar tenebroso le proporciona ocasión para pintar con colores que nada tienen que envidiar á los empleados por Camoëns, el espectáculo del cielo tranquilo y de las olas infinitas. Una tempestad, la aparición de las islas, la candidez de los indios, sus costumbres, todo cuanto constituye la odisea del gran navegante, sirve de motivo al historiador para dejar correr la ancha vena de su imaginación poética y soñadora.

En general, el estilo y el lenguaje se acercan más á la pompa, á la grandilocuencia y á la amplificación oratorias que á la concisión y á la sobriedad de los libros históricos. Castelar es siempre el orador elocuente, cuidadoso, sí, de la verdad del fondo, pero apasionado de la esplendidez y lujo de la forma. A veces esta esplendidez es tan grande y tan predominantes las galas

de la imaginación, que la narración histórica, después de haber ascendido en la escala de lo artístico á declamación oratoria, llega á convertirse en canto épico. Párrafos y capítulos enteros hay en la *Historia del descubrimiento*, tan saturados de poesía como cualquiera de los libros ó cantos de *Los Mártires*. Y es que Castelar no es sólo un gran orador, es además un gran poeta. En la manera de ver la historia de Colón, en el plan de la obra, en lo acompasado y no sé si decir simétrico de sus capítulos, en la candencia de sus períodos, en el corte de las cláusulas, en el empleo mismo de los vocablos... se descubre á la continua ritmo tan marcado, que en ocasiones llega á acercarse á las musicales ondulaciones del verso. Para comprobarlo no hay sino abrir el libro por cualquiera de sus páginas, y en todas ellas podrá patentizarse la exactitud de lo que dejo dicho.

Quizá alguien ponga reparos á este predominio de lo poético en una obra cuyo carácter histórico la aproxima, más que á otro alguno, al género didáctico. De antemano contesta el autor á tal observación, cuando llama «al poema de la invención del Nuevo Mundo, poema épico siquiera se refiera en prosa por la historia». Esta frase no deja duda acerca de los propósitos del Sr. Castelar. Están, en efecto, en el asunto por él elegido, tan compenetradas la historia y la poesía, que imposible hubiera sido, aunque el historiador se lo hubiera propuesto, separar á la una de la otra. No, no es



posible, ni verosímil siquiera, que un artista como el Sr. Castelar, al referir aquellos arrebatos místicos de Colón, casi fronteros con la locura; al verle quebrantar con la gota de agua de su constancia, el peñasco de la indiferencia pública; al medir el temple de su voluntad de hierro, fija durante treinta años en un mismo pensamiento; al verle después lanzarse á los mares en busca de lo desconocido; al asistir en espíritu al nacimiento de las tierras ignoradas, y al penetrar en los secretos de toda aquella vida nueva que la palabra de un solo hombre hace salir de entre las brumas de los mares, es imposible, digo, que ante todas estas maravillas, hubiese el autor de la *Historia del descubrimiento* ajustado su estilo á la fría aridez de aquellas historias que, según Thiers, deben ser semejantes á un espejo en cuyos lindes, completamente diáfanos, debe desaparecer la personalidad del escritor.

Si el precepto del historiador francés fuese absoluto, sería preciso conceder que el Sr. Castelar había pecado gravemente. Al autor de la *Historia del descubrimiento* se le ve, ó, mejor dicho, se le oye al través de todas las páginas de su libro.

La importancia que el Sr. Castelar concede al elemento estético, no daña en lo más mínimo á la verdad histórica. En su obra no tienen cabida otros hechos que los totalmente comprobados. No faltará, sin embargo, quien niegue, por ejemplo, la estada de Colón en Valcuevo, ni quien rechace la exactitud de algunas fechas, ni quien dispute

á Génova el honor de haber sido cuna de Colón, ni quien niegue que muriera el gran Almirante el día de la Ascensión. Pero con ser todos estos pormenores de poca ó ninguna cuenta, no están las opiniones en contrario tan fuera de duda, que hagan suponer la imposibilidad de la defensa en lo escrito por el señor Castelar.

\* \* \*

«Yo seré un poco á lo Bossuet—escribe el autor en el prólogo de su obra—en mis miramientos con la providencia de Dios ó un mucho á lo Hegel en mis convicciones de que la idea humana, el conjunto de ideas humanas, constitutivo de la civilización terrestre, se determina en series lógicas por medio de un movimiento lógico interno ajeno en absoluto á nuestra voluntad individual.» Castelar armoniza á Bossuet con Hegel, y estos dos nombres que á espíritus escrupulosos podrán parecer antitéticos, resultan en la *Historia del descubrimiento* coincidiendo en el punto esencial de sus respectivas doctrinas. Porque, en último extremo, ¿qué es ese movimiento lógico interno sino el resultado y consecuencia de aquel *La humanidad marcha y Dios la guía*, que constituye el principio fundamental del discurso famosísimo del Aguila de Meaux? En rigor, existe una verdadera concordancia entre dos tan opuestos filósofos. No pretenderé yo



explicar á Hegel; pero sí diré que cuanto más le leo tanto más me parece vislumbrar la intervención de la Providencia en aquella «realidad absoluta de la idea que lleva en sí la razón de lo existente». Mas prescindiendo de cuestiones metafísicas, es evidente que en la obra de Castelar la Providencia y «el movimiento lógico interno, ajeno en absoluto á nuestra voluntad», se confunden de tal suerte, que al través de todo el relato se ve siempre á Colón obedeciendo á un mandato imperativo que, si responde al plan general y preestablecido de las series lógicas de la historia, es merced á una inteligencia suprema que ordena y dispone todo lo que es y lo que ha de ser.

A otro elemento histórico otorga el Sr. Castelar capitalísima importancia: el medio ambiente. Como Taine, acude para explicar muchos hechos de la Historia á esa teoría tan de moda en nuestro tiempo, y aunque no la lleva hasta la exageración del autor de las *Notas* acerca de Inglaterra — quien llega, dicho sea de paso en su *Filosofía del Arte*, hasta á explicar los cuadros de Rubens por la abundancia de las lluvias en los Países Bajos, teoría á que de seguro no hubiera llegado ni el mismo Tales de Mileto con haber sostenido que el principio de todas las cosas era el agua — es lo cierto que le concede papel importantísimo en la explicación de los sucesos y en el desarrollo de los caracteres. Partiendo de aquí, explica sabia y concienzudamente el carácter de Colón, en cuyo espíritu

hubieron de concentrarse y tomar cuerpo, no sólo las circunstancias geográficas de su patria, sino la vida toda del siglo xv, tan fecunda en novedades, en esperanzas y anhelos emanados del Renacimiento, «verdadero día de Pascua, después del Viernes Santo de la Edad Media», según frase tan feliz como gráfica del Sr. Castelar. Los incidentes de la vida del sublime navegante son, durante cincuenta años, preparación providencial ó lógica, según los gustos del que leyere, que van trazando el paralelogramo de las fuerzas, cuya resultante ha de ser el descubrimiento de América. Su viaje á Lisboa, su misma estrechez que le obliga, para ganar la subsistencia, al estudio constante de la Geografía y de las Matemáticas á fin de dibujar sus cartas de navegación; sus viajes, sus conferencias con los pilotos que pululaban en los muelles de la capital portuguesa, su matrimonio con la descendiente de los Palestrello, su estancia en Porto Santo, su venida á España, su ida á Palos de Moguer... todos estos sucesos dispuestos por una superior sabiduría, son el prólogo de aquel drama gigantesco que había de terminar en la playa hermosa de Guaraní.

Fortalecida el alma del gran genovés por las amarguras que hubo de sufrir en Portugal, síguese haciendo potente en ella la fuerza imperiosa á que siempre obedece el genio, á quien, no sin causa, se le ha llamado el hombre de Dios. Era preciso, conforme á los planes de la Providencia, que fuese España la nación que borrarse la enga-



ñosa leyenda de las columnas de Hércules. Para ello, era menester que Colón no saliese de España, que esperase, por tiempo indefinido, la terminación de los importantes sucesos que por entonces preocupaban á los reyes de Castilla, á fin de que los católicos monarcas diesen oídos á aquel aventurero que ofrecía un mundo á cambio de tres pobres carabelas. El hecho providencial que determina la permanencia de Colón en España, no se hace esperar; el amor encadena al marino en nuestra patria. Sin doña Beatriz Enríquez de Arana, Colón, quizá desfallecido por el peso de tantas contrariedades como agobiaron su azarosa vida y despechado por los obstáculos de todo género que le salían al paso, no hubiese sobrellevado, sin abandonar á Castilla, aquellos siete años de dolorosísima espera.

Así van entrelazándose los sucesos en la *Historia del descubrimiento* y mostrándose, ya lo exprese claramente el autor, ya se desprenda de la misma sucesión de los hechos, la necesidad, y quien dice necesidad, dice lógica, y quien dice lógica, dice ley inteligente y eterna, que interviene en la vida de Colón como en toda su historia, como en la historia de todas las naciones. Que así como no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios, ni un solo latido del corazón humano, ni un solo destello de la inteligencia del hombre, dejan de estar regulados y encaminados á un fin por el incomprendible Autor de lo creado.

\* \* \*

No se contiene tan sólo en la *Historia del descubrimiento* la narración de los hechos externos que terminan en el gran acontecimiento del siglo xv. Paralelamente á este relato, ha escrito el Sr. Castelar la historia del alma del genovés. La mirada del gran escritor ha penetrado hasta los últimos repliegues de aquella alma abismo, que, como el Océano refleja el cielo, reflejaba todas las grandezas y las flaquezas todas del Renacimiento, época semejante á un crepúsculo en que las sombras de una edad que muere luchan todavía con los resplandores del día que nace. No convierte el Sr. Castelar á su héroe en dechado de perfecciones, ni le regatea, como tantos otros escritores colombinos, grandes cualidades. No hace de él ni un santo, ni un réprobo; nos da á conocer al hombre tal como fué, tal como debió ser, con sus éxtasis y arrebatos de vidente y con ruindades de mercader; con la intuición de su destino providencial y con sus instintos de desatentada codicia, grande como un semidiós y mezquino como un negociante, despreciando su vida en medio de los peligros del Océano y despojando al marinero de Triana de su miserable propina, «cándido como paloma, y astuto como serpiente»; mezcla, en fin, del limo de la tierra y de la esencia divina.

Es acaso lo más atractivo del libro del Sr. Castelar, el análisis delicado con que nos va mostrando las diversas fases por que pasa el alma del marino, los sentimientos contradictorios de su corazón y el choque y relampagueo de



sus ideas en su mente. No otros que los analizados por el autor de la *Historia*, debieron ser los pensamientos que bullían en el alma de Colón al lanzarse con sus naves en los ignorados senos del horizonte ó al penetrar en el mar tenebroso ó al ver brillar en la oscuridad la luz anhelada que anunciaba la tierra prometida. Sólo un entendimiento tan soberano como el del Sr. Castelar, ha podido hacernos sentir aquellos desfallecimientos, aquellos anhelos, aquellas plegarias, aquellas tempestades encerradas en el alma del heroico descubridor del Nuevo Mundo.

Después de lo dicho, sólo me resta añadir que tal libro digno es de tal autor.

Colón explicado por Castelar: esta frase resume todo cuanto pudiera decirse de la *Historia del descubrimiento de América*. Tamaña empresa para él solamente estaba guardada.

\*  
\* \*

El tomo sexto de las obras completas de doña Emilia Pardo Bazán se titula *Polémicas y estudios literarios*, y comprende los trabajos de crítica que la insigne escritora ha publicado en los periódicos más importantes de España y en la revista mensual titulada *Nuevo teatro crítico*.

Cuantos han leído *La Cuestión palpitante*, uno de los libros de más importancia literaria entre los escritos en los

últimos diez años, conocen la sagacidad en el análisis, la independencia de criterio y la seguridad de juicio para apreciar el mérito de las obras artísticas de la Sra. Pardo Bazán.

Y si estas cualidades, unidas á las demás que como estilista y pensadora reúne la autora de *Los Pazos de Ulloa*, de *Bucólica*, de *Morriña* y de tantos otros libros admirables, aún se encuentran nuevas dotes en sus *Polémicas*, en las que no se sabe qué admirar más, si el vigor siempre cortés en el ataque, el razonamiento siempre sólido en la defensa y la penetración siempre sutil para encontrar el punto vulnerable del contrario.

Digan si estas afirmaciones son ciertas los que lean, si es que ya no los han leído, los artículos escritos por tan temible polemista con motivo de los *resquemores* de Pereda. No fué ciertamente el autor de *Sotileza* quien en aquella lid obtuvo los honores del triunfo.

Difícilísimo sería señalar uno por mejor entre tantos y tan buenos estudios como comprende la presente colección. Todos son excelentes, y á decir verdad, iguales en mérito; igualdad muy poco frecuente aun en los escritores más eximios, y que en mi concepto depende del buen equilibrio y sanidad perfecta de las facultades estéticas de la eminente escritora.

\*  
\* \*

De teatros poco habré de decir. El único estreno que merece consignarse



es el de la comedia *Luisa Parquet*, original de Dumas hijo y de Durántin, y puesta en lengua castellana por el distinguido crítico de teatros don Pedro Bofill. El traductor de *Luisa Parquet* ha demostrado con su trabajo cuán exacto conocimiento tiene de la escena y cuán bien sabe graduar el efecto en el público de las producciones teatrales.

La comedia por él elegida despierta desde la primera escena el interés de la curiosidad, interés que va en aumento á medida que la acción adelanta y que van surgiendo los diversos incidentes imaginados por los autores. La fábula de la comedia estriba en la lucha que se establece entre una madre perversa é intrigante y un padre noble y honrado, éste por retener á su lado y aquélla por arrebatársela á una hija inocente y angelical, fruto de amores

clandestinos. La honradez vence al fin, la madre se arrepiente, el traidor es castigado, la hija se casa á su gusto, y todos felices.

Como en la obra abunda el sentimiento de buena ley, como los afectos están bien expresados y bien presentadas las situaciones, el público pasa por alto algunos lunares que fácilmente pudieran señalarse ya en cuanto á la identidad de los caracteres, ya en lo artificioso de algunas escenas, ya, finalmente, en la forma un tanto amanerada en que se expresan los personajes.

En general, la ejecución de la obra confiada á la compañía del teatro de la Princesa fué bastante aceptable. Vallés en su papel de abogado enredador y Sánchez de León en el de padre de la joven, han obtenido verdaderas ovaciones.

FRANCISCO F. VILLEGAS.



# ÍNDICE

---

	Páginas.
<i>Miguel</i> , por el Conde León Tolstoy.....	5
<i>Los dos ancianos</i> , por íd. íd.....	27
<i>Hedda Gabler</i> (drama en cuatro actos), por Enrique Ibsen.....	51
<i>Un desesperado</i> , por Iván Turguenef.....	112
<i>Cavallería rusticana</i> , por Verga.....	135
<i>Pierrot</i> , por G. de Maupassant.....	141
<i>Un salón en el mes de Diciembre</i> , por Sofía Gay.....	146
<i>El Pesimismo en el siglo XIX</i> , por E. Caro.....	154
<i>Filigranas</i> (poesía), por Ricardo Palma.....	169
<i>Reseña crítica del Centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	170
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	184
<i>Impresiones literarias</i> , por Francisco F. Villegas.....	200

